



EL CLUB  
DE LOS  
FILÓSOFOS  
ASESINOS

JULIO MURILLO

# Annotation

La plácida existencia de Henri Gaumont, director creativo de una importante agencia de publicidad francesa, se convertirá en un infierno a raíz de la sucia jugada de su jefe, Leopold, y de la traición de su mujer, Miriam. Sin trabajo, expulsado del paraíso del éxito profesional y social, jurará vengarse y acabar con la vida de los que propiciaron su desgracia; pero un distinguido marchante de arte, una enigmática y bellísima mujer y una tenaz inspectora de policía se cruzarán en su camino. Henri descubrirá que nada de lo que ocurre en su vida es casual. Todo parece formar parte de un plan perfecto e incomprensible, orquestado por un selecto club de asesinos...

Tras el éxito de Shangri-La, Julio Murillo construye un espectacular e inquietante thriller, empujando al lector hasta un ángulo muerto

más allá del bien y del mal; una zona difusa y solitaria, donde solo resta decidir cuándo y cómo matar.

---

- [AGRADECIMIENTOS](#)

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)

- [15](#)
  - [16](#)
  - [17](#)
  - [18](#)
  - [19](#)
  - [20](#)
  - [21](#)
  - [22](#)
  - [23](#)
  - [24](#)
  - [25](#)
  - [26](#)
  - [27](#)
  - [28](#)
-

Julio Murillo Llerda

**EL CLUB DE LOS  
FILÓSOFOS  
ASESINOS**

«Los filósofos solo han interpretado el mundo;  
la cuestión es cambiarlo.»

Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*

# AGRADECIMIENTOS

A José Carlos Somoza y José Luis Muñoz, dos excelentes escritores y amigos, que leyeron el guión de *El club de los filósofos asesinos* durante la Semana Negra 2010 y me animaron a escribir la novela.

A Eva Latorre Broto, filóloga y traductora de griego, querida amiga que limpió, fijó y dio esplendor en su día a *Las lágrimas de Karseb*, y desde entonces no ha dejado de corregir ni una sola de mis novelas.

A David y a Marga, de Can Fuflluns, por seguir capítulo a capítulo esta novela e iluminar con sus encendidos debates filosóficos el viaje al lado oscuro, más allá del bien y del mal.

Gracias muy especiales a David, sumiller de élite que se encarga de que los personajes de mis libros no beban cualquier cosa y acaben con un coma etílico.

De forma muy especial, *El club de los filósofos asesinos* está en deuda con mi irrepetible amigo e incomparable filósofo Jesús Sales, con el que compartí aula aquel lejano Curso de Orientación Universitaria de 1973-1974; año en que filosofamos peligrosamente, junto a Joan Sabaté (va por ti también, viejo amigo), bajo la severa mirada de Armando (Bronca) Segura, profesor de filosofía que nos estigmatizó a todos, asegurándonos que nunca haríamos nada memorable en la vida. Y así ha sido.

A Albert Cuesta, que lleva siempre mis novelas en formato digital en sus muchos cachivaches tecnológicos, y las lee en lugares y condiciones inverosímiles. Un inmenso abrazo, Ugenio Tarconi.

Aunque soy dado a recordar a mis amigos, familia y lectores en esta página, no lo haré en esta ocasión, ya que son muchos y esto se eternizaría. Gracias a todos por los años, la



compañía y el apoyo a mi trabajo.

Mi agradecimiento a los equipos de la Agencia Literaria Carmen Balcells y Ediciones Martínez Roca.

A Julio y Carmina, en el cielo y con diamantes.

A Julia Murillo Barredo, que a día de hoy, por sus estudios, mantiene siempre vivas y abiertas las páginas del gran libro de la filosofía, obligándome a releerlo una y otra vez.

Y a Victoria, pues sin ella, tal como le pasaba a Sócrates, no podría filosofar.

Todo mi afecto.

Santa María de Palautordera,  
Barcelona, septiembre de 2011

## LAS SEIS BALAS DE HENRY

Henry Gaumont no creía en el azar. Menuda tontería. La casualidad no puede explicar en modo alguno ese despropósito enojoso que hace que uno se tope de bruces al doblar una esquina con el enemigo de antaño, apenas un minuto después de haber recordado su existencia y los agravios pendientes —se repetía con frecuencia—. Seguro que esas cosas las planeaba algún ente maligno, algún diablo, porque Dios, de existir, no podía ser tan ladino.

A pesar de que nunca se había considerado un determinista y le molestaba sobremanera la connotación religiosa que acompaña a la idea de que todo está atado y bien atado, no hallaba explicación más plausible.

El destino y punto.

Y es bien sabido que el destino gasta bromas crueles.

La peor de todas coincidió con el preciso instante en que él decidía cómo poner fin a sus muchas desgracias.

A las bravas. Lo suyo solo podía resolverse a las bravas.

Echó un vistazo sesgado a la Star PK30 una vieja automática de los años ochenta que había comprado en el mercado negro un mes atrás. Era una antigualla, pero funcionaba. Al menos eso le había asegurado el argelino hasta el que llegó no sin haber dado antes muchas vueltas. Había pagado por ella, y por dos cargadores, seiscientos euros.

Más de lo que podía permitirse dadas sus circunstancias.

Con seis balas quedaría todo resuelto. Dos serían para Léopold Leveque; otro par para Miriam Fournier, y tal vez, pues eso aún no estaba del todo claro, las restantes le

permitirían a él salir de la escena de forma honorable, por la puerta trasera, una vez hubiera echado a patadas a ese par de perros de este mundo.

Así adquirirían concreción en su mente esas decisiones, la cadena TF1 emitió, en una breve pausa publicitaria previa al boletín informativo de las ocho —y esa era la mofa con la que el destino le obsequiaba—, el último anuncio que él había dirigido meses atrás para una compañía especializada en seguros de vida y planes de pensiones para la tercera edad, poco antes de ser despedido de G & H Advertisement, prestigiosa agencia de comunicación en la que había trabajado durante tres años, y que enarbolaba, como principal activo y reclamo, las iniciales de sus fundadores, Marcel Gauvain y Pierre Hervé, pese a que los dos llevaban una eternidad criando malvas y ya nadie, a esas alturas, se preocupaba siquiera por adecentar de tarde en tarde sus respectivas tumbas en Père-

Lachaise y en Montparnasse.

Hundido en el sofá del destartado apartamento que ocupaba en el barrio Latino, Henry aparcó momentáneamente sus funestos pensamientos y vislumbró de forma fugaz a ese par de pioneros, capaces de endosar peines a los calvos y gafas de sol a los ciegos. Sus retratos al óleo presidían la moderna sala de reuniones que la agencia poseía en la selecta avenida Charles de Gaulle de París.

Marcel, el mayor de los dos, siempre le había recordado a Julio Verne, cuyo rostro tenía muy presente por haber leído todas sus novelas durante la adolescencia. Miraba desde lo alto, circunspecto y decimonónico, algo tristón, escudado tras una cuidada barba y un espeso bigote; a su lado, Pierre, de rostro orondo, amplia calva y facciones caricaturescas, se asemejaba vagamente a Louis de Funès, el célebre cómico.

El uno y el otro mezclaban, a simple vista,

como el agua y el aceite. Ni a cañonazos.

Por tanto, costaba imaginar, en un análisis a vuelapluma, que la sinergia de tan pintoresco tándem hubiera alumbrado algunas de las campañas gráficas más brillantes y efectivas de la primera mitad del siglo XX.

Si cualquiera de los dos consiguiera volver desde el más allá, a fin de comprobar el estado de cosas de la vida que dejaron atrás, a buen seguro articularía un alarido de pavor, y como alma que lleva el diablo desharía su camino de regreso al agujero, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido salir de la tumba —imaginó el creativo con la sorna colgando en los labios, sin sustraer la mirada del televisor.

No podía ser de otro modo. Acostumbrados como estaban a invertir semanas enteras en el dibujo de una marca, en la ilustración de un cartel, o en el retoque de una placa fotográfica, el mundo actual se les

antojaría una jaula de grillos. Enloquecerían al constatar el vértigo de la sociedad y la premura que gobierna todas las actividades de la gente, incluso las supuestamente plácidas, de la mañana a la noche, desde la cuna al camposanto. No podrían comprender, por mucho que se lo propusieran, qué maldito derrotero, invención o decreto trocó la apetecible monotonía del péndulo por la nefasta crispación de lo digital.

Henry recordó que debido al esmero que Marcel y Pierre desplegaron en vida, era bastante habitual que los clientes de G & H Advertisement se detuvieran en sus primeras visitas a la agencia delante de los originales enmarcados de aquellas encantadoras campañas de antaño, llenas de ingenio, color y armonía.

La de Plusfort, un suplemento vitamínico infantil comercializado a finales de los años cuarenta, tras la guerra, atrapaba invariablemente la atención. Mostraba a un

muchachillo pecoso, que se diría escapado de un film de Jacques Tati, alzando en volandas y entre risas a su padre, en medio de los jardines del Campo de Marte, con la Torre Eiffel al fondo. El eslogan, al pie, rezaba: «Aujourd'hui je lève mon père, demain... ¡La Tour!».

—¡Fantástico, simpático y directo! —acostumbraban a exclamar los expertos en mercadotecnia—. ¡Algo así es lo que buscamos!

—¡Pues permítanme decirles, caballeros, que en G & H nos jactamos de no haber perdido ese espíritu feliz y natural! —replicaba siempre Léopold Leveque, el director general de la agencia, sacando pecho como un pavo real.

Detrás de cada sonrisa de Léopold Leveque se ocultaba el taimado proceder de un zorro.

—¡Maldito cabrón indigno, miserable diletante, sucio traidor! —gruñó Henry entre



dientes así irrumpió él en medio de sus pensamientos—, ¡que Dios te perdone si es que puede, porque yo no lo haré!

Durante un interminable minuto, en los ojos del creativo aleteó un odio irracional. La imagen del hombre que había provocado su desgracia le llevó a revolverse inquieto en el sofá. Buscó apurar la botella que tenía frente a sus narices, en una pequeña mesita auxiliar, junto a la automática, pero estaba vacía desde hacía horas.

Suspiró. Llevaba meses descubriendo botellas vacías a su paso.

Ocultando el rostro entre las manos, intentó tranquilizarse.

Necesitaba pensar con calma. Se puso en pie y encendió instintivamente un cigarrillo. Aproximándose a la ventana, echó un vistazo sesgado al exterior. Llovía suavemente, pero ni el frío ni la humedad del invierno lograban despoblar de vida las calles al atardecer. Una

procesión de paraguas, yendo y viniendo, pugnaba por abrirse paso bajo sus pies. Los rótulos de los bares y la iluminación navideña se reflejaba invertida en la pátina acuosa de la calzada, llenando el aire de un halo mágico y evanescente.

Lo que seguía a continuación, tras la sonrisa de bellaco y las palabras afables del director general, no encerraba secretos ni presentaba excesivas variaciones de un cliente a otro. En una sesión de trabajo, en la que no faltaban ni el café ni el coñac, Leveque desplegaba todas sus artes de seducción ante un hatajo de ejecutivos mediocres *à la recherche de l'originalité*.

Henry, que odiaba esas reuniones, se refería a ellas de modo despectivo. Las había bautizado con el nombre de Ceremonias de Encantamiento de Ofidios.

Existen muchas clases de serpientes, pero la fórmula de Leveque funcionaba

invariablemente con todas ellas. Los reptiles, o mejor dicho, los clientes, buscaban siempre el anuncio perfecto; aquel capaz de suscitar la necesidad de que la gente consumiera pan de molde circular, utilizara una crema nutritiva con extracto de baba de caracol o animara las ventas de un vehículo de gama alta, de esos que compran los estúpidos aun a costa de hipotecarse hasta las cejas con tal de demostrar al resto de los mortales que han alcanzado la cima de la estulticia intelectual.

La palabra clave, pronunciada astutamente por Leveque en el momento crucial, cerraba tratos y rubricaba campañas millonarias con la rapidez del rayo.

Aspiración.

—¡La aspiración mueve el mundo, señores! —sentenciaba con mirada de orate apocalíptico, paseando por la sala de reuniones, de un lado al otro, tras presentar los bocetos que Henry le había facilitado—. Piénsenlo:

¡todos aspiramos a más!, ¡ustedes y yo, este y el de más allá! ¡Viajes aspiracionales, viviendas aspiracionales, objetos aspiracionales! Y esa sana y justa pretensión, ese amor por el lujo, por lo original, por lo selecto, es lo que mantiene en marcha el engranaje de nuestra industria, el consumo, el I+D de las empresas, las patentes, la innovación tecnológica. ¡Todo! Así, gracias al deseo, generamos trabajo y riqueza, prosperamos y realizamos nuestros sueños. ¡No les quepa la menor duda, caballeros: su anuncio debe ser ante todo aspiracional!

Una risotada amarga brotó de la garganta reseca de Henri al evocar esas situaciones. A él le tocaba siempre conseguir que los *spots* fueran, ante todo, aspiracionales.

La aspiración obra milagros —se dijo con un rictus de cínica demencia en el rostro—, hace que el pobre mequetrefe de clase baja se deje la piel en el intento por auparse hasta el

estrato ocupado por la clase media baja; nivel poblado por ilusos que, a su vez, se privan de infinidad de cosas con tal de acceder a la clase media media. Los que allí están, amén de hacer equilibrios en la cuerda floja un día sí y otro también, se afanan por terminar sus días formando parte de lo que los expertos en mercadotecnia denominan *target* medio alto. Un *target* muy deseado. Finalmente, tras tanto puteo innecesario, tanta vanidad y tanto infarto, unos pocos elegidos coronan la cima y logran codearse o emparentar con la clase alta. Y solo uno entre millones, como los espermatozoides, planta la bandera en el reino de los privilegiados que habitan en el minúsculo segmento definido como alta alta; paraíso integrado, básicamente, por un puñado de parásitos ociosos que no saben clavar un miserable clavo, y que deben todo lo que son, e incluso lo que no son, al esfuerzo o carencias de los que les precedieron.

La conclusión a la que había llegado Henry Gaumont tras media vida trabajando en el mundo de la publicidad no podía ser más desalentadora...

La sociedad y su pretendido progreso son como la escalera de Jacob del sueño bíblico; escalera que une la tierra y el cielo, aunque con la salvedad de que los ángeles que la transitan en el relato han sido sustituidos por una horda de primates hipnotizados en una sesión de mesmerismo colectivo. Una legión de chimpancés histéricos y vociferantes, dispuestos a atizarse entre ellos con tal de poner un pie en el siguiente peldaño del escalafón social. Monas vestidas de seda, apestando a Chanel; mandriles al volante de deportivos lujosos; orangutanes con la calculadora en la mano y la mirada clavada en el panel del Dow Jones.

El último anuncio que Henry dirigió, antes de ser despedido con cajas destempladas de G

& H por ese miserable de Léopold Leveque, y que TF1 acababa de emitir en mala hora, era el colmo de lo aspiracional.

Cualquier homínido estaría dispuesto a comprar esa aspiración.

El guión del *spot* para la compañía de seguros Atardecer había sido cuidado hasta en sus más mínimos detalles, sin reparar en gastos. Pagaron una fortuna por la utilización de una feliz y contagiosa canción de The Beatles, «When I'm Sixty-four», y por el alquiler de una preciosa villa en Mallorca, rodeada de cuidados jardines.

A lo largo de los veinte segundos de metraje se sucedían situaciones que cumplían con la dosis de aspiración social prometida por Léopold Leveque al cliente.

Un septuagenario de envidiable forma física y mirada seductora, a lo Yves Montand, consultaba las oscilaciones de la Bolsa en las páginas de economía de *Le Monde*, sentado

junto a una piscina de ensueño en una mañana de sol radiante. De su expresión complacida podía deducirse que todo iba bien, al alza. Su mujer, una falsa sexagenaria con un cuerpo que pedía guerra a gritos, irrumpía en ese instante, a contraluz, envuelta en una bata de seda que permitía intuir su voluptuosa anatomía, portando café y *croissants*. Tras depositar la bandeja sobre la mesa, se acomodaba en una silla contigua y rodeaba con los brazos a su marido, interesándose por la marcha de sus finanzas.

Una voz en *off* aterciopelada, elevándose sobre el tema de Paul McCartney, que fundía hasta desaparecer, desgranaba el mensaje: «Porque nada debe perturbar la placidez de un atardecer perfecto, nuestras pólizas de vida, fondos de pensiones, y productos de inversión, constituyen su mejor garantía. En Atardecer velamos por su tranquilidad».

Henry Gaumont apuró en dos bocanadas lo



que restaba del cigarrillo y aplastó con saña la colilla en el cenicero, como si estuviera pisoteando a toda esa caterva de indeseables capaces de hacerle creer a la gente que a poco que uno se lo proponga se puede llegar fácilmente a los ochenta sin problemas de próstata, con una tensión arterial compensada y un índice de azúcar estable; siendo capaz, además, de satisfacer a la primera tigresa que aterrice en *déshabillé* a la hora del desayuno; disfrutando de la vida en una villa de ensueño y con un millón de euros evadidos rindiendo a piñón fijo en las islas Caimán.

Publicidad y *marketing*. Aspiración. La mayor de las mentiras. Nada más lejano de la realidad.

Cuánto odiaba ese mundo, ese credo vano con el que el común de los mortales comulga mil veces al día. Casi agradecía en su fuero interno el hecho de que Leveque se hubiera comportado como un energúmeno al

expulsarle del edén artificial que era su profesión.

Si en su ánimo solo pesara el hecho de estar sin trabajo, seguramente hubiera conseguido salir del agujero en el que había caído, y no estaría acariciando la idea de terminar sus días en un baño de sangre colectivo.

Lamentablemente, todo había ido de mal en peor. Las desgracias nunca vienen solas. Lo había oído decir mil veces y nunca lo había creído.

—¿Qué quieres decir con eso de que la felicidad es una carreta con muchas ruedas? — recordó haberle preguntado a su amigo Gerard a los pocos días de haber sido cesado en su cargo.

Los dos tomaban aquella tarde una copa en una céntrica cafetería de los Campos Elíseos. Hacía tiempo que no se veían. Gerard era profesor de yoga, aunque había cambiado las

asanas y mudras del hatha yoga por una ocupación mucho más cómoda y lucrativa en el emergente mundo del *coaching*. Ayudaba a los clientes de un exclusivo centro de *fitness* a conectar con su yo interior a fin de alcanzar sus objetivos con éxito, y superar, de paso, la ansiedad que la carrera de ratas del mundo profesional genera en cualquiera que posea una mínima sensibilidad.

—Lo que quiero decir, Henry, es que la felicidad no depende de una única rueda —recalcó Gerard rascándose la coronilla y frunciendo la nariz a fin de aupar la montura de sus gafas hasta el puente—. Verás, te lo explicaré. Intenta imaginar por un instante que eres como un carro, un carro que recorre un camino largo, que es la vida.

—Ya, un carro...

—Lo importante es que el carro avance, ¿no? ¡La felicidad está compuesta de muchas cosas, grandes y pequeñas! —puntualizó—. Y

somos felices cuando el conjunto, todo aquello que nos importa, funciona. Si el conjunto está bien, todo va bien.

—¿Y las ruedas? ¿Qué tienen que ver las ruedas?

—Bueno, no hay dos carros iguales, del mismo modo que no existen dos seres humanos exactamente iguales, pero de modo simple podemos afirmar que en el carro de la felicidad común existe siempre una rueda que simboliza nuestro mundo profesional, nuestro trabajo, con toda la satisfacción y reconocimiento que nos puede reportar hacer las cosas bien; otra rueda es el amor, la pasión, el sexo, como quieras llamarlo; otra, la familia y los seres queridos, esposa, hijos, hermanos... —contabilizó punteando con el índice derecho las yemas de su mano izquierda—. Una cuarta rueda representa las relaciones sociales, compañeros y amigos; la quinta podría referirse a nuestra necesidad de sentirnos

seguros; la sexta giraría, en caso de tenerla, en el eje de nuestra inquietud espiritual, los asuntos religiosos, lo trascendente. Añade tantas ruedas como quieras. Una muy importante, y obvia, es la salud, el encontrarnos bien física y mentalmente, sin enfermedades. Algunos carros tienen seis ruedas; otros, ocho, o diez, o más: aficiones, sueños, metas, hogar. Las ruedas son nuestros recursos.

—Entiendo...

—Cuantas más ruedas tenga tu carro, más estable será. Aunque se rompa una, como ahora te ha pasado a ti con tu trabajo, todo seguirá su curso; el resto continuará girando de forma armónica, dándote el tiempo y la estabilidad que precisas a fin de poder sustituir la defectuosa. Tu caso es sencillo, Henry, piénsalo: ¡lo tienes todo, solo necesitas encontrar un nuevo trabajo!

La teoría budista de la felicidad sobre ruedas de Gerard sonaba muy bien, al menos

sobre el papel. Al fin y al cabo, era filosofía para necios: pinchas un neumático y pones otro. Y aquí paz y luego gloria. Lo que no podía de ningún modo intuir Henry en ese momento es que todas las ruedas del carruaje comenzarían a fallar de modo sistemático, una tras otra, incapaces de soportar el peso de la adversidad, que es una forma elegante de mentar al destino cuando es aciago.

Gaumont se incorporó y caminó hasta la cocina. Quedaba una botella de vino peleón en el armario. La descorchó y llenó la copa. Sabía a rayos.

Entre trago y trago, rememoró lo que había seguido a continuación.

No tardó en constatar, tras salir de G & H, que al borde de los cuarenta y tres, y con una horda de becarios dispuestos a pagar por trabajar, el horizonte se difumina hasta desaparecer. De nada sirvieron los contactos y timbres de su agenda profesional. La

inesperada crisis económica golpeaba por igual en todos los ámbitos del mundo profesional.

Comenzó a dormir mal y lo arregló con somníferos. Algunas noches hasta tres.

En pleno desencanto, cuando la carreta parecía traquetear cuesta abajo y sin frenos, Miriam, la mujer con la que había compartido seis años de convencional matrimonio, se la jugó bien jugada. Urdió una sucia maniobra con la connivencia de Yolanda, su amiga íntima, a fin de obtener un divorcio ventajoso.

El de Miriam había sido un plan brillante, maquiavélico.

Cuando se lo proponen, las mujeres son infinitamente más abyectas que el más detestable de los hombres.

Una tarde, en la que logró ver con nitidez el alcance y naturaleza de la treta de su mujer, acabaron los dos de la peor de las maneras posibles, inmersos en una agria disputa. Henry, ofuscado, perdió los papeles por completo.

Una vergonzosa bofetada, de la que se arrepintió al instante, un maquillaje arruinado, y una sarta de mentiras perfectamente enhebradas, le bastaron a ella a la hora de presentar una denuncia por maltrato. La convincente actuación de Miriam ante la policía remató una modélica partida de ajedrez.

Mate.

De nada sirvieron sus protestas. Ella consiguió que se dictara contra él una orden de alejamiento. Después, en el amargo proceso legal, perdería su casa y se vería obligado a asumir las costas del juicio, amén del pago de la mitad de los denominados bienes gananciales.

Lo económico no era, pese a todo, lo peor. Más angustioso le resultó verse solo de la noche a la mañana. El proceder sibilino de Miriam consiguió expulsarle del círculo social que hasta el momento habían frecuentado. Los amigos son solo buitres que sobrevuelan vidas



ajenas mientras hay carroña que devorar.

Todas esas catástrofes emocionales se habían encadenado de forma inexorable, en poco tiempo. Se diría que el universo, utilizando sus inagotables recursos, se había jurado empujarle hasta el mismo borde del abismo.

Maldito Léopold. Maldita Miriam  
Malditos todos.

Seis balas.

La decisión era irrevocable.

Solo restaba decidir cómo y cuándo.

Apagó el televisor y se quedó mirando al techo, descorazonado, sin fuerzas, pensando en el paso terrible que estaba a punto de dar, cuando el tono estridente de su teléfono móvil le sobresaltó. Llevaba días sin sonar. Lo localizó en el bolsillo de su americana, colgada de una percha tras la puerta de su habitación.

Apenas quedaba batería.

—¿Sí?

—Henry, soy yo, Gisèle...

—¡Hola, Gisèle! ¿Cómo estás? —

murmuró cansino—. Ya sé que hace varias semanas que no sabéis nada de mí. Discúlpame, pensaba llamar un día de estos.

Se levantó y se puso a pasear como una fiera enjaulada por el apartamento.

—Olvida eso ahora, no importa. Lo siento, Henry, pero tengo que darte una muy mala noticia. Será mejor que te sientes.

De forma instintiva, atemorizado, el publicista retrocedió hasta afianzar su espalda contra la pared.

A lo largo del siguiente minuto, mientras su cerebro luchaba por soportar lo que Gisèle le comunicaba con voz temblorosa desde el otro lado de la línea, fue desplomándose lentamente, a peso, hasta quedar encogido en un rincón.

Colgó y dejó que el aparato resbalara entre sus dedos.

Abandonado en una estación desolada, por la que ya no pasaría tren alguno, Henry Gaumont derramó las pocas lágrimas que restaban en medio de un silencio opresivo.

Y de modo instintivo, su mirada rendida paseó por la soledad del lugar hasta posarse en esa puerta de escape que era la pistola.

## NIETZSCHING

Un mohín de enojo contraído los labios de Claire Valéry, inspectora de homicidios de la Policía Nacional, nada más apearse del coche patrulla que la había conducido hasta las inmediaciones del rascacielos del hotel Concorde La Fayette, en la céntrica plaza del General Koenig, junto al Palacio de Congresos, en el corazón de la capital.

«¡Por Dios, todos juntos tienen menos cerebro que un mosquito!», se dijo.

Caminó a paso rápido hasta la zona delantera del hotel, sin preocuparse de abrir el paraguas. Soplaban un viento desapacible, racheado, que hacía que cualquier intento de zafarse de la lluvia resultara inútil. La temperatura había caído en picado. De seguir así, probablemente la nieve haría su aparición

en breve.

Echó un vistazo a su reloj. El minuterero escalaba veloz camino del mediodía.

Distinguió a un agente con el que recordaba haber cruzado alguna palabra. Departía animado con varios compañeros bajo la marquesina de acceso al vestíbulo. El lugar estaba abarrotado y era un incesante tráfago de clientes y turistas que llegaban o abandonaban el establecimiento, sorprendidos ante el vistoso despliegue policial y el revuelo que ocasionaba su presencia. A la derecha, un nutrido grupo de adolescentes se mantenía tras un cordón de seguridad. Enarbolaban pancartas, carteles y cámaras fotográficas.

—¡Hola, buenos días! Usted se llama Edgard, ¿verdad?

El policía, abriendo los ojos como platos, reconoció de inmediato a Claire Valéry y la saludó conforme a las ordenanzas. Abandonando el corrillo, dio un paso al frente y

se desembarazó de forma discreta de un cigarrillo a medio consumir.

—Sí, Edgard, Edgard Vallaux —balbuceó—. ¡A sus órdenes, inspectora!

—¿Puedo pedirle un favor?

—Por descontado, lo que usted quiera.

—Encárguese personalmente de que todos nuestros vehículos sean retirados de inmediato —ordenó señalando la batería de coches patrulla estacionados a pocos metros.

—¡Ah, ya! Ocurre que no hay lugar donde aparcarlos, esto está fatal —se excusó.

—¡Pues llévelos a un *parking* si es preciso, pero sáquelos de aquí! ¿Es que no lo entiende? ¡Tendremos aquí a la prensa y a la televisión de un momento a otro! ¡Menudo zafarrancho, esto parece el desembarco en Normandía! ¿No podemos usar la megafonía del hotel para llamar un poco más la atención? —atizó Claire cáustica.

—Mucho me temo, inspectora, que la

prensa ya ronda por aquí —repuso el agente ladeando el rostro—. ¿Ve a todas esas adolescentes?

—Sí. Las veo, ¿qué hacen aquí?

—Están esperando la llegada de Justin Bieber...

—¿Quién es ese?

—Un cantante canadiense; uno de esos que encandilan a las niñas.

Durante unos segundos, la mirada de Claire se enfocó en una docena de rostros de *teenagers* alteradas. Lucían camisetas de su ídolo, sostenían discos a la espera de ser firmados y se agitaban devoradas por la ansiedad, con las mejillas encendidas.

Sonrió levemente al recordar a una Claire Valéry lejana, de catorce años, haciendo exactamente lo mismo en otro lugar de París; dispuesta a todo con tal de conseguir los autógrafos de The Pólice durante la visita del grupo a raíz de la edición de *Synchronicity*.

Todo seguía igual. Las mismas actitudes, el mismo entusiasmo. «Solo la música ha ido a peor», pensó irónica.

—¡Hoy es un gran día para ellas! — susurró finalmente entre dos suspiros—. Bueno, Edgard, dígame: ¿dónde está ese cadáver?

—En una suite, en la planta treinta.

Sin mediar más palabras, Claire accedió al hall del hotel. Sonaba en el ambiente una pieza de música clásica que, dadas las circunstancias, más parecía un réquiem que un divertimento para cuarteto de cuerdas. Se dirigió a la zona de ascensores, asegurando el bolso en el hombro e intentando ordenar los pliegues del paraguas. En el descansillo se encontró con Jean-Louis Pitrel, un ayudante de la central recién salido de la Academia de Policía. Llevaba solo tres meses colaborando con el departamento de homicidios. No tenía más de veinticuatro o veinticinco años, pero había demostrado



poseer un don natural para el análisis, ganándose en poco tiempo el respeto por parte de todos.

El joven esperaba el ascensor mientras repasaba un amasijo de papeles desordenados, de todos los tamaños, que pugnaban por escapar de una carpeta proporcionada por la gerencia del Concorde La Fayette.

—¿Qué llevas ahí? —espetó la inspectora a sus espaldas. Jean-Louis giró sobre sus talones y esgrimió una sonrisa encantadora.

—¡Buenos días, inspectora! —saludó—. En las oficinas del hotel me acaban de proporcionar todo esto. Son comprobantes de llamadas, cargos de cafetería, lavandería y plancha, relación de comidas en el restaurante...

—Entiendo, ¿cómo se llamaba ese hombre? —indagó.

—Laurence Gourvest, de Lyon; cincuenta y ocho años, socio de una firma dedicada a la

importación de productos de lujo.

Las hojas del ascensor se abrieron. En el largo trayecto hasta la planta treinta Jean-Louis explicó lo poco que sabía. Laurence Gourvest llevaba tres días en París. Al parecer, había llegado en un vuelo regular procedente de Estambul. Una encargada del servicio de limpieza le había encontrado muerto hacia las diez y media de la mañana.

—¿Quién hay arriba, ha llegado el forense?

—Sí.

—¿Daniel Boillot?

—Sí, creo que se llama así: Boillot, del Instituto Anatómico.

—Es el mejor de todos, un encanto, ya le irás conociendo, ¿quién más?

—Un detective de la policía científica y un fotógrafo, y, ¡ah, sí, el director del hotel, Francis Poiré! El hombre está hecho un manojo de nervios. Dice que nunca había

ocurrido nada parecido desde que él ocupa el cargo. Le he intentado tranquilizar, pero... ¡mierda! —exclamó de súbito chasqueando los dedos.

—¿Qué pasa ahora?

—Al bajar he olvidado pedir a los de la entrada que retiren los vehículos. A Poiré le preocupa que la imagen del establecimiento...

—Tranquilízate. Ya me he ocupado de eso.

Un sonido de campana de cristal les advirtió de que el viaje tocaba a su fin.

Varios agentes custodiaban el pasillo que conducía a la suite.

La puerta estaba abierta de par en par. Se detuvieron durante un minuto a fin de enfundar sus zapatos en unas bolsas de plástico.

Al penetrar en la estancia, Claire reconoció la decoración y distribución del lugar. Cuatro años atrás, durante una breve relación mantenida con un abogado, había pasado una agradable noche de vino y velas en

una de esas exclusivas suites.

Un mínimo y amplio pasillo desembocaba en un lujoso salón acristalado, desde el que la totalidad de la capital podía ser contemplada a vista de pájaro. La pieza constaba de varios ambientes delimitados por gruesas alfombras que revestían la moqueta como una segunda piel. Cada uno de esos espacios estaba ocupado por modernos sofás, butacas, mesas bajas y plantas ornamentales. A la izquierda, una puerta de madera noble permitía acceder al dormitorio, a un acogedor despacho y a un fastuoso cuarto de baño.

En pocos segundos Claire hizo una detallada composición del lugar.

Un fotógrafo con aspecto adormilado, que seguía diligente los pasos e indicaciones de un detective de la policía científica, se dedicaba a capturar hasta los más insignificantes detalles de la escena. Iban los dos de un lado al otro, como los gatos, hollando levemente,

hablándose en voz queda. Sentado en un escabel, próximo a un abastecido mueble bar de caoba, Daniel Boillot cumplimentaba el informe forense usando sus rodillas como improvisada mesa. En un discreto rincón sumido en penumbras, y con aspecto de no querer hacerse notar, permanecían plantados como dos estacas el director del hotel, Francis Poiré, y un agente de seguridad del establecimiento.

Finalmente, cubierto por una sábana blanca, que le tapaba de la cabeza a los pies, el cadáver de Laurence Gourvest parecía presidir la estancia. La caída de esa improvisada mortaja dejaba entrever que se hallaba sentado en una moderna y pesada butaca, de la que solo se distinguía parte de un reposabrazos metálico y el respaldo de piel.

Claire deslizó entonces unas palabras en el oído de Jean-Louis.

—Escucha, Jean-Louis, pídele a Poiré y a

que le acompaña que salgan de la habitación. Pregúntale si en los accesos a los ascensores y en esta planta tienen instaladas cámaras de seguridad...

—Sí, las hay. Las he visto. Al menos en las plantas reservadas a las suites Júnior y Presidencial —repuso el ayudante—. Había pensado solicitar las imágenes.

—Perfecto, hazlo. Yo hablaré mientras tanto con Boillot.

Daniel Boillot alzó la vista al intuir la presencia de la inspectora. Sonrió afable. Alzándose, dejó los papeles sobre el reposapiés y recibió a Claire con un abierto abrazo.

—¡Caramba, mi niña, qué guapa estás, precisamente el otro día me acordaba de ti y del tiempo que hace que no nos vemos!

—¿Dos meses?

—No, más, más... —corrigió él.

—Bueno, las cosas han estado bastante

tranquilas últimamente —contestó Claire tomándole por los brazos—. ¡Oye, te veo muy bien! ¡Incluso diría que has engordado algo!

Boillot se miró en dirección al ombligo y se propinó un par de palmaditas en la barriga. Después se echó a reír entre dientes.

—Ya sabes que mi mayor vicio es el coñac. Y el buen paté. También el paté al coñac... —bromeó con expresión encantada—: ¡Demasiadas calorías!

—No hace falta que lo jures. Siempre has sido un tragaldabas. Dime: ¿a santo de qué te acordabas de mí? ¡Tú mucho hablar, pero tampoco coges el teléfono ni que te maten, tunante!

Un destello de añoranza brilló en las pupilas del médico.

—La semana pasada me puse a ordenar cajas. Ya sabes, montones de cosas que todos guardamos sin ton ni son: papeles, postales, cartas —contó rascándose el mentón—. Y me

encontré con una foto de la que ya ni me acordaba. ¿Recuerdas aquel año en que pasamos unos días de vacaciones en los Alpes?

—Perfectamente.

—Tú debías de tener ocho o nueve años. En la imagen estás en mis brazos y me tiras del pelo. El que ya casi no tengo. Y tu padre y tu madre se ríen. Íbamos cargados con mochilas, doblados de tanto peso.

Claire recordaba vagamente el momento, diluido por el paso del tiempo.

—Lo único que recuerdo es que os pasabais el día andando, visitando iglesias y aldeas perdidas, y que mi padre y tú os turnabais cargándome a la espalda o al cuello —rememoró.

Daniel suspiró y sus ojos se empequeñecieron, como si enfocara un pasado claramente mejor.

—Echo mucho de menos a Jules, Claire. Ya lo sabes. Fue el mejor médico forense de



toda Francia, y el mejor de los compañeros. Aprendí mucho con él. Ahora las cosas ya no son lo mismo. Mucha tecnología y poca capacidad de análisis. En un par de años me jubilaré. Debí haberlo hecho en su momento. Voy camino de los setenta. Por eso estoy ordenando cosas en casa. Pienso ponerla en alquiler e irme a un lugar más pequeño y soleado.

—También le añoro yo. Se fue antes de tiempo.

—¿Cómo está Viviane, tu madre?

—Bastante mayor, con algún que otro achaque sin importancia. Vive con mi hermana, en las afueras de Arnés. Está muy bien atendida.

—Dale un gran beso de mi parte cuando la veas, ¿y qué tal tu pequeña Aurélie?, ¿progresas?

—Lo cierto es que sí, pero son avances mínimos, apenas perceptibles en el día a día. Ya sabes lo poco que saben los especialistas sobre

autismo.

—Persiste. No dejes de luchar.

—Lo haré, ella es lo que más quiero en este mundo... —prometió Claire esbozando una sonrisa agri dulce—. Bueno, Daniel, cuéntame: ¿qué ha pasado aquí?

Boillot asintió, recuperó sus papeles y encaró la fantasmal presencia de Laurence Gourvest. Tomando a la inspectora por el brazo, la invitó a aproximarse hasta el cadáver.

—No es muy agradable. Está desnudo, ¿entendido? —alertó.

—No te preocupes. Estoy curada de espantos.

El forense retiró la tela, dejando al descubierto el cuerpo de un hombre grueso, macilento, cincuentón; de piel brillante y cabellos castaños. Tenía un agujero limpio de bala en el entrecejo. Los ojos habían quedado abiertos de par en par, desorbitados. Permanecía atado de pies y manos a la butaca,

con lo que parecían ser pañuelos de seda negra.

—No hay signos externos de violencia, golpes o hematomas. Solo el disparo. Nueve milímetros, a simple vista. La bala salió por el occipital, tras atravesarle el cerebro, y se incrustó en la parte baja de ese sofá que ves ahí —informó Boillot.

—¿A qué hora ocurrió?

—Bueno, diría que entre las doce y la una. No más tarde de la una y media de la madrugada en cualquier caso.

Jean-Louis Pitrel se unió a ellos de forma silenciosa. Había convencido al director y a su agente de seguridad para que se retiraran y les dejaran trabajar.

—Dime, Daniel: ¿qué dirías que son esas marcas que se distinguen en el pecho y en el estómago de Gourvest? —husmeó Claire señalando una veintena de pequeñas y limpias muescas repartidas por la piel del difunto, como un bajo relieve. Constituían cuadrados

perfectos, de unos cuatro o cinco milímetros, con uno de los lados dibujando una suave curva en muchos casos.

—No lo sé. Me lo he preguntado, pero no lo tengo muy claro. Cuando prosiga el examen en el laboratorio tal vez pueda decirte algo más.

—*¡Tramplimg!* —exclamó Pitrel asomando la nariz. Boillot y Valéry miraron al joven de soslayo, con cara de póquer.

—*¿Tramplimg?*, ¿qué es eso? —interpeló la inspectora.

Jean-Louis se echó a reír.

—Eso quiere decir que una mujer, seguramente de muy buen ver, se paseó con sus zapatos de tacón de aguja por encima de este tipo. A algunos depravados les encanta que los usen como alfombras... —explicó.

—¡Claro, una práctica sadomasoquista! —convino el médico con cara de caerse del árbol.

—Sí. Hay muchas. El *trampling* es una de ellas. Está bastante de moda.

—¿Y tú cómo sabes esas cosas? —preguntó Claire sin poder disimular su estupefacción.

—¡Hay que estar al día! —repuso Pitrel con absoluta desvergüenza—. Siempre se ha dicho que el sexo, cuanto más sucio, mejor.

—¡Ah, ya!

—Internet está lleno de estas cosas, inspectora. Algunas noches me meto en chats en los que todo el mundo cuenta sus experiencias —aclaró el ayudante—. Lo de vendar los ojos con un pañuelo de seda ya está anticuado. Ahora se lleva el *facesitting*, el *smothering*, el *spanking*, ¿saben en qué consisten esas disciplinas?, ¿son juegos de poder!

—No sigas. Prefiero no saberlo —zanjó Claire ligeramente ruborizada—. Voy a cumplir cuarenta y creo que me he ganado el derecho a

sentirme un poco clásica en ciertos asuntos.

—Yo voy a jubilarme. A lo mejor recupero el tiempo perdido, ¡me informaré bien! —exclamó Boillot jocosamente.

—¡Por Dios, Daniel, no digas eso! —le recriminó Claire pasando del sonrojo a la hilaridad.

Jean-Louis, rascándose la barbilla, se embarcó en una reconstrucción de los hechos.

—Yo diría que Gourvest salió ayer con ganas de quemar la noche. Se citó con una *mistress* a la que conocía, o a la que encontró de forma casual; tomaron unas copas y vinieron aquí hacia la medianoche —caviló—. Él no vaciló a la hora de desnudarse y ponerse en sus manos. Era un masoquista, con ganas de ser maltratado. Ella, probablemente, ni se desvistió. Le sometió a unas cuantas torturas excitantes y terminó atándole a esta butaca. Después, en algún momento, echó mano a una automática y le disparó. A bocajarro. Debió de

pasar más o menos así...

—¡Llegarás lejos, Pitrel! —afirmó Claire admirada.

—Por la trayectoria de la bala y su ángulo de incidencia, calculo que la altura de nuestra *femme fatale* debe rondar el metro setenta y cinco —precisó Boillot.

—Si descontamos los tacones, metro sesenta y cinco o poco más —corrigió Pitrel.

En ese punto de la conversación, el diálogo quedó interrumpido. El analista de la policía científica, una vez concluidas sus pesquisas, se acercó hasta ellos.

—Hemos terminado. Al menos por ahora. Aquí no hay nada —confesó con desencanto—. ¡Esto está más limpio y ordenado que la mesa de Sarkozy!

—¿Nada?

—Nada. Ni un cabello, ni una huella, ni el casquillo... —afirmó con cara de circunstancias—. Seguiremos buscando, pero me temo que

en vano. Esto es obra de alguien muy profesional.

—¿Falta alguna de las pertenencias de Gourvest, dinero, tarjetas de crédito? —inquirió Claire.

—No han tocado nada de todo eso. Lo he comprobado. Este hombre llevaba casi mil quinientos euros en la cartera. Y ahí siguen.

—Eso descarta el robo por completo. Aquí hay algo más. Seguramente un ajuste de cuentas, una venganza... —musitó la inspectora.

Se quedaron durante unos segundos en silencio, con la mirada clavada en el cuerpo del empresario. El investigador de la policía científica y el fotógrafo que le acompañaba salieron de la suite dejándolos solos.

Boillot decidió que había llegado el momento de cubrir a Gourvest con la sábana. Se disponía a hacerlo cuando Claire, aferrándole por el brazo, le detuvo.

—¡Espera un momento, Daniel! —espetó



—. ¡Mira, este hombre tiene algo en la mano!

Las manos de Gourvest se contraían crispadas. La izquierda, como la garra de un halcón, se aferraba con denuedo al brazo metálico de la butaca; la diestra, por el contrario, apuntaba hacia el techo. Entre los resquicios de los dedos se distinguía un pequeño objeto.

—Tienes razón, aquí hay algo —constató Boillot aguzando la mirada. Se puso en cuclillas y rebuscó en su bolsillo hasta lograr extraer un par de finos guantes—. Es curioso, parece una piedra.

Quebrando la rigidez de las articulaciones, el forense forzó los dedos de uno en uno hasta abrirlos como los pétalos de una flor.

Lo que a Boillot le había parecido en primera instancia una piedra resultó ser un pedazo de papel estrujado. Al verlo, Claire Valéry no pudo evitar estremecerse. Una sacudida eléctrica recorrió su cuerpo, de pies a

cabeza, como un latigazo. Comprendió rápidamente. Todo se le antojó claro.

«¡Lo han vuelto a hacer!»

Daniel desplegó cuidadosamente la cuartilla y abrió los ojos con desmesura. Se calzó unas gafas y siguió con la mirada unas breves líneas escritas a mano, en impecable caligrafía inglesa.

—¿Qué dice ahí? —apremió Pitrel impaciente.

—Es, es una sentencia... —anunció.

—¿Una sentencia?

—Sí, una máxima filosófica —puntualizó Claire Valéry—. Esa gente siempre deja textos filosóficos cada vez que comete un asesinato. No imaginaba que este pudiera ser obra de ellos, pero parece que sí lo es. Lo han vuelto a hacer. Y eso significa, de forma inequívoca, que este hombre no es trigo limpio. Laurence Gourvest es una falsa identidad. Habrá que comprobarlo.

—¿Se puede saber de qué demonios están hablando!, ¿qué dice esa nota?

—Esta nota, muchacho, dice lo siguiente: «Llegará, ¡ay!, el día del hombre más despreciable: el hombre que ya no es capaz de despreciarse a sí mismo» —leyó Boillot—. Y el acrónimo S.T.T.L.

—¿Está firmada por alguien? —husmeó Pitrel.

—Sí, por un tal Friedrich Nietzsche, tal vez lo conozcas...

Jean-Louis enarcó las cejas y adoptó al punto una expresión sagaz y reconcentrada. A los pocos segundos parecía estar a punto de sacar humo por las orejas.

—El nombre me resulta muy familiar, pero no consigo ubicarlo, lo siento —adujo poco después, dándose por vencido.

—Pues deberías. Nietzsche dirigió una famosa escuela de pensadores sádicos, en Alemania. Tal vez alguien en tu chat de

depravados te pueda contar alguna cosa sobre él... —comentó en tono impertérrito Claire, cruzada de brazos—. Inventó algún que otro suplicio célebre, el muy cabrón. Podríamos denominarlo *nietzsching*. Consistía en vapulear el intelecto de los millones de esclavos sumisos y adocenados de nuestro mundo a fin de hacerlos abjurar de su esperpéntica moral judeocristiana, sus ideales platónicos, su romanticismo desafortunado y sus afanes de trascendencia *post mortem*. La verdad es que no dejó títere con cabeza. Se ensañó especialmente con la Iglesia. Según él, el auténtico cristianismo nació y murió con Jesucristo. Lo que siguió a continuación, decía, no fue más que un circo de vanidades, poder, ocultación y mentiras. Juraría que en el Vaticano aún celebran cada año el aniversario de su muerte...

Así avanzaba la inspectora en su explicación, Boillot trocaba su expresión

cáustica por una fina risilla de hiena.

—¡No sigas, Claire, déjalo! ¡Deja al muchacho en paz! —rogó conteniendo la sorna—. ¡Basta, basta, eres realmente cruel!

A Jean-Louis Pitrel no parecía sentarle demasiado bien el hecho de que sus dos compañeros se mofaran de su ignorancia. Permanecía retraído, sin saber cómo reaccionar.

Claire, de regreso a la contención, esbozó una sonrisa cautivadora y propinó una palmadita al joven en la espalda. Después, le zarandeó con afecto.

—Ya es suficiente. Anda, discúlpame. Ocurre que me lo has puesto tan a tiro que no he podido resistir la tentación de sacarle punta al asunto —se excusó.

—No importa, dejémoslo estar —aceptó él de mala gana—. ¿Quién ha dejado esa nota?, ¿a quién se refería usted cuando ha dicho que esto es cosa de ellos?

—Ellos, Pitrel, son unos viejos amigos. Alguien, en el departamento de investigación criminal, les bautizó, hace muchos años, como Le Club —se apresuró a aclarar la inspectora.

—¿Le Club, qué club?

—El Club de los Filósofos Asesinos.

—¡Joder! ¿Y las siglas, qué significan esas siglas tras la frase de Nietzsche?

—Son el acrónimo de la locución latina que grababan los romanos en sus tumbas —aclaró Boillot recogiendo sus cosas. Y al punto, con voz y raptó teatral, declamó—: *¡Sit tibi terra levis!*

—¡Que la tierra te sea leve! —tradujo la inspectora encaminándose hacia la puerta.

## CLOSING TIME

Henry Gaumont salió de París con la primera luz del día, mientras una copiosa nevada comenzaba a caer y la red viaria se convertía en un monumental caos. Apenas había dormido. Aferrado al volante como un ser sin alma, condujo hasta alcanzar la autopista. Tenía por delante cuatrocientos noventa kilómetros en dirección al Atlántico, atravesando Chartres, Le Mans, Angers y Nantes. La voz sobrecogedora de Tom Waits, cantando desde *Closing Time*, su insuperable ópera prima, parecía acompasarse con el descenso plácido de la lluvia cristalizada dispuesta a vendar con gasas limpias las heridas de un mundo absurdo.

Logró escuchar OU 55 con un nudo en la garganta, mordiéndose los labios y llenando su pecho de convicción. En las siguientes horas

iba a necesitarla toda. Hasta el último ápice. Pero la determinación que intentaba insuflarse no resistió, minutos más tarde, la terrible embestida emocional de «I Hope That I Don' Fall In Love With You» y «Martha». Sus ojos se fueron humedeciendo hasta que el llanto, que ya creía extinto, emergió una vez más.

Cuando ya Tom y su piano ebrio avanzaban dando tumbos en dirección a la resaca del amor, Henry extrajo el disco del reproductor y lo lanzó con furia contra la luneta posterior.

—¡Cállate, maldito hijo de puta, cállate!  
—gritó desahogado—. ¡Muérete, miserable bastardo, vete al infierno con tu piano y déjame solo!

Y en la perfecta soledad que propicia el silencio, con una dentellada en el estómago y el cerebro sedado por la nicotina, Henry atravesó la sábana blanca que se había extendido por todo el occidente de Francia hasta llegar a Vannes, en el departamento de



Morbihan, en Bretaña.

La lluvia y la humedad tomaban allí el relevo a la nieve, envolviendo con su halo fantasmagórico las formidables murallas de la ciudad. Torres, adarves y troneras asomaban parcialmente entre el dédalo de fachadas y tejados de moderna construcción, ceñidos como un anillo a la arquitectura medieval.

Entró en la población y dejó el coche a pocas calles de su casa, al borde del casco histórico.

Al ponerse la gabardina notó el peso de la automática en el amplio bolsillo derecho. Había decidido llevarla consigo en el último momento, temiendo que la meticulosa señora Guiscard se topara con ella al hacer la limpieza de su apartamento. Además, y de eso no le cabía la menor duda, la mujer era fisgona hasta lo enfermizo. Hubiera dado con ella por mucho que él se hubiera esforzado en ocultarla.

Se envolvió en una suave bufanda de lana

escocesa y recorrió la escasa distancia que le separaba del último acto de su particular drama. Las agujas de la catedral de Saint-Pierre de Vannes emergían entre el entramado de callejas que era la zona. El aire desapacible que llegaba del Atlántico transportaba en sus alas un familiar olor a salitre.

Un grupo de vecinos se resguardaba del aguacero bajo el soportal; parecían custodiar la entrada de la vivienda, de estilo bretón y suave color ocre. Entendió que sería inevitable saludarles.

Tai como temía, una mujer entrada en años le reconoció de inmediato.

—¿Henry? ¿Eres tú? —interpeló tomándole del brazo.

—Sí, hola...

—¿Sabes quién soy, hijo? ¿No me reconoces? ¡Es normal, hace mucho tiempo que no nos vemos!

—Claro que sé quién es usted, señora

Lagniez; no ha pasado tanto tiempo —replicó con desgana—; además, no ha cambiado usted en absoluto.

La señora Lagniez era la madre de Olivier, su mejor amigo de la infancia.

Tras mirarle durante unos segundos con ojos vidriosos, se abrazó a Henry Gaumont y rompió a llorar.

—¡Qué desgracia, Henry, no sabes cuánto lo siento! —exclamó—. Precisamente vine a ver a tu madre hace una semana. Tomamos café y hablamos de los tiempos en que todos corríais por estas calles. Ya ves, se ha ido sin avisar.

Henry asintió apesadumbrado.

—Gracias. No llore, se lo ruego. Dígame: ¿cómo está Olivier?

—¿Olivier? ¡Bien, muy bien! Ya sabes que se casó. Vive en Montreal. Él y su mujer esperan su segundo hijo, otro chico —contó enjugando el llanto—. Vino a vernos hace dos

navidades.

—Prométame que le dará muchos recuerdos de mi parte.

—Sí, lo haré, lo haré... ¡Ay, qué pena, Señor, qué pena!

—¿Sabe si mi hermana está en casa?

—Sí. Está atendiendo a la gente, con tu cuñado.

Henry penetró en el zaguán y subió por la escalera hasta la primera planta. Una docena de personas cuchicheaba en el comedor, a la derecha, al final de un amplio pasillo. Reconoció la silueta de Gisèle, recortada a contraluz en la salita posterior, sentada junto al ataúd.

—Hola, hermanita, he venido lo más rápido que he podido.

Gisèle se puso en pie, y entre gemidos fue a refugiarse en el pecho de su hermano. Se quedaron los dos un eterno minuto en silencio, entrelazados, sin intercambiar palabra alguna.

Henry, hundido, con la mirada clavada en el rostro de su madre, luchó por sepultar su emoción garganta abajo.

—¿Cómo ocurrió? —interpeló con voz mortecina.

—Fue ayer por la mañana, a eso de las diez y media. Después del desayuno encendí la chimenea y la dejé viendo la televisión. Me fui a la tienda, a ayudar a Gilles con la contabilidad —explicó entre sollozos—. La llamé más tarde, varias veces, y no me contestaba. Eso me extrañó mucho. El teléfono está al lado del sillón. Vine pasado el mediodía y la encontré...

—Tranquila, cariño, no llores, ya no tiene remedio ¿Qué ha dicho el médico?, ¿fue un infarto?

—El doctor Crozet cree que fue un derrame cerebral. Hace un mes le había hecho un electrocardiograma y su corazón funcionaba bien; también tenía la tensión bastante estable, ya sabes que se medicaba...

—Al menos no ha sufrido, eso ya es mucho.

—Ayer te telefoneé un montón de veces, pero no conseguí contactar contigo.

—Estuve prácticamente fuera todo el día, no llevaba el móvil.

Gisèle deshizo el abrazo que le mantenía unida a su hermano y se acercó al ataúd. Deslizó sus dedos por la frente de Marie Segall, viuda de Gaumont, que parecía estar sumida en un sueño beatífico, y atusó sus cabellos plateados.

—No me hago a la idea. Hace cuatro años, papá; ahora..., ahora ya estamos solos, Henry, ¡qué broma más cruel!, ¿verdad?

—Sí. Lo es. No hay compasión para nadie en este mundo.

—Mucha gente ha preguntado por ti. Ha venido hasta el alcalde. Ya sabes que papá y mamá tenían amistad vieja con él y con su familia. Deberías acercarte al salón y saludar a

todos. Gilles les está atendiendo.

Henry sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No se veía con ánimo de zambullirse en una catarsis de condolencias y reencuentros, en un océano de sentimientos desaforados. Emocionalmente apenas se mantenía a flote, en el centro de una desvencijada almadía, con una vela hecha jirones, soportando el embate de una tempestad inclemente que amenazaba con mandarlo a pique. De hecho, en todas las ocasiones en que había regresado a Vannes, a lo largo de los años, había procurado eludir los encontronazos sorprendidos con su pasado. En su situación, afrontarlo por entero, y de golpe, se le antojaba imposible.

—Dime, Gisèle, ¿cuál es el plan?, ¿qué sigue ahora? —indagó.

—¿Ahora?, pues no lo sé. A última hora de la tarde llevarán el féretro a la catedral. Ya sabes que mamá era muy devota de san Vicente Ferrer. Mañana por la mañana se oficiará el

funeral, y a mediodía la enterraremos.

Henry sonrió levemente. La casa familiar estaba llena de imágenes de san Vicente Ferrer, el dominico español. Alzaba su dedo índice en figuras de escayola coloreada, y también en las añejas tablas de madera repartidas por los pasillos, tal como hacía cada vez que obraba uno de sus milagros. Lo azaroso de su vida le llevó a morir en Vannes, tras predicar por toda Francia. Recordó que en su infancia había visitado su sepulcro en innumerables ocasiones cada vez que acudía a la basílica con su madre. Ella siempre encendía una vela.

—Escucha, Gisèle, necesito que me ahorres esto. Hazlo por mí. No me encuentro demasiado bien, no me preguntes ahora —rogó—. Necesito estar solo. Ya saludaré mañana a todos los amigos y vecinos.

—Como quieras, ¿qué vas a hacer?

—Aislarme unas horas. Cenaremos juntos en tu casa esta noche. Si me necesitas, estaré



arriba, en la buhardilla.

Gisèle no quiso indagar en el ánimo de su hermano. Conocía con detalle la situación por la que estaba atravesando. Prendió un beso en su rostro y fue a reunirse cabizbaja con su marido y con los allegados que iban sumándose al duelo hasta abarrotar la parte delantera de la casa. Henry, por su parte, escaló como un fantasma evanescente hasta el piso superior.

Al penetrar en su habitación, el universo de objetos de su adolescencia y juventud se desplegó ante sus ojos como un abanico. Cada uno de ellos traía a colación una circunstancia, un momento feliz, una imagen de un tiempo que ya no existía. Cerró la puerta con cuidado, asegurándose de que el mundo exterior quedaba contenido a lo lejos.

Hasta donde lograba recordar, nada había cambiado en esa estancia; todo estaba en su lugar, como una galería de incombustibles arquetipos fundacionales. Solo una pátina de

polvo y tiempo, que parecía poder ser aventada de un soplo, enturbiaba la visión nítida de su propia vida. Con un nudo en la garganta, agradeció el hecho de que sus padres hubieran decidido mantener su madriguera tal como él la dejó, cuando a los diecinueve años se trasladó a París. En la capital había compartido piso y estudios universitarios con algunos buenos amigos de Vannes, cerrando la puerta a una arboleda perdida que siempre había añorado.

Deslizó los dedos por los estantes, acariciando a su paso los lomos de la colección «Que sais-je?», publicada por las Imprentas Universitarias de Francia. Había al menos doscientos de esos viejos títulos de divulgación. Su padre, que jamás los leyó, los compraba ocasionalmente; primero para él, luego para Gisèle, en el deseo de que su estudio empujara a sus vástagos más allá de los límites que a él le habían mantenido atado de por vida a un taller mecánico.

El mejor taller de Vannes, pero un taller al fin y al cabo.

«Léelos, Henry, seguro que te ayudarán a prosperar —solía repetirle—. ¿Quieres acabar con las manos llenas de grasa como yo? ¡Vamos, lee, maldita sea!»

Y Henry los leyó. Casi todos..., pero ¿de qué le había servido tanto libro y el haber cursado dos carreras?, ¿qué había sacado en claro de toda la historia del arte y la literatura que le sirviera para capear los vendavales de la vida? Muy poco. O nada. En esos momentos tenía claro que la felicidad es un pájaro esquivo que no se posa en rama alguna, incluidas las del saber. Más bien al contrario. Desde cierta óptica —y eso lo había meditado en más de una ocasión—, la cultura le había hecho frágil y vulnerable, sensible en exceso. Gisèle, por el contrario, no había seguido sus pasos, no había querido proseguir con sus estudios más allá de la enseñanza secundaria. Tras unos años de

noviazgo terminó casándose con Gilles, un hombre afable, sin ningún afán intelectual, electricista. Y los dos llevaban una vida sin estridencias ni excesivos sobresaltos.

¿No era eso infinitamente mejor?

Sus ojos se posaron, al punto, en las viejas maquetas que había construido con la ayuda de su padre: una goleta y un avión biplano de la Primera Guerra Mundial, y también en el gran globo terráqueo culpable de empequeñecer progresivamente un mundo que él había llegado a considerar descomunal en sus sueños.

Levantó la tapa de su viejo y trotado tocadiscos monoaural y se preguntó si aún funcionaría después de tantos años.

Funcionaba. Echó un vistazo a la aguja y sopló, barriendo el olvido.

Repasó entonces su colección de discos, una larga relación de sencillos y álbumes de larga duración. Así los examinaba, iban emergiendo los rostros descoloridos de

Johnny Hallyday, Jane Birkin, Sacha Distel  
Michel Fugain, Gilbert Montagné y muchos  
más.

Se quedó encandilado mirando las  
facciones perfectas de una jovencísima  
Françoise Hardy, a la que siempre había  
adorado, y no pudo evitar tararear con añoranza  
aquella canción que su madre solía cantar  
mientras preparaba la comida...

Tous les garçons et les filles de  
mon âge  
Se promènent dans la rue deux  
par deux.  
Tous les garçons et les filles de  
mon âge  
Savent bien ce que c'est qu'être  
heureux.

Et les yeux dans les yeux, et la  
main dans la main

Ils s'en vont amoureux, sans  
peur du lendemain  
Oui mais moi, je vais seule, par  
les rues, l'âme en peine  
Oui mais moi, je vais seule, car  
personne ne m'aime.

Tras vacilar durante unos segundos, terminó dejando que el *pick-up* se posara en los surcos del maravilloso álbum en que Jean Ferrat cantó poemas del eterno Louis Aragón. Las canciones de Ferrat, junto a otras de Moustaki, Brasens, Brel y Ferré, habían sido la banda sonora de sus primeros años de universidad, a comienzos de los ochenta. Miriam, la que había sido su esposa, las odiaba. Dejaron de sonar cuando ella apareció en su vida.

«Demasiado romántico, demasiado político», solía zanjar con desdén.

De súbito, cuando la voz grave y

aterciopelada del irrepentible *chanteur* inundaba el ambiente, los ojos de Henry se abrieron con desmesura. El acceso a una cripta cerrada, oculta en algún rincón de su memoria, se abrió de improviso, de par en par.

«¡La caja! —recordó sobresaltado—. ¿Dónde dejé la caja?»

Se puso a buscar por toda la estancia invadido por un súbito afán. Miró en el altillo del desvencijado armario, en los cajones del secreter, y también en una vieja cómoda que sus padres habían colocado en un rincón del cuarto porque molestaba en su emplazamiento original.

Nada. Ni rastro. Seguramente la caja había terminado en la basura, muchos años atrás, como tantas otras cosas inservibles. De hecho, él había pasado media vida sin recordar su existencia.

Se sentó en una esquina de la cama intentando enhebrar sus recuerdos, pero eran

muy vagos, apenas adquirirían concreción. Llegó a la conclusión de que él jamás habría aceptado desprenderse de su mayor tesoro. Imposible. Debía estar en algún sitio. Volvió a remirar de principio a fin. Finalmente, cuando ya se daba por vencido, reparó en que solía guardar muchas cosas en un par de viejas arquetas que su madre siempre empujaba bajo la cama al hacer la limpieza.

«¡Sí, maldita sea, ahí están!», comprobó mientras el corazón le daba un vuelco en el centro del pecho.

Las arrastró hasta el centro de la habitación. Abrió la primera. Estaba llena de viejas fotos y postales, revistas, su primera cámara fotográfica, y un sinfín de objetos de la más diversa índole. Con evidente temblor procedió a abrir la segunda, algo mayor.

La caja estaba allí. Cuadrada, metálica, de unos veinticinco centímetros de lado, con un desleído dibujo de las chocolatinas que en su



día contuvo; bombones que elaboraba *monsieur* Monbillard, el mejor repostero de Vannes.

La tomó entre sus manos y la depositó sobre la cama. Al punto, con un temblor de impaciencia en los dedos, retiró la tapa. Sí, ahí estaban. Más de un centenar. De todos los tamaños, colores y materiales. Los extendió sobre la colcha y recordó el origen de muchos de ellos. Era el gran botín que Olivier y él habían logrado reunir a los doce años. El fruto de innumerables Victorias debidas a la audacia y al arrojo.

Una hora más tarde, cuando entendió que la casa estaba vacía, descendió y se despidió de su madre.

—Te quiero. Lo sabes. No tardaré en reunirme contigo... —murmuró.

## LA GUERRA DE LOS BOTONES

Al día siguiente, las exequias de Marie Segall congregaron a tantos vecinos que la basílica de Vannes parecía no poder acogerlos a todos. Henry y Gisèle soportaron con estoicismo el interminable desfile de condolencias y pésames a la entrada del nártex; después, de forma íntima, acompañados por los familiares más próximos, presidieron el sepelio en el cementerio municipal.

Henry había planeado regresar a París tras el entierro, pero su hermana insistió en que debían comer juntos, revisar algunos papeles y descansar un poco.

La primera parte de la comida transcurrió en un silencio apesadumbrado. Ni siquiera el

pequeño Louis, el hijo de Gilles y Gisèle, de unos diez años, parecía estar para bromas. Era la primera vez que le veía el rostro a la muerte y el vislumbre le había dejado sinceramente impresionado.

—¿Por qué no te quedas en Vannes, Henry? —espetó Gisèle sorprendidamente mientras depositaba en el centro de la mesa una bandeja de carne estofada.

—¿Volver a Vannes?

—Sí.

—¿Para qué?

—Tienes casa en la que vivir. Y con Gilles habíamos hablado...

—¿De qué habéis hablado?

—No te faltaría trabajo —aseguró—. Nuestro negocio, a pesar de la crisis económica, funciona muy bien.

—¡Tuberías, calderas e instalaciones eléctricas no saben lo que es la recesión! —afirmó jocoso Gilles, alargando el plato—.

Nadie quiere estar sin luz, ni pasar frío, ni dejar de cocinar.

Henry negó entre desconcertado y divertido.

—Yo no sé ni sustituir un enchufe, cuñado. No, gracias, te lo agradezco, pero no es lo mío —adujo—. Además, estoy pendiente de un trabajo...

—¿Te han hecho alguna oferta? —inquirió Gisèle—. Hace unas semanas me decías que el panorama estaba muy negro.

—Y lo está. No es fácil reubicarse en mi profesión en estos momentos, pero tengo alguna idea que podría funcionar. Ya te lo explicaré más adelante.

Gisèle asintió. Tras cruzar una mirada fugaz con su marido, puso sobre la mesa otra propuesta.

—Imagino que después de todo lo que te ha sucedido necesitarás dinero —comentó distraída—. Mamá no ha dejado más que unos

pocos miles de euros, ya sabes que vivía de la pensión, pero Baussant, el constructor, lleva mucho tiempo insistiendo en comprar la casa de papá y mamá. Está dispuesto a pagar por ella. Eso supondría un alivio para ti...

Henry dejó de comer al escuchar eso. Depositó los cubiertos a un lado y encaró perplejo a su hermana.

—¿Baussant? ¿Pascal Baussant?

—Sí, Pascal, ¿no le recuerdas? —preguntó ella al tiempo que escanciaba vino en las copas—. Le conoces perfectamente. Fuisteis juntos a la escuela y al instituto. La mitad de las viviendas y locales del extrarradio de Vannes las ha construido él.

—¡Maldito cabronazo! ¡Así Dios le confunda, a él y a todos los de su ralea! —repuso Henry sulfurado, propinando una brusca palmada en la mesa—. Son toda una pandilla de sinvergüenzas, capaces de levantar un edificio de aluminio al lado de la catedral, o de la

muralla, con tal de enriquecerse. No saben lo que es la dignidad, ni la decencia, ni la sobriedad. ¡Claro que recuerdo a Baussant! Hace treinta años, Olivier y yo le arrancamos todos los botones del abrigo. ¡Por Dios y la Virgen que nos equivocamos, deberíamos haberle cortado los testículos!

—Henry, por favor, te ruego que no hables así —reprochó Gisèle haciendo que su hermano reparara en la presencia de su sobrino.

—Es cierto. Lo siento. Disculpadme. Los de su calaña me dan náuseas.

Al oír eso, Louis, que hasta el momento se había mantenido ajeno a la conversación de los mayores dando buena cuenta de su plato, intervino.

—¿Por qué le arrancaste los botones a Baussant, tío Henry?

Henry soltó una gruesa carcajada. Tan espontánea que él mismo se quedó sorprendido. No recordaba haber reído en

mucho tiempo. Se reprimió al pensar que no era momento para la hilaridad.

—¿No le disteis al niño aquella película que compré para él hace dos años, en Navidad? —preguntó extrañado.

Su hermana y su cuñado pusieron cara de circunstancias.

—No. No se la dimos —se excusó Gilles—. Verás, Henry, tu hermana y yo decidimos que esa vieja película no es adecuada para él. Esa Francia ya no existe. Recuerda: en esa película los padres calientan el trasero a sus hijos cuando la hacen gorda. Y los niños se ponen las botas atizándose unos a otros.

—¿De qué película estáis hablando? —husmeó Louis perspicaz, consciente de que le habían ocultado algo de suma importancia—. ¡Yo quiero verla!

—Esa película es una joya. Y tiene un premio a la mejor película del año 62 —gruñó Henry molesto—. Sí, es verdad, no es

políticamente correcta, pero nadie debería dejar de verla.

Un silencio molesto flotó en el ambiente durante unos instantes. Gisèle, intuyendo lo que seguiría a continuación, se levantó alegando tener que preparar los postres. Henry, entonces, se arrellanó contra el respaldo de la silla y encaró con complicidad a su sobrino, que le miraba expectante.

—Verás, Louis. En 1962 se estrenó una película fantástica, aunque te advierto que es en blanco y negro y no tiene efectos especiales...

—No me importa, también me gustan. He visto más de una.

—Muy bien. Esa película, llamada *La guerra de los botones*, fue un éxito absoluto —explicó Henry—. En ella se cuenta la guerra que los niños de Longeverne y Velrans, dos pequeños pueblos muy próximos el uno del otro, libraron durante un tiempo. Ocurre que estaban enemistados y se la tenían jurada.



—Ya. Yo también se la tengo jurada a dos de mi colegio. No paran de chincharme y de poner a todos en mi contra. Les odio —aseguró el pequeño con voz agria.

—Entiendo. Entonces espera, porque esto te va a gustar. Un día, al salir de la escuela, los chavales de Longeverne decidieron ir a por los de Velrans, con tirachinas, espadas de madera y cañas. Se atizaron a base de bien unos y otros. Y a partir de ese momento, cada tarde, tras las clases, se buscaban y se desafiaban en un arenal, en el bosque. Se declararon la guerra. No era nada grave ni sangriento; simplemente se zurraban un poco. Todo se limitaba a unos cuantos forcejeos y algunos buenos revolcones; después regresaban a sus casas, donde sus padres les pegaban, pero esta vez, de verdad.

—¿Por qué?

—Pues porque siempre volvían con los tirantes rotos, los ojales cortados, los

cordones de los zapatos arrancados, y sin botones en chaquetas y camisas. Tal vez hayas visto alguna película en la que a un soldado le quitan los galones o los distintivos, ¿no?, eso se llama degradar.

—Creo que sí...

—Pues ellos cortaban los botones a sus enemigos para deshonrarlos. Los vencidos volvían a sus casas con los pantalones en los tobillos. Los botones eran su botín de guerra.

—¡Genial!

—Cuando mi amigo Olivier y yo vimos esa película, decidimos hacer lo mismo aquí, en Vannes. Había muchos repelentes en aquella época, te lo aseguro. Espera, te enseñaré algo.

Henry se levantó y caminó hasta el recibidor de la casa, donde había dejado sus cosas. Regresó ufano, portando su caja metálica. La abrió ante los ojos maravillados de Louis.

—Estas fueron todas nuestras Victorias

—aseguró removiendo el contenido.

El niño hundió sus manos en aquel mar de botones. Los había de nácar, carey, hueso, madera y metal.

Gilles, que había escuchado la historia con expresión torcida, aprovechó la irrupción de su esposa en la sala para reconvenir abiertamente a su cuñado.

—Estarás orgulloso, Henry, ¡ya solo nos faltaría que Louis decidiera imitarte y meterse en líos! —reprochó.

—A veces pienso que no has crecido, Henry, que sigues siendo un eterno adolescente —añadió Gisèle haciendo espacio a una bandeja de galletas y bizcochos—. ¿Qué didáctica, qué conclusión positiva, qué lección crees tú que se puede extraer de esa película?

Henry cerró la caja y esbozó una sonrisa amarga.

—Ayer, cuando encontré la caja en mi habitación, pensé que en todas esas chiquilladas

que hacíamos existía un sentido de la dignidad y del honor, un espíritu de camaradería y solidaridad —argumentó en voz pausada, mortalmente serio—. Cuando alguien nos atacaba, se burlaba de nosotros, nos acusaba, o perjudicaba, íbamos a por él. Le propinábamos un par de bofetones y le arrancábamos los botones. De algún modo nos rebelábamos contra todo lo que nos parecía sucio e injusto. Después, al crecer y aceptar que el mundo es como es y que no tiene remedio, dejamos de revolvernos contra lo que está mal y no nos gusta, contra todo aquello que es ofensivo e intolerable, y nos acostumbramos a ser agredidos y maltratados, y a que nos arrancasen los botones del alma, uno por uno, en una vida anodina, exenta de valor.

—¡Oh, vamos, no sabes lo que dices! —reprobó Gisèle—. Hablas al calor de todo lo que te ha ocurrido, no eres objetivo en absoluto.

—Sé muy bien lo que digo, hermanita. Todos acabamos siendo unos corderos aquiescentes, dispuestos a ir al matadero, comulgando día tras día con ruedas de molino, dejándonos vapulear —replicó Henry vehemente—. ¿Es que no lo veis? Nos mienten los políticos; admitimos que nos roben los banqueros; que nos traicionen los amigos; que nos la jueguen en el mundo profesional, incluso en el familiar; aceptamos leyes y órdenes ilógicas, sufrimos la incompetencia y la ambición de otros, nos dejamos manipular. Y hemos perdido el don de llamar a las cosas por su verdadero nombre, sin eufemismos. Las calles están llenas de miseria, de drogas, de gente abandonada a su suerte, de mafias. Y todo aquello que considerábamos sagrado es profanado de manera sistemática sin que nadie mueva un dedo. Por eso no quiero que ese miserable de Baussant se quede con la propiedad de nuestros padres. No os

preocupéis por mí, no voy a necesitar dinero en el futuro. Conservad la casa. La podéis alquilar al ayuntamiento por unos años. Sería magnífica como centro de acogida, o residencia de día para ancianos. Solo habría que recuperar el jardín trasero, la verdad es que está muy abandonado...

—Muy bien, como quieras... —aceptó Gisèle—. Veremos qué se puede hacer.

Henry se levantó. No tenía deseos de prolongar la conversación.

—Me voy, ya casi es de noche y tengo mucho camino por delante.

Se despidió de Louis. Le alzó en brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Escucha: no dejes que nadie te maltrate nunca. Si te la juegan, arráncales los botones —deslizó en su oído.

—¡Lo haré! —aseguró el chaval con la determinación brillando en los ojos.

Gisèle decidió acompañar a Henry hasta

el coche en el último momento. Se cubrió con un echarpe y caminó a su lado, encogida por el frío.

—Escucha, Henry, me parece bien que no vendamos la casa familiar... —dijo tras recorrer un trecho en silencio—, pero no lo niegues: vas a necesitar dinero. Tu situación no es tan buena como para rehusarlo, y el subsidio no durará siempre. Pondré a la venta los dos terrenos de las afueras. Hemos recibido más de una oferta por ellos. Eso te permitirá mantenerte unos años holgadamente mientras las cosas se van arreglando, ¿te parece?

Henry se detuvo junto a su vehículo y abrazó a Gisèle, emocionado e incómodo a la vez por la preocupación que el mal momento por el que atravesaba suscitaba en todos.

—Te quiero mucho, ya lo sabes. Lo que hagas me parecerá bien... —aceptó.

—Llámanos cuando llegues a París. Conduce con prudencia, puede haber hielo —

recomendó ella cuando él ya ponía el motor en marcha.

—No correré. Tranquila.

—Y...

—¿Sí?

—No, es igual, nada...

—Vamos, dime lo que quieras decirme —  
apremió Henry calzando la primera.

—Me gustaría volver a recuperar a ese Henry bondadoso y feliz al que adoro. La verdad es que últimamente me cuesta mucho reconocerte.

—Te entiendo perfectamente. A mí me pasa lo mismo.

Incumpliendo lo prometido, Henry Gaumont pisó a fondo el acelerador. La carretera estaba despejada. Las máquinas quitanieves habían hecho bien su trabajo. En poco más de dos horas había recorrido casi dos tercios del trayecto. Tras rebasar Chartres, el indicador luminoso del nivel de gasolina



comenzó a parpadear. El publicista se detuvo en una gasolinera en la que ya había hecho alto en otras ocasiones. Tras llenar el depósito, decidió estirar las piernas durante unos minutos. El cielo nocturno era de un intenso color azabache; las nubes se habían desgarrado en jirones, revelando un insondable lienzo salpicado de estrellas, tan gélido como acogedor.

Decidió entrar en la pequeña cafetería del área antes de reemprender camino. El cuerpo le pedía a gritos algo caliente.

El establecimiento estaba prácticamente desierto. Una pareja sentada en la barra conversaba tranquilamente. Parecían un par de tortolitos de regreso de un fin de semana idílico. En una mesa algo apartada, junto a la pared, dos hombres consumían unas cervezas y seguían con absoluta atención las incidencias de un partido de fútbol en la televisión.

El dueño del local, un tipo grueso con el

trapo al hombro, se entretenía en levantar un muro de tazas limpias sobre la cafetera. Al ver a Henry acomodarse en uno de los taburetes, le encaró con la guasa en los labios.

—Una paliza...

—¿Cómo?

—Tres a uno. El Niza está machacando al París Saint-Germain, ¡tres a uno! —recalcó—. Así no iremos a ninguna parte. Están jugando fatal.

—¡Ah, ya!

—Bueno, ¿qué va a ser?

—Un café. Bien cargado. Y muy caliente.

—Eso está hecho.

—¿Puedo fumar?

—Está prohibido, pero hágalo. Yo también fumo cuando esto está medio vacío. Hace demasiado frío para ir a echar el pitillo fuera —confesó en tono cómplice.

Echando un rápido vistazo al lugar, puso un cenicero delante de sus narices.

Henry se abstraigo en los caprichosos dibujos del humo en el aire. Se quedó durante unos intensos segundos alelado, ajeno a la realidad, pensando en lo que había dejado atrás, en Vannes, y en todo lo que debería resolver así llegara a París. Se preguntó si tendría valor para hacer todo cuanto había jurado hacer. Como un autómatas vertió el azúcar en el café y se llevó la taza a los labios.

En ese preciso instante se escuchó el sonido familiar de un coche al detenerse. Llegó a buena velocidad y frenó bruscamente delante de la puerta de la cafetería. Acto seguido, bajaron tres hombres. Dos de ellos entraron en el local, mientras el tercero se quedaba al pie de las escaleras de acceso mirando a izquierda y a derecha, con el motor en marcha.

—Esto tiene mala pinta... —susurró el propietario en voz queda al entender que la precipitada irrupción de los desconocidos no auguraba nada bueno.

Acodado en la barra, Henry les miró de soslayo, con desgana, pero no tardó en darse cuenta de que el hombre estaba en lo cierto: tenían todo el aspecto de ser gente de baja estofa. Llevaban el cuello de los abrigos alzado. Su mirada infundía intranquilidad. Ambos eran de piel muy blanca, no excesivamente altos, de complejión fuerte; seguramente caucásicos, de algún país del Este.

El que había entrado en primer lugar empuñó al instante una automática. La blandió para que todos la pudieran ver. Después apuntó en todas direcciones, como si la cafetería estuviera abarrotada.

—¡Todos quietos, que nadie se mueva y aquí no pasará nada! —gritó nervioso.

Mientras se encaminaba en dirección al encargado, el que le guardaba las espaldas se detuvo junto a la pareja de enamorados sentados al principio de la barra. Sacó una

navaja y la colocó en el cuello de la mujer. Henry se fijó en su rostro. Era joven y parecía asustado. Tal vez lo que estaba haciendo, lo hacía por vez primera.

—¡Vamos, quiero todo el dinero, carteras, relojes, anillos y cadenas!, ¡no lo voy a repetir, hagan lo que les digo y esto se acabará en menos de un minuto! —insistió el que llevaba la voz cantante—. ¡Y tú, venga, mueve el culo y vacía la caja!

Aupándose en el reposapiés de la barra, encañonó al camarero con crispación y le tendió una bolsa de plástico.

—¡Tranquilo, por el amor de Dios, no me apunte, se lo suplico, no haga ninguna tontería! —se apresuró a decir el dueño del establecimiento tragando saliva—. Le daré todo lo que hay, pero no dispare.

—Así me gusta. Pórtate bien y todo saldrá bien. ¡Vamos, rápido, pon los billetes en la bolsa! —exigió—. ¡Y también las monedas!

Henry Gaumont depositó la taza en el plato. Respiró con ansiedad, como si el aire no le llenara el pecho. Su corazón latía con extraordinaria violencia. De forma instintiva, lentamente, se llevó la mano al bolsillo derecho de la gabardina. Sus dedos reconocieron las formas suaves de la pistola. Con un preciso movimiento del pulgar quitó el seguro del arma y acarició el gatillo.

—¡Y tú, a qué estás esperando! —le increpó el matón al reparar en lo insidioso de su mirada—. ¿No me has oído? ¡No te hagas el tonto, esto también va contigo, saca lo que lleves y ponlo sobre el mostrador!

Henry asintió levemente. La totalidad de su cuerpo tembló como una hoja zarandeada por el viento. El muy cabrón sabía cómo infundir pánico; tenía una profunda cicatriz en la ceja derecha y una nariz de púgil, chafada, más torturada que la de Jean-Paul Belmondo. Seguramente llevaba toda la vida de trifulca en

trifulca.

—Sí, sí, ya voy... —balbuceó.

Sin entretenerse, consciente de que le iba la vida en ello, el camarero vació toda la recaudación del día en la bolsa y la dejó sobre el mármol. El matón la recogió con una mueca complacida, y, girando una vez más sobre sus talones, enfrentó a Henry nuevamente.

—¿Estás sordo, imbécil, no has entendido nada de lo que te he dicho? —voceó desabrido—. ¡Vamos, dame la cartera, quítate el reloj, no lo repetiré! —Y rubricó su exigencia propinando en la frente de Henry un golpe seco y contundente con la culata del arma.

A pesar de que el cerebro de Henry emitía una orden imperativa, la señal se perdía en algún punto de su sistema nervioso. Parecía haberse quedado petrificado bajo la influencia de un poderoso hechizo, incapaz de mover un solo músculo. Ni siquiera parpadeó cuando el malhechor, harto de esperar, le clavó con saña

la automática entre las cejas y le obligó a alzar el rostro.

Curiosamente, en ese momento dramático, Henry solo veía una cosa.

Un objeto redondo, metálico, brillando sobre un fondo de raído paño azul, anulaba su voluntad como el péndulo de un hipnotizador.

En una fracción de segundo fuera del tiempo ordinario, espesa como la melaza, Henry Gaumont supo que no regresaría a París esa noche, que no liquidaría a ese cerdo de Léopold Leveque, ni dispondría de tiempo añadido para vengarse de la infame Miriam Fournier.

Tampoco debería volarse la tapa de los sesos en el epílogo del drama.

«No importa. Todo está bien, Henry. Déjalo así. Déjalo ahora. Ahora.»

De vuelta a la realidad, un brillo feroz iluminó sus pupilas al tiempo que en sus labios se perfilaba una sonrisa trágica.



Con un movimiento impredecible, rápido como un zarpazo, arrancó el botón plateado del abrigo de aquel malnacido. Al punto, recreándose en la expresión perpleja del agresor, abrió fuego a través del bolsillo de la gabardina.

Disparó dos veces. A quemarropa.

El matón, atravesado de parte a parte, se tambaleó. Pugnó durante un instante por aferrarse a la barra, pero sus rodillas cedieron como los cimientos de un edificio dinamitado. Antes de desplomarse, disparó a su vez.

Henry cayó de espaldas, con extraordinaria violencia. Sintió el tremendo topetazo de su cuerpo al impactar contra las losas del suelo, el crujir de sus huesos al quebrarse y el acceso de sangre en la boca.

En pocos segundos, el mundo se disolvió en un amasijo de colores extraños.

Después, la oscuridad avanzó, cubriéndolo todo por completo.

## EL PESO DEL FRACASO

Claire Valéry revisó por enésima vez la docena de imágenes que había seleccionado de entre el centenar largo que el servicio fotográfico de la policía le había proporcionado a primera hora del día. Escogió por fin una de ellas: un plano medio de Laurence Gourvest, desplomado en la butaca que le había servido de cadalso, y la fue a clavar en el mural que revestía una de las paredes de su despacho.

Permaneció durante un par de minutos cruzada de brazos frente a esa galería de estrepitosos fracasos. Lo cierto es que costaba posar la vista en algún punto. Toda la superficie estaba abarrotada de docenas de retratos, mapas, notas escritas sobre cualquier fragmento de papel, máximas filosóficas,

recortes de textos forenses, páginas de periódicos y un sinfín de observaciones que ella misma había ido consignando en un lateral del panel.

Al pie del tablón, descansando sobre un largo mueble negro de puertas correderas, se alineaban en perfecta formación más de una docena de archivadores numerados en el lomo. En todos aparecía rotulado, en mayúsculas y en vertical, Le Club.

Suspiró con desasosiego, maldiciendo la hora en que aceptó hacerse cargo de los expedientes que ya habían traído de cabeza a su predecesor en el cargo, el inspector Émile Gaudin. Al instante, le imaginó jubilado, sin afeitarse, retirado en su casa en las afueras de Burdeos. Era un hombre encantador. Y muy guasón. Cada año solía enviarle un par de postales o fotografías que él mismo tomaba. Llegaban poco antes de las vacaciones de verano, y en los días previos a las fiestas

navideñas. En todas ellas hacía referencia a la delicia que supone cambiar crímenes por ostras y estafas por buenos reservas.

Como si lo viera: Gaudin descorchó la mejor de las botellas de su bodega el día en que supo que no debería ocuparse en lo que le restara de vida de ese maldito galimatías.

Le Club. La pesadilla de cualquier investigador.

Un sonido apagado, que recordaba al del sonar de un submarino, sacó a Claire de sus pensamientos. Acababa de recibir un correo. Echó un vistazo a la bandeja de entrada del programa en el portátil y se encontró con un mensaje de Benoît Lauzier, su superior. Lo mandaba desde el otro extremo de la planta. Desde donde ella estaba, a través de la persianilla, podía ver su despacho, o mejor dicho, su pecera de cristal, más allá del laberinto imposible que eran las mesas de detectives, analistas y personal especializado

del departamento criminal.

Lo abrió. Eran solo un par de líneas.

Buenos días. Tengo algo para ti.  
Pasaré a verte antes de las doce.  
Benoît

La inspectora blasfemó entre dientes. Lauzier siempre le complicaba la vida. Cada una de sus llamadas, notas o visitas le suponía a ella un nuevo dolor de cabeza. Era un verdadero maestro en el arte de escabullirse entre las bambalinas antes de verse implicado en cualquier asunto. Solía presentarse, grave y ceremonioso, exponía los hechos, con voz pausada, y se retiraba dejando invariablemente el cadáver sobre la mesa para que lo embalsamara otro, propinando, en la retirada, una palmadita afable en el omóplato del beneficiario. En el libro de normas para altos cargos, a ese proceder de manos limpias le

llamaban saber delegar, requisito fundamental para vivir bien, estando en todas partes y en ninguna, y medrar hasta el techo de la incompetencia personal, o lo que es lo mismo: hasta ocupar la butaca de jefe de departamento. Benoît, que se ceñía al manual al pie de la letra, se pasaba la mitad del tiempo despachando a puerta cerrada con Frédéric Péchenard, el director general de la Policía de París, y la otra mitad devanándose los sesos con «Les mots croisés», de Philippe Dupuis, en la página de pasatiempos de *Le Monde*; crucigramas que, gracias al cielo, casi nunca lograba completar; vergonzosa derrota intelectual que permitía que Claire se riera por lo bajo y se ratificara en su opinión de que la cultura rara vez adorna a un superior.

Un maldito tecnócrata, en resumidas cuentas. Ni siquiera policía de carrera.

El golpear de unos nudillos en la puerta precedió a la irrupción de Jean-Louis Pitrel

Asomó eufórico.

—¡Buenos días, inspectora, magnífico día!  
—aseguró con la satisfacción estampada en el rostro.

—¿Magnífico? ¡Bueno, dejémoslo estar!, ¿qué tiene de magnífico? —replicó en tono desencantado—. Está claro que Paul Simon tiene razón cuando dice eso de «One man's ceiling is another man's floor...».

—¿Paul Simon?, ¿uno de sus filósofos?

—Sí, uno bastante personal.

—¡Ah, ya! ¿Y qué quiere decir exactamente con esa frase?

—Que sobre las espaldas cansadas de muchos se yergue el júbilo indecente de unos pocos... —repuso cáustica—. Anda, siéntate y alégame el día. Te compro lo que me quieras vender. No seré muy exigente.

Pitrel se acodó en la mesa y depositó un disco y una fotografía.

—Mire bien a este tipo. ¿No le recuerda a

nadie?

Claire tomó el retrato y frunció el ceño. El hombre en cuestión le resultaba familiar. Era de rostro orondo. Llevaba una barba rala, algo más poblada en la zona del mentón, y un bigotito fino, bastante ridículo. Los ojos, ligeramente saltones, constituían la mejor de las referencias de las que disponía en su archivo mental. Recordaba a unos cuantos indeseables de primera división con ojos de sapo.

—¿Aún no?

—No lo sé. No estoy segura...

—Fíjese, inspectora: es Laurence Gourvest, nuestro masoquista favorito —reveló el ayudante tomando una de las fotos del cadáver que Claire tenía sobre su mesa y colocándola al lado del retrato frontal que él había conseguido.

—Es cierto. Es él. Aunque está muy cambiado.



—Laurence Gourvest, nuestro empresario, es, en realidad, Ives Givry. Con un largo historial criminal. Atracos, asesinatos y extorsión; casi siempre asuntos vinculados con el tráfico de drogas. Aunque poseíamos mucha información sobre él, incluso algunas fotos, jamás le pudimos echar el guante. Era escurridizo como una anguila. Los de estupefacientes le siguieron la pista durante bastante tiempo y fueron estrechando el cerco a su alrededor. Estaban a punto de cazarlo con las manos en la masa cuando se evaporó sin dejar rastro. Nada de él se ha sabido desde el año 2004. ¡Se volatilizó!

—¡El muy cabrón se sometió a una operación de cirugía facial! —exclamó Claire admirada, sin despegar la vista de las fotos—. ¿Cómo demonios lo has sabido?

Jean-Louis carraspeó y estiró el cuello, como un pavo real.

—Jamás hubiéramos podido relacionar a

nuestro falso Gourvest con Givry. En su expediente no constan sus huellas dactilares. Su amigo, Daniel Boillot, proporcionó la clave. Ese forense no tiene precio. Ayer, en la morgue, en un examen mucho más detenido, bajo los focos, reparó en unas mínimas cicatrices en los pómulos, el mentón y las sienes, bajo el cabello, y me lo comunicó. Los especialistas en fisonomía, con su programita mágico, han hecho el resto en unas pocas horas. Aumentaron pómulos y barbilla, quitaron aquí y pusieron allá. Y luego hicieron todo lo que les pedí: combinaciones con patillas, con bigote, con barba... *et voilà!*

—¡Joder!

La inspectora se retrajo sobre el respaldo de su butaca. Cruzó los dedos sobre el regazo. Pitrel era sencillamente admirable.

—Eres muy bueno, Jean-Louis. Bueno y resolutivo —murmuró asombrada—. Y vas como una moto. Ojalá yo tuviera la gasolina

que a ti te sobra.

—Hay más —apuntó señalando el disco—. ¿Puedo usar su reproductor?

—Adelante.

El ayudante se agachó frente a un carrito provisto de ruedas, deslizó el DVD en el magnetoscopio y encendió el televisor. A los pocos segundos la pantalla se iluminaba mostrando la grabación de una cámara de seguridad.

—Pedí que me grabaran varios discos. Recogen los movimientos de los clientes en las plantas ocupadas por las suites del hotel, entre las diez de la noche y las seis de la madrugada. Aquí se muestra lo captado por la cámara del descansillo de ascensores del piso treinta.

Claire se adelantó sobre la mesa, apuntalándose sobre los codos.

—Mire, aquí tenemos a Gourvest, bueno, a Givry, de regreso de su juerga —mostró

Pitrel—. Sale del ascensor y se pierde por el pasillo que conduce a las habitaciones.

—Las once menos cinco... —constató la inspectora, atenta al contador de tiempo de la esquina inferior derecha.

—Sí. Ahora adelantaré la imagen. Pasa un buen rato hasta que nuestra asesina aparece; en el intervalo se ve como llega un matrimonio y un ejecutivo. He comprobado sus identidades. ¡Fíjese, aquí está!

A las once y treinta y dos minutos, y de forma fugaz, una mujer esbelta, de cabello castaño, cruzaba decidida, dando la espalda a la cámara. Llevaba un bolso, que más parecía un pequeño saco, al hombro, y un pañuelo oscuro envolviendo su cuello. Claire reparó en sus zapatos de tacón de aguja. Producían vértigo, pero ella caminaba con total soltura.

El ayudante pulsó el botón de *fast forward* y saltó de forma considerable en el tiempo. Vieron como la misma mujer

abandonaba el lugar a la una y cuatro minutos. Parecía ser consciente de la presencia de la cámara, pues pasaba ante ella como una exhalación, con la mirada clavada en la moqueta, hasta alcanzar el ángulo muerto junto a las puertas de los ascensores.

La inspectora chasqueó los labios con evidente fastidio. Las imágenes aportaban escasa información. Gracias a ellas podrían determinar con bastante exactitud la altura de esa desconocida, pero poco más. Ni siquiera su perfecta melena podía ser tenida en cuenta. Probablemente se trataba de una peluca.

—Algo más... —apuntó Pitrel al captar el desencanto en la mirada de Claire.

—¿Qué?

—Nuestra misteriosa asesina no estaba sola. A la hora en que salió de la habitación, un hombre, un turista alto, de barba cerrada y acento extranjero, montó una buena en la conserjería del hotel. Protestaba a gritos

reclamando una reserva que no constaba hubiera efectuado. Los de seguridad tuvieron que intervenir y rogarle que abandonara el establecimiento por las buenas...

—Parece una maniobra de distracción destinada a facilitar la huida de la mujer.

—Eso creo. Lamentablemente, no hay cámara en el mostrador de recepción. Y la descripción que nos han facilitado del alborotador no es muy precisa. De todos modos, todo apunta a que fueron dos los involucrados en la muerte de Givry.

Claire Valéry respiró hondo.

—Te felicito, Jean-Louis, pero no te lleves a engaño: no tenemos nada, casi nada. Esa gente siempre camina por delante, a más de mil metros de distancia. Y sus huellas son tan pocas, tan contadas, tan dispersas, tan insignificantes que resulta siempre imposible saber cuál debe ser nuestro siguiente paso... — reflexionó en tono resignado.

Pitrel se encogió de hombros y volvió a ocupar su asiento junto a la mesa.

—En las últimas horas he podido comprobar que casi todo el mundo en esta central ha oído hablar de esos asesinos. Son realmente famosos. Incluso los de administración saben de ellos —bromeó—. Todos menos yo. ¿No le parece que ya va siendo hora de que me ponga en antecedentes? Si me facilita información, tal vez pueda aportar algo...

Por toda respuesta, Claire señaló un pequeño mueble junto a la puerta del despacho.

—Estoy un poco destemplada. No me encuentro demasiado bien, la humedad me está matando. En esos dos termos hay agua caliente y leche. Y en las cajitas encontrarás sobres de café, infusiones y azúcar. Sírvete lo que te apetezca —propuso—. ¿Serías tan amable de preparar un té para mí? Esto puede ser un poco largo.

Unos minutos después, tras disponer lo necesario, Pitrel se acomodaba dispuesto a escuchar la historia de Le Club. Su ansiedad era evidente. Se quemó la garganta al vaciar media taza de un trago mientras curioseaba dos fotos enmarcadas que la inspectora tenía en un extremo de la mesa.

—Esos dos gamberrillos son mis sobrinos favoritos, los adoro —aclaró ella divertida, señalando a un par de arrapiezos de pinta temible—. El del otro retrato, el horroroso de cara enajenada, ojos desorbitados y mostacho de campeonato, es Nietzsche, ¿recuerdas?

—¡Sí, el de la disciplina alemana!

—Exacto, él. Tengo su foto aquí debido a la gran admiración que le profesan los miembros de esa secta que llamamos Le Club. Lo cierto es que parecen sentir debilidad por muchos filósofos, desde Sócrates, Aristóteles y Platón hasta Kant, Hegel, Hume, Rousseau y Voltaire; pero Nietzsche es recurrente, una



constante. En once de sus veintisiete asesinatos nos han regalado frases de ese hombre impresas en pequeños papeles.

—¿Siempre con el acrónimo latino tras el texto?

—Sí, invariablemente. Son gente educada. Y muy cáustica: ¡Que el peso de la tierra te sea llevadero, púdrete, cabrón! —zanjó Claire pugnando por contener un insano conato de sarcasmo en los labios—. Y no me preguntes por qué dejan esas máximas, Pitrel, que te veo venir. No lo sé a ciencia cierta, aunque por lógica todos hemos concluido que sirven a un doble propósito. Las utilizan para remarcar la ignominia, la vileza del asesinado, y para justificar, de paso, su proceder.

—¡Lo nunca visto: criminales convencidos de su superioridad moral! —concluyó el ayudante admirado.

—Nada nuevo. Los nazis también estaban convencidos de su superioridad moral —

corrigió Claire entre sorbo y sorbo. Mantenía la taza humeante entre las manos, intentando atrapar todo su calor.

—Sí, bueno..., pero esto es distinto. Al menos a mí me lo parece.

—Lo único que es distinto es que Le Club suele darle el pasaporte a verdaderos indeseables, porque no todos los casos están claros, como enseguida verás. De todos modos, te recomiendo que evites caer en la tentación de considerarles una sociedad de ángeles exterminadores. Es una imagen muy atractiva, pero errónea. Son criminales. Tanto o más que aquellos a los que liquidan.

—¡Un club de asesinos en serie, inaudito!

—¿En serie? No lo sé, muchacho. La respuesta es sí y no. Algunos aspectos indican que lo son. Las sentencias filosóficas son una impronta a la que no suelen renunciar. El noventa por ciento de los expedientes también apunta a que eligen a delincuentes de todas las

categorías y condiciones. Han matado a traficantes de drogas, proxenetas, asesinos, violadores, terroristas, pederastas y mafiosos, pero también a financieros, industriales, abogados, banqueros, gentes de extrema derecha y algún que otro descerebrado, que tal vez merecía pudrirse en la cárcel pero no la muerte, ¿recuerdas el caso de aquella indigente que fue quemada en el banco de un parque, en Reims? Ocurrió hace cinco años.

—Sí, perfectamente. Una vergüenza...

—Era una pobre desgraciada, una mujer venida a menos. Marie. Dormía sobre cartones. Un grupo de jóvenes la insultó. Le arrojaron piedras. Y uno de ellos, sin lugar a dudas el tarado mayor del reino, la roció con gasolina y le prendió fuego. Tuvo un final terrorífico. La policía los detuvo en cuestión de horas. El responsable de aquella majadería alegó que estaba borracho y quedó en libertad provisional. El juez dictaminó que debería

presentarse cada día, a primera y a última hora, en la comisaría de su distrito. Su juicio iba a celebrarse en las siguientes semanas, pero Le Club acabó con él...

Pitrel frunció el ceño. La afirmación de Claire Valéry no coincidía con la información que él tenía de ese asunto. Recordaba claramente que el autor de los hechos, un estudiante universitario, hijo de una acaudalada familia que logró evitarle la prisión preventiva pagando una enorme fianza, había desaparecido de forma misteriosa, sin dejar rastro. Al menos eso publicó la prensa en aquellos días. Se aceptó que se había fugado.

—Sé lo que estás pensando, pero te equivocas. Sus padres aún alimentan la esperanza de que esté vivo; creen que salió de Francia y que fue a ocultarse en algún lugar remoto, pero no ocurrió así. No escapó para eludir el proceso, Jean-Louis. Le Club le secuestró. Encontramos su tarjeta de visita, el

resguardo habitual de recogida de paquete. Ese caso sigue, evidentemente, abierto, pero te aseguro que a día de hoy no queda de él ni el polvo. Al formar ese hecho parte de un enorme expediente reservado, no resuelto, recibimos desde arriba orden de no desmentir la hipótesis de la huida; posibilidad, por otra parte, bastante lógica.

—¡Joder!

—Eso suelo decir yo siempre. Algunos de los crímenes de nuestros filósofos parecen ceñirse a un patrón meticuloso, frío, astuto y paciente. Eligen a un cabrón de amplio historial delictivo y buscan la mejor forma de retirarle de circulación; en otras ocasiones, como la que te acabo de explicar, se diría que actúan al calor de la indignación. Pero hay mucho más...

—Admito que estoy en ascuas...

—La forma en que han matado a Ives Givry encaja con su proceder analítico. De algún modo le conocían, o dieron con su

paradero; siguieron su rastro y estudiaron sus costumbres. Sabían que era amante de juegos perversos y se los sirvieron en bandeja. Un disparo entre las cejas y ni una sola huella. Bueno, tenemos el cadáver, a esa mujer enigmática, al barbudo de la recepción, y sabemos que utilizaron una nueve milímetros. Algo es algo. Ocorre, y ahora deja que te proporcione algunas estadísticas, que en trece de los veintisiete casos que contienen esos archivadores —advirtió señalando la formación de carpetas bajo el mural de la pared— no tenemos arma del crimen. Durante una época llegaron a utilizar cuchillos o punzones de hielo, cónicos, gruesos. Solo encontramos agua en el pecho de las víctimas. Y de otros nueve expedientes, ni el arma, ni tan siquiera el cuerpo. Los secuestraron. Oficialmente no están muertos, pero ellos dejaron su tarjeta de visita y...

—¿Y...?

—Y algunas esquelas. En ocasiones, aunque no siempre, insertan esquelas en la sección de necrológicas de algún diario, nacional o regional. Puedes leerlas si quieres, son puro cinismo —propuso la inspectora. Y al punto parafraseó un hipotético obituario de Givry—: «Rogad por el alma de Ives Givry, que tanto bien hizo por este, por aquel y por el de más allá, y que falleció a la edad de no sé cuántos, tras haber sido reconfortado con los Santos Sacramentos».

Al oír eso, Pitrel se deshizo en una gruesa carcajada. Se dobló literalmente sobre la mesa. Rió hasta quedarse sin aire.

—Sí, adelante, ríete; la verdad es que resulta muy gracioso visto desde fuera. De todos modos, si te metes en esto, te vaticino que acabarás frustrado. Te lo aseguro. Llevo unos cuantos años centralizando toda la información sobre Le Club y debo reconocer que he fracasado estrepitosamente.

—Lo siento, inspectora —se excusó Jean-Louis recuperando la compostura—. Entiendo que el asunto no se presta a bromas, pero...

—No bromees, te lo ruego —solicitó en tono abatido—. Para mí todo esto constituye una auténtica pesadilla. Cada día, cuando entro en este despacho, esos expedientes me abofetean, se burlan de mí; crecen de año en año, sin llevarme a ninguna parte, sin que se produzca ningún avance significativo.

—Entiendo... —murmuró el joven eludiendo la mirada frustrada de Claire.

—Ni pistas significativas ni respuestas. Ninguna. Cuando mi antecesor, Émile Gaudin, dejó el cargo, el dossier de Le Club ocupaba algo más de cinco volúmenes. Ahora, con la muerte de Givry, empezaré a llenar el decimotercero. Dime: ¿qué criterio siguen a la hora de seleccionar a sus víctimas?, ¿cuántos son y dónde están?, ¿cómo se comunican entre ellos?, ¿qué sacan de todo esto?, ¿dónde



actuarán la próxima vez, en Francia, en Inglaterra, en España?

El joven arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Han actuado fuera de nuestro país?

—Sí. En varias ocasiones, en Inglaterra, Italia y España. El primer crimen de Le Clu que me tocó en suerte fue el de un anciano, en un pueblo catalán, próximo a Barcelona.

—¿Un anciano?

—Un octogenario. Apareció ahorcado en el bosque por el que solía pasear, con una máxima sobre la avaricia y la iniquidad en el bolsillo, y dos pesados sacos, llenos de calderilla, suspendidos de sus tobillos. La policía española trabajó durante mucho tiempo en el asunto, intentando resolver el caso, remitiéndome informes mensuales. Yo les asesoré en todo lo que pude, pero lo único que llegaron a averiguar fue que aquel hombre se había llevado a la tumba algún secreto relacionado con algo sucedido en los últimos

días de la Guerra Civil española, entre enero y febrero de 1939, después de la caída de Barcelona y antes de la entrada en Gerona de las tropas franquistas. Algunos estaban enterados del pasado turbio de ese anciano, pero nadie quiso abrir la boca. En otras dos ocasiones actuaron en el País Vasco, eliminando a dos terroristas de ETA.

En ese preciso instante, sin mediar aviso previo, la puerta del despacho de Claire Valéry se abrió de forma abrupta, interrumpiendo la conversación. La figura de Benoît Lauzier, director del departamento, se recortó en el umbral.

—Buenos días, ¿qué tal todo por aquí? —fisgó con una sonrisa impostada en los labios—. ¿Interrumpo algo importante?

Claire negó con un carraspeo y se retrajo de inmediato. A Jean-Louis no se le escapó el hecho de que la gestualidad de la inspectora se encogía, adoptando una postura claramente

defensiva ante el superior. No le extrañó en absoluto. Había tenido oportunidad de comprobar que eran muchos en la central los que se sentían incómodos en presencia de Lauzier.

—No molestas en absoluto, Benoît, adelante... —invitó ella, jugueteando con su estilográfica—. Estaba poniendo a Pitrel en antecedentes sobre Le Club.

El director avanzó hasta ir a situarse en un lateral de la mesa. Vestía un impecable traje de paño azul marino y olía a colonia cara. Estrujaba media docena de hojas enrolladas que parecían la vara de mando de un legado imperial.

—¡Ah, sí, Le Club! —convino con un chasquido de indiferencia—. ¿Algún progreso?

—No. De momento nada significativo.

—Bueno, ya me lo contarás con calma; escucha: hay algo de lo que tengo que hablarte, un asunto del que quiero que te ocupes

personalmente —adelantó, propinando, al punto, unos golpecitos a la mesa con el tubo de papel—. Pitrel, ¿te importaría dejarnos a solas?

El ayudante asintió y se levantó en el acto. Se disponía a salir por la puerta cuando giró sobre sus talones y formuló una petición.

—Perdone, inspectora, ¿me permite coger algunos archivadores de Le Club? Me gustaría estudiarlos.

Claire asintió y le dio vía libre. Jean-Louis abrazó entonces los primeros cinco volúmenes, sin reparar en su peso y dimensiones, y abandonó el despacho dando tumbos, ante la mirada inquieta de la inspectora, que ya veía todos los expedientes y pruebas alfombrando el suelo del departamento.

—¡Parece un buen elemento este Pitrel!  
—exclamó Lauzier dejándose caer cansino en la silla vacante—. Tengo buenas referencias de él.

—Sí, es un buen elemento. Su mejor activo es la juventud. Y es listo, muy listo. Un excelente analista. Bueno, dime, ¿de qué se trata?

El director dejó los papeles sobre la mesa y se frotó las manos, haciendo crujir, de paso, todos los nudillos.

—Tal vez no estés muy al tanto de que en los últimos meses una banda de atracadores ha estado actuando en diversos puntos del país, en carreteras y autopistas —comentó—. ¿Has oído algo de eso?

—Sé algo por la prensa y la televisión, pero no gran cosa. Esos casos son competencia de la Gendarmerie —repuso la inspectora haciendo girar su butaca en un leve vaivén a derecha e izquierda—. Entiendo que buscan botín rápido y fácil, asaltando a conductores adormilados en áreas de descanso y gasolineras, ¿no?

—Sí, exactamente —convino Benoît—.

Son gente muy peligrosa. Ayer volvieron a las andadas, en la zona de Chartres; aunque esta vez la cosa acabó muy mal. Entraron en una cafetería y encañonaron a la gente. No contaban con que uno de los clientes iba armado. Hay un muerto, un hombre en estado crítico y dos heridos de pronóstico reservado.

—¿Y qué quieres que haga yo? —interpeló Claire—. No entiendo por qué me lo explicas, ¿no es una investigación abierta, en manos de la Gendarmerie?

—Sí, ya se están ocupando, pero parece que no es suficiente. Dos de los asaltantes lograron escapar, y antes de eso, uno de ellos, en el forcejeo, asestó varias puñaladas a la pareja que había retenido hasta el momento.

—¿Y...?

—Esas dos víctimas, Claire, son la hija y el yerno de Jean-Serge Trinquier, el ministro de Economía. Seguramente no lo sabes, pero Trinquier es amigo personal de Nicolás

Sarkozy. La joven, que además es ahijada del presidente, estaba embarazada de dos meses. Ha perdido al bebé. Imagínatelo.

—¡Mierda, empiezo a comprender!

—Me alegro. Ayer por la noche, Sarkozy llamó a Péchenard, nuestro mandamás. Al parecer, está furioso; le ha pedido que intervengamos de inmediato. Quiere que esos cabrones estén ante un juez antes de que acabe la semana.

La inspectora entendió que no habría forma humana de librarse de un regalo tan inesperado e indeseable. La orden venía desde muy arriba. Imposible escabullirse.

—Está bien, no sigas, «qué quieres que haga? —musitó resignada.

—Que metas la nariz en el asunto. Moviliza todos los recursos que consideres necesarios; habla con Monbillard, de la Gendarmerie; interroga personalmente a los testigos, y encárgate de que mañana, sin falta,

todas las unidades de París y de las principales ciudades del país cuenten con una descripción detallada de esos hijos de puta —ordenó Lauzier.

—Muy bien. Haré todo lo que pueda.

—Eso espero. No me falles en esto. Ya sabes cómo son los políticos. Y ahora te dejo, tengo unas cuantas cosas por resolver —dijo alzándose—. Por cierto: ¡cuídate, tienes mala cara!

Al quedarse sola, la inspectora hundió su rostro entre las palmas de las manos, como si esa cortina pudiera hurtarle de los problemas del mundo, o aún mejor: hacer desaparecer el mundo de una vez por todas. Deslizó suavemente los dedos por sus cabellos y suspiró con desánimo, apartando todas las fotografías y papeles referidos al asesinato de Ives Givry. De inmediato procedió a desplegar la documentación que le había dejado Benoît Lauzier.



Era un primer informe elaborado por la Gendarmerie.

—¡Maldita sea tu estampa, Lauzier!, ¿por qué me toca siempre a mí limpiar tu mierda? — masculló aturdida.

Se enfrascó en la lectura pormenorizada de los hechos haciendo un esfuerzo considerable. Le dolía la cabeza. Hubiera dado cualquier cosa con tal de poder dormir siquiera unas pocas horas.

Dormir, qué bendición. Dormir un día entero.

Al terminar, descolgó el auricular del teléfono y marcó el número del Centro Hospitalario Henry Ey de Chartres. La centralita parecía estar saturada, pues la llamada fue desviada de forma automática tras un breve mensaje pregrabado en el que se advertía de la demora y se recomendaba paciencia.

Claire se abstraigo al reconocer la célebre

y edulcorada *Serenata* de Joseph Haydn que llegaba a través de la línea, dejando, en el forzado compás de espera, que su mirada paseara de forma errática por la espesa maraña que era el panel de notas de la pared de su despacho, sin sospechar que el engorroso regalo que le acababa de hacer Benoît Lauzier terminaría abriendo, de modo incomprensible, una puerta al final de un oscuro corredor.

Una pequeña brecha. Un resquicio de luz.  
En un muro inexpugnable.

## POR CAPRICHO DE DIOS

La voz grave y apremiante parecía brotar de una sombra parda, gruesa, de contornos difusos, que oscilaba de un lado al otro como un tentetieso. Apenas una presencia recortada sobre un fondo luminoso, sumamente molesto.

—¿Puede oírme? —volvió a insistir aclarando la voz—. ¿Entiende lo que le digo?

El cerebro de Henry Gaumont recibió aquella retahíla de sonidos de modo distorsionado, doloroso, como si se tratara de una jerigonza. Toda su capacidad cognitiva permanecía sepultada en el fondo de un profundo pozo, sin que el más mínimo deseo de escalar hasta el brocal de la conciencia pusiera en marcha el motor de su voluntad.

—Estoy moviendo mis dedos delante de sus ojos, ¿los distingue? —apremió—. Si ve

algo o comprende lo que le estoy diciendo, intente parpadear.

Un leve brillo de aquiescencia afloró en su mirada perdida.

—No se angustie, permanezca tranquilo. Todo va bien. Irá recuperando el habla y la capacidad de visión poco a poco —reconfortó el desconocido—. Use mi voz como si fuera una cuerda. Agárrese a ella.

A lo largo de los minutos que siguieron, reptando como una serpiente, los sentidos de Henry consiguieron arrastrarse hasta alcanzar la luz del día. Logró articular algunos monosílabos, mover ligeramente el rostro, notar un hormigueo afilado en sus extremidades, y descubrir, de forma paulatina, las facciones de aquel que con tanto empeño se había propuesto devolverle a la vida.

Era un hombre alto y corpulento, sonriente, de enormes pómulos. No dejaba de escrutarle mientras le tomaba el pulso, una y

otra vez, y auscultaba su corazón, en los tiempos muertos, con un estetoscopio que llevaba enrollado al cuello. Cuando hacía esto último, su respiración poderosa, impregnada en nicotina, abofeteaba a Henry en el rostro.

Parecía complacido.

—Soy Francis Jaillot, jefe de internistas del Centro Hospitalario Henry Ey, en Chartres. Está usted recuperando sus constantes. Saldrá bien parado de este trance, aunque le confieso que no lo teníamos nada claro —confesó—. Ha pasado casi dos días en ninguna parte, en coma; unido a la vida por un hilo de seda.

Dos enfermeras que flanqueaban al médico asentían circunspectas a sus aseveraciones; la más alta, junto a la cabecera del lecho, no paraba de toquetear con expresión de desconcierto un gotero que parecía no vaciar su contenido a la velocidad correcta.

—¿Recuerda por qué está usted aquí? —interpeló Jaillot.

—No...

—Pero lo que sí recordará seguramente es su nombre, ¿verdad?

—Hen...

—¿Sí?

—Henry... Henry Gaumont.

—Eso está bien. Vayamos paso a paso. Todos sus recuerdos regresarán paulatinamente en cuestión de horas. Ayer le efectuamos una tomografía axial y no se aprecia ningún daño en su cerebro.

—Agua...

—¿Quiere beber?

—Sí.

—Dejaré que le humedezcan los labios, pero no puede beber todavía, lo siento — afirmó con desencanto—; le hemos zurcido un bonito agujero en el estómago. También le aviso: procure no moverse. Está inmovilizado. Se dio un golpe muy fuerte en la espalda, y, de resultas de eso, dos vértebras de la zona lumbar

han quedado seriamente dañadas. Durante un tiempo notará algunas secuelas; sobre todo al andar. Así que reposo absoluto. Procure descansar, pasaré a verle a media tarde. Ahora le dejo, tengo un montón de visitas pendientes.

El facultativo salió de la habitación dispuesto a proseguir su ronda. Topó, al poco, con Jacques Laville, el director del centro hospitalario, que se paseaba por la planta como un turista despistado lo haría por la cubierta de un barco en día de mar gruesa.

—¿Qué tal va todo, Jaillot? ¿Sobrevivimos? —interpeló cuando estuvieron cara a cara.

—¡Sobrevivimos, *monsieur* Laville, sobrevivimos, e incluso, aunque parezca mentira, obramos milagros! Henry Gaumont ha salido del coma, pensaba comunicárselo por teléfono ahora mismo.

—¡Caramba, esa es una buena noticia! Tengo ganas de que todo esto termine. Avisaré

a la familia de ese hombre de inmediato, su hermana no ha dejado de llamar, una y otra vez, angustiada. Alertaré también a esa inspectora de París. Lleva dos días revoloteando por aquí. Está hospedada en un hotel, quiere interrogar a Gaumont a toda costa...

—Pues mejor que sea mañana, ahora apenas puede hablar —recomendó el médico antes de perderse por el pasillo con expresión atribulada.

Las dos enfermeras de la unidad de cuidados intensivos no tardaron en imitar a Francis Jaillot. Tras comprobar que todo estaba en orden, salieron discretamente, dejando al paciente adormilado, flotando apaciblemente entre dos aguas.

No obstante, a los pocos minutos, Henry volvió a abrir los ojos. Constató, de reojo, que no estaba solo. Un par de metros más allá, tras una maraña de aparatos y sondas, yacía derrumbado un anciano. Era evidente que su



estado era infinitamente más lamentable que el suyo. Al menos eso parecía decir el pitido espaciado y agónico que emitía el monitor de constantes vitales al que permanecía anclado.

Clavó la mirada en un ángulo del techo, resistiéndose a aceptar la pesada broma que el destino le deparaba. Pensó en que quizá, si se esforzaba en soltar esa maldita cuerda que le habían lanzado desde lo alto, conseguiría desplomarse definitivamente en lo más profundo del abismo de la inconsciencia y morir en paz.

Poco a poco, sin ser convocados, los recuerdos comenzaron a adquirir concreción en su cabeza, tal como Jaillot había asegurado que sucedería. Logró rememorar de forma deshilvanada lo sucedido una eternidad atrás, en la cafetería de aquella gasolinera; la irrupción de aquellos bastardos; la ponzoña en los ojos de su agresor y el estruendo seco de los disparos, pero ni una sola imagen, luz o

sensación del tiempo pasado más allá de los límites de la realidad.

¿Eso era la muerte? ¿Solo eso?

Al fin y al cabo, nada demasiado imponente.

Vacío insondable y silencio. Sin dolor.

Una sensación de triste derrota se propagó por su pecho como la onda creada por un guijarro en la superficie de un estanque, llenándole de ansiedad. El aleteo de la muerte, alejándose tras renunciar a su carga, le llevó de inmediato a visualizar el rostro apacible y mórbido de su madre. Se maldijo por no haber podido despedirse de ella cuando aún podía.

La certeza de que el mayor error estriba en creer que aún queda tiempo para cualquier cosa se presentó inexorable, en forma de desolación cognitiva.

Otra mentira. Otra más. Nunca queda tiempo para nada.

Entre la larga sucesión de imágenes que

se colaron como sombras chinescas por el entresijo de su pensamiento asomó el rostro de Miriam. La evocó risueña, despreocupada, tal como lucía una tarde, muchos años atrás, durante un paseo por los muelles del Sena. Aquel día decidieron casarse. También Léopold acudió a la cita, como un invitado indeseable, con sus ojos astutos, calculadores; con esa sonrisa, taimada e inquietante. Y con la daga oculta a la espalda.

¿Cómo no había sido capaz de intuir la repugnante maniobra de ese cabrón?

Se sorprendió de que el incontrolable sentimiento de rabia e impotencia que siempre acompañaba el reencuentro con ese par de infames no hiciera acto de presencia, devorándole interiormente. De forma curiosa, todo su odio parecía diluirse en un océano de desencanto e inapetencia. En un recoveco perdido de su cerebro resonaron con absoluta claridad las palabras que su padre solía llevarse

a los labios cada vez que constataba la vileza del proceder de muchos. Llegaron como si el mecánico de Vannes le aleccionara desde la tumba...

—El mayor honor del asesinado estriba en no ser el asesino... —se lamentaba en voz alta, parafraseando una frase de uno de los pocos libros que había leído en su vida, del poeta libanés Khalil Gibran. Y lo hacía como quien echa mano de un sortilegio capaz de sosegar al animal que reclama venganza bajo la piel de cordero impuesta—. Además, devolver mal por mal no es cristiano, hijo mío...

Respiró profundamente, con desazón.

Cristianismo.

Por definición, una camisa de fuerza, de tela estoica, cosida con hilos de impotencia y sumisión, que recomienda devolver el denario de oro al César, pero no revolve con uñas y dientes ante su veleidosa crueldad.

Agotado por el descomunal esfuerzo que

suponía hurgar en los archivos de su conciencia, Henry Gaumont dejó de bracear y se hundió como un pecio en las aguas del olvido.

Cuando volvió a abrir los ojos, sin que supiera con exactitud cuánto tiempo había transcurrido, descubrió el rostro bermejo de Jaillot a pocos centímetros del suyo. Le zarandeaba afable la mano, al tiempo que chasqueaba la punta de su lengua como un periquito, reclamando atención. Su aliento, como una vaharada de aire cálido del desierto, despertó en Gaumont el irrefrenable deseo de encender un cigarrillo a cualquier precio.

—¿Hola?

El publicista le enfocó con expresión de beodo.

—¿Me escucha? Vamos, despierte, todo está yendo muy bien —anunció—. Le hemos trasladado a una habitación, en planta. Tiene dos visitas. Afuera aguarda Gisèle, su hermana,

deseando verle. Y aquí, conmigo, está una mujer que quiere hacerle unas cuantas preguntas. ¿Le parece bien, se ve capaz de hablar?

Gaumont asintió, buscando con la mirada a la desconocida. No consiguió verla claramente hasta que el médico se hizo a un lado y retrocedió unos pasos, dispuesto a intercambiar su posición con la de ella. Al encararla, el publicista no logró sustraerse a un viejo vicio, un juego obsesivo que llevaba años practicando. Las incontables horas pasadas en procesos de selección de rostros le habían dejado como bagaje una fina capacidad de análisis fisonómico. El proceso comparativo se desencadenaba de forma automática cada vez que unas facciones reclamaban su atención. De inmediato, equiparó los rasgos marcados y secos de la mujer con otros que siempre estaban presentes en su galería de recuerdos; esos ojos lánguidos, tocados por la melancolía,

del color glauco y suave del liquen, remarcados por unas cejas ligeramente despobladas y esbeltas; ese mentón enérgico; esos pómulos ligeramente huesudos; el recogido estudiado del cabello, del que se desprendían algunos tirabuzones; los labios, trazados con tiralíneas.

Todo en ella le llevó a recordar a una actriz; en absoluto despampanante, ninguna beldad, pero sí una mujer decididamente atractiva.

—Me alegro de que se esté recuperando bien, señor Gaumont. Me llamo Claire Valéry. Soy inspectora de la jefatura superior de Policía de París. Tengo que hablar con usted. Procuraré no cansarle en exceso... —dijo con una voz que, para colmo, era el triunfo de lo eufónico.

Jaillot se retiró discretamente, dejándolos solos, y ella se acomodó resuelta junto a la cama. Tras desabotonar su chaqueta, rebuscó en el bolso y extrajo un pequeño cuaderno de

notas, una estilográfica y una grabadora de voz que depositó sobre la mesilla. Al entender el desconcierto en el rostro de Henry, sonrió de forma leve y se apresuró a aclarar...

—Espero que no tenga inconveniente en que registre nuestra conversación. Es un procedimiento habitual. A todos los efectos deberá considerar que lo que diga formará parte de su declaración, ¿lo entiende?

Henry asintió.

—Supongo que ahora, como en las películas, debo preguntar si necesito un abogado, ¿no? —bromeó.

—No. No se preocupe por eso. No se ha formulado acusación alguna contra usted dadas las circunstancias; aunque el caso, inevitablemente, será visto en un tribunal. Está en su derecho de desdecirse en el futuro de lo que ahora pueda contarme. En su estado, ningún juez pondría reparos a cualquier rectificación —tranquilizó ella con voz pausada—. Dígame,



señor Gaumont: ¿recuerda con claridad lo que sucedió en esa cafetería de la autopista?

—Vagamente... —mintió—. Solo imágenes inconexas, borrosas.

—Permítame refrescarle la memoria. He tenido que investigar algunas cosas sobre usted. También he estado conversando, hasta hace unos minutos, con su hermana. Corríjame si me equivoco. Usted regresaba de un breve viaje a Vannes...

—Sí. Mi madre falleció hace unos días. Acudí al funeral.

—Lo lamento de veras.

—Era..., era ya muy mayor. Hacía meses que no la veía. De regreso a París me quedé sin gasolina al sobrepasar Chartres —recapituló con mirada ausente—. Tras repostar, entré en ese establecimiento. Recuerdo que había muy pocas personas.

—Incluyéndole a usted, seis exactamente —puntualizó Claire.

—No lo sé. Estaba casi vacío. Luego irrumpieron esos tipos...

—Eran tres, ¿los recuerda?

—Solo a dos de ellos. No logré ver al tercero.

Henry proporcionó una descripción de los dos asaltantes, más detallada, si cabe, en todo lo referido al matón que le encañonó.

—¿Por qué disparó a ese hombre?, ¿no cree que hubiera sido mucho más sencillo darle el dinero que llevaba encima?

—Ese hombre iba a matarme.

—¿Está seguro de eso, cómo puede afirmarlo con tanta certeza?

—Lo sé. Me golpeó en la frente y me encañonó. Estaba rabioso.

—Llegamos ahora a un punto delicado. Usted, sintiéndose en peligro, disparó primero, ¿correcto?

—Lo hicimos a la vez...

—No fue así. Él lo hizo cuando ya se

desplomaba. Así lo ha atestiguado el propietario. Estaba a menos de dos metros y lo presencié todo.

—¿Qué importancia tiene eso?, ¿es un *koan* japonés?, ¿un galimatías como el de la gallina y el huevo? —replicó Henry con desganada sorna.

—Aunque no lo crea, mucha. Dígame: ¿por qué llevaba usted un arma? —indagó Claire cambiando de tercio—. ¿Va siempre armado?

En ese punto Henry se sumió en un largo silencio. Evitó enfrentar la mirada inquisitiva de la inspectora y enfocó al vacío. Tenía claro que no podía justificar la tenencia del arma sin meterse en un buen embrollo. No sabía de qué modo podría zafarse del lío legal que supone matar a alguien, siquiera en defensa propia, pero sí era consciente de que la menor alusión a sus deseos de vengarse de Miriam Fournier y Léopold Leveque complicaría terriblemente el

asunto. Sus verdaderos motivos debían quedar a buen recaudo, bajo siete candados.

—Compré el arma hace un par de meses...

—¿Dónde y a quién?

—Alguien, en un tugurio del cinturón industrial de París, me habló de un tipo que podía conseguir viejas automáticas en buen estado: un tal René, hijo de un *pied-noir* de origen corso, de los que salieron de Argelia tras la independendencia del país en el 62. Conseguí localizarle. Es un tipo dicharachero, parlanchín. Conduce camiones, eso creo...

La inspectora asintió con expresión complacida. Sabía que Gaumont estaba diciendo la verdad. El tal René tenía antecedentes policiales por tráfico de drogas a pequeña escala, y no era la primera vez que trapicheaba con armas de fuego; normalmente, verdaderas antiguallas que conseguía en sus desplazamientos por Europa y que posteriormente vendía en el mercado negro.

—¿Para qué necesitaba usted una pistola, señor Gaumont? —disparó a quemarropa Claire.

Henry se mordió discretamente el labio. Tenía la desagradable sensación de estar adentrándose más y más en una ciénaga de la que le resultaría muy difícil salir. Comprendió que debía sopesar cuidadosamente cada una de las palabras que brotaran de sus labios. No tenía ninguna explicación plausible en la recámara. Nadie, se dijo, mientras carraspeaba y ganaba unos segundos preciosos, necesita una pistola, a no ser que se dedique al comercio de objetos valiosos, al mundo de la seguridad personal o al transporte de fondos bancarios. Ninguno de los supuestos era su caso. Y las automáticas de colección, al menos eso tenía entendido, requerían un certificado que los armeros tramitaban en la jefatura de policía.

Hinchó su pecho de aire. Probablemente esa mujer, ese clon mejorado e impasible de

Frances McDormand ya lo sabía todo sobre él. Toda su vida y todos sus milagros: el estado de sus cuentas bancarias; sus declaraciones al fisco; la cantidad que percibía mensualmente en concepto de subsidio por desempleo; informes médicos que le habrían permitido, a buen seguro, deducir lo precario de su equilibrio mental y el vaivén emocional que le zarandeaba. Y lo que aún era peor y más inquietante en esos momentos: la maldita denuncia interpuesta por Miriam, en la que una única y merecida bofetada había terminado por convertirse en una somanta de palos.

Sí, ella sabía todas esas cosas. Y solo esperaba, impertérrita, a que él cometiera el más mínimo desliz para ponerle en un brete, contra la pared. No cabían mentiras. Decidió contestar, en última instancia, con la verdad. Al menos con la parte final de su verdad, aquella referida al destino último que se había reservado una vez completada su venganza.

—Había decidido...

—¿Sí?

—Había decidido suicidarme.

Al oír eso, Claire Valéry enarcó una ceja.

Durante unos segundos observó a Gaumont con cara de circunstancias, a medio camino entre la incredulidad y la sorna. Alargó la mano hasta la grabadora y detuvo la cinta.

—Escúcheme bien, señor Gaumont. Voy a hacerle un gran favor. Solo uno. No habrá otros. Así que aproveche esta súbita benevolencia —informó en tono conmisericordioso—. Diré que en este punto se agotaron las baterías y terminé mi interrogatorio tomando notas. Intuyo que es usted una buena persona, que está aturdido y no tiene las cosas demasiado claras. Hago esto porque tengo la sensación de que no me está contando la verdad. Empiezo a detectar algunas incongruencias en su discurso...

—¿Qué incongruencias?

—Usted no adquirió esa automática para quitarse la vida.

—Lo hice. Quería suicidarme.

La inspectora esbozó una sonrisa misteriosa, acentuando la intranquilidad de Gaumont.

—Ha dicho que la compró hace dos meses, ¿no?

—¿Eh? ¡Sí, es cierto, se lo aseguro!

—Pero no con la intención de volarse la tapa de los sesos. ¿Sabe?, he visto muchos casos de suicidio en los años que llevo en el departamento. Y sé perfectamente que existen dos tipos de suicidas —explicó con un brillo taimado en la mirada—. Aquellos que lo son de verdad, resuelven mientras esperan con su gabardina y su maletín en medio de un andén abarrotado, que lo mejor es arrojarse a las vías y poner fin a su angustia, humillación, soledad o desamor; o bien optan por saltar desde lo alto de una azotea, o por invadir de madrugada,



completamente borrachos, la calzada contraria en una autopista, pateando el acelerador. Por descontado, existe un largo historial de desencanto, frustración secreta y hastío en todos ellos. No tienen ningún interés por la vida. A posteriori, esa es la explicación psicológica. Todos parecían normales, pero no lo eran. Le contaré una historia, para que entienda que esa decisión final, ese acto sin marcha atrás, raramente se planifica. Difícilmente se puede preparar. Simplemente, sucede.

—Yo soy un tipo metódico, ceremonial, de los que se entretienen por el camino; planificar es mi verbo favorito —repuso Heny incómodo, maldiciendo su postración. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por poder incorporarse y nivelar el desequilibrio de altura que existía entre los dos. La superioridad de esa mujer se le antojaba insufrible.

—Escuche..., tuve una muy buena amiga.

Se llamaba Michelle Badouard —contó ella haciendo oídos sordos a la ironía de Gaumont—. Habíamos estudiado juntas, habíamos compartido miles de cosas. La conocía muy bien. Era optimista, extrovertida y encantadora. La vida nos separó, al menos en lo físico. Ella vivía en Limoges. Estaba casada con el propietario de un concesionario de Citroën, tenía una casa magnífica, en las afueras, y ningún problema económico o de relación. Nos veíamos de tarde en tarde, pero los reencuentros eran siempre felices. Se quedó embarazada hace cuatro años. La visité cuando dio a luz al niño, un bebé precioso cuyo único problema es que lloraba a todas horas debido a una pequeña malformación estomacal. Nadie dormía en esa casa. Una noche, Michelle se levantó de la cama. El niño, curiosamente, no lloraba, pero ella parecía seguir oyendo su llanto. El marido le preguntó si se encontraba bien, si quería que él se ocupara del bebé.

Mantuvieron una conversación breve. Michelle, finalmente, tras comprobar que todo estaba bien, bajó a la cocina y se bebió un vaso de leche. Después, abrió un cajón, eligió un cuchillo y se lo clavó en el corazón...

El demoledor relato de la inspectora dejó a Henry temblando como una hoja. Intentó articular alguna palabra sin éxito. Entendió que no había nada que decir que no sonara estúpido en esas circunstancias.

La inspectora guardó silencio durante unos instantes. Ya no quedaba el más mínimo atisbo de reto en su mirada. Era evidente que recordar esos hechos le costaba lo indecible. Parecía tener un nudo en la garganta.

—Por eso digo que nadie que haya tomado una decisión de esa índole busca a alguien que le venda una pistola, y se pasa dos meses con ella, jugando a imaginar qué sentirá, o cuándo y dónde lo hará. Es una impostura —afirmó, sepultando su emoción cuello abajo—. Ese

tipo de falso suicida se coloca el cañón en la sien, crisper el dedo sobre el gatillo, y decide, en el momento cumbre, que tiene hambre, que mejor sería comer algo, pues no se trata de entrar con las tripas vacías en el más allá. Y tras saquear la nevera, al sentir sopor, opta por dormir unas horas. Y al despertarse, se mete en la ducha, porque necesita despejarse y pensar con claridad: decidir si escribe una carta de despedida, o una nota a la policía; si tiene todos los papeles en orden; si su mujer, o sus hijos, sabrán encontrar esto o aquello. Nuestro falso suicida termina acodado en una barra, bebiendo whisky y sublimando su propia desgracia, complaciéndose en imaginar qué dirán amigos y deudos en su funeral. El suicidio, señor Gaumont, es un alarido escalofriante. Si usted hubiera querido realmente poner fin a su vida, se habría ahorcado o cortado las venas, en una bañera, como hacían los romanos, como hizo Petronio...

—¿Petronio? ¡Petronio celebró una buena despedida con sus amigos, les obsequió durante horas; incluso les leyó la jocosa relación de consejos que había escrito para joder a ese crápula de Nerón! —tronó disconforme Henry, irritado por la larga reconvención—. Petronio dejó en orden todos sus asuntos, inspectora. Además, al menos en la novela clásica, tenía a Eunice. Murieron abrazados los dos...

—¿Qué motivo tenía usted para desear quitarse la vida? —contraatacó Claire incómoda—. Le recuerdo que le estoy haciendo un favor. El juez será mucho más inquisitivo que yo. Si piensa ratificarse en esa declaración, le recomiendo que sea sólida y sin la más mínima fisura...

—¿Quiere una historia? Muy bien, la tendrá: ponga ese maldito cacharro en marcha —retó Henry furioso.

—¿Seguro?

—Totalmente.

—Muy bien —convino Claire activando la grabadora—. Cuando guste...

—Seguramente sabrá que mi mujer me abandonó hace unos meses...

—Lo sé. Su hermana ha estado explicándome algunas cosas. Además, usted tiene expediente abierto por maltrato. Su esposa le denunció, y eso da mucho que pensar. De entrada, justifica la existencia de nuestra automática.

—Olvídese del maltrato y preste atención. El maltratado soy yo.

—Le escucho.

—Me enamoré perdidamente de mi mujer, Miriam Fournier. Era esbelta, muy guapa, de las que atraen todas las miradas. Los hombres no tenemos remedio en ese aspecto. La belleza nos pierde. No deberíamos prestarle tanta atención, pero lo hacemos. Por si eso fuera poco, Miriam es sencillamente brillante. Siempre ha destacado por su inteligencia; una

inteligencia, ahora lo sé, aunque demasiado tarde, malsana... —empezó a narrar Henry crispado—. Desde el principio tuve claro que no era una mujer tierna, afectuosa, pasional. En lo social resultaba frívola, encantadora, de las que coquetean con todos, yendo siempre de flor en flor, impecable en las formas. Cualquiera que la haya conocido en una de las muchas fiestas a las que acudíamos, le diría que estoy loco al decir lo que digo, pero es así. De puertas adentro, los asuntos de piel, la confianza, la intimidad, las emociones, parecían no interesarle demasiado. Nuestros encuentros eran pocos, contados, como quien cumple con una papeleta o un mero trámite.

—En pocas palabras: el arquetipo de mujer fría y calculadora.

—Sí. Podría contarle muchas cosas, a riesgo de eternizar esto: de qué modo me convenció para que pusiera a su nombre muchos de nuestros bienes, algunas

propiedades que me dejó mi padre al morir, varios activos y fondos de inversión. Mi abogado, a la vista de cómo había hecho ella las cosas, me llegó a tildar de ingenuo. Realmente quería decir imbécil, pero fue piadoso y lo dejó en ingenuo.

—Todos nos comportamos como incautos en ese estado...

—Desatendí las advertencias que algunos me hicieron. Sobre todo Gisèle. Mi hermana siempre tuvo claro qué tipo de juego se llevaba Miriam entre manos. Yo, sencillamente, no lo supe o no lo quise ver —lamentó Henry apesadumbrado—. Para mí la confianza ha sido siempre la base de mis relaciones. Jamás he entendido el amor o la amistad si no existe esa condición de por medio. No creo en muchas cosas; seguramente, a estas alturas, en nada, pero sí en la confianza.

—¿Qué pasó con Miriam?

—¿No se lo imagina? ¡Sencillamente,



urdió un plan magnífico, meticuloso! ¡Más de un año invirtió en preparar la pantomima, el escenario de nuestra separación! Nuestros encuentros íntimos se fueron espaciando en el tiempo hasta desaparecer casi por completo. Siempre había una excusa plausible para darse la vuelta en la cama y dejarme solo. La mejor de todas, cocida a fuego lento, fue una falsa dolencia, de difícil detección. Contó con la ayuda de su mejor amiga, Yolanda Boudin, una doctora del hospital Georges Clemenceau.

—¿A qué tipo de enfermedad se refiere?

—Los síntomas son muy parecidos a los de la fibromialgia, aunque sin aquellos que impiden llevar una vida más o menos normal. Decía sentir un continuo dolor de articulaciones, jaquecas, cansancio. Terminó pidiéndome que durmiéramos en habitaciones separadas...

—Entiendo.

—Mi vida empezó a perder sentido. Una

de mis grandes ilusiones era tener un hijo, y en esa tesitura la posibilidad se alejaba cada día más. Incluso llegué a pensar en adoptar uno, como ya habían hecho algunos de nuestros amigos. Tiene gracia, ¡el estrés nos está convirtiendo en una sociedad de impotentes! —apuntó Henry cáustico, abandonando por instantes el tono confesional de su relato—. Estaba decidido a aceptar cualquier solución, cualquiera, menos...

—Menos dejar a Miriam —presupuso Claire.

—Sí. Nadie debe romper un vínculo a las primeras de cambio. Nunca he entendido a los jóvenes de hoy, capaces de casarse un lunes y mandarlo todo a paseo el martes. A la adversidad hay que responder con soluciones. Además, a pesar de todo, yo seguía enamorado de ella.

—Admito que la historia se vuelve interesante por momentos... —reconoció

Claire acomodándose contra el respaldo de la silla. Se llevó el índice a los labios de modo expresivo. Parecía una psicoanalista a punto de abrir brecha en un paciente—. ¿Qué más?

—Entonces apareció Claude, una mujer muy atractiva, de unos treinta años; soltera, empeñada en disfrutar de la vida al máximo. Yo la había visto en alguna que otra ocasión, siempre en fiestas y reuniones. Un día provocó..., insisto, provocó, un encuentro. Parecía casual, pero no lo era. Luego lo supe. Nos topamos cerca del Teatro Nacional. Yo salía de una entrevista de trabajo en una pequeña agencia. Ella había estado de compras. Cargaba con unas bolsas con ropa y zapatos. Me pidió que la ayudara a llevar los paquetes hasta el coche y después me propuso tomar algo. Acepté.

—Empiezo a entender.

—Se mostró encantadora, me hizo reír con sus bromas y ocurrencias. En la distancia

corta resultaba absolutamente irresistible. Me descubrí relajado y feliz, llegué a olvidar todos mis problemas. Tras dos copas empezamos a hacernos confesiones. Me contó, sin rubor alguno, que trabajaba ocasionalmente para una agencia de *escorts*...

—Bonita forma de referirse a la prostitución de lujo.

—Compañía para hombres de negocios —matizó Henry—. No siempre el sexo está de por medio o es el asunto principal. Le aseguro que Claude es una mujer sumamente culta.

—Dejémoslo en azafata de cena, copa y cama, con un libro de Dan Brown por toda biblioteca. Odio los eufemismos. El cebo perfecto para un incauto como usted.

—Yo le dejé entrever el mal momento por el que atravesaba. Había perdido mi empleo poco antes, mi relación estaba en vía muerta, sin expectativas de cambio. Tras escucharme, ella..., ella dijo saber claramente lo que yo

necesitaba.

—¿Un poco de terapia sexual? —atajó Claire sin poder salir de su asombro.

—Entiéndalo como quiera.

La inspectora se deshizo en una sonora carcajada. Rió de forma abierta y contagiosa, olvidando, por momentos, que estaba en un hospital.

—Lo siento, no es mi deseo ofenderle, pero empiezo a pensar que su abogado es muy diplomático. Deberían nombrarle embajador.

—Llámeme estúpido, no se prive —zanjó Henry malhumorado esquivando el encontronazo de su mirada.

—Y usted, como si lo viera venir, se tragó el anzuelo... —presupuso ella pugnando por contener la hilaridad.

—Entero. Y no una sola vez.

—Ahórrese el resto. Lo que sigue es muy francés. Un día, Miriam, desolada, detectó maquillaje, perfume, o un resto de carmín en su

camisa; contrató a un detective y con las pruebas de su infidelidad en la mano solicitó el divorcio.

—Quedándose con toda mi herencia, nuestra casa y la mitad del efectivo que restaba en las cuentas. Así sucedió. Todo había sido un montaje. Una encerrona. Ahora mismo esa arpía reptaba alrededor de otro incauto, un tipo maduro, forrado de dinero y colesterol. Le apuesto lo que quiera a que se casa con él antes de un año...

Claire Valéry respiró profundamente. Desconectó la grabadora y la guardó en el bolso, junto a la libreta de notas. No necesitaba oír más. Sus años de experiencia, en todo tipo de interrogatorios, y sobre todo ese halo de indefensión y agravio en los ojos de Henry Gaumont, habían golpeado, al unísono, su cerebro y su ánimo. Sabía perfectamente que ese proceso simpático, en que razón y emoción se reconcilian, era infrecuente. Cuando ocurría,

de tarde en tarde, era prueba clara, casi empírica, de que el testimonio recogido era cierto de principio a fin. Sintió una vaga sensación de empatía pasearse por su pecho. Una conmiseración que de ningún modo podía manifestar.

Pensó, incluso, que si el amante que no tenía llegara a hacerle a ella algo similar, le mataría sin contemplaciones.

—¿Ya está? ¿No quiere saber nada más? ¡Puedo contarle algún que otro naufragio personal, arrastro un saco repleto de experiencias nefastas! —exclamó con expresión asqueada Henry—. De hecho, son tantas que tenía previsto suicidarme tres o cuatro veces seguidas...

—No más pistolas. Es usted un peligro público.

—La próxima vez meteré la cabeza en un horno y abriré la espita del gas. O seguiré su recomendación y lo resolveré al estilo romano.

No tema, nadie pagará las consecuencias — rezongó mortalmente serio—. ¿Algo más?

—No, nada más. Es suficiente. Daré por buena su historia. Manténgase en lo dicho cuando sea citado a declarar —recomendó la inspectora poniéndose en pie—. Busque un buen abogado. Solicitaré un informe de su estado psicológico al director del hospital. Estoy convencida de que será todo un poema, pero también un atenuante en el inevitable proceso legal por el que deberá pasar.

Claire dedicó una breve mirada a Henry antes de dirigirse hacia la puerta. Había ladeado el rostro, con gesto esquivo, y enfocaba el lienzo gris y desapacible de un cielo invernal, recortado en el marco de la ventana.

Comenzaba a nevar.

—Buena suerte. Recupérese... —deseó ella con voz suave, entreabriendo la puerta. Y ya cruzaba el umbral cuando se detuvo y añadió por encima del hombro—: *Joyeux Noël*,



*monsieur* Gaumont!

## TODO EL BUEN MAL HECHO

El agua de la cafetera comenzó a borbotear. Y pocos segundos después, un delicioso aroma, intenso y pegajoso, inundaba la cocina. Didier Laval se frotó los ojos, aún pegados por el sueño, ordenó sus cabellos y extrajo de la alacena una taza, en cuyo fondo arrojó dos colmadas cucharadas de azúcar de caña. Se dirigió con el brebaje en equilibrio hacia la sala, al otro lado de la casa, cazando a su paso por el recibidor el ejemplar del día anterior de *La Dépêche du Midi*. Lo dispuso bajo el brazo.

La estancia estaba atemperada. Media docena de gruesos troncos se consumían en silencio, como el tiempo, inundando de luz dorada el lugar. En el exterior, hasta donde la vista alcanzaba a distinguir, se desplegaba en

perfecta formación un ejército de cepas torturadas por el viento y oscurecidas por los años, dispuestas en incontables filas. La nieve caída la noche anterior perfilaba sus caprichosas siluetas. Trazadas con tinta china y pincel, le recordaban invariablemente el rictus de horror de muchos rostros.

También el escorzo imposible que dibujan los cuerpos al desplomarse.

Apartó esos desagradables pensamientos de su cabeza, sin contemplaciones, y sorbió lentamente. El café quemaba como una bendición. Parado frente al ventanal, creyó ver al inefable señor Legrand aproximarse por el camino central, emergiendo como un fantasma entre los desgajados jirones de niebla. Legrand se presentaba cada mes, cabalgando su trotada motocicleta, con el recibo del alquiler garabateado sobre una cuartilla que doblaba hasta el enojo y colocaba en el bolsillo del chaleco; con el sempiterno liado de picadura

chamuscada colgando de la comisura de los labios y la boina incrustada en la calva, como el corcho en una botella. A presión.

«Esta no me la quito, no vaya a ser que se enfríen las ideas», solía comentar jocosamente al respecto, cuando él o Monique, por deferencia, y a fin de no levantar sospechas, le invitaban a pasar unos metros más allá del vestíbulo.

Legrand podía desprenderse del tabardo y la bufanda, dependiendo de las prisas, pero jamás de la boina. Aceptaba sin remilgos la copita de Martell que siempre le tenían preparada; hacía algún comentario sobre el frío o el calor, o contaba alguno de los insípidos chismes que corrían por las calles de la próxima Montgiscard; se embolsaba los billetes, doblándolos en un rulo, y, tras propinarse un par de palmadas complacidas en la barriga, se marchaba por donde había venido. En alguna ocasión lo veían trabajar a lo lejos, cortando algún sarmiento que despuntaba en las

viñas, y que luego hincaba en cualquier ribazo de la finca a fin de engrosar su tropa, o bien arando con el tractor. Y poco más en lo referido a interferencias. Nadie merodeaba por los alrededores, a excepción de algún turista despistado, que tras atracar la barcaza en las inmediaciones de la esclusa del canal du Midi decidía darse una vuelta en bicicleta por los campos.

Didier se aproximó hasta la mesa, encendió un cigarrillo y pasó distraído las páginas del periódico, buscando la sección de clasificados. Allí encontraría, como de costumbre, la clave de conexión y la hora fijada por Pitágoras para la charla que ambos habían acordado mantener en su último contacto.

Sería ese mismo día. Seguramente sobre las doce.

El de Pitágoras era un sistema seguro, sencillo y magistral. De hecho, todo lo que planificaba resultaba inexpugnable. Ni un

enjambre de analistas, contando con todos los recursos informáticos del planeta, conseguiría descifrar su *modus operandi*.

Didier se entretuvo en imaginar el aspecto de Pitágoras, los rasgos de su rostro, el tono de su voz, su porte y su manera de caminar o vestir. Se había entregado a ese juego en más de una ocasión, recreándolo de todas las formas posibles. Tras unos cuantos años de relación lo único que podía afirmar con seguridad es que era un tipo irónico, inflexible, meticoloso hasta lo enfermizo, dado a emplear el francés y el inglés por igual. Y que debía ser rico, inmensamente rico. Eso era obvio. Tal vez un industrial o un financiero, acaso un político retirado, o el heredero ocioso de una inmensa fortuna familiar.

Pitágoras jamás regateaba.

Resiguió el interminable serpentín de anuncios que conformaban las estrechas columnas del tabloide, intentando localizar el

apartado referido a coleccionismo. Ese mes tocaba coleccionismo.

El sonido de un coche avanzando por la gravilla frente a la casa le llevó a postergar su búsqueda. Monique estaba de regreso. Seguramente volvía cargada, con varias bolsas en cada mano.

Didier abrió la puerta cuando ella ya propinaba un puntapié a la hoja reclamando ayuda.

—¡Vaya, el señor marqués ya se ha levantado! —exclamó cáustica tendiéndole parte de la compra—. Te he dejado el fuego encendido, ¿ya has desayunado?

—Acabo de tomar un café, intentaba despejarme, ¿vienes de Toulouse?

Monique asintió. Diseminó todo lo que portaba por el piso y se quitó la cazadora, arrojándola sobre un banco con gesto cansado.

—Sí, de Toulouse. El mercado de la plaza Arnaud Bernard estaba lleno de gente, parece

que regalen las cosas.

Didier esbozó una mueca de desaprobación.

—Sabes que no me gusta que vayas por esa parte de la ciudad. Es casi imposible encontrar a un francés. Solo hay tunecinos, marroquíes, argelinos...

—¿Y dónde se supone que debo ir de compras, *chéri*, a Saint-Cyprien? ¡Estamos en las mismas, allí solo hay negros, caribeños y antillanos! ¡Qué importa, no pasa nada, el futuro es ahora, y cuanto antes nos hagamos a esa idea, mejor, ya lo dijo el mustafá de los cojones! —gruñó entre dientes.

—¿Quién coño es Mustafá? —interpeló él desconcertado.

—Mustafá, el babuino ese, el libio de la jaima, con sus jodidas arengas...

—¿Muamar el Gadafi?

—Exacto..., Gadafi, ¿no recuerdas lo que soltó en televisión?



—¡Joder, Monique, querrás decir que es un beduino!

—Sé lo que digo, Didier, ¿me tomas por tonta? Sé distinguir perfectamente entre un beduino y un babuino. Él es un babuino y punto —zanjó la mujer en tono despectivo—. ¿Has olvidado lo que dijo ese puto babuino hace una semana?

—Ese hombre no para de decir cosas, no hay que hacerle mucho caso.

—Las dice muy gordas. Aseguró que la islamización de la Europa cristiana es un hecho irreversible, que no hace falta gastar en bombas ni mandar a mártires suicidas; que en quince o veinte años, con nuestros ridículos índices de natalidad, ellos serán mayoría, y todos nosotros estaremos con el culo en pompa y de cara a La Meca.

—Monique, desde que te conozco no te he visto pisar una iglesia jamás, ¿a santo de qué te importan esas cosas ahora?

—No me importan nada. Ya lo sabes. Eres tú quien ha sacado el tema con tus miedos: Monique, no hagas esto; Monique, haz lo otro; ve por aquí, no vayas por allá... —parafraseó encogiéndose de hombros. En un gesto rápido extrajo una goma de pelo que llevaba a guisa de pulsera en la muñeca y reunió su larga melena rubia en una cola de caballo. Después entró en la sala.

—Tú sabrás lo que haces, pero yo no me pasearía por ahí con esa blusa desabrochada y esa minifalda —aconsejó él siguiendo sus pasos—. Vas pidiendo guerra. Y la acabarás encontrando.

Monique no entró a la greña ante un comentario de esas características. Se abstraigo durante unos instantes en el fascinante e hipnótico baile de las llamas en la chimenea.

—O tal vez sí..., supongo que al fin y al cabo sí me importa lo que ocurra en este país —murmuró apacible calentando las palmas de

sus manos—. No quisiera ver una Francia plagada de minaretes, ni que nadie nos diga qué debemos hacer en nuestra propia casa. Dime, *chéri*: ¿te gustaría verme con un *burka*, tapada de la cabeza a los pies, caminando dos metros por detrás de ti?

—Si el *burka* es de seda y sé que no llevas nada debajo, seguro que sí... —repuso Didier con una sonrisa lasciva en los labios—. Y un poco de sumisión, para variar, no estaría mal del todo.

La mirada de Monique se encendió al escuchar eso, como si una chispa, liberada por el crepitar de la madera, hubiera saltado hasta sus ojos. Arrugó los labios, entre enfurruñada y divertida, e hizo retroceder con decisión a Didier a base de pequeños empujones.

—Así que eso te gustaría, ¿eh, depravadillo? ¡Seguro que sí! Y aún te pondría más si debajo del *burka* escondiera un látigo, o un cuchillo de esos curvos que llevan los

mustafás. Te pondrías como una moto, so marrano... —susurró en tono morboso, derribándole en el centro del sofá con un último empujón.

—Todas tus fantasías me excitan, ya lo sabes.

Ella se sentó sobre él a horcajadas e hincó los muslos en sus costados, como si fuera una montura que necesita ser espoleada; al punto, desabrochó los botones de su blusa, provocando una explosión en el todavía aletargado cerebro de Didier.

—Ahora es cuando tienes que ponerte chovinista y soltar esa expresión tan trasnochada: *sacrebleu!* —sugirió Monique jocosa, introduciendo los dedos por la cintura del pijama y buscando su sexo al tiempo en que lo fijaba por el cuello contra el respaldo—. Encomiéndate a Dios, *chéri*, porque cuando haya acabado contigo no te conocerá ni tu madre...

—*Sacré Bleu, impossible de se défendre, il faut déposer les armes!* —exclamó él en un épico raptó teatral, conteniendo la hilaridad—. ¡Vamos, quítate la ropa, putita!

Monique se alzó y bajó la cremallera lateral de la falda, mostrando un diminuto tanga negro. Se disponía a deshacerse de él cuando se detuvo llevándose los dedos a los labios.

—¿Qué haces, *mon amour*?

—¡Oh, mierda, Didier, mierda!

—¿Se puede saber qué pasa!

—¡Lo que pasa es que he comprado a primera hora un montón de cosas y llevan casi tres horas en una bolsa de plástico!

—¡Es igual, olvídate de eso ahora!

—¿Olvidarme? He ido a buscar tus malditos calamares, los buñuelos y las croquetas artesanas de jamón del colmado de Éluard, al otro lado de la ciudad; me he dejado más de cincuenta euros en caprichos, ¿te lo vas a comer todo hoy? —interpeló enojada,

devolviendo la falda a su cintura—. No pongas esa cara, luego seguiremos. Y si no puedes esperar, hazte un apaño provisional, que para eso te las pintas solito.

—¡Pero si está helando! —arguyó él.

—Precisamente por eso: he vuelto con la calefacción al máximo —zanjó ella alejándose a paso rápido.

Didier, resignado, se cubrió el rostro con las palmas de las manos y suspiró profundamente, extinguiendo su deseo. Durante un minuto permaneció con cara de pasmarote, siguiendo el rastro dejado por la carcoma en las vigas. Súbitamente se incorporó, como si un resorte invisible le proyectara.

Había olvidado su cita con Pitágoras.

Sobresaltado comprobó la hora en su reloj de pulsera, y también en la antigualla de péndulo que colgaba junto a la chimenea. Había marcado el tiempo de la familia Legrand, generaciones atrás, pero asombrosamente

seguía oscilando con la exactitud impecable de un marcapasos.

Se centró en los clasificados del periódico. Las inserciones que aparecían en el apartado de coleccionismo eran escasas. Localizó a vuelapluma la de Pitágoras.

«Compro a buen precio ejemplares antiguos de *Paris Match*. Especialmente los números 12 y 43, y todos los del año 1972. Interesados, contactar con el apartado de correos 30123.»

Encendió el portátil y abrió un navegador. Un segundo más tarde tecleaba en el campo de direcciones la *url* de una página: [tetractys.org](http://tetractys.org).

La *homepage* del sitio era, en apariencia, una imagen estática que parecía no conducir a parte alguna. Mostraba un sobrio fondo, del color suave del líquen, sobre el que destacaba

un gran triángulo equilátero compuesto por diez círculos negros, distribuidos en cuatro líneas. El cero marcaba el vértice superior, y la secuencia 6-7-8-9 conformaba la base de la pirámide.

Movió el cursor sobre ellos sin que mostraran ningún vínculo. Echó un nuevo vistazo a su reloj. Faltaban cuatro minutos para la hora. Rebuscó en un cajón de la mesa y sacó una libreta en cuyas páginas se amontonaban centenares de nombres relacionados con otros tantos códigos numéricos.

Encendió un cigarrillo y esperó.

A las doce y cuarenta y tres, con precisión suiza, el triángulo pareció cobrar vida. Cada uno de los círculos mostró su número oculto.

Didier sabía perfectamente que la puerta solo podía ser franqueada durante un minuto y que no admitía posibilidad de rectificación. Pulsó cuidadosamente 1-9-7-2-3-0-1-2-3.

La pantalla, al punto, se refrescó



proponiendo una frase y un nombre.

«Pensar en otra vida, más allá de esta, es el más irracional de los caprichos.»

DAVID HUME

Al pie del texto aparecía un campo vacío. Didier se apresuró a consultar la lista de su libreta, ordenada alfabéticamente. No tardó en localizar a David Hume. Ignoraba quién era o quién pudo haber sido. Seguramente —se dijo con ironía—, alguien ilustre que en un momento de inspiración logró decir algo de monumental trascendencia, para acto seguido, como todos los mortales, largar una tremenda sarta de sandeces. Se juró comprobarlo buscando en alguna enciclopedia.

Junto al nombre halló una interminable retahíla de números que introdujo

pacientemente: 0-7-0-5-1-7-1-1-2-5-0-8-1-7-7-6. La fecha de nacimiento y muerte del filósofo.

Hecho eso, accedió al ámbito virtual en que Pitágoras y él se daban cita. Un simple y sencillo *chat*, exento de cualquier atractivo gráfico. En una columna, a la derecha, se amontonaban todos los apodos de aquellos que lo utilizaban de forma regular. Un punto rojo junto al *nick* de Pitágoras indicaba que su interlocutor le estaba esperando.

PITÁGORAS:

*Bonjour*, Hunter. Tan puntual como siempre.

HUNTER:

*Bonjour*, comment ça va, Pitágoras?

PITÁGORAS:

Todo va bien. Te felicito. Sin Givry el mundo es un lugar algo mejor.

HUNTER:

Ha sido un trabajo fácil, aunque todo el mérito es de Hipatia.

PITÁGORAS:

Lo sé. De todos modos, tú te encargaste de planificarlo todo al milímetro. Ayer ingresamos en dos de tus cuentas el importe convenido. Te ruego que lo compruebes.

HUNTER:

Lo haré.

PITÁGORAS:

Bank of South Australia y Bank of Taiwan..., a partes iguales.

HUNTER:

Perfecto. He revisado la prensa, no han publicado nada sobre Givry...

PITÁGORAS:

Ni lo harán. Ya lo sabes. La policía no permite que nuestros logros y éxitos salgan a la luz. Mejor así. No olvides nunca que no hacemos esto por notoriedad.

HUNTER:

¿Han averiguado algo, siguen alguna pista?

PITÁGORAS:

Podemos dormir tranquilos. Están como siempre han estado, en vía muerta. De todos modos, debemos mantener la guardia alta. Pagaríamos muy caro el más mínimo

error...

HUNTER:

Basta un segundo de distracción para que pierdas la eternidad.

PITÁGORAS:

Esa frase es de Théophile Gautier, ¿no?

HUNTER:

Sí, el final de *La muerta enamorada*.

PITÁGORAS:

No podía imaginar que hubieras leído a Gautier. No dejas de sorprenderme.

HUNTER:

Sabemos muy poco el uno del

otro, Pitágoras.

PITÁGORAS:

Mejor así. Escucha: tenemos más trabajo. Ahora mismo estoy subiendo un archivo comprimido a Dropbox. Tardará unos dos minutos. Aprovecha para instalar la aplicación.

HUNTER:

Muy bien. Lo hago y te aviso.

Didier instaló el programa, que había descargado previamente. Dropbox permitía crear un *folder* al que se podía acceder en remoto, desde la red, o desde cualquier ordenador, compartiendo de manera instantánea todo tipo de archivos. En cada ocasión, tras copiar los documentos, Pitágoras los eliminaba de su carpeta y los dos se desembarazaban de la utilidad; de ese modo, el

fabricante del *software* no guardaba copia de seguridad en el servidor.

HUNTER:

OK. Ya está, instalado. Necesito la clave de acceso...

PITÁGORAS:

El *password* es: *primum vivere deinde filosofare*.

HUNTER:

¿Qué significa?

PITÁGORAS:

Una recomendación de Aristóteles: primero vivir, después filosofar.

HUNTER:

Muy cierto. Hecho. Estoy dentro. Veo dos carpetas, las estoy bajando, ¿de qué se trata?

PITÁGORAS:

En ellas encontrarás información e imágenes de un par de miserables a los que queremos dar puerta. El primero es un estafador de altos vuelos, Jean-Marc Poncelet.

HUNTER:

Me suena su nombre. Estoy viendo su foto. Sí, juraría que ayer hablaban de él en televisión.

PITÁGORAS:

Un financiero sin escrúpulos; el dueño de S.G.I.E, la Société Générale d'Investissement et Finances. Un émulo del famoso



Madoff que ha arruinado a miles de personas en un fraude de tipo piramidal. Ya sabes, consiste en pagar los beneficios de los que ocupan la cúspide con el dinero que se obtiene de las nuevas adhesiones. Una huida hacia adelante que se derrumba en momentos de crisis, como los actuales, cuando muchos a la vez deciden retirar su parte.

HUNTER:

Creo haber leído que la Audiencia de Delitos Fiscales está investigando toda su estructura empresarial. Le meterán entre rejas, en cuestión de días o semanas...

PITÁGORAS:

Y en cuestión de días o de semanas saldrá por la puerta lateral.

Siempre ocurre así. Estudia todo su dossier y dime si lo ves factible. Nosotros creemos que es un blanco fácil. Ya hablaremos.

HUNTER:

Perfecto. ¿Qué pasa con el otro? Tiene pinta de sudamericano.

PITÁGORAS:

Es mexicano. Se llama Ernesto Carrillo Reyes, treinta y cuatro años, sobrino de Vicente Carrillo Fuentes, el líder del cártel de Juárez desde 2005...

HUNTER:

¿El cártel de Juárez? ¡No sé en qué estás pensando, Pitágoras, pero yo no hago trabajos en México, y menos relacionados con esa gente!

## PITÁGORAS:

Ernesto quedó huérfano a temprana edad. Se crió con su tío. Y aprendió bien. Hace seis años inauguró una nueva modalidad de negocio relacionada con el tráfico de órganos. Buena parte de la gente que desaparece en México, muchas mujeres y niños, son secuestrados y conducidos por los sicarios de ese hijo de puta hasta la frontera. En la parte estadounidense se han abierto numerosas clínicas dedicadas a proporcionar hígados, riñones y corazones a europeos, estadounidenses y asiáticos millonarios que necesitan salvar su miserable vida o la de los suyos, ¿entiendes? ¡Pagan verdaderas fortunas, sin rechistar!

HUNTER:

¡Dios mío, qué asco, no quiero oír más!

PITÁGORAS:

Lo más terrible del asunto es que para asegurar el éxito del trasplante necesitan mantener con vida al donante hasta el final. Les operan prácticamente sin anestesia, les extraen los órganos y...

HUNTER:

¡Joder, déjalo ya!

PITÁGORAS:

Ernesto estará en la Riviera dentro de tres meses, en una mansión cerca de Antibes, invitado por Giancarlo Montalbano, un mafioso de la región de Calabria con el que

tiene tratos. Es una casa aislada, junto al mar, verás que te adjuntamos mapas y fotos aéreas. Un buen rifle con mira telescópica bastará...

HUNTER:

Lo haré. No te aseguro nada con respecto a Poncelet, pero a este lo puedes dar por muerto...

PITÁGORAS:

Me alegra saberlo. Valoramos esa bala en cincuenta mil euros, a pagar del modo habitual. Un tercio por adelantado.

HUNTER:

Acepto.

PITÁGORAS:

Pues eso es todo por ahora.

Volveremos a hablar en enero, tras las fiestas de Navidad. Insertaré un anuncio el día diez.

HUNTER:

Entendido. *À tout à l'heure,*  
Pitágoras!

Didier Laval cerró el navegador y activó el reposo de pantalla. La conversación con Pitágoras le había dejado estampado en el rostro un aire torvo, insano, y un evidente malestar golpeando en la boca del estómago. Ordenó sus cabellos y se dirigió hacia la cocina, siguiendo un agradable rastro de cebolla frita y laurel. Sin duda Monique estaba preparando pescado, como acostumbraba a hacer cada vez que se aprovisionaba en Toulouse.

La encontró disponiendo dos merluzas frescas, sobre las que había extendido una fina

capa de mantequilla y especias, en una bandeja de horno. Tras ordenar la compra, se regalaba con una copa de Château d'Yquem, blanco y dulce. Una obra maestra a 600 euros la botella; anticipo del paraíso que les esperaba en Bali.

Un capricho demasiado dulce, a decir de Didier, y solo apto para acompañar un buen foie o grandes postres.

Monique le descubrió espiando sus idas y venidas, apoyado en la jamba de la puerta. Le sonrió.

—¿Aún estás en pijama?, ¡deberías vestirme para comer, Didier, pareces un cavernícola! —regañó divertida, regando el pescado con el dedo final de vino que restaba en su copa—. ¿Qué tal tu charla con Pitágoras, tenemos más trabajo?

—Sí. Y estoy seguro de que este te gustará especialmente.

—Voy a cocinar la merluza con una variante en la receta. No te diré de qué se trata,

deberás adivinarlo.

—Lo cierto es que no tengo hambre. Además, lo que me ha contado Pitágoras me provoca náusea...

Monique se encogió de hombros y enarcó las cejas, de forma harto gráfica. Los encargos de Pitágoras, más allá de la tentación que suponía el dinero, siempre afectaban al ánimo de su pareja.

—Esa sensación, a base de repetirse, se ha convertido en un clásico... —adujo restando importancia al asunto—. No le des más vueltas, anda, sírvete un poco de vino.

Didier abrió la nevera, y, tras dudar un instante, optó por una cerveza bien fría. Sentado en un taburete, ausente, vació la mitad de la lata de un largo trago.

—Nunca te lo he dicho, Monique, pero algunas veces siento miedo.

—¿Tú, miedo?

—Aunque te parezca extraño, es cierto.



Temo encontrarme en sueños con alguno de los que he matado. Por eso, en ocasiones, ya lo sabes, me despierto sobresaltado...

—¡No digas tonterías!

—¿No te ha ocurrido nunca?

—¿Dejar que esos indeseables se cuelen en mis sueños? ¡Jamás! Yo solo sueño con Bali. En un par de años dejaremos todo esto. Ya tenemos más dinero del que necesitamos para vivir.

—También pienso en si alguien nos juzgará algún día... —murmuró.

—¿Te refieres a Dios, Didier? —interpeló ella sin salir de su asombro.

—Supongo...

—¡Oh, vamos, deja a Dios en paz! Er alguna ocasión te he dicho lo que pienso acerca de eso. Sabes perfectamente que solo existen dos posibilidades —recordó ella. Situada ante él, le obligó a alzar el rostro hasta enfrentar sus ojos—. Recuerda: si no existe Dios, y eso es

más que probable, todo está permitido.

—¿Y de existir?

—De existir, *chéri*, seguro que nos perdonará por todo el buen mal que hacemos.

## LA PRIMAVERA PARISINA DE PIERRE CASSEL

La maravillosa talla de Francisco Salzillo representaba a un joven san Sebastián maniatado a la argolla del poste de tormento. Tres flechas, hincadas bajo la clavícula, junto al esternón, y lacerando el costado derecho, no bastaban para que el pretoriano se amedrentara y claudicara, abjurando de su fe; más bien al contrario: curvaba su espalda, en un doloroso escorzo, ofreciendo el pecho con valentía, desnudo, despojado de la clámide, que había resbalado por el torso hasta sostenerse parcialmente en la cadera. Se diría por su ademán que reclamaba el dardo definitivo que le permitiera reunirse con Cristo.

Pierre Cassel, fascinado, llevaba casi una

hora examinando hasta en sus más mínimos detalles esa magistral escultura polícroma, dando vueltas alrededor de la peana que la sustentaba al igual que un gato giraría sobre un ratón acorralado.

Una sonrisa triunfal le iluminaba el rostro.

Fabián Lecrerc, su mejor especialista en prospección de obras de arte, había realizado un excelente y agotador trabajo de asedio y derribo. No había cejado en su empeño hasta lograr que la reticente señora Dubuisson accediera a desprenderse de la valiosa pieza, que había pertenecido a su familia durante generaciones, a fin de poder mantener su ostentoso nivel de vida, mermado, en los últimos tiempos, por una crisis que no hacía distinciones entre clases sociales.

Cassel bendijo mentalmente a la anciana, y al punto maldijo a Lecrerc. Dos días atrás, con retintín altanero, el empleado le había comunicado que acababa de aceptar una oferta

para trabajar en exclusiva para Sotheby's. De nada había servido tentarle con más dinero. El muy traidor valoraba el hecho de que la sede de la firma internacional de subastas, en el 76 de la calle Faubourg Saint-Honoré, quedaba a dos pasos de su domicilio. Además, como quien restriega un trapo sucio por la cara, añadió que como incentivo ponían a su disposición un lujoso automóvil, y que le bonificarían con el 1% del precio de salida de las obras, cosa que a él, y en ese punto le calificó de cicatero, no se le había ocurrido ofrecer jamás, pese a los años de buen servicio prestado.

Suspiró resignado. Ya encontraría algún buen recambio. Al fin y al cabo, Fabián era obra suya. El le había formado en todos los aspectos.

Cría cuervos.

Caminó hasta la imponente mesa taraceada que ocupaba el extremo del enorme despacho y tomó una pequeña agenda Moleskine y una

estilográfica de laca china con las que regresó hasta la figura. En una hoja escribió: «Martirio de San Sebastián, de Francisco Salzillo Barroco español. Sin estudios previos conocidos en yeso o arcilla. Entre 1745-1750. Colección Dubuisson. Precio de salida: 150 000 euros».

Y ya se disponía a guardar la libreta en un bolsillo de su americana cuando la volvió a abrir, liberando la goma elástica.

Esos ojos de san Sebastián se le antojaban puro éxtasis; escudriñaban el cielo en busca de un dios sin rostro, que asistía complacido a la inmolación.

Con letra apretada y armoniosa, Cassel consignó: «Existe un sutil deleite oculto, sexual, en el martirio propiciatorio. Acaso comparable a la pulsión del esclavo que se somete abiertamente al capricho de su dueño».

Y al pie de ese renglón, entre paréntesis, añadió: «Desarrollar la idea».

El sonido de unos nudillos golpeando levemente en la puerta precedió a la irrupción tímida de Muriel Martin, su secretaria. Una nariz respingona y unas gafas de concha rectangulares asomaron en el umbral.

—Buenas tardes, señor Cassel...

—¡Ah, Muriel, adelante, pasa! ¿Qué tal va todo?

—Bien. Los operarios están acabando de colgar los últimos cuadros de la exposición de Marc Dupontel —informó—. Por cierto, ha llegado hace unos minutos y ha preguntado por usted. Ha visto los dípticos y carteles y parece encantado. Está abajo, en la galería...

—¡Hay que ayudar a los jóvenes, Muriel!

—Sus óleos me gustan, son realmente agradables a la vista. La verdad es que yo no consigo entender demasiado el arte abstracto, pero tiene gracia mezclando el pigmento...

—¿Pero es que hay alguien que entienda el arte abstracto contemporáneo? ¡Menuda

tontería, lo cierto es que es imposible entenderlo por la sencilla razón de que ahí no hay nada que entender! —exclamó divertido Cassel—. Manchas, brochazos, borrones, impactos y caos cromático. Nada que ver con Mondrian y Klee, o con maestros precursores como Kandinsky —despotricó el director con sarcasmo, riendo entre dientes—. Sorprendentemente, esa paparruchada se vende tan fácilmente como se pinta. Supongo que es síntoma del estado de enajenación al que hemos llegado.

—Bueno, no es para tanto, lo cierto es que son lienzos muy decorativos —adujo Muriel.

—Idóneos en ambientes modernos, despojados de alma; espacios fríos e industriales. Ya sabes, casas cúbicas a base de toneladas de cemento pulido y metal, donde no hay otro modo de cubrir metros y metros de pared interminable —atizó Cassel descreído—, ¡menuda forma de decorar!, bueno, en fin,



dejémoslo estar, ¿qué más?

—El catálogo de la próxima subasta. Ha llamado el señor Bascour, de la imprenta. Ya tiene las pruebas de color listas, pero reclama tres páginas de última hora que afectan a tres pliegos distintos. No puede meter nada en máquinas.

—¡Sí, es cierto! Llama al fotógrafo, que venga mañana a primera hora sin falta. Debemos incluir la talla de Salzillo, el cuadro de Hagemann y el boceto en sanguina de Jean-Léon Gérôme.

—Así lo haré...

—Algo más, Muriel. Encárgate personalmente de que esta vez nuestro logotipo sea el correcto —recomendó el galerista cuando ya la secretaria le daba la espalda—. En el último catálogo se usó el antiguo, ¿recuerdas?

—Sí, no se preocupe, será «Art & Auctions. París».

—Exacto. Y a propósito de antiguallas: pídele a Pascal que saque de una maldita vez esa horrible placa dorada de la fachada. Estoy harto de verla, se ha oxidado. Quiero que busque a un grabador que nos coloque un metacrilato con el anagrama serigrafiado, un poco más grande. Algo elegante.

Al quedarse solo, Cassel volvió a pasear por el laberinto de obras que poblaban su despacho. Se regodeó en la certeza de que las pujas marcarían un hito. Esa era la mejor forma de abofetear a su eterno rival, la casa de subastas Drouot-Richelieu, y, de paso, a esos malditos diletantes de Sotheby's.

Echó un vistazo desde lo alto al animado tráfico de gentes, yendo y viniendo por la calle. Las hojas comenzaban a brotar en los árboles. Síntoma inequívoco de que la primavera llamaba con fuerza a la puerta. Consultó su reloj. Las cinco y media de la tarde. El momento perfecto para dejarlo todo y

concederse unas horas de asueto.

Salió al distribuidor que separaba lo que antaño habían sido las dos amplias viviendas de la planta, ahora ocupadas por sus oficinas. El súbito estrépito producido por un objeto al caer le llevó a descender alarmado hasta el piso inferior.

Se asomó a la entrada de la galería de exposiciones, a la izquierda. Por lo visto, un cáncamo mal fijado a la pared se había desprendido, haciendo que uno de los óleos de Dupontel pivotara sobre el opuesto. El incidente parecía no revestir excesiva importancia. Un operario se disponía a arreglar el desaguisado taladro en mano.

Pierre se retiraba en dirección al ascensor cuando el artista, que había reparado en su presencia, le abordó.

—¡Señor Cassel, espere!

—¿Sí?

—Quisiera agradecerle la magnífica

oportunidad que me brinda. Exponer en su galería es un lujo, la mejor promoción posible... —balbuceó.

—No me tienes que agradecer nada, pienso ganar dinero con tu trabajo. Esto es un negocio, no lo olvides. Y haz el favor de tutearme, solo tengo cuarenta y dos años, diez o doce más que tú, no soy tan viejo... —propuso Pierre condescendiente—. Estoy convencido de que lo venderás todo. Las secretarías están enviando cientos de invitaciones.

—¡Ojalá sea así!, ¿sabes?, ya estoy trabajando en una nueva colección. La tendré en poco más de un año —anunció eufórico Marc.

Cassel frunció el ceño y le escrutó divertido.

—¿Big Bang Galáctico de color contemporáneo, parte dos, a base de rodillo y salpicaduras?

—¡Oh, no, en absoluto! Se trata de una

nueva tendencia que conjuga la abstracción y el simbolismo —corrigió el joven adoptando una postura grave y estirada—. ¿Conoces a Rocarols, el artista catalán?

—Creo que no...

—Lleva años trabajando en el llamado *informalismo*, más concretamente en la modalidad denominada *pintura matérica*, a base de colores, texturas, desechos industriales, telas, embalajes, vidrio, arena. Es discípulo de Antoni Tàpies.

—¡Oh, claro, el inefable Tàpies, ya entiendo!

—Vamos a crear una veintena de obras juntos, al alimón, algo que no se ha hecho nunca. El realizará su parte en Barcelona y después yo las concluiré aquí —explicó.

—Te deseo mucha suerte en la aventura; ardo en deseos de ver esos trabajos acabados —repuso solícito Cassel, mordiéndose los labios a fin de controlar la hilaridad que le

sacudía interiormente. Propinó una afable palmadita en el hombro del artista y entró en el ascensor.

A medida que ascendía, una carcajada inarticulada deformaba su rostro, de oreja a oreja.

—Eres la peste, Pierre Cassel, un maldito cínico... —susurró al topar con su imagen en el espejo de la cabina. Aprovechó para ordenar con coquetería sus cabellos.

Nada más abrir la puerta de su vivienda notó el roce suave y cálido de Maude, su gata siamesa; atravesó ronroneando entre sus pies, con el lomo erizado, dándole la bienvenida.

—Dime, encanto: ¿qué opinas de Tapies y el informalismo matérico?

Por toda respuesta, Maude le obsequió con un diminuto maullido.

—Me alegro de que lo veamos igual. Media humanidad debería graduarse la vista... ¡Anda, deja de soltar pelo y vuelve a tu cesta!

Avanzó por un amplio pasillo hasta desembocar en el salón, que se extendía a lo largo de toda la fachada del edificio. La luz de la tarde, en abierta retirada, incidía oblicua a través de los cuatro altos ventanales de la estancia, arrancando destellos cobrizos a una bellísima escultura de Pablo Gargallo, una bailarina metálica que presidía una de las esquinas.

Tras comprobar que no había mensajes en el buzón de voz del teléfono, se desprendió de zapatos, americana, corbata y camisa con parsimonia. Cumpliendo con algo parecido a un ritual, deslizó en la bandeja del reproductor digital el álbum de cierre de la llamada trilogía berlinesa de David Bowie, *Lodger*, y puso a prueba la resistencia de sus pantallas Bowers & Wilkins. Hecho eso, se encaminó al ritmo de «African Night Flight» hacia la ducha.

Una hora más tarde cruzaba entre el fluido tráfico de la avenida Wagram y enfilaba a paso

ligero en dirección a la plaza Charles de Gaulle, alzando el cuello de su abrigo de paño. A lo lejos, el Arco de Triunfo, bañado en luz amarilla, se recortaba sobre el telón azabache del cielo. Hizo un alto para comprar los ejemplares del día de *Le Monde* y *Le Figaro*. Las portadas de los tabloides destacaban la misma noticia: Jean-Marc Poncelet, máximo responsable de la Société Générale d'Investissement et Finances, había sido detenido por la policía judicial de París, acusado de un fraude de descomunales proporciones que amenazaba con salpicar a media docena de entidades bancadas.

Cassel dobló los periódicos y los puso bajo el brazo. Al llegar a la calle Beaujon entró en el club La Flamme. Como de costumbre, y eso era lo que él más valoraba, no había demasiada gente; apenas algunas parejas acarameladas, en los sofás, y un ejecutivo consultando el cierre de la Bolsa en la pantalla



de su portátil.

Se acomodó hacia el centro de la barra, en uno de los altos taburetes de terciopelo granate. El propietario, un verdadero diablo preparando todo tipo de combinados, se acercó solícito.

—Buenas tardes, señor Cassel, ¿todo bien? —inquirió—. ¿Le preparo algo?

—Todo muy bien, gracias. No sé..., ¿qué me aconseja?

—Estaba a punto de preparar un Manhattan para otro cliente.

—¡Uh, no! Mejor un daiquiri Floridita con unas gotas de marrasquino...

—¡Eso está hecho! —exclamó atrapando una botella de ron blanco al vuelo.

Cassel se disponía a entregarse a la lectura cuando un recién llegado fue a sentarse a su izquierda. Era un hombre elegante, alto y bien parecido, de poco más de cuarenta años. Caminaba apoyándose en un breve bastón de

madera de arce, para compensar lo que parecía ser una leve cojera.

El marchante recordó haberle visto en varias ocasiones a lo largo de las últimas semanas; de hecho, cuando él acostumbraba a llegar al club La Flamme, a eso de las siete, solía encontrarle acodado en la barra, abstraído delante de un vaso de whisky, que tomaba siempre sin hielo. Casi se podría decir que ese desconocido se había convertido en parte del decorado.

Al parecer, se había retrasado. Uno de los camareros, sin mediar palabra, le sirvió un Lagavulin, y él se cruzó de brazos en el brocal de ese pozo de color ámbar, como si estuviera sopesando lo conveniente de arrojarse de cabeza en su interior.

El barman no tardó en regresar con el daiquiri. Avanzó dando tumbos, agitado. Plantó la copa sobre un posavasos, y, sin previo aviso, encendió un pequeño televisor medio oculto

entre el caos de botellas.

—¡Acabo de escucharlo en la radio, hace un minuto! —exclamó justificando su proceder.

—¿Ha ocurrido algo grave? —husmeó Cassel arreglando la monda de lima que se había desprendido del cóctel.

—Jean Ferrat...

—¿Qué pasa con Ferrat?

—¡Jean Ferrat ha muerto! —anunció el propietario chasqueando los labios.

La noticia devastó el ánimo de Pierre Cassel, trayendo a su recuerdo los encantadores y cómicos arrebatos románticos con que su padre obsequiaba de tarde en tarde a su madre cuando él era solo un niño. Acostumbraba, en esas ocasiones, a clavar la rodilla en la alfombra del salón, frente a ella, aflojando el nudo de su corbata, o bien se sentaba ante el piano, y le proclamaba su amor cantando con voz desahogada «Le mal-heur

d'aimer», «Que serais-je sans toi?» o cualquiera de los bellísimos poemas que Louis Aragón había dedicado a su esposa, Elsa Triolet, y que Jean Ferrat había sublimado con su voz elegante y aterciopelada.

Ninguna cadena dedicaba, a esa hora, un especial a Ferrat. El barman apagó el aparato con gesto asqueado y optó por cambiar el disco que sonaba en esos momentos, un álbum de smooth jazz clónico, dispuesto a rendir su particular homenaje al inmortal *chansonier*. Seleccionó «Nous dormirons ensemble».

Que ce soit dimanche ou lundi  
Soir ou matin, minuit, midi  
Dans l'enfer ou le paradis  
Les amours aux amours  
ressemblent  
C'était hier que je t'ai dit  
Nous dormirons ensemble...

Cassel se percató de que la mirada de su misterioso vecino de barra se había difuminado bajo una pátina acuosa. Era evidente que luchaba por contener su emoción. Probablemente la pérdida de Ferrat, o acaso los recuerdos vinculados a esa canción que ahora sonaba, le afectaban sobremanera.

—Demasiado romántico, ¿no? —susurró buscando entablar conversación.

—Sí, es excesivo... —repuso el desconocido sin alzar el rostro—. Casi duele.

—Todo ha cambiado demasiado, la gente, el mundo, la política, la literatura y la música. Todo. También el amor. Se diría que el espíritu de una época saltó por la borda en algún momento —divagó Cassel entre sorbo y sorbo—. Ya sé que decir esto puede interpretarse de modo erróneo, porque ni usted ni yo somos tan viejos como para lamentarnos por cosas que solo hemos vivido de prestado...

—Mi madre siempre cantaba esa canción;

esa y otras, de Brassens y Brel, de Aznavour y Moustaki. Murió hace tres meses...

—Lamento oírlo. Ahora comprendo su estado. En mi casa pasaba lo mismo, crecí escuchando esos discos... —rememoró el galerista con un deje de añoranza. Guardó unos segundos de silencio y decidió imprimir un giro más convencional a la charla—. Disculpe que me haya inmiscuido en sus cosas, suelo hablar demasiado. Hace varias semanas que coincidimos aquí y todavía no nos hemos presentado. Me llamo Pierre.

Henry Gaumont pronunció su nombre y le estrechó la mano sin demasiado convencimiento.

—En algún momento, días atrás, me entretuve en intentar adivinar su profesión. Concluí que posiblemente era usted profesor, o catedrático...

El publicista enarcó las cejas, escéptico.

—¿Tengo pinta de catedrático?

—No lo sé, solo fue una sensación. Suelo divertirme con esos juegos a menudo —aclaró.

—Ojalá me hubiera dedicado a la docencia. Al salir de la universidad llegué a planteármelo; estudié Historia del Arte en la Sorbona, también Literatura Francesa, pero por cuestiones que serían muy largas de explicar terminé trabajando en publicidad. Ya sabe: anuncios, campañas gráficas, comunicación de empresa... —enumeró Henry—. Toda esa mierda. Me despidieron. Llevo más de un año sin empleo.

—La crisis está siendo despiadada con ese sector. Yo mismo he rebajado el presupuesto que dedicaba a publicidad. Ahora solo me anuncio en un par de revistas especializadas e inserto módulos de forma esporádica en prensa.

Henry asintió. Dio un largo trago de whisky y encendió un cigarrillo.

—En mi caso, el despido no tuvo nada que

ver con la crisis. Trabajaba en Gauvain & Hervé Advertisement. Mi jefe me jugó una mala pasada...

—¿G & H? ¡Esa agencia mueve las cuentas más importantes del país!

—La mayoría de esas cuentas se las proporcioné yo: Nike, McDonald's, Peugeot Intermarché...

—¿Y le despidieron? ¡Me parece incomprensible!

—Tutéame, por favor. No hay nada que entender. Fue una de esas repugnantes maniobras empresariales... —zanjó Gaumont—. Verás, hace unos cinco años yo dirigía la creatividad de Publicis Groupe. Ganaba mucho dinero. Me entendía muy bien con la dirección de la empresa, que era, pese al volumen de facturación, muy familiar, y con todos esos clientes que he mencionado. Estaban encantados con las campañas que les presentaba. Acabé haciendo buena amistad con



muchos de sus directivos. Un día recibí la llamada de Léopold Leveque...

—Creo que le conozco, ¿no es el director gerente de G & H?

—Sí, exacto. Me citó para una entrevista. Me hizo una oferta irresistible. ¡Un cincuenta por ciento más de lo que ganaba en Publicis! Amén de una interminable lista de incentivos fáciles de alcanzar.

Pierre Cassel esbozó una sonrisa taimada. Casi podía intuir el derrotero de la historia. Pidió un segundo daiquiri y encendió, a su vez, un cigarrillo.

—El cebo perfecto, me temo... —musitó.

—El cebo perfecto para estúpidos ambiciosos como yo —convino Gaumont—, acostumbrados a un tren de vida cada vez más alto. Pura vanidad. Acepté. Al principio todo fue sobre ruedas. Así iban venciendo los contratos de todos esos grandes clientes con Publicis, yo los captaba sin problema alguno.

La mayoría cambiaron de agencia por amistad. Léopold los ató bien atados a G & H con lisonjas y largos contratos.

—Y cuando los tuvo a todos en su poder...

—*Au revoir, les enfants!* —exclamó con sorna el creativo parafraseando el título de la película de Louis Malle.

—Lo siento por ti, de veras. Este es un mundo de alimañas. Una pocilga. Conozco historias parecidas... —afirmó compungido.

Gaumont asintió levemente. Apagó el cigarrillo y apuró el dedo de Lagavulin que restaba en el vaso.

—En mi caso, ese fue solo el primer capítulo de una larga serie de desastres personales...

A lo largo de la siguiente hora, con voz monocorde, despojada de emoción, Henry relató todo lo que le había ocurrido desde su salida de G & H. El rostro de Cassel, a medida que la historia avanzaba, se convertía en el

perfecto reflejo de la incredulidad más absoluta. Interiormente, no pudo evitar interrogarse acerca de los motivos que llevaban a ese hombre de aspecto pulcro y desamparado a compartir con él una historia tan íntima como terrible, pasando del más absoluto anonimato a la confesión sin cortapisa.

Entendió, finalmente, que Gaumont necesitaba, más allá de su aparente estoicismo, desembarazarse de un pesado lastre arrastrado en absoluta soledad durante mucho tiempo. Nadie cuenta ciertas cosas, de no ser a un perfecto extraño en el desierto perfecto de un bar.

Cuando Gaumont puso punto final a su terrible peripecia, Cassel estaba exhausto y fascinado a un tiempo. Y con una montaña de preguntas buscando el mejor modo de ser articuladas.

—¿Cómo se ha resuelto el proceso judicial? —inquirió intrigado—. Imagino que

ha sido complicado...

—Tres semanas después del tiroteo, la policía capturó a los dos que lograron huir. Esa banda poseía un largo historial delictivo, extorsión, asesinatos y vinculación con mafias del Este; además, con dinero y un buen abogado todo resulta más fácil. El juez resolvió que disparé en defensa propia, en un mal momento. Tuvo muy presente el informe psicológico, en el que se me presentaba como a un hombre normal, empujado al límite de lo soportable, zarandeado por las circunstancias —repuso Henry con voz cansada—. Estoy en libertad, sin cargos, intentando recomponer mi vida, recogiendo los trozos que han quedado repartidos por el suelo. Me mantengo sin problemas gracias a la herencia que dejó mi madre al morir...

—¿Y esa cojera? —señaló Cassel reparando en el bastón de arce apoyado contra la pared de la barra.

—Es pasajera, fruto de la caída. Tengo un par de vértebras algo tocadas. Llevo dos meses en recuperación; por suerte, no es demasiado molesto...

El galerista se adelantó ligeramente, buscando mayor proximidad con Gaumont.

—¿Puedo preguntarte algo un tanto, eh, delicado?

—Todo lo que he contado hasta ahora lo es. Adelante, no me importa.

—¿Crees que habrías sido capaz de asesinar a Léopold y a Miriam a sangre fría? Entiendo que matar a alguien, por abyecto que pueda ser, es algo terrible, horroroso. Me cuesta creer que tuvieras la absoluta convicción de ser capaz de hacer algo así.

Gaumont dudó. Se mantuvo durante unos instantes en silencio, reflexivo. Su mirada se tornó asertiva. Pierre había puesto el dedo en la llaga.

—Durante un tiempo pensé que podría

hacerlo. Incluso me recreaba imaginando la expresión de pánico de ese par de puercos. Los veía suplicar, arrastrarse. Ahora sé que no hubiera sido capaz. Ocurre que el odio es un motor tan poderoso como el amor. Acaso mucho más poderoso. Y en los momentos terribles, cuando no hay otra balsa a la que aferrarse, nos mantiene a flote...

—Entiendo.

—... nos proporciona determinación, deseo, arrestos. Y un objetivo por el que vale la pena seguir en pie —reflexionó Henry taciturno—. El odio es como un veneno que uno ingiere en pequeñas dosis diarias, con la errónea idea de que acabará matando al otro.

—Supongo que lo más dulce de la venganza, por tanto, es calcularla, no ejecutarla —comentó Pierre.

—Exacto. Seguramente soy demasiado pusilánime para eso. Solo un perro, que como la mayoría de perros ladra y no muerde. No

tengo madera. Tampoco valor para suicidarme...

—¿Perros, dices? ¡Ni siquiera somos perros, Henry, solo un rebaño de corderos! —apuntó Cassel irónico—. Corderos paciendo en el prado, a la espera de ser llevados al matadero. De todos modos, en tu caso te revolviste ante el destino: no dudaste en disparar a ese asaltante en la gasolinera.

Henry se encogió de hombros y le miró de soslayo.

—Estaba enajenado, fuera de mis cabales, en lo peor de mi tormenta. Ese desgraciado tuvo verdadera mala suerte al topar conmigo.

—¿Sentiste algo al matarle?

—No lo sé. Todo ocurrió demasiado rápido. Curiosamente, cuando ahora lo recuerdo, no siento nada especial. ¿No has aplastado alguna vez a una cucaracha o a una mosca? Cuando lo haces, lo haces. No te planteas cómo quedará alterado el universo sin ese bicho. Y un segundo después, lo olvidas.

—En conclusión, eliminar a un cabrón no te ha quitado el sueño...

—¿Me estás preguntando si tengo algún sentimiento de culpabilidad?

—Sí.

—No, ninguno. Desearía no haberlo hecho, esa es la verdad; nadie merece morir, pero al mismo tiempo no me supone el más mínimo remordimiento.

Permanecieron los dos sumidos en un silencio cómplice, reflexivo, durante un largo minuto. Cassel lo rompió con una última pregunta.

—¿Por qué me has explicado todo esto, Henry?

Gaumont sonrió de un modo extraño. Se puso en pie, dejó un billete sobre la barra y aferró su bastón.

—Conoces perfectamente la respuesta, Pierre. Te lo he contado porque con toda seguridad no nos volveremos a ver —deslizó en



su oído a modo de despedida. Le tocó levemente en el hombro, en señal de gratitud, y salió del club La Flamme con la ingravidez de un fantasma.

## ENTRE LOS OJOS

El teléfono comenzó a sonar como una maldición cuando la luz del día apenas despuntaba, provocando que Claire se agitara sobresaltada. La inspectora no había conseguido dormir hasta bien entrada la madrugada, cuando después de dar muchas vueltas en la cama optó por recurrir a los somníferos. La pastilla la precipitó por un agujero negro, por el que cayó a plomo hasta aterrizar en un sueño breve, angustioso, que se repetía con frecuencia.

En la secuencia onírica se veía a sí misma, con cinco o seis años, avanzando por el sendero de un bosque, aferrando la mano de un hombre grueso, de piel transparente. Muy alto. Tenía la frente perlada por el sudor y le sonreía de un modo extraño. Sus ojos, hinchados como

los de un sapo, giraban en las órbitas como las aspas de un ventilador. La obligaba a caminar a una velocidad que sus cortas piernas no podían mantener, tirando de ella con apremio. A lo lejos, en algún punto a sus espaldas, podía oír a su padre. Jules gritaba su nombre, una y otra vez, a pleno pulmón, quebrando el silencio que reinaba en el lugar y provocando el revuelo de los pájaros. También creía percibir un llanto histérico, entrecortado, que era el de su madre.

En ese punto, la pesadilla solía desvanecerse sin continuidad. Rara vez lograba vislumbrar qué seguía tras ese retazo deslavazado.

Entreabrió los ojos y se llevó las manos a la cabeza, intentando olvidar esa maldición incomprensible; a ciegas, palpó la superficie de la mesilla, dándole un manotazo al despertador, a las pastillas y al tedioso *bestseller* que llevaba dos semanas intentando acabar. Consiguió atrapar el teléfono.

—¿Sí?

—¿Claire?

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Buenos días, ¿duermes? ¡Soy Viviane!

Encendió la luz de la mesilla y se incorporó, retrepando hasta acomodarse contra la almohada y el cabezal. Sus neuronas parecían negarse a funcionar con la fluidez habitual. Un vistazo sesgado al reloj volcado no hizo sino acrecentar su desasosiego. Casi las nueve. No había oído la alarma.

—¿Claire? ¿Estás ahí?

—¡Sí, joder, sí, me he dormido! — exclamó—. ¡Mierda, tenía una reunión con Benoît Lauzier a las ocho!

—Si quieres podemos hablar más tarde, cuando llegues a tu despacho.

No era normal que Viviane llamara a esas horas. Nunca lo había hecho. Eran amigas desde hacía muchos años, cuando las dos coincidieron durante todo un curso de

investigación criminal en la Academia de Policía de París. Viviane trabajaba como analista en el cuerpo de policía científica de Niza.

—No te preocupes. Dime qué pasa mientras me pongo en marcha —propuso poniendo los pies en el suelo y calzando sus zapatillas. Se dirigió a la cocina.

—Acabo de mandarte un correo con media docena de fotos vinculadas. Lo encontrarás al llegar a la prefectura.

—¿De qué se trata?

—Se trata de Le Club, tu club...

—¿Bromeas?

—En absoluto. Escucha. Anteayer por la tarde, sobre las cuatro, mataron a un hombre, de unos treinta y tantos, a siete kilómetros de Antibes, en la costa, en una exclusiva zona de mansiones de lujo —contó de forma atropellada—. Fue un tiro limpio, en el entrecejo, desde más de cuatrocientos metros

de distancia...

—¿Un francotirador?

—Sin duda alguna. Algo así solo puede ser obra de un verdadero experto. Los de balística siguen trabajando en el asunto, pero ayer ya sabían que el asesino utilizó un Sniper SVE Dragunov, rifle de precisión aún vigente en cuerpos de élite del ejército ruso, y munición especial, capaz de perforar blindajes. Un verdadero misil. Ya lo verás en las fotos, el boquete parece un cráter.

Claire tragó saliva mientras vaciaba, sin prestar la más mínima atención, cuatro cucharadas colmadas de azúcar en una taza de leche fría y café soluble. Esa era la primera vez, hasta donde podía recordar, que Le Club utilizaba ese método para eliminar a un objetivo. Se juró comprobarlo.

—¿Qué más sabéis?

—La identidad de la víctima. Si no estás sentada, siéntate, porque no te lo vas a creer...

—sugirió Viviane—. Se trata de Ernesto Carrillo Reyes, mexicano, sobrino del capo del cártel de Juárez, reclamado por numerosos delitos: secuestros, asesinatos y tráfico de órganos.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Totalmente. Había llegado al aeropuerto de Niza esa misma mañana, con pasaporte falso, a nombre de Ignacio Robledo Martín, fallecido hace tres años. Parece ser que era invitado de unos italianos, de los que aún no tenemos demasiada información. Solo sabemos que la villa fue alquilada a principios de año por una empresa de Cosenza, en Calabria. En esc estamos...

Algo no cuadraba en el relato. Un interrogante se dibujó en el cerebro aturdido de Claire.

—Perdona, Viviane, pero todo lo que me explicas encaja más con un ajuste de cuentas entre clanes mafiosos, ¿cómo sabes que es

obra de Le Club?

La risa contagiosa de la mujer llegó desde el otro lado de la línea.

—Tú me lo has contado cien veces, Claire. Lo sé por el telegrama...

—¿Telegrama, de qué telegrama hablas?

—Aunque parezca raro, la gente todavía los manda. En este caso con mayor motivo. Tengo aquí, conmigo, en una bolsa de plástico, un telegrama. Llegó algo tarde, eso sí; una hora después de que mataran a Ernesto Carrillo. Se presentó un motorista de la oficina postal en la casa, al poco de llegar nosotros —aclaró—. También estamos investigando eso. Parece que quien lo envió lo hizo desde una estafeta en Burdeos.

—¡Basta de preámbulos!, ¿qué dice el maldito telegrama?

—Escucha, te lo leo literalmente —anunció Viviane—: «Te pondremos de cara a un buen muro. Stop. Y te dispararemos con una



buena bala de una buena pistola. Stop. Y te enterraremos con una buena pala en la buena tierra. Stop. *Sit Tibi Terra Levis*. Stop. Bertold Brecht».

Claire, obnubilada, hizo un esfuerzo para no ser engullida por el remolino vertiginoso que suponía esa sentencia de muerte, dura e implacable, dramática y teatral. No había duda alguna. A pesar de que la cita distaba de las utilizadas habitualmente por esa sociedad de asesinos, presentaba la indeleble impronta de Le Club, como la marca de aguas en un billete de curso legal.

Tragó saliva y respiró hondo.

—Escucha, Viviane, tengo que dejarte, no sabes la que me va a caer hoy. Te llamaré luego, ¿te parece bien?

Colgó el teléfono. Y durante unos segundos se quedó obnubilada, mirando la taza vacía, escindida entre dos órdenes imperiosas: asimilar la información que Viviane le había

proporcionado, y que hacía hervir su cerebro, o bien dejarse de cavilaciones y salir precipitadamente de su domicilio en dirección a la central. Podía imaginar la expresión avinagrada con que Benoît Lauzier la recibiría. Odiaba esa cara de acelga cocida.

El sonido de una llave al girar en la cerradura de la puerta de entrada vino a confirmar que el retraso era inevitable.

El rostro jovial de Marie Sein asomó en la cocina. Venía cargada con dos atestadas bolsas de plástico, a punto de romperse. Las depositó sobre el mármol.

—Buenos días, me he retrasado un poco —se excusó comenzando a descargar la compra—, había mucha cola en la tienda, ¿todavía está usted aquí?, ¿tiene el día libre?

—No. Ojalá. Me he quedado dormida.. ¡Llego tarde!

—¿Aurélie aún no se ha levantado?

—Sigue en la cama. Le costó conciliar el

sueño anoche, como a mí. Te he dejado su ropa preparada, colgada de una percha en el pomo de su puerta.

—Muy bien.

—No olvides que tiene hora con el logopeda a las doce y media. He dejado unas notas para que se las entregues. Dile que ayer habló, bueno..., balbuceó, en tres ocasiones — contó Claire mientras intentaba poner en solfa sus cabellos mesándolos con los dedos a guisa de peine—. Solo monosílabos, pero algo es algo.

—No se preocupe. Se lo diré.

—Tienes dinero en la cajita de mi despacho. Coged un taxi. Juraría que hoy hace mucho frío. No olvides la bufanda y los guantes.

Quince minutos más tarde, cuando la inspectora se disponía a marcharse, Aurélie salía del baño envuelta en una pequeña toalla con la que Marie la había fajado. Claire la aupó

en volandas y la besó.

—¿Qué hará hoy mi niña? ¿Jugarás todo el día? ¿Aprenderás sílabas nuevas? ¡Anda, vamos, cuéntame tus planes!

Por toda respuesta, Aurélie deslizó sus dedos regordetes por el rostro de su madre, sin que sus facciones denotaran emoción alguna.

—Adiós, mi amor, te veré esta tarde. Pórtate bien...

Tres cuartos de hora más tarde, cuando las manecillas del reloj escalaban en pos de las diez, Claire llegaba a la puerta principal de la jefatura superior de Policía, en el número 7 del boulevard du Palais, en la Île de la Cité.

Observó que el acceso a las dependencias parecía haber sido tomado al asalto por una empresa de mudanzas. Una veintena de agentes se ocupaba de descargar el contenido de dos pequeños camiones, formando una larga cadena

humana que trasladaba, de mano en mano, cajas de cartón; voluminosos archivadores; cables, pantallas y discos duros, y una montaña de abultadas carpetas que amenazaban con aligerar su contenido de un momento a otro.

Mientras pugnaba por abrirse paso entre el revuelo, Claire intuyó que ese era todo el material incautado en las dependencias de la Société Générale d'Investissement et Finances. Su máximo responsable, el banquero Jean-Marc Poncelet, había pasado a disposición judicial la tarde anterior, acusado de estafa y malversación de capitales. La televisión y la radio no hablaban de otra cosa en las últimas horas. De hecho, y como por arte de magia, los medios de comunicación, siempre atentos a los acontecimientos, se habían presentado ante las dependencias policiales creando un considerable alboroto. Un enjambre de cámaras, de cadenas públicas y privadas, y numerosas agencias de noticias, se disputaban

las imágenes del desembarco.

Con una maldición en los labios, Claire enfiló las escaleras. No estaba para esfuerzos, pero no había otra posibilidad: los ascensores y el montacargas estaban siendo utilizados para trasladar todo lo confiscado a los archivos del sótano del edificio. Al llegar a la cuarta planta se detuvo medio doblada por el esfuerzo, sin resuello. Sorteando el laberinto de mesas, se encaminó al despacho de Lauzier.

A través del cristal pudo ver a su superior puesto en pie. Parecía despedir a Frédéric Péchenard, el director general de la Policía de París, tras haber mantenido con él una entrevista. Probablemente el alto cargo había decidido efectuar una de sus inesperadas y rutinarias visitas al departamento, aunque también había la posibilidad de que un asunto grave justificara su presencia.

Intentando mantener los nervios bajo control, llamó suavemente a la puerta y

entreabrió la hoja.

—¡Ah, Claire, adelante, llegas tarde! — saludó mordaz Benoît Lauzier.

«Maldito cabrón, tenías que soltarlo», renegó la inspectora.

—He tenido un pequeño problema, lamento mucho el retraso —se disculpó encogiéndose de hombros y restando importancia al hecho—. Buenos días, señor Péchenard, me alegra verle.

Frédéric esbozó una breve e impostada sonrisa a modo de saludo. Era un hombre menudo, aunque de complexión fuerte. Su rostro, un tanto enjuto, y su peinado, en forma de casquete, encajaban más con la imagen de un monje cisterciense mal alimentado que con la de un alto funcionario del Ministerio del Interior. Vestía un elegante traje oscuro y adornaba su corbata con un alfiler de oro, con el esmalte de la bandera francesa en el centro.

—Lo mismo digo, señorita Valéry. Siento

no poder entretenerme más. Ya me iba. Les dejo, prosigan con su trabajo —repuso cortés. Antes de cruzar el umbral se giró durante un instante, dirigiéndose a Lauzier—. Ya seguiremos hablando, Benoît, pero no lo olvides: Belleville y solo Belleville. Eso es ahora lo más importante. No quiero oír hablar más de Le Club, ¿entendido?

—Sí, no te preocupes, así se hará. Yo me encargo de todo.

Al quedarse solos, Lauzier invitó a Claire a sentarse. Ella se desprendió del bolso y del abrigo y se acomodó con el desconcierto en la mirada, con la molesta sensación de que se había perdido algo importante. Era evidente que los dos habían estado hablando de Le Club.

—Dime, Claire: ¿sabes cuántos chinos hay en Francia? —inquirió de sopetón Benoît, tras unos segundos en silencio, cruzando los dedos sobre la mesa y adoptando el aire de un examinador.



La inspectora esperaba cualquier cosa, cualquier observación, reconvención o consejo. Todo menos esa pregunta surrealista.

—¿Chinos? ¡No sé..., caramba, no tengo ni idea de los chinos que hay en este país! — balbuceó reprimiendo la hilaridad—. Supongo que muchos.

—Un millón, *à peu près*...

—¡Joder, acabaremos todos comiendo cerdito agridulce! —exclamó irónica.

—Un millón. Y el ochenta por ciento, más de setecientos cincuenta mil, viven en el área de París. Sobre todo en el distrito XX, en Belleville..., ¿te suena?

—No sé qué ha ocurrido ni adonde quieres ir a parar. Ya sabes que no me gustan las adivinanzas; preferiría que me hablaras con claridad —propuso Claire.

—Como quieras. Te pondré en antecedentes —resolvió finalmente Lauzier—. Desde hace meses, las comisarías de París, y

sobre todo las de Belleville, están acumulando cientos de denuncias por parte de la comunidad china. Deberían ser miles, pero ya sabes lo endogámicos que pueden llegar a ser los chinos. Muchos han entrado de forma ilegal en Francia; la gran mayoría no habla nuestro idioma, ni sale de los talleres o locales en los que trabaja de forma clandestina; además, apenas se relacionan con la Administración. Los chinos van a lo suyo, en silencio, sin estridencias: producen, viven y prosperan como las laboriosas hormiguitas que son. Y mueven muchísimo dinero. Millones de euros, en metálico, que no pasan por los bancos. Nunca firman cheques ni efectúan transferencias.

—Creo que empiezo a comprender.

—Belleville siempre ha sido un distrito multirracial, y hasta hace un par de años no había demasiados problemas. Ocurre que esta maldita crisis lo está poniendo todo patas arriba; de un tiempo a esta parte, delincuentes

magrebíes y subsaharianos han comenzado a organizarse en bandas. Los chinos son un blanco fácil para esos cabronazos, pues siempre van de un lado a otro con sobres llenos de dinero. Los moritos saben que no opondrán resistencia, y que la mayor parte de las veces optarán por no formalizar denuncia alguna.

—Sí, sé que el índice de delincuencia se ha disparado en ese sentido, no me descubres nada nuevo...

—Hace una semana una de esas bandas irrumpió en una boda. Es bastante habitual. Cuando los novios despidieron a sus invitados, bien entrada la madrugada, los magrebíes penetraron en el restaurante y encañonaron a la pareja, que en esos momentos recontaba el dinero que familiares y amigos les habían regalado. El hombre, indignado, se intentó defender, y recibió dos balazos.

—Mierda. Son unos malnacidos.

—Sí, lo son. Y lo grave es que no se trata

de un caso aislado. Lógicamente, la comunidad china está harta de tanta indefensión, y se está empezando a armar y a organizar a su vez. Ayer, uno de ellos se defendió y mató a un marroquí. La policía lo ha detenido. Y cientos de chinos han protestado apedreando una comisaría. Han convocado para mañana una manifestación que promete ser masiva... —concluyó Lauzier con gesto torcido—. Anda, dime: ¿cómo crees que va a terminar todo esto?

—¿Arde París? —repuso ella jocosa, echando mano de la novela firmada por Collins y Lapierre.

—¿Estás de guasa, Claire? ¡Una revuelta china, al más puro estilo *banlieue*, podría resultar catastrófica, la cosa no se presta a bromas!

—Es cierto. Discúlpame. No pretendía trivializar...

—Péchenard quiere que desarticulemos a esas bandas de inmediato. Exige mano dura, sin

contemplaciones. Y tú vas a encargarte de eso. Utiliza a medio departamento si es preciso, pero quiere ver detenciones en menos de 24 horas. Arrestáis a todo bicho viviente, y luego preguntáis —concluyó ceñudo, propinando una sonora palmada a la mesa—, ¡por ese orden!

—Pero...

—No hay peros que valgan, ¡haz lo que te digo por una maldita vez en tu vida! —zanjó áspero Lauzier antes de que Claire pudiera articular la más mínima objeción—. ¿Sabes quién se beneficiaría de un estallido social, quién pescaría en aguas revueltas si cien mil chinos colapsan los Campos Elíseos? ¡Yo te lo diré: la oposición, por una parte, y la extrema derecha, que aún añora el discurso de Le Pen! ¡Entre todos pondrían al Gobierno en un brete, y eso es algo que Sarkozy nos haría pagar, al ministro del Interior, a Péchenard, y a mí! ¡Y por extensión, yo a ti, no lo dudes!

—No tengo inconveniente, Benoît. Te

ruego que no te alteres. Solo quería pedirte un día para investigar algo importante antes de ocuparme del asunto...

—¿De qué se trata?

—Acabo de saber que Le Club ha asesinado a Ernesto Carrillo Reyes, un capo del cártel de Juárez, en Antibes, y...

—¡No, Claire, olvídate de eso! —gruñó el director con expresión hastiada—. Sé perfectamente lo que ha ocurrido. Aquí tengo toda la información, remitida por mi homólogo del Departamento de Alpes Marítimos. No pretendas ser más lista que yo...

—Escucha, Benoît, este crimen nos proporciona líneas de investigación nuevas. El arma utilizada no es fácil de conseguir; la destreza del tirador parece propia de un exmilitar, o de algún antiguo miembro del RAID o del GIGN, los cuerpos tácticos de intervención rápida... —razonó la inspectora.

—¡Basta, he dicho que no y es no! —

ordenó Lauzier sulfurado, a punto de salirse de sus casillas—. ¿Cuántos años de trabajo has dedicado a ese club, Claire?, ¿y cuántos años dedicó tu antecesor, Émile Gaudin? ¡Incontables! ¿Y para qué? ¡Yo te lo diré: para nada! ¿Sabes lo que opina Péchenard al respecto, quieres que te lo diga? ¡Precisamente el tema ha salido a colación hace unos minutos!

—Haz lo que quieras, me lo dirás de todos modos, aunque por mí podrías ahorrártelo, me lo puedo imaginar perfectamente.

—Pues imaginas bien. Aunque te joda oírlo, debes saber que admira lo que hacen, y que si por él fuera, a día de hoy, ese o esos asesinos tendrían un monumento o una avenida en su honor, en el centro de París... —escupió.

—Por mí como si queréis promover una candidatura al Premio Nobel de la Paz... —concluyó Claire destemplada, recogiendo sus cosas. Entendía que había topado con un muro infranqueable y que cualquier intento por

expugnarlo no solo resultaría infructuoso, sino que acabaría colocándola en una posición insostenible. El maldito Lauzier llevaba meses efectuando un impecable trabajo de zapa en ese sentido, oponiéndose de manera sistemática a cualquier progreso en la investigación de Le Club, colocando palos en las ruedas y vetando cualquier nueva vía de trabajo. En esa tesitura desfavorable resultaba más inteligente retroceder y rearmarse con vistas a proseguir la contienda en otro momento.

—No lo olvides: ¡Belleville, magrebíes, detenciones! —taladró el director con retintín, horadando el cerebro de la inspectora—. Tienes un día. Y si no obtienes resultados, toda una vida para buscarte trabajo en alguna empresa de seguridad.

A duras penas Claire logró contener toda la rabia que incendiaba su estómago. Salió del despacho absteniéndose de propinar el formidable portazo que reclamaba su ánimo a



gritos.

Se mordió los labios. Necesitaba pensar. Tomarse un café cargado. Aislarse.

Pasó junto a la mesa de Jean-Louis Pitrel. El joven permanecía absorto frente a la gran pantalla de su ordenador, poblada de gráficos de atractivos colores. Sus dedos se movían por el teclado con la levedad de una araña.

—¿Qué son todos esos gráficos, Pitrel? —preguntó ella con desgana.

El joven enlazó sus dedos en la nuca y la miró satisfecho.

—Hum, bueno..., tras un primer repaso a todos los expedientes de Le Club decidí que tal vez sería buena idea convertir toda la información disponible en números — comentó con un destello de astucia en los ojos.

—¿Números?

—Sí, valores numéricos; del modo en que se hace cuando se estudian las características de un mercado a fin de colocar un producto. En

el caso de Le Club, todo lo referido a áreas de actuación geográfica, tipología de sus asesinatos, sistemas y armas, épocas del año de mayor actividad, características de las víctimas. Todo eso, convertido en números, nos proporciona gráficos muy visuales, ¿entiende?

—Sí, seguro, pero dime: ¿de qué nos servirán todos esos gráficos?

El ayudante se rascó la coronilla y trajo al frente una de las ventanas.

—Si los estudiamos atentamente nos permiten inferir cosas que de otro modo podrían pasar inadvertidas.

—Dime solo una y me moriré en paz... —bromeó ella.

—Por ejemplo, fíjese en este...

—¿Sí?

—Es un mapa que muestra todos los asesinatos cometidos por Le Club en Francia cada punto rojo representa uno... —explicó el ayudante—; sobre la silueta del país puedo

superponer, gracias a este programa, otros gráficos, ¿me sigue?

—Brújula en mano.

—Cuando superpongo el referido a los secuestros y a los casos en los que nunca apareció el cadáver, me encuentro con que todos parecen concentrarse en una zona, ¿ve? —inquirió punteando con el índice en la pantalla—: Aquí, en el suroeste, en el trapecio formado por Limoges, Lyon, Toulouse y Burdeos.

—Es cierto...

—Y eso me hace pensar en que tal vez no sea algo casual. Acaso Le Club tenga su cuartel general en esa zona, o posea algún tipo de madriguera que le permita mantener en cautividad a sus víctimas antes de liquidarlas. Bueno, no sé, solo estoy divagando.

—Suena muy coherente, Jean-Louis. Recuerdo que Émile Gaudin, el inspector retirado, me comentó en una ocasión esa

posibilidad, aunque no se llegó a investigar seriamente. Era una idea demasiado vaga. Sigue así, creo que vamos por buen camino — recomendó Claire—, pero escúchame bien, esto es importante: si el metomentodo de Lauzier se interesa o te pregunta por tu trabajo, cuéntale que me estás ayudando en la investigación de los asaltos a chinos en el distrito de Belleville, pero no se te ocurra decirle que te ocupas en investigar cualquier cosa que tenga que ver con Le Club. ¿entiendes?, ¡ya te lo explicaré más tarde con calma!

Dicho eso, la inspectora fue a refugiarse en su despacho. Colgó sus cosas en el perchero y se sentó con la desolación estampada en el rostro. A través de la cortinilla de láminas metálicas alcanzaba a ver a Benoît a lo lejos, hablando por teléfono, gesticulando con su acostumbrada autosuficiencia.

«Jodido tecnócrata, puto diletante,

maldito cabrón.»

Se preguntó en qué momento de la lucha se decide tirar la toalla, claudicar, enterrar las ínfulas y aceptar la realidad como un imponderable contra el que no vale la pena malgastar ni un ápice de energía.

En las últimas semanas esa sensación la invadía por completo, hundiéndola en la desazón. De toparse de bruces con la Claire de antaño, siempre dispuesta a remover cielo y tierra a fin de llegar hasta el final, seguramente no la reconocería.

En medio de esa maraña de pensamientos grises emergió la imagen de Jules Valéry, su padre. De él siempre había admirado su integridad y aplomo. Era un hombre irreductible. No recordaba circunstancia o hechos que hubieran conseguido quebrar su determinación.

«Nunca permitas que nada ni nadie te ponga nunca de rodillas. Si has de morir, hazlo

puesta en pie», solía decirle cuando la adversidad llamaba a la puerta.

El eco distante de esas palabras desdibujó la grácil línea de sus labios hasta trocarla en un trazo de profundo asco.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Viviane mientras accedía a la página de Air France.

Tras una larga espera acabó saltando el buzón de voz.

—¿Viviane? ¡Soy yo, Claire! —anunció con determinación—. Escucha, necesito que me hagas un gran favor. El sábado cogeré un avión e iré a verte. No me han autorizado a intervenir en el caso; es más, me lo han prohibido, pero quiero ver con mis propios ojos ese lugar. Tengo alguna idea que tal vez permita avanzar en la investigación..., ¿podrás ayudarme?

Tras colgar, formalizó la reserva del vuelo.

La impresora vomitaba la página con la información del localizador cuando el teléfono sonó.

—¿Claire? ¡Acabo de escuchar tu mensaje, estaba en una zona sin cobertura!, ¿va todo bien?

—¡Sí, todo bien! ¿Me puedes ayudar o te voy a meter en un lío? —espetó la inspectora sin rodeos.

La risa abierta y contagiosa de Viviane llegó desde el otro lado de la línea.

—Ya sabes que disfruto metiéndome en líos, pero no te preocupes, nada de líos esta vez: el inspector al frente del caso es Florent Le Bras, y...

—¿Y..?

—Florent y yo llevamos juntos cuatro meses, estoy entusiasmada, ya te lo contaré, hasta donde se puede contar, claro... —puntualizó divertida—. Dalo por hecho, yo me encargo. Podrás husmear a placer.

—Me alegro por ti. Eres un amor. Mil gracias. Te llamaré al aterrizar.

—No. Llámame al embarcar, iré a buscarte al aeropuerto —propuso Viviane despidiéndose.

El rictus de derrota que había ensombrecido la expresión de Claire minutos antes dejó paso a un brillo feroz e insano en sus ojos, todavía clavados en el detestable Lauzier.

—Maldito bastardo. Nunca me digas lo que debo o no debo hacer. Voy a llegar hasta el final. Y si por el camino te puedo hundir en la miseria, lo haré... —maldijo entre dientes.



## UN NUEVO COMIENZO

—Enhorabuena, esto ha mejorado notablemente —anunció complacido el quiropráctico, tras comprobar, una por una, el estado de las vértebras de Henry—. Creo que ya va siendo hora de que arrincones ese bastón. No lo vas a necesitar.

Tumbado boca abajo, sobre la camilla de la consulta, el creativo estiró el cuello y echó un vistazo sesgado a la radiografía expuesta en la caja de luz de la pared. Lo cierto es que no aparecía rastro alguno de fisura.

—Ya me había acostumbrado a su compañía, ¿sabes?, confiere un porte muy aristocrático; además, es un magnífico elemento disuasivo en caso de problemas, pero no lo echaré de menos, te lo aseguro —repuso divertido.

—De todos modos, no lancemos las campanas al vuelo: no estaría de más continuar con los masajes y con la lámpara de calor durante unos meses. Una vez cada dos semanas será suficiente —aconsejó el especialista limpiando con una toalla el aceite de sus manos—. Eso sí, nada de esfuerzos, ¿eh?

—¿Ni siquiera en la cama?

—En la cama puedes hacer lo que quieras, tienes mi permiso —aceptó entre risas—, pero evita acarrear pesos importantes.

—Te aseguro que en mi vida ya no hay pesos importantes, solté lastre hace mucho tiempo... —bromeó Henry incorporándose adormilado—. ¿Me puedo vestir?

—Sí, ya estamos. Pídele hora a la enfermera. ¡Y anda bien recto, la conciencia postural es básica!

—¿Vista al frente y ademán resuelto? ¡Lo intentaré!

Poco después, mientras abotonaba los

puños de su impecable camisa blanca, Henry topó de refilón con su imagen reflejada en el espejo del vestuario. Se quedó inmóvil durante unos instantes, sorprendido al descubrir en sus labios una sonrisa leve, olvidada, y una luz tranquila flotando en la mirada.

Una llamada inesperada, recibida el día anterior, había propiciado ese ánimo sereno, laxo, recién estrenado.

El teléfono comenzó a sonar con insistencia cuando él cruzaba el Sena por el Pont Royal, tras pasar un par de horas deambulando por la galería superior del Musée D'Orsay. Su destino era un banco soleado en el Jardín de las Tullerías; el lugar perfecto en el que fumar un cigarrillo mientras repasaba la prensa. La belleza y tranquilidad del lugar, frente a la imponente estampa del Louvre, poseía una música propia, muy especial, que él identificaba con una de sus obras clásicas favoritas: las *Variaciones sobre un tema de*

*Frank Bridge*, de Benjamin Britten. Ese banco le pertenecía.

No reconoció el número, pero atendió la llamada. Una secretaria de la agencia de trabajo Marant, dedicada a la colocación de profesionales de perfil alto, le comunicó con voz atiplada que una empresa, situada en la calle Villiers, junto a la plaza Goubaux, le había seleccionado a fin de cubrir un puesto vacante. Henry cazó al vuelo la dirección, la hora de la cita y el nombre de la mujer por la que debería preguntar. Después, aturdido, se quedó plantado como un poste, a la salida del puente, temiendo que la llamada pudiera ser una broma pesada. Tras meses de inactividad, le costaba creer que alguien pudiera interesarse por él a esas alturas del partido.

Superado el desconcierto inicial, decidió que ese centímetro cúbico de buena suerte que el destino le brindaba sería su pasaporte a un nuevo estado de cosas.

—*Bonjour travail, retour à la bonne vie!*

—exclamó al borde de la euforia, frente al espejo, eliminando la doblez del nudo windsor de su corbata azul marino. Alisó con esmero las solapas de la americana y puso en orden sus cabellos. Hecho eso, abandonó el bastón en el paragüero del hall y salió a la calle dispuesto a todo.

Recorrió a paso ligero parte del boulevard Haussmann, más transitado que de costumbre, y se detuvo al llegar a la altura de la Opera. Allí, centenares de personas, enarbolando un mar de banderas de la Confederación Nacional del Trabajo, interrumpían el tráfico y cruzaban en tropel en dirección a los Campos Elíseos, armando estrépito y caldeando el ambiente. En las últimas semanas, las impopulares medidas anunciadas por el gobierno, con vistas a modificar el sistema de pensiones y a retrasar la edad de jubilación, eran objeto de una contestación sistemática. Las huelgas se

sucedían en todos los sectores; las gasolineras habían quedado desabastecidas; el transporte funcionaba a medio gas, y eran muchos los comercios que optaban por bajar la persiana y trabajar discretamente a fin de evitar problemas.

Henry llegó con cierta antelación a las inmediaciones de la calle Villiers y echó un vistazo al edificio, de amplios ventanales en forma de arco, coronado por una larga buharda de pizarra, intentando averiguar qué actividad desarrollaba la empresa que le había convocado. La secretaria de Marant le había hurtado, tal vez por despiste, esa información, y él, ofuscado, no había atinado a preguntar.

No logró sacar nada en claro. Unas pesadas cortinas de terciopelo granate, con un acrónimo encerrado en el interior de una dorada corona de laurel, ocultaban lo que parecían ser dos amplios salones de recepción, flanqueando el acceso central, algo elevados

sobre el nivel de la calle. Buena parte de los postigos de los balcones superiores de la empresa parecían clausurados a cal y canto.

Con puntualidad británica, cuando las manecillas de su reloj marcaban el mediodía, franqueó el elegante portón de hierro forjado y cristal y entró en el vestíbulo del edificio tras pulsar el único timbre visible. Se dirigía hacia el ascensor cuando la voz de una mujer resonó por el hueco de la escalera.

—¿Señor Gaumont?

—¡Sí!

—¡Suba, se lo ruego, las oficinas están en el primer piso!

El creativo distinguió a una joven menuda, de expresión pizpireta; lucía una brillante melena negra al estilo de Audrey Tautou, la protagonista de *Amélie*.

—Buenos días, señor Gaumont, encantada de conocerle... —dijo solícita tendiéndole la mano así él coronó el último escalón—. Me

llamo Muriel. Por favor, sígame.

Henry le fue a la zaga, pegado al repiqueteo de sus tacones, con la mirada distraída en el agradable contoneo de sus caderas.

La secretaria le invitó a pasar a un gran salón y se despidió con una sonrisa tímida.

—¡Bienvenido, Henry, entra, te estaba esperando! —exclamó en tono eufónico un hombre apostado a su derecha. Le miraba de soslayo, mientras intentaba encajar un grueso libro en una atestada balda de la biblioteca—. ¡Precioso día!, ¿verdad?, ¡ideal para una revolución!

Gaumont reconoció la voz y las facciones de su anfitrión desde el primer instante. Era el hombre al que había hecho partícipe de sus confidencias una semana atrás, en el club La Flamme.

—¿Tú? —interpeló asombrado.

Pierre Cassel se echó a reír.



—Sí, yo. Supongo que estás desconcertado...

—Desconcertado es poco, ¿de qué va esto, se trata de una broma?

—En absoluto. Nada de bromas. Quería verte. Y proponerte algo.

—¿Cómo me has localizado?

—Bueno, no ha sido demasiado difícil... —comentó divertido cruzándose de brazos ante él—. Muriel Martin, mi secretaria, se ha encargado de dar con tu paradero. Es muy eficiente. Le pedí que buscara a un tal Henry, de unos cuarenta, nacido en Vannes, licenciado en Historia del Arte, con amplia experiencia en el sector de la publicidad y la comunicación. Estás en la base de datos de los dos mejores *headhunters* de París. Me remitieron tu curriculum. Eso es todo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ya te lo he dicho. Tengo un trabajo para ti. Creo que te va a interesar.

—¿De qué se trata? —inquirió Henry aún instalado en la suspicacia.

Por toda respuesta, Pierre Cassel señaló con la mano y le invitó a echar un vistazo al lugar en que se hallaban. Gaumont no había reparado en que la parte izquierda del salón estaba repleta de obras de arte: casi una veintena de lienzos de diversos tamaños, varias esculturas, mobiliario, tapices e infinidad de pequeños objetos decorativos. Moverse entre todas aquellas piezas sin causar un estropicio se le antojó imposible.

—Será mejor que empecemos por el principio. Soy Pierre Cassel, el gerente de Art & Auctions, una empresa dedicada al negocio del arte —aclaró—. En poco más de diez años nos hemos convertido en la tercera casa de subastas más importante de Francia, a corta distancia de Sotheby's y de Christie's. Ellos se reparten el 72% del pastel, casi a partes iguales, y nosotros el 28 restante. La cosa va

viento en popa, cada vez tenemos más cuota de mercado...

—¿Viento en popa? ¡Mierda, si he de ser sincero, lamento oírlo! Soñaba con ver a unos cuantos multimillonarios saltar desde lo alto de un tejado un día de estos —comentó Henry con gélida sorna—. Está visto que la jodida crisis no afecta a los bastardos.

Cassel se deshizo en una gruesa carcajada.

—Los poderosos nunca están en crisis, Henry; de hecho, y seguro que eso ya lo sabes, son ellos quienes las provocan y las utilizan en su beneficio —matizó el marchante sumándose a la ironía—. Ahora mismo el arte es una magnífica inversión, algo así como el último bastión del capital. Muchos coleccionistas venden lo que jamás pensaron vender, acuciados por la necesidad, y otros, a los que el arte les importa una soberana mierda, lo compran, pues temen que el planeta entero acabe en bancarrota y los billetes solo sirvan

para limpiarse el culo o para encender el fuego.

—Al paso que vamos, dándole a la maquina de imprimir, será así...

—Probablemente. Quizá en diez o en quince años todo se habrá desplomado, pero ahora hay que aprovechar, y seguir haciendo negocios mientras se pueda. Potentados y mecenas como Larry Gagosian, descubridor de muchos artistas y dueño de una cadena de galerías, o Bernard Arnault, propietario de LVMH, primera multinacional del lujo, se han instalado en París. Gagosian, en la calle Ponthieu; Arnault, en el Bois de Boulogne. Ellos han conseguido lo nunca visto: que las noticias referidas al mundo del arte ocupen las páginas de economía de *Le Monde* y *Libération*..., ¡increíble, pero cierto!

—Y en medio de esa guerra de intereses estás tú, ¿no? ¡Intentando hacer tu particular agosto! —comentó Gaumont con sarcasmo—. Me alegro por ti, Pierre, pero no logro

entender qué pinto yo en todo esto.

—Lo entenderás. Paciencia.

—Confieso que estoy intrigado.

—Ven, quiero enseñarte algunas de las piezas que subastaremos en un par de semanas —propuso tomándole del brazo—. Mira esta talla y dime, ¿no te parece una preciosidad?

Cassel se plantó ante la figura de san Sebastián y deslizó suavemente los dedos por su torso desnudo. Henry, impasible, enarcó una ceja y frunció de modo expresivo la nariz.

—Sí, es realmente magnífica; sin duda alguna, el mayor orgasmo místico, junto a la santa Teresa de Bernini, que recuerdo haber visto en mi vida... ¿Hay algún homosexual en tu cartera de clientes?

—Lo siento, pero no te capto, ¿qué pasa con los homosexuales?

—Bueno..., cualquier homosexual millonario matará por hacerse con ella —espetó mordaz el publicista—. A los

homosexuales les encantan estos escorzos, a medio camino entre el tormento y el éxtasis. Este santo es un icono para los gays. También lo veneran sádicos y masoquistas.

—¡Me encanta tu humor negro, nos parecemos mucho en ese aspecto, creo que nos entenderemos a las mil maravillas! —exclamó Pierre encantado ante el derrotero morboso que tomaba el asunto.

—¿Recuerdas a Lorca?

—¿Lorca, el poeta español?

—Sí. Refiriéndose al san Sebastián de Mantegna, dijo que la postura que adopta el mártir en su suplicio es la más bella de todas las que pueda adoptar el hombre. Un orgasmo, un estallido de belleza andrógina floreciendo en el momento de máximo dolor.

—Sí, brillante apreciación. Pienso lo mismo. Es un asunto digno de estudio, pero vamos a lo que importa: ¿podrías deducir algo más sobre la época y autoría de la talla? —

husmeó Cassel con indisimulada ansiedad.

—Algunas cosas me parecen bastante obvias: es una obra de imaginería religiosa, típica del Barroco; diría que con cierta influencia italiana, neoclásica. Apostaría a que es obra de Nicolás Salzillo, o quizá de su hijo, Francisco —tanteó Henry dando un par de vueltas alrededor de la talla—. Posiblemente de este último. En cuanto a la fecha, es difícil, no estoy seguro..., ¿tal vez alrededor de 1780? ¡De esa época es su *Cristo atado a la columna*!

—La máxima autoridad en escultura barroca del Louvre ha concluido que nuestro san Sebastián debe ser datado entre los años 1745-1750 —corrigió Pierre—. De todos modos, ¡asombroso, has dado en el clavo! Examina ahora este boceto: ¿te recuerda algo?

Henry posó la mirada en un apunte preservado entre dos impolutos cristales. Se trataba de una hermosa sanguina que mostraba a

un gladiador invicto; un mirmillón, aferrando espada y escudo, pisoteando el cuerpo maltrecho de un reciario que solicitaba la clemencia de la plebe alzando el brazo hacia lo alto.

—¡Extraordinario! ¿Es auténtico? ¡Parece un estudio postural de Jean-Léon Gérôme para *Pollice Verso*!

—Exacto. Vuelves a acertar. Te felicito.

—Adoro a Gérôme... —balbuceó Henry inmerso en un éxtasis reverente—. Los pintores prerrafaelitas y los orientalistas siempre han sido mi debilidad. Daría cualquier cosa por poseer esta joya.

—No te obsesiones... —aconsejó Pierre en inflexión guasona—, muy pocos se pueden permitir un capricho así. El precio de salida se ha fijado en 250 000 euros. Y superará casi con total seguridad los 700 000 en la puja.

A lo largo de los siguientes minutos, y siempre a dictado de Cassel, Henry identificó



sin titubeos una figura en bronce de Émile Picault de comienzos del siglo XX, un óleo de exquisita factura del austríaco Rudolf Ernst y una bellísima escena de harén pintada por Godefroy de Hagemann hacia 1860. Así se sucedían sus aciertos, los ojos del marchante se iban abriendo con desmesura.

—¡Eres un pozo sin fondo! ¿Qué me dices de esta mesa de cartas, estilo Luis XIV? ¡Observa la taracea del borde, realizada en nácar!

Un rictus de contrariedad quebró los labios de Henry.

—Sí, fantástica, aunque no puedo decirte nada. Entiendo bastante de pintura, escultura y objetos de arte decorativo, pero no sé demasiado sobre mobiliario. Créeme, soy incapaz de distinguir la escribanía de un notario del tocador de una cortesana —se excusó, echándose al punto a reír.

—Bueno, no importa. Esas son cosas que

se aprenden. Y yo estoy dispuesto a enseñarte, si es que aceptas lo que ahora te propondré... —resolvió Pierre dando por concluida la prueba.

—Te escucho.

—Creo que charlaremos mucho mejor si nos sentamos —sugirió señalando dos pequeñas butacas de piel situadas frente a su mesa de trabajo.

A Henry le sorprendió el hecho de que su anfitrión optara por acomodarse junto a él, con absoluta naturalidad, como un candidato más al puesto, y no al otro lado del despacho. De algún modo —pensó—, todo en Cassel denotaba un tacto exquisito. Era de modales pulcros, gestos comedidos y elegantes, y poseía, además, un don innato, casi teatral, en todo lo referido a la *mise en scène*, el control de los tiempos y las distancias, que modelaba a su antojo, como un arte sutil capaz de propiciar la complicidad.

—Verás, hace unos días sufrimos una deserción —comentó cruzando los dedos en actitud reflexiva—: Fabián Lecrerc, uno de los mejores ojeadores que he tenido, salió por esa puerta. Y lo hizo de malos modos, irritado por mi negativa a satisfacer sus excesivas pretensiones. Digamos que los humos se le habían subido a la cabeza. Algunos nunca tienen suficiente.

—¿Un ojeador? ¿Alguien que realiza trabajos de prospección?

—Exacto. Digamos que dispongo de una pequeña red de... ¡hurones con buen olfato! Olisquean para mí por todo el país, de madriguera en madriguera. Consolidarla ha supuesto unos cuantos años de trabajo y una pequeña fortuna. La fidelidad de la gente, eso ya lo sabes, solo se asegura con dinero. Y a veces, ni así.

—Entiendo.

—También cuento con algunos

proveedores expertos en Alemania, Italia, Inglaterra y España. Localizan obras valiosas y tantean la predisposición de sus propietarios a desprenderse de ellas. O bien aparecen cuando los herederos de algún fallecido constatan con desencanto que las cuentas bancarias están vacías y todo su legado se reduce a un montón de antiguallas con las que no saben qué hacer. Varios de ellos son restauradores con los que he establecido pactos que nos benefician a todos. Cuando una pieza, por cuestión de gustos, no suscita suficiente interés en un país, la intentamos vender en otro. Fabián se encargaba de estudiar todos los informes y fotos que recibimos a diario; cribaba el material y recababa, cuando era preciso, la opinión de expertos, aquí, en París. También discutía conmigo las condiciones: tasación, precio de salida, posibles interesados. En algunas ocasiones llevaba todo el asunto personalmente, con clientes y proveedores, de

principio a fin. Yo no puedo estar en todos los frentes. Y menos ahora, cuando el negocio está bien encarrilado.

—Dime, Pierre: ¿me estás ofreciendo el puesto de Fabián?

—Sí.

—¿Y qué te hace pensar que yo sirvo para ese cargo?

—Todo.

—Eso suena demasiado ambiguo, ¿puedes ser algo más explícito?

—Desde el mismo momento en que nos conocimos tuve claro que eres una persona culta, de impecable formación. Tienes buena presencia y eres elegante. Y si me quedaba alguna duda, hoy se ha disipado por completo —aseguró disparando las cejas en dirección al arsenal de obras de arte—. Eres un magnífico comunicador, tienes ideas, eres creativo; podrás supervisar nuestros catálogos, cerrar acuerdos, visitar a aquellos clientes a los que

hay que adular y ofrecer ciertas piezas en primicia. A algunos no les gusta en absoluto el mundo de las pujas, ni siquiera las telefónicas. Necesito una mano derecha, alguien de confianza; alguien que me permita soltar las riendas y centrarme en otros aspectos del negocio. Además...

—¿Hay más?

—Algo más. Te confieso que me impresionaron tu sinceridad y tu coraje. Eres un tipo íntegro, honesto, al que el destino ha jugado demasiadas malas pasadas. Y tienes un par de huevos, como debe ser. Arrestos para embestir cuando se debe embestir; personalmente, no soporto a los pusilánimes —concluyó.

—¿Por qué me siento sumamente incómodo en estos momentos? —interpeló Henry adoptando una postura retraída, claramente abochornado.

Cassel esbozó entonces una sonrisa

taimada. Y no dudó en contestar.

—Porque tal vez eres de esos que llevan mal el exceso de halagos —aventuró, encogiéndose de hombros y echándose a reír acto seguido.

—Quizá sea eso. No soy modesto en absoluto, aunque la adulación excesiva siempre me provoca cierto sonrojo. De todos modos, Pierre, me pregunto cuánto interés real, estrictamente profesional, hay en tu propuesta...

—¿A qué te refieres? —inquirió desconcertado el galerista.

—No lo sé muy bien, pero intuyo que hay algo más detrás de esa oferta. No tengo forma alguna de saberlo... —vaciló Henry, escudriñando la mirada entre divertida y atónita del marchante—. Supongo que tiene que ver con el modo en que se ha iniciado nuestra relación. Todo ha sido un tanto extraño, atípico, ¿no crees? Nuestro encuentro en el

club, la muerte de Ferrat, lo que te conté, la empatía y la conmiseración que me dispensaste... ¡Ya lo entiendo, tal vez eres un filántropo! Dime: ¿eres un jodido filántropo, de los que van por la vida tendiendo la mano al primero que les sale al paso? Juraría que no es la primera vez que haces algo así, ¿me equivoco? ¡Posiblemente no se trate de filantropía, y tu oferta obedezca a razones que no alcanzo a comprender; solo sé que hay algo que no veo claro!

Cassel suspiró profundamente, con el desasosiego del que intenta explicarse sin lograrlo en absoluto. Enarcó las cejas y chasqueó los labios en señal de desaprobación.

—No sé qué quieres oír, pero está claro que no se te escapa nada, amigo mío... ¡Bueno, hablemos sin ambages, tú lo has querido, te lo voy a confesar y espero que puedas digerirlo: soy homosexual! ¡Sí, homosexual, y tú me has hecho perder la cabeza! ¡Desde el primer



momento, Henry! —murmuró mortalmente serio—. Nunca me había pasado algo así. Nunca. Debes creerme. No es fácil decir estas cosas, pero entiendo que ocultarte mi verdadero motivo será una rémora en el futuro que no hará sino enrarecer nuestra relación. Cógelo como mejor puedas.

Dicho eso, y sin rehusar el encontronazo de su mirada con la del publicista, Cassel extrajo un cigarrillo de un paquete que estaba sobre la mesa y lo encendió. Aspiró profundamente y exhaló una vaharada cálida, como si lograra liberarse de una carga pesada. Un jirón de humo quedó suspendido en el aire, acentuando el estado afásico en el que ambos quedaron sumidos.

Henry hubiera sido capaz de encajar cualquier cosa. Todo menos una declaración de esa índole. Se quedó petrificado, preguntándose cómo reaccionar ante algo así.

Tras unos segundos eternos, y a la vista

del efecto causado por sus palabras, Pierre rompió el maleficio, deshaciéndose en una gruesa e inesperada carcajada que le acarreó, al punto, un acceso de tos seca.

—Tranquilízate. Te estoy tomando el pelo a base de bien. Deberías verte la cara ahora mismo: ¡como para hacerte una foto! Soy tan heterosexual como tú, Henry. Jamás me ha interesado la homosexualidad. Bueno, miento: ¡la femenina me encanta! ¡Ya sé que es un contrasentido, pero qué le vamos a hacer! — espetó con mohín pícaro—. ¡Es difícil renunciar a algunas fantasías sexuales!, ¿no crees?

—Lo siento, pero no le veo la gracia por ninguna parte. Ni entiendo el propósito de tu juego —adujo enojado Gaumont revolviéndose inquieto en la butaca. De hecho, un instante antes de que Pierre comenzara a hablar, su cerebro ya había emitido la orden imperiosa de levantarse y abandonar el despacho como alma

que lleva el diablo—: ¡Mariconadas, las justas!

—Solo era una broma, Henry, ¡una puta broma! Aunque ha sido interesante observar tu reacción. Eres sumamente suspicaz, desconfiado; de los que recelan por sistema. Y eso me parece normal, después de todo lo que te ha pasado —razonó Pierre—. Curiosamente, y ahí está la paradoja, eres de naturaleza crédula, sumamente confiado. Ese es tu talón de Aquiles.

—Lo sé perfectamente, no es necesario que me lo recuerdes.

—¡Venga, dejémonos de tonterías! No soy un filántropo —negó con expresión de fastidio—: ¡Más bien al contrario: soy un maldito egoísta que lo calcula todo con absoluta frialdad y solo piensa de modo obsesivo en el beneficio que obtendrá en cada jugada!

—¿Qué beneficio esperas sacar de esta?

—El beneficio será mutuo. Si aceptas el trabajo, estoy convencido de que formaremos

un tándem formidable, de los que ganan siempre, por sistema. Y eso significará mucho dinero para los dos.

—Hablando de eso...

—Ha llegado el momento en que quieres que hablemos de dinero, ¿no?

—Supongo que es lo que procede.

—Tú y yo no vamos a discutir por dinero. Es un asunto menor. Igualaré, de entrada, lo que ganabas en G &H, y además...

—¿...?

—Si en seis meses logras cumplir los objetivos que fijemos, añadiré un tanto por ciento sobre el precio de salida de las piezas que tú hayas gestionado —anunció—. ¿Cómo suena eso en tus oídos descreídos?

—Sencillamente irresistible... —farfulló Henry, intentando mantener bajo control el sobresalto interior que le sacudía—. En honor a la verdad, es más de lo que esperaba.

—Pues no se hable más, ¡trato hecho! —

propuso Cassel tendiéndole la mano como si no hubiera en el mundo mejor forma de rubricar una negociación. Sellado el apretón, se puso en pie con cara de haber obviado un detalle de suma importancia.

Caminó hasta lo que parecía un antiguo armario italiano, de extraordinaria filigrana, sostenido a media altura de la pared por dos ménsulas de madera. Entreabrió las puertas y extrajo un par de delicadas copas de cristal, de pie alto, y una botella de oporto.

—Esta tarde, Muriel le pedirá a nuestro gestor que prepare tu contrato. De todos modos, yo acostumbro a cerrar mis acuerdos así... —murmuró mientras escanciaba con generosidad—. ¡Salud y negocios, amigo!

Cassel alzó la copa, como si brindara su Victoria al sol. Una nota aguda, cristalina, selló el trato.

Henry se deleitó en el delicioso sabor del vino añejo mientras su cerebro disparaba una

salva de endorfinas que era casi un grito de júbilo soterrado, una silente interjección de triunfo. Tras lo que se le antojaba una eternidad, pasada entre penumbras, una puerta se abría finalmente ante él. Y había luz en el exterior. Y un cómodo camino por el que transitar.

Entregado a esa plácida sensación, vencidas sus suspicacias, no podía intuir en modo alguno que el néctar más exquisito puede albergar, en su mismo espíritu, el más letal de los venenos.

## LA ÚLTIMA CENA

—*Et voilà, monsieur: Maison d'Arrêt la Santé!* —anunció el taxista pegando un brusco frenazo frente a las puertas metálicas del número 42 de la calle de la Santé. Conectando el doble intermitente, paró el taxímetro; acto seguido, buscó de forma instintiva a su pasajero en el rectángulo del retrovisor.

Le vio doblar meticulosamente el periódico tras el que se había escondido durante todo el trayecto, como si fuera un pañuelo; consultar su reloj de pulsera y llevarse la mano al bolsillo interior de la gabardina buscando la cartera.

Evidentemente, se trataba de un tipo parco en palabras. Apenas había abierto el pico en todo el trayecto.

—Espero que lo suyo sea solo una visita

breve... —musitó en inflexión jocosa el conductor, echando un vistazo sesgado al vetusto muro del recinto. Un guardia recorría inmutable el adarve interior de la prisión bajo un pertinaz calabobos. Diez pasos a la derecha, media vuelta, diez pasos a la izquierda—. ¡Aquí es donde deberían traer a todos los políticos, banqueros e hijos de puta que han provocado esta maldita crisis! ¡Lo tengo claro, si de mí dependiera, los encerraría a todos en un calabozo, en pelota picada, y una vez al día, por una trampilla en el techo, les arrojaría un carro de mierda!

Por toda respuesta, el pasajero extendió el brazo y le entregó un billete. Sin esperar el cambio salió del vehículo y cruzó la calle, dirigiéndose a la pequeña garita de admisión. Un guardia de seguridad le miró por encima de la montura de sus gafas.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Vengo a ver al señor Jean-



Marc Poncelet.

—¿Poncelet? ¡Ah, sí, nuestro preso más famoso! —comentó con deje irónico—. Permítame su documento de identidad, por favor.

El policía introdujo en el ordenador los datos del visitante. Un tal Clément Laroche, abogado. Un minuto después le entregaba una tarjeta de identificación.

—Utilice la pinza y cuélguela en su solapa. Debe llevarla bien visible durante toda la visita. Para poder salir, introdúzcala en el lector de la barrera mecánica y deposite el soporte de plástico en cualquiera de los contenedores.

—Entiendo. Así lo haré.

—Le abriré la puerta. Siga la línea verde del pavimento hasta el área VIP —puntualizó el funcionario.

—¿VIP?

—Very Important Prisoners, señor; aquí

también tenemos sentido del humor. Ahora aviso a mis compañeros de que va usted para allí. Le estarán esperando.

Una pequeña lámina de la inmensa puerta metálica se deslizó suavemente. Clément accedió al interior de un patio que conectaba con las oficinas del centro penitenciario, adosadas al aspa central de la prisión. Distinguió un par de pequeños vehículos blindados; permanecían a la espera, con el motor al ralentí, dispuestos a trasladar a algún recluso hasta los juzgados. Cruzó entre un grupo de policías que entretenían la espera bajo un soportal, a resguardo de la lluvia, y se coló en el interior.

Un celador, alto como una torre, le salió al paso. Le pidió que depositara todo lo que llevaba en una bandeja, que se alejó dando tumbos por los rodillos en dirección a la boca del escáner, y se disculpó por tener que cachearle.

—Lo lamento, es una cuestión de seguridad... —adujo conciliador—. No sabe la cantidad de cosas que llegan a introducir los familiares de los presos en el cuerpo. Y después, claro, pasa lo que pasa.

Con mohín contrariado, Laroche alzó los brazos y dejó que el hombre le examinara. Finalmente, pudo ingresar en el atrio del recinto por un arco detector y recuperar sus pertenencias y la expresión digna con la que había llegado.

—Sígame. Le acompañaré personalmente a un locutorio. Ya han avisado al señor Poncelet.

Después de recorrer dos interminables pasillos, el funcionario le invitó a pasar a una pequeña habitación. Una mesa y cuatro sillas desvencijadas constituían el único mobiliario del lugar. La humedad había desconchado las paredes, otrora pintadas hasta media altura de un color verde mortecino. Como si de una

burla se tratara, un póster turístico, mostrando un animado puerto bretón bajo el sol del verano, colgaba solitario en uno de los muros.

Al quedarse solo, el abogado depositó el periódico y una cartera de documentos sobre la mesa, y se cruzó de brazos dispuesto a soportar una espera que rozó los diez minutos.

A Laroche le costó reconocer a Poncelet cuando este penetró por fin en la estancia. Le había visto en infinidad de fotos, publicadas en las portadas de los periódicos durante las últimas semanas, pero una vez despojado de las corbatas de seda y de los lujosos trajes que conformaban su vestuario, enfundado en un mono de presidio de color fosforescente, despeinado y con mirada enajenada, nadie podría relacionarle a simple vista con el poderoso financiero que hasta hace bien poco había dirigido la Société Générale d'Investissement et Finances.

—Creo que no le conozco... —murmuró

con gesto torcido, tomando asiento frente al visitante.

—No, no me conoce. Soy Clément Laroche, abogado.

—Pues llega tarde, ya tengo abogados —zanjó despectivo—; de oficio, claro, porque mis cuentas han sido intervenidas. Técnicamente no tengo nada, estoy en la ruina. Si ha venido buscando sacar tajada, olvídense.

—No he venido a ofrecerle mis servicios.

—¿A qué entonces?

Clément adelantó el cuerpo sobre la mesa, buscando proximidad. Echó un vistazo sesgado al lugar, cerciorándose de que ninguna cámara o micrófono pudiera recoger aquello que había venido a decir. Poncelet captó al instante el recelo del visitante.

—No se preocupe. Aquí no nos oye nadie. La intimidación forma parte de los derechos penitenciarios de los reclusos. Además, soy inocente. Al menos, a día de hoy; mañana, ya

veremos... —razonó con sorna.

—Está bien, pero le ruego entienda que evitaré pronunciar nombre alguno. Usted podrá fácilmente poner rostro a la persona que me envía... —advirtió, con cara de circunstancias.

Al oír eso, los ojos del financiero se llenaron de un brillo que era extraña mezcla de guasa y desprecio a partes iguales.

—¡Ya entiendo, qué estúpido, cómo no lo he imaginado! —exclamó dando un sonoro manotazo a la mesa—. Ahora se acuerda de mí el muy cabrón, ¡jodido cabrón! Llevo días intentando hablar con él. Mi mujer le ha llamado, y solo ha obtenido la callada por respuesta. Y ahora, sabiendo que mañana comienza la instrucción del caso, ese bastardo sin rostro manda a su lacayo a huronear..., ¡permítame que me ría!

—Le ruego que me escuche.

—No, no. No tengo nada que escuchar. Es él quien debe escucharme a mí. Transmítale lo

que le diré, con pelos y señales.

—Como usted quiera.

—Hay algo que está muy claro, y así lo entenderá el juez instructor. Nadie en su sano juicio se tragará que yo estaba solo en este asunto... —espetó, mutando del enfado a la advertencia; alzó el índice de modo amenazador y se embarcó en una larga perorata que dejaba entender a las claras lo que pasaría así comenzaran las vistas preliminares—. Ya lo puedo ver, impreso en la primera página de *Le Monde*, en letras capitales: «Poncelet no estaba solo», «Veintidós mil millones de euros estafados con el beneplácito del Banco de Francia», «El valedor del Madoff francés se lucró en la estafa piramidal». ¿Qué le parece? ¡Todo será lamento y crujir de dientes! Dígle a ese bastardo que si yo caigo, también caerá él. Estoy dispuesto a tirar de la manta y a contarle todo. Dígle que los dos dispondremos de una aburrida eternidad para

jugar a las cartas en una habitación como esta...

—Le ruego que se tranquilice, así no iremos a ninguna parte. Él está dispuesto a ayudarle en todos los sentidos. No lo dude. El dinero y las influencias abren muchas puertas. Y no hay tribunal que no pueda ser comprado con un talón en blanco... —razonó Laroche en voz queda, intentando insuflar calma en el ánimo encrespado del financiero—. Veremos qué se puede hacer. Todo a su debido tiempo...

—¡No hay tiempo. De entrada, lo que debería hacer, si es que quiere arreglar las cosas, es reunir el dinero de la fianza! —rezongó Poncelet.

—Me temo que ningún juez en su sano juicio accederá a fijar una fianza. En el mejor de los casos, si lo hiciera, la cifra a depositar sería exorbitante. Olvídelo. Es usted el protagonista de la mayor estafa de todos los tiempos, y ante un escándalo de estas proporciones nadie confiará en que se vaya a



quedar quietecito, esperando demostrar su inocencia, y no intente huir a las primeras de cambio... —comentó Laroche escéptico—, pero hay muchas otras cosas que sí podemos hacer a fin de que esto acabe lo mejor posible y salga bien parado. De todos modos, él me ha pedido que le diga que supeditará su ayuda a un asunto vital...

—Entiendo, ¡el muy cerdo quiere algo a cambio!

—No pide demasiado. Solo que algunas cartas, documentos y comprobantes de ingresos y transacciones, que podrían implicarle en el proceso, no salgan jamás a la luz —especificó.

Jean-Marc Poncelet se dejó caer contra el respaldo de la silla con aire triunfal; parecía estar disfrutando lo indecible de aquella conversación, que por momentos empezaba a tomar el cariz de una endiablada partida de póquer. Esos documentos eran su mejor baza.

Una escalera real.

—¡Ah, claro, los documentos!

—Sí...

—Es una verdadera lástima, pero ya no están en mi poder. La policía vació mis oficinas y el despacho de mi casa. Supongo que a estas horas hay una docena de investigadores planteándose por dónde empezar a leer todo lo que se llevaron, ¡qué fastidio, tener que examinar con lupa decenas de miles de papeles, casi me entran ganas de ahorrarles tanto trabajo! —exclamó sarcástico—. ¡Y creo que lo voy a hacer!

Laroche respiró con desasosiego. El maldito Poncelet era un hueso duro de roer; más duro de lo que había previsto. Lo peor del asunto es que no parecía fanfarronear en absoluto.

—¡Se lo ruego, déjese de ironías que no llevan a nada! —reconvino buscando abrir brecha en la coraza del financiero—. ¿De qué

le servirá arrastrar a otros en la caída? ¡Triste consuelo! ¡Él le será mucho más útil si permanece al margen del proceso!

—Ya se lo he dicho: voy a necesitar un compañero de cartas. Además, en la cárcel vale la pena tener algún amigo que te guarde el culo. No sé si lo sabe, pero hay mucho maricón suelto por aquí...

El abogado no quiso oír más. Se puso en pie dispuesto a dar por finalizada la entrevista. Había dado unos pasos en dirección a la puerta cuando Poncelet, a guisa de despedida, le espetó...

—Dígale a mi querido amigo que se mueva, que todo irá bien si consigue que mañana el juez fije una fianza y él tiene preparado el dinero.

Cinco minutos más tarde, Laroche se detenía en la confluencia de la calle de la Santé con el boulevard Arago y marcaba un número de teléfono mientras escrutaba a izquierda y a

derecha, intentando localizar un taxi en medio del denso tráfico de la hora.

—¿Sí?

—Soy yo, Clément.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir de la prisión...

—Cuéntame.

—No hay nada que contar; al menos nada bueno que contar.

—¡Mierda, lo suponía, maldito empecinado!

—Poncelet está dispuesto a largar a base de bien. Ningún argumento ha servido para nada. Supedita su silencio a salir en libertad bajo fianza, mañana mismo —explicó Clément—. Y tiene claro que si las cosas se ponen feas, servirá tu cabeza en bandeja de plata al tribunal. Tenemos un serio problema.

Un silencio largo y espeso se instaló en la línea.

—¡Pues a grandes males, grandes

remedios! —aseguró la voz en inflexión taimada—. Atajemos los problemas por orden de prioridad. Me encargaré de que Poncelet se quede afónico; después, recuperaremos los papeles.

Dicho eso, el desconocido colgó.

Terminada la visita del abogado, y de regreso a su celda, Jean-Marc Poncelet dedicó la mayor parte de su tiempo a preparar la vista preliminar del día siguiente. Algunas de las respuestas que debería dar al ser inquirido eran obvias. Además, había hablado de ello largo y tendido con sus defensores.

Se declararía no culpable.

Y como en esa primera comparecencia dispondría de tiempo y era su derecho el ser escuchado, se embarcaría en una aguda disertación acerca de la naturaleza inocente y perversa, a un tiempo, del capitalismo.

Tras repasar sus notas, corregirlas, eliminar y añadir, aquí y allá, terminó por

plantarse frente al pequeño espejo que coronaba el diminuto lavamanos del calabozo. Entrecruzó los dedos a la altura del estómago, en actitud contrita, y ensayó mentalmente el que debería ser el mejor monólogo de su vida...

«¿Estafa piramidal, dice, señor juez? Permítame recordarle, aunque seguramente usted ya es consciente de ello, que desde hace siglos la economía es solo una entelequia, una mentira aceptada universalmente, algo tan evanescente como el espejismo en un desierto. Desde que los mecenas y banqueros de los Estados italianos perfeccionaron, durante el Renacimiento, los pagarés y letras que ya utilizaban los judíos, a fin de evitar la tribulación que suponía viajar con dinero por caminos inseguros, todo se ha basado en una simple cuestión de confianza: tú me das tu dinero aquí y yo te lo devuelvo allí...

»Fue en aquellos mismos días cuando se cometió el primer gran error, que en nuestro

mundo moderno hemos magnificado, sin saber revertir el proceso o subsanar la incongruencia: al no existir suficiente cantidad de oro que asegurara el nuevo sistema, eso que llamamos papel moneda, tarjetas o cheques, se optó por considerar que el monto total del dinero en circulación podía exceder la reserva disponible del patrón de intercambio en un tanto por ciento considerable; tanto por ciento que, a lo largo del tiempo, creció y creció hasta perder la realidad de vista. La premisa que llevó a tomar esa decisión fue el entender que, debido a esa confianza sobre la que se sustentaba el sistema económico, no todo el mundo reclamaría, al mismo tiempo, la devolución del oro depositado. Esto lo entendería hasta un niño. Y así hemos seguido: ¿es una estafa piramidal que los gobiernos impriman dinero a mansalva para paliar una crisis que pasará a la historia? ¡Ya no hay oro en Fort Knox que respalde al dólar, nadie sabe cuánto hay con

exactitud si es que aún existe; no se ha realizado, al respecto, auditoría alguna desde los días de Eisenhower! ¿Cuántos de los activos de bancos y entidades financieras se corresponden con patrón contante y sonante o con valores refugio, no tóxicos, ajenos al riesgo, en un mundo globalizado, a fin de evitar la inflación? ¡Ahora el Banco Central Europeo estudia implementar nuevas normas que aseguren la solidez del sistema en ese sentido, pero ya es tarde! ¡Debemos seguir creciendo, año tras año, haciendo la vista gorda, huyendo hacia delante, dando la espalda al hecho de que las *commodities*, las materias primas y recursos, no son inagotables! ¡Nos hemos vuelto locos, hemos perdido el juicio! ¿Y sabe usted por qué se desploma todo? ¡Yo se lo diré: porque esa cuestión de confianza básica ya no existe!

»Así que me declaro no culpable. Y de serlo, admitiré que lo soy en la medida en que



todos lo somos al participar en este juego p $\acute$ rfido. La Soci $\acute$ t $\acute$ e Generale d'Investissement et Finances, que he presidido, ha repartido dividendos enormes durante a $\acute$ os. Era tanta la confianza, en tiempos de bonanza, que muchos volv $\acute$ an a reinvertir el capital m $\acute$ s el r $\acute$ dito cuando pod $\acute$ an retirarlo sin problema alguno. Nadie pod $\acute$ a prever que debido a burbujas econ $\acute$ micas, crisis sist $\acute$ micas internacionales, paro y ca $\acute$ da del producto interior bruto, lleg $\acute$ ramos a una recesi $\acute$ o como la que ahora vivimos. El problema surge cuando cien mil personas reclaman la devoluci $\acute$ o de sus dep $\acute$ sitos en una semana, cuando el operativo no contempla que m $\acute$ s de mil puedan o deban hacerlo al mismo tiempo..., ¿me entiende?»

Aunque el magistrado no contestara de forma directa a esa pregunta con la que cerraba su disertaci $\acute$ o, Poncelet imagin $\acute$ o que probablemente, por medio de una mirada c $\acute$ mplice o un leve movimiento de barbilla,

mostraría su conformidad con todo lo expuesto.

O tal vez no. Había que sopesar todas las posibilidades.

Acaso, con gesto torcido e ironía infinita, se permitiría soltar, con voz grave y cansina, algo en sentido opuesto. Un jarro de agua fría.

«Si es usted inocente o culpable, ya se verá durante el proceso. De entrada, su argumentación me parece pura demagogia, un alarde sofista.»

De llegar, en el toma y daca, a una situación semejante, debería sacarse de la manga la escalera de color que ocultaba y poner las cartas boca arriba.

«¿Demagogia, dice usted? ¿Qué diría usted si le demuestro, con pruebas y nombres, que la actividad que llevaba a cabo la Société Générale d'Investissement et Finances era conocida, e incluso bendecida, por la institución financiera más sólida y prestigiosa

de Francia?»

Sonrió frente al espejo, deleitándose en la expresión perpleja del juez ante tamaña revelación. Él se encargaría de borrar la incredulidad de su rostro, destapando la caja de los truenos, imprimiendo un insospechado giro al proceso y provocando una debacle de proporciones incalculables.

A última hora de la tarde, cuando el reloj ya sobrepasaba las siete, la puerta de la celda se abrió y entraron Fulbert y Armel, dos de los guardias asignados a la vigilancia del ala de presos especiales. El primero transportaba en un par de perchas un elegante traje gris, camisa blanca, corbata y cinturón, que depositó cuidadosamente sobre la cama y sobre el respaldo de una silla; el segundo acarreaba una bandeja con la cena, que dejó en una esquina de la mesa de trabajo de Poncelet.

—¡Buenas noches, muchachos! — exclamó el financiero saliendo de sus

cavilaciones.

—Aquí tiene la ropa, señor Poncelet. Recién planchada. Es importante que mañana dé usted buena imagen —bromeó Fulbert.

—La daré. Mañana será un buen día. Esto no durará mucho.

—Así lo esperamos. Nos alegraremos por usted.

—Y yo os recompensaré por vuestras atenciones, podéis estar seguros.

Sin que la sonrisa desapareciera de sus labios, los vigilantes cruzaron una mirada inteligente, cargada de astucia. Con la precisión de una maquinaria bien engrasada, mientras uno procedía a cerrar la puerta con sigilo, el otro enfundaba sus manos en unos guantes de piel y extraía del bolsillo un pañuelo.

Para cuando Jean-Marc Poncelet logró entender que algo raro sucedía, ya era demasiado tarde. Inmovilizado por unos brazos firmes como tenazas, no pudo zafarse en forma

alguna del cloroformo. Intentó contener la respiración, gritar, revolverse a patadas. Se agitó durante unos pocos segundos, hasta derrumbarse tras un espasmo final a peso, como un saco.

Sin mediar palabra, los dos carceleros arrastraron el cuerpo inerte de Poncelet hasta afianzarlo contra la pared, bajo un ventanuco provisto de una gruesa reja. Fulbert se hizo entonces con el cinturón del financiero, que fijaron alrededor de su cuello.

—¿Estás pensando en alzarlo a pulso? —interpeló Armel resoplando por el esfuerzo—. ¡Este tío pesa una barbaridad!

—No. Trae esa banqueta. La vamos a necesitar. Además, recuérdalo: él no conseguiría anudar la correa al barrote sin auparse sobre algo.

Poco después, el improvisado cadalso quedaba dispuesto. Los guardias comprobaron satisfechos que los pies del preso descansaban

sobre el escabel. La altura era correcta. Eso evitaría cualquier posible suspicacia por parte de los investigadores.

—Tenemos que darnos prisa —urgió Fulbert intranquilo—. No sé cuánto tiempo permanecerá bajo los efectos del cloroformo. Imagínate que despierta y empieza a gritar como un cerdo.

Un certero puntapié bastó para que el cuerpo orondo de Jean-Marc Poncelet se precipitara a los infiernos. Por un instante, los asesinos temieron que la correa no lograra soportar el enorme peso del financiero, pero nada de eso ocurrió; se estremeció durante un instante, recorrido de pies a cabeza por una contracción epiléptica; entreabrió los ojos y crispó los dedos.

Un estertor, apenas perceptible, puso punto final a su vida.

—¡Ya está, asunto arreglado, salgamos de aquí!

—Es curioso...

—¿Qué es curioso?

—Creía que se mearía encima.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿No lo sabes? ¡Lo he visto en muchas películas, y lo he leído: los ahorcados se mean; algunos incluso defecan! ¡Y a casi todos se les pone dura!

—¡Joder, Armel, qué guarrada! Mejor que no haya sido así.

Echaron un último vistazo a la estancia. Todo estaba en orden. Se quitaron los guantes y salieron al pasillo. La práctica totalidad de las celdas del área VIP permanecían desocupadas, sin inquilino. Nadie podía haber oído nada.

—¿A qué hora se supone que debemos encontrarle muerto? —interpeló Armel en voz queda.

—¿A qué hora sueles recoger las bandejas de la cena?

—A eso de las nueve.

—Pues a eso de las nueve entras y das la alarma.

Sus pasos resonaron hasta perderse por el interminable corredor.

Tras su marcha, un silencio de camposanto se instaló en el lugar.



## ADÈLE MERCIER

Buscando concederse siquiera un minuto de respiro, Henry se acomodó en una de las confortables butacas de terciopelo rojo que se alineaban, como un ejército en impecable formación, a ambos lados de la gran sala de subastas de Art & Auctions. Dejó su americana en el asiento contiguo y se distrajo en el incesante ir y venir de los operarios, que ultimaban detalles, ordenaban los lotes y probaban el sistema de sonido y la cámara de vídeo destinada a proyectar, en una gran pantalla lateral, imágenes de las obras objeto de la inminente puja.

En la antesala, un elegante espacio destinado a recibir a los clientes, varias azafatas de una empresa de eventos disponían bandejas con copas y canapés. Y aún algo más

allá, en el vestíbulo del edificio, el personal de limpieza se entretenía en sacar brillo a los brazos de una espectacular lámpara y en extender una larga alfombra que llegaba hasta la calle.

Apenas habían transcurrido dos semanas desde el momento en que Henry aceptó unirse a la empresa, y mirando hacia atrás se le antojaban una pequeña eternidad. Pierre Cassel se había impuesto la tarea de tutelar personalmente su formación, mostrándole los entresijos del negocio; los balances y resultados obtenidos en los últimos años; la apuesta segura que constituían las obras clásicas y el tiento que se debía mostrar siempre en todo lo referido a nuevos talentos o corrientes de vanguardia. A eso había que sumar media docena de comidas y reuniones con clientes y colaboradores, y el tiempo personal que el creativo había dedicado a conocer y a confraternizar con algunos de los

compañeros que formaban el equipo estable de A & A.

De todos ellos, sin duda alguna, Muriel Martin valía su peso, que no era mucho, en oro. Ligera como una mariposa, la secretaria personal de Cassel era la verdadera ama de llaves de la empresa, la que lo sabía y controlaba todo, capaz de solventar cualquier contratiempo sin perder el buen humor ni el halo pizpireto que la envolvía de la mañana a la noche.

Al cansancio que conlleva una inmersión de esas características, se unía el hecho de que tres días atrás, tras una breve y afortunada búsqueda, Henry había trasladado sus pocas pertenencias personales a un encantador apartamento amueblado en la tranquila calle Favart, por debajo del boulevard de Montmartre, a dos pasos del teatro de la Ópera y de la selecta plaza Vendôme.

La vida volvía a sonreír y a mostrarse en

todo su esplendor.

Estiró los pies y arqueó la espalda, tensando todos los músculos, intentando sacudirse la agradable modorra que arrastraba. Y en esas estaba cuando un desaliñado Cassel hizo su aparición en el salón. Llevaba la americana colgando del brazo, los primeros botones de la camisa desabrochados y había aflojado el nudo de la corbata.

«Todo muy estudiado —pensó Henry al verle venir—, hasta el último detalle.»

—Pareces James Bond después de haber hecho saltar la banca del casino de Mónaco —le espetó jocoso.

Pierre se sentó a horcajadas en la silla de la fila precedente, acodándose en el respaldo. Torció los labios. Algo parecía ir mal.

—¿Qué te pasa, no te encuentras bien? ¡Pareces mareado!

—Nada importante. Esa maldita grappa italiana me ha dejado el estómago hecho polvo,

¡qué ardor! ¿Qué tal tú?, ¡en mangas de camisa y sin corbata, muy *ad hoc*, pura indolencia!

—Algo cansado, pero muy bien. Acabo de revisar con Muriel la lista de coleccionistas e invitados. Esto se llenará hasta el techo. Y no quiero ni pensar en el revuelo que se armará cuando se saque a subasta ese óleo de Fragonard. Mañana, todo París hablará de esto.

Cassel asintió complacido. Unos días antes, el propietario de un lienzo firmado por el autor de *El columpio*, en el que se mostraba a un amanuense aplicado en copiar un manuscrito a la luz de las velas, había decidido ponerlo a la venta. Normalmente, cuando de forma tan inesperada algo así aterrizaba en las manos de Pierre, era reservado de cara a un futuro catálogo, pero dado el carácter heterogéneo de la colección que Art & Auctions presentaba ese día, el marchante había decidido incorporarlo en el último momento convencido de que su precio final superaría

holgadamente el millón de euros.

—A propósito de repercusión: ¿qué medios de comunicación han confirmado su asistencia? —interpeló Cassel.

—Entre las publicaciones del sector, *Beaux-Arts Magazine*, *Art Pressy Frog*; amén de los redactores de las secciones de arte de los principales periódicos; también tres cadenas de televisión y un enjambre de periodistas digitales... —enumeró Henry.

—No está nada mal. Buen trabajo. Esos excelsos de *Art Press* a buen seguro prestarán más atención a las mamarrachadas de Marc Dupontel, el novel que expone al otro lado, en la galería, que a Salzillo, Gérôme y Fragonard —alertó con sorna—: Ya sabes lo esnobs que pueden ser algunos. Al respecto, te prevengo acerca de Bernetta Lefevre, la redactor a jefe de *Frog*...

—Bonito nombre..., ¿qué pasa con ella?

—Lo entenderás cuando la veas. Podrías

distinguirlo entre un millón. Es lo más extremado que recuerdo haber visto en mi vida: flota a dos palmos del suelo, divina, acostumbrada a que le abran paso y le regalen los oídos. Tú límitate a elogiar la prenda extravagante de turno, aunque sea una apolillada estola de astracán con un papagayo disecado, y preocúpate de que no le falte champán en la copa —recomendó entre risas.

—He conocido a unas cuantas diosas encarnadas. No será problema.

—Ya lo comprobarás, Henry, pero con la élite del mundo del arte lo que mejor funciona es aparentar que estás de vuelta de todo, y, ocasionalmente, esbozar una mueca de asco. Eso les desconcierta totalmente y les obliga a cambiar de tercio en la conversación, temiendo haber soltado una sublime tontería. Muy pocos en este mundo saben de lo que hablan. Bueno, en vista de que todo está en buenas manos, me voy... —anunció poniéndose en pie—. Tú y

Muriel seréis unos anfitriones perfectos.

—¿Qué quieres decir, no piensas asistir a la subasta?

—Tengo por costumbre no hacerlo. Termino siempre con los nervios deshechos. Además, mi presencia no asegura que pueda ir mejor o peor, que se venda todo o nada. De todos modos, si se produce un incendio, llámame, llevaré el teléfono encima.

—Muy bien, ¿estarás arriba, en casa?

Cassel contestó por encima del hombro mientras se alejaba.

—Solo el tiempo necesario, amigo mío. Pienso salir a divertirme. No olvides nunca lo que realmente importa.

—¿Qué es lo que importa? —interpeló Henry divertido alzando la voz.

—Lo dijo Alejandro Dumas: *Cherchez la femme, pardieu! Cherchez la femme!*

A lo largo de la siguiente hora, Henry comprendió a qué se refería Pierre cuando



hablaba en tono desdeñoso de la extraña y heterogénea farándula adscrita al circo ambulante del arte. Muriel y él dieron la bienvenida a tipos estirados, serios, posiblemente responsables de los fondos de algún museo o colección privada; a grupos de septuagenarias ricachonas que parecían haber pasado el último lustro preservadas entre naftalina; a hombres distinguidos, de apariencia experta, dispuestos a disputar la presa como una jauría de lobos; a ejecutivos armados con móviles de última generación, prestos a efectuar las pujas que una voz anónima les dictaría desde Nueva York, Londres, Berlín o Roma, y a un sinfín de personajes a cual más peculiar. En medio de ese tropel que fue llenando el salón de subastas, Bernetta Lefevre, la redactor a jefe de *Frog*, solo era un espantajo encantador. Nada temible —pensó Henry, manteniendo a buen recaudo la sorna que afloraba en sus labios—; apenas una

excelsa chabacana con afán de notoriedad, aquejada de verborrea, al igual que otros periodistas del ramo, que tras pertrecharse de copas y vaciar las bandejas que hallaron a su paso, fueron a ubicarse en un espacio reservado a la prensa.

—¿Qué tal lo he hecho? —inquirió Henry murmurando en el oído de Muriel—. Creo que mantener la sonrisa de oreja a oreja me ha dejado cara de polichinela italiano.

La secretaria se echó a reír de buena gana, apuró el champán que restaba y le estiró de la mejilla.

—Como si lo hubieras hecho toda la vida, con clase: *absolument charmant!*

—Será mejor que entremos, ¿no?

—Ve tú. Yo me quedaré por aquí, por si soy necesaria. Búscate un buen sitio y disfruta viendo a todos estos millonarios aburridos derrochar cientos de miles de euros.

—Creo que me voy a marear... —soltó

sarcástico—. Te veré luego.

Henry distinguió un par de huecos junto al pasillo central. Había cruzado las piernas y desabrochado discretamente el primer botón de su camisa cuando una mujer hizo su aparición, apenas un minuto antes de que el director técnico procediera a presentar la primera de las obras. Avanzó por el pasillo, atrapando en su estela todas las miradas. Vestía una elegante chaqueta negra, de solapas anchas, cuyo vértice, a la altura del pecho, dejaba entrever un top de seda rematado por una vaporosa puntilla, y una falda ajustada, del mismo color, por encima de las rodillas; medias oscuras y zapatos de tacón alto. Caminaba con la cadencia de una modelo al desfilar sobre un alambre imaginario, sosteniendo entre las manos un fino bolso de piel.

Se detuvo junto a Henry y le miró fijamente a los ojos.

—Disculpe, ¿me permite? —solicitó con

voz suave señalando la butaca vacía.

—¡Adelante, por favor! —invitó él en susurros, encogiéndose de inmediato las piernas.

—Creía que no llegaría nunca. No sé qué demonios pasa hoy, pero no hay manera de encontrar un taxi. Buenas tardes, me llamo Adèle... —dijo en tono cortés tomando asiento.

—Encantado. Soy Henry.

—¿Henry? Juraría que no le he visto nunca —comentó tras dedicarle un fugaz vistazo—.

¿Es su primera subasta?

—Sí. La primera.

—¿Va a pujar por alguna obra?

—No pienso pujar.

—¡Ah!, ¿no?, ¿por qué?

—No. Soy nuevo en esto. Solo he venido a tomar notas y a observar.

Adèle asintió levemente y guardó silencio, como si diera por terminada la conversación; clavó los ojos en la pantalla, que mostraba un busto en mármol de una mujer turca, de unos

setenta y cinco centímetros de altura, obra del artista francés Zacharie Rimbez. El subastador, con voz pausada y clara, anunció el precio de salida. Diez mil quinientos euros. Y al instante, un dispositivo electrónico, suspendido sobre el escenario, comenzó a mostrar, en forma de texto deslizante, las primeras pujas recibidas a través de Internet.

Antes de que Henry pudiera entender qué ocurría, la pieza era adjudicada a un postor italiano que había triplicado la cifra inicial. Y también, con inaudita celeridad, quedaron vendidas otras que se presentaron a continuación, entre ellas un galán de noche, de estilo *art nouveau*, obra del ebanista Louis Majorelle.

El creativo sonrió con ironía al constatar la velocidad del proceso. A pesar de las explicaciones pormenorizadas que Pierre Cassel le había brindado, el mundo de las subastas se le antojaba un universo extraño. Lo

que resultaba más fascinante e insólito a sus ojos era el complejo sistema de señales que utilizaban los postores presentes a la hora de aceptar las cifras, siempre en ascenso, que se iban proponiendo. Una mujer, en el extremo opuesto, mostraba su conformidad haciendo tintinear las pulseras de su muñeca; un par de filas por delante de ella, un tipo delgado y calvo se limitaba a deslizar su índice por el arco del pabellón de su oreja izquierda, en un gesto nervioso; otro, ubicado en algún lugar que no podía determinar, se aclaraba la garganta, carraspeando dos veces. Pocos eran los que sin disimulo se contentaban con alzar un par de dedos.

Todos esos signos, apenas perceptibles, conformaban una jerga críptica, un código que solo el maestro de ceremonias atinaba a descifrar sin titubeos.

A base de fisgar de reojo en la intimidad de su elegante vecina, Henry terminó por

descubrir que Adèle confirmaba sus pujas ladeando el rostro hacia la derecha y lanzando los negros cabellos de su media melena al vuelo. Cada vez que lo hacía, acortando la escasa distancia que les separaba, una delicada fragancia flotaba en el ambiente.

Era la única fragancia en el mundo que él era capaz de reconocer a un kilómetro de distancia. Mucho tiempo atrás, cuando se incorporó a G & H como director creativo, había dirigido una campaña para First, Premier Bouquet, perfume comercializado por la prestigiosa firma de joyería Van Cleef & Arpels. Desde entonces, llevaba ese aroma grabado de forma indeleble en algún punto entre la pituitaria y el cerebro.

Nada podía compararse a First, ni remotamente.

Y esa mujer, Adèle, era la contrapartida física de su fórmula quimérica y evanescente. Su belleza transmitía el desasosiego de

aquellas metas que se intuyen inalcanzables y se desestiman; las cejas parecían haber sido caligrafiadas por un maestro zen, a pincel y con tinta china, sobre una piel de papel de arroz; los ojos, oscuros e inquisitivos, la boca de un pozo insondable; los labios, el prelude del delirio y la fiebre.

Henry buscó en vano referentes en el catálogo de rostros perfectos que almacenaba en su cerebro; posibles semblanzas que lograran explicar qué extraña alquimia había conseguido destilar tanta perfección.

A lo largo de la siguiente hora comprobó que Adèle pujaba de forma compulsiva por el esbozo de Jean-Léon Gérôme, por el óleo de Fragonard y por la figura de Salzillo. Y en todas las ocasiones lo hacía con un brillo extraño en la mirada y una sonrisa inquietante en los labios; pugnando, al menos en cinco ocasiones, contra los intereses de un hombre de unos sesenta años, de porte distinguido y rostro



inexpresivo situado en la parte trasera de la sala.

Curiosamente, tras contribuir a que el precio de las obras escalara hasta alcanzar cifras de vértigo, la mujer refrenaba sus ínfulas y desistía en la recta final, abandonando el codiciado botín en manos del coleccionista rival.

Al terminar, las tres estrellas de la subasta habían superado con creces las expectativas más optimistas de Cassel. Solo esas ventas suponían algo más de cinco millones de euros. Todo un éxito.

—Veo que ha cumplido usted su promesa de no pujar —observó Adèle dirigiéndose a Henry, como si repentinamente hubiera recordado su existencia.

Le miró de un modo encantador y se puso en pie.

—Bueno, usted lo ha hecho por los dos...

—¡Sí, ha sido realmente divertido! —

aseguró mientras se concentraba en arreglar la caída de su chaqueta.

—De todos modos, si me lo permite, hay algo que no acabo de entender...

—¿Qué?

—Parecía decidida a quedarse con las obras más importantes; de hecho, casi eran suyas, pero ha cambiado de opinión en el último momento, ¿me equivoco?

—Todo tiene su explicación, ¿quiere que se lo cuente?

—No me malinterprete, tal vez me estoy metiendo donde no me llaman, pero confieso sentir curiosidad —confesó Henry esgrimiendo la mejor de sus sonrisas.

—Vayamos por partes: la verdad es que la imaginería barroca me horroriza. No metería eso en mi casa ni aunque me lo regalaran —contó con desenfado—. En lo que respecta a Fragonard, bueno, nunca ha estado entre mis pintores favoritos. Definitivamente, el rococó

no es mi estilo. Y por último...

—¿Gérôme?

—Sí, Gérôme. Gérôme es otra cosa. El es una de mis grandes debilidades. Ocurre que ya tengo dos magníficos óleos de Gérôme, ¿le parece bien si salimos?, ¡aquí hace un calor insoportable!

La expresión estupefacta de Henry logró que Adèle no pudiera contener la risa. Se llevó discretamente la mano a los labios, consciente del desconcierto que habían provocado sus palabras.

—¿He dicho algo raro? —indagó con impostada ingenuidad.

—¿Eh? ¡No, en absoluto, nada raro!

—¿Entonces? ¡Por su cara se diría que está viendo a un fantasma!

—Solo me he quedado fuera de juego, un tanto descolocado. No suelo conocer habitualmente a mujeres que posean lienzos de Gérôme... —balbuceó—. De todos modos, lo

que ha dicho no contesta a la pregunta que he formulado, más bien al contrario: me confunde por completo.

—¡Claro, la pregunta, lo olvidaba! — exclamó—. Si le parece se lo explicaré una vez hayamos salido de aquí. Me aturde ver tanta gente alrededor. Daría cualquier cosa por algo bien frío, una copa de..., ¿le gusta el champán?

—Me encanta...

—Perfecto. Será mejor que nos tuteemos, ¿te parece?

—Lo estaba deseando.

Cuando por fin el paso quedó expedito y consiguieron alcanzar el vestíbulo del edificio, Muriel Martin les abordó. La secretaria de Cassel estaba exultante. Henry se vio obligado a detenerse y a disculparse con Adèle.

—Aprovecharé para ir a buscar mi coche. Lo tengo cerca. Te esperó en la esquina, en unos cinco minutos, ¿de acuerdo? —propuso la mujer antes de enfilar la salida.

Al quedarse solos, Muriel tomó a Henry de forma graciosa por las solapas y le interrogó con la mirada.

—¿Conoces a Adèle Mercier! —exclamó sorprendida.

—¿Se apellida Mercier? ¿Simplemente se ha sentado a mi lado! ¿Qué sabes de ella?

—No mucho, no la he tratado, solo sé lo que sabe todo el mundo. Es una de las mujeres más ricas de París, propietaria de una de las mejores joyerías de la plaza Vendôme. Tiene fama de ser bastante caprichosa —explicó la secretaria de Cassel—; colecciona pintura europea, sobre todo francesa, autores prerrafaelitas e impresionistas en general, figuras decorativas y mobiliario *art déco*, y...

—¿...y?

—Bueno, también se dice que colecciona amantes, y que los toma y los deja con la misma facilidad con que cambia de ropa, así que ya puedes ir con cuidado —advirtió Muriel

divertida.

—¿Una *femme fatale*? ¡Pues acaba de invitarme a tomar una copa con una naturalidad pasmosa!

—Bueno, no diría tanto como eso; pero el río suena, quedas advertido.

—Seré cauto, ¿has podido hablar con Pierre?

—Le he llamado hace un minuto y le he informado de todo. Por su voz y el jaleo de fondo juraría que está en una fiesta muy animada, pasándoselo de miedo.

—Dime: ¿me necesitas? —tanteó él consultando el reloj.

—¡Anda, lárgate, que aquí todo el pescado está vendido! —espetó la secretaria entre risas, haciéndole retroceder de forma significativa—. Nos veremos el lunes.

A Henry no le costó localizar a Adèle. Le esperaba al volante de un BMW negro, con el motor al ralentí. Retocaba con coquetería el

carmín de sus labios.

—¿Todo va bien? —preguntó—. Tal vez tenías otros planes...

—Sí, todo perfecto. No tenía nada previsto, así que dime: ¿dónde planeas llevarme?

—Fouquet's está cerca, es ideal para beber y cenar algo ligero... —comentó ella como si pensara en voz alta, sumándose al flujo de vehículos—, aunque a estas horas debe de estar lleno de famosos. Tal vez compartamos mantel con Gérard Depardieu, Jean Reno o, lo que es mucho peor, algún fantasma mediático...

—¿Alguna otra opción?

—¿Qué tal La Coupole, en Montparnasse?

Henry prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿De qué demonios te ríes?

—¡De que en La Coupole nos encontraremos con los espíritus errantes de Picasso, Hemingway y Man Ray! Así que solc

se trata de decidir si es más llevadero soportar a fatuos de carne y hueso o a espectros inmortales.

—¡Lo tengo claro, inmortalidad! ¡Vamos a La Coupole! —resolvió Adèle sumándose a la broma.

Cuando media hora más tarde entraron en el lujoso salón del restaurante, un montón de recuerdos sacudieron a Henry. Había estado allí en numerosas ocasiones; la última de ellas, con Miriam y algunos amigos antes de que todo se fuera al garete.

—Nos enfrentamos a otro dilema importante... —comentó Adèle una vez el maître les hubo facilitado las cartas y propuesto algunas sugerencias del día—: ¡Ya lo has oído! ¿Cordero con curry al estilo hindú, un clásico muy picante de La Coupole, o bandeja de caracoles, percebes y ostras sobre un mar de hielo picado?

—¡Entre pasar la noche en tierra, abrasado



y muerto de sed, o naufragar contigo, me apunto a lo segundo! —exclamó Henry en tono seductor.

—Encantador e ingenioso —murmuró ella fingiendo revisar la relación de vinos—. ¡Y muy directo!

—También tú lo eres.

—¿Directa? No lo soy siempre. Solo cuando vale realmente la pena.

—Voy a tomarme eso como un halago. Dime: ¿qué champán te apetece, un Taittinger? ¿Qué tal un Comtes de Champagne?

Adèle cerró la carta, tras permanecer pensativa durante unos segundos. Alzó el rostro y enfrentó a Henry con un brillo especial en los ojos.

—Si está escrito que nos vamos a ir a pique juntos, cosa que aún no está del todo clara... —dijo, creando una pausa maliciosa—, que sea con un Clos du Mesnil del 95 en los labios.

—¿Qué?! Espera, *darling*, que ahora voy yo y rompo el hechizo en pedazos: ¿tres mil quinientos euros la botella? ¡Estás de broma!

—En absoluto. Yo invito.

—¿Por qué? ¡No te equivoques, el problema no es el precio! —alardeó—. ¡Si va a ser la última botella de mi vida, la pago sin rechistar! Pero creo que me he perdido algo... ¿Qué se supone que estamos celebrando?

—Que acabo de ahórrame unos cuantos millones de euros, ¿lo has olvidado? —arguyó Adèle con expresión ufana. Al punto, sin dejar margen a la réplica, reclamó la atención del camarero. Tras encargarse la cena volvió a adelantarse sobre el mantel con expresión satisfecha—. ¡Bueno, ya está! ¿Por dónde íbamos?

—Decías que eres unos millones de euros más rica...

—Exacto. Y eso me recuerda que debo contestar a la pregunta que ha dado pie a esta

inesperada velada —murmuró—. Verás, si he hecho subir las pujas, ha sido para joder a un tipo que me cae muy mal.

—Lo imaginaba, ¿estás hablando del apolillado de aspecto británico sentado unas filas más atrás?

—Sí, de él. Se llama Louis-Philippe Chavanel; es el dueño de una importante compañía de construcción, un tipo inmensamente rico. Le profeso un odio viejo. Lo más divertido del caso es que él no tiene ni la menor idea de quién soy. Lo único que sabe de mí es que con relativa frecuencia aparezco en escena y le toco los cojones, obligándole a pagar muchísimo más por cada uno de sus caprichos —contó con malsano deleite.

—Me parece una táctica un tanto arriesgada, ¿qué pasa si él se retirara de la puja obligándote a comprar esa talla de Salzillo que no deseas? —comentó divertido.

—Obviamente, sé hasta dónde puedo

llegar. Conozco todas sus obsesiones.

Era evidente que la inquina de Adèle hacia ese hombre no podía ser medida. Su determinación a la hora de perjudicar sus intereses constituía un acto volitivo, planificado, sistemático.

—De todos modos, me cuesta entenderlo... —apostilló Henry frunciendo el ceño.

—No es necesario entenderlo. Es una historia demasiado larga. Contarla llevaría su tiempo y me obligaría a remover un pasado que prefiero mantener a buen recaudo. Digamos que es un asunto que se remonta a su padre, Donatien Chavanel, un cerdo que, gracias al cielo, ya pasó a peor vida...

—¡Asombroso!

—¿Qué es lo que te parece asombroso?

—El hecho de que odios y venganzas se puedan perpetuar a través del tiempo, pasando de padres a hijos, como una herencia —apuntó

cáustico—. No te conozco en absoluto, pero algo me dice que eres de armas tomar.

—Ese tipo de herencia se llama *vendetta* y ha existido siempre —puntualizó ella divertida, restando importancia al asunto—. Las venganzas son lícitas, ¿no? Al menos eso es lo que pienso yo. Me encanta planearlas, me produce un placer malsano.

—No lo tengo demasiado claro. Normalmente, los que la hacen rara vez la pagan. Tampoco estoy seguro de que invertir tanta energía en esos ajustes de cuentas sirva de mucho. Créeme, sé de lo que hablo.

—Todo depende de la magnitud del agravio. Tal vez tú eres un hombre de suerte, y la vida no te ha zarandeado; quiero decir, que ningún cabrón se ha interpuesto en tu camino...

—En eso te equivocas. No es así. He atravesado el desierto, solo y sin agua, pero... ¡bueno, qué demonios hacemos hablando de esto! —exclamó rascándose la coronilla de

forma cómica—. La verdad es que esta noche preferiría...

—¿Sí?

—Preferiría divertirme, olvidarlo todo y...

La frase quedó inconclusa. El sumiller de La Coupole se aproximó, portando entre las manos la botella de Krug Clos du Mesnil como si se tratara de una pieza arqueológica de incalculable valor. La presentó revestido en pompa y circunstancia, y se retiró después de descorcharla y servir. Un minuto más tarde, un camarero depositaba una gran bandeja de marisco en el centro de la mesa tras desplegar todo un arsenal de tenacillas, cuchillos y tridentes.

Adèle se echó a reír ante el exceso de cubertería.

—*Sans compliment*, Henry! No hay nada más agradable que comer con los dedos — propuso haciéndolo todo a un lado—, los grandes placeres hay que abordarlos sin

cursilerías. Bueno, cuéntame algo de ti: ¿qué hacías en esa subasta, qué es eso de que estabas tomando notas?

Omitiendo detalles referidos a su historia personal, Henry contó de forma sucinta de qué modo había derivado desde el mundo de la publicidad al ámbito del arte gracias a un encuentro fortuito con Pierre Cassel.

—Así que ahora trabajas para Art & Auctions. Suena interesante... —musitó—. El mundo del coleccionismo es veleidoso, tremendamente frívolo; para muchos es solo una forma más de invertir y ganar dinero. En el lado opuesto están los verdaderos amantes del arte, los que se extasían ante él y renunciarían a años de vida con tal de poseer ciertas obras.

—Hoy he empezado a constatar todo eso. Dime, ¿a qué te dedicas tú?

—A los negocios.

—¿Relacionados con el arte?

—En cierto modo. Soy dueña de una de

las mejores joyerías de París. La heredé de mis padres adoptivos, Marcel y Albertine; dos seres adorables a los que añoro tanto como a mis verdaderos padres. Eran mayores. No habían tenido hijos. Murieron hace bastante tiempo... —explicó con un vago deje de tristeza en los ojos que se esfumó con celeridad—. ¡Y no me puedo quejar, me ha ido muy bien! En los últimos años he inaugurado otras tres joyerías; una segunda aquí, y dos más en Lyon y en Burdeos. Bueno, es mi turno...

—¿...?

—Me toca preguntar, ¿una tú y una yo, es lo justo!

—Claro, ¿qué más quieres saber?

—No lo sé. Algo de ti, de tu vida privada, ¿estás casado?

—No, pero lo estuve...

—Por el tono de voz deduzco que acabó mal.

—Sí, bastante mal. Cuando antes



hablábamos de venganzas iba a explicarte algo, pero no me apetece en absoluto. No quiero estropear la noche.

—Casi siempre acaba mal.

—¿También estuviste casada?

—No, nada de matrimonios. He cometido unos cuantos errores en mi vida, pero de ese me he librado —negó absorbiendo con fruición una ostra. El zumo del limón resbaló desde la comisura de sus labios hasta el mentón; con un gesto rápido, Adèle evitó mancharse la chaqueta y se echó a reír.

—¿Eso quiere decir que estás sola? — indagó Henry encantado. Entrecerró los ojos y controló discretamente un suspiro de ansiedad que buscaba escapar de su pecho. Esa mujer era irresistible desde cualquier óptica. Mantenerse impasible frente a ella resultaba prácticamente imposible.

—¡Eso quiere decir que tengo amantes! — largó con absoluta desinhibición, fingiendo, al

punto, un recato adorable.

—¡Amantes! ¿Así, en plural?

—¡Así, en plural!

La espontánea carcajada en que los dos prorrumpieron resonó en el lugar haciendo converger las miradas de los comensales circundantes.

—Muy inteligente. Supongo que lo ideal es tener uno para cada día de la semana...

—No tanto, no exageres, los hombres en su justa medida, pero... ¡casi!

—Hoy es viernes. Desearía no tener que pelearme con nadie. Físicamente estoy en baja forma, y haría un papel ridículo —bromeó Henry, ahondando en el tanteo sutil por el que se movía la conversación.

—¿Viernes? ¡Déjame pensar! Hum..., no, al de los viernes le despedí hace unas semanas, tengo un hueco en la agenda.

Una hora más tarde, tras innumerables bromas y apurar el champán que restaba en la

botella, salieron de La Coupole. Un manto de nubes, del color del plomo, había cubierto el cielo de París. Llovía con fuerza. Adèle alzó las solapas de su chaqueta y miró a Henry con expresión destemplada.

—¿Dónde vives? Puedo acercarte hasta tu casa... —propuso.

—En la calle Favart, junto a Montmartre, pero no es necesario, puedo coger un taxi o caminar.

—¿Con esta lluvia? ¡Olvidalo, te llevo, será un momento, a esta hora ya no hay demasiado tráfico!

Efectuaron el trayecto sumidos en un agradable silencio, atrapados por las voces hipnóticas de Robert Plant y Alison Krauss, capaces de convertir el blues en polvo de estrellas.

Al poco, cuando el reloj del salpicadero sobrepasaba la medianoche, se detenían frente al domicilio de Henry.

—¿Es aquí?

—Sí, aquí.

—Ha sido una velada deliciosa —afirmó ella satisfecha, envuelta en el humo de un cigarrillo—. Hacía tiempo que no me reía tanto.

—Opino lo mismo. Y me pregunto si...

—¿Qué?

—Me pregunto si volveré a verte un día de estos... —murmuró él sin excesiva convicción.

Adèle le miró de soslayo, esbozando una sonrisa enigmática; recuperó su bolso, abandonado en el asiento trasero, y rebuscó en su interior hasta localizar el teléfono.

—¿Me das tu número? —solicitó activando la pantalla táctil.

Él dictó la secuencia. Y unos segundos después su móvil comenzaba a sonar.

—Parece que alguien te llama, ¿no piensas contestar? —interrogó ella.

—¡Claro, sí, sí! —balbuceó—. ¿Hola?

—¿Henry? ¡Soy Adèle! ¿Me recuerdas?  
¡Cenamos juntos hace unas semanas!

—Imposible olvidarlo.

—Casualmente estoy cerca de tu casa, y se me ha ocurrido llamarte.

—Me alegra que lo hayas hecho. ¿Sabes? No he dejado de pensar en ti...

—¿De verdad? ¡Me encanta! Confieso que yo también me he acordado de ti. Escucha: ¿te apetece que nos veamos y tomemos un café, o tal vez un vodka bien frío, o las dos cosas?

—Será un placer, ¿dónde nos encontramos?

—He recordado que tenías gran interés por ver ese par de óleos de Gérôme, ¿qué te parece si vamos a mi casa?

—Perfecto, pero no tengo tu dirección...

—No te preocupes. Te recogeré en menos de un minuto. Espérame en la calle. Hasta ahora.

Adèle colgó, y de inmediato se echó a reír

ante la expresión estupefacta que el golpe de efecto había provocado en el rostro de Henry. Sin esperar más, arrancó el motor y calzó la primera.

—¿Querías verme? ¡Aquí estoy! Eso sí, no te hagas ilusiones, aún estoy decidiendo si naufragamos juntos o no... —advirtió en tono seductor cuando aún no habían recorrido ni cien metros—. Deberás mostrarte muy convincente.

—Puedo ser muy persuasivo. De todos modos, en el peor de los casos, siempre nos quedará Gérôme, ¿no? —apostilló él con absoluta flema.

—Y el vodka. No olvidemos el vodka.

—Por supuesto. Y el vodka.

## PATO A LA SANGRE

Daniel Boillot frunció el entrecejo hasta afilar la mirada y retrajo la punta de su nariz como si buscara olfatear el rastro de una presa. Todo su rostro se asemejaba al de una rapaz que hubiera descendido desde las alturas hasta ir a posarse junto a los despojos de un cadáver.

De hecho, tenía frente a él un fiambre de lo más apetitoso.

El difunto se había desplomado de forma súbita sobre la mesa tras adquirir la lividez de un velón de iglesia y bambolearse en la silla como un tentetieso, yendo a estrellarse contra el exquisito pato numerado a la sangre, al estilo de Rouen, que saboreaba en el momento del óbito.

Los testimonios de todos los presentes coincidían en el relato del luctuoso suceso.

Lividez. Bamboleo. Golpe contra el plato. Por ese orden.

Tras permanecer inclinado sobre el cuerpo durante un par de minutos, el forense de la policía se irguió con gesto dolorido, llevándose de inmediato las manos a la zona lumbar, y miró en derredor, buscando localizar a Laurent Delarbre, el reputado chef del restaurante La Tour d'Argent, al que conocía bien.

Al distinguirle, Boillot le hizo una señal y él se aproximó cariacontecido.

—¿Cómo va todo, Delarbre?

—Pues ya ve, *monsieur* Boillot, ¡menuda desgracia! —murmuró con pesadumbre—. Es la primera vez que pasa algo así aquí. Menos mal que esta parte del restaurante estaba casi vacía. Acabo de llamar al propietario, André Terrail. Está en Londres, por negocios. Al enterarse, se ha echado a temblar.

—¿Por qué?



—No sé si lo sabe, pero últimamente somos víctimas de una campaña de acoso y derribo por parte de un reputado crítico gastronómico...

—¡Ah, sí! El tumbaollas viperino de *Le Monde*. Suelo leer su columna.

—Exacto. Parece que nos odie. No pierde comba a la hora de ensañarse con nosotros. Seguramente recordará que hace unos meses subastamos la mitad de nuestra inmensa bodega a fin de dar cabida a nuevos caldos. Pues bien, ¡él lo interpretó escribiendo que La Tour d'Argent, ante la caída de clientela, debida a su notoria pérdida de calidad, buscaba liquidez! —explicó Laurent desolado.

—En ocasiones, tal como decía François Mauriac, el premio Nobel de Literatura, un mal escritor puede llegar a ser un buen crítico, del mismo modo que un pésimo vino puede llegar a ser un buen vinagre, ¡pero no es el caso de ese amargado! —dijo Boillot soltando una risilla

—. Estoy al tanto de esas cosas, amigo mío. De todos modos, no hay nada de lo que preocuparse. Esto tiene toda la pinta de ser un infarto. Cada día mueren docenas de personas a causa de un infarto: en la ducha, en el coche o en un restaurante. A no ser que...

—¿Qué?

—¡Que durante la autopsia descubra que el pato estaba envenenado! —espetó el forense con socarronería.

—¡Por Dios, no me gaste esas bromas, que estoy muy nervioso!

—Dime, Delarbre: ¿dónde están sus compañeros de mesa? —interpeló—. ¡Veo que aquí hay tres cubiertos!

Laurent se giró y señaló a dos hombres que permanecían a cierta distancia, por detrás del perímetro que había establecido la policía.

—Muy bien. Gracias. Eso es todo por ahora.

Una vez el chef se hubo retirado, Daniel

Boillot solicitó a uno de sus ayudantes que fotografiara la mesa y la posición del cuerpo desde todos los ángulos posibles; después, enfundó sus manos en unos guantes de látex, se colocó unas pequeñas gafas rectangulares sobre el puente de la nariz y levantó cuidadosamente la cabeza del fallecido tirando de sus cabellos. Tenía el rostro cubierto de salsa de sangre y restos de carne y semillas de higo; incluso un gajo de naranja se había acomodado como anillo al dedo en la media luna del arco superciliar del ojo izquierdo, bajo la ceja. Limpió su cara con una servilleta y examinó los labios, la lengua y el iris de los ojos. Un minuto después, devolvió delicadamente la cabeza al plato.

Se disponía a quitarse los guantes cuando un pequeño detalle atrajo su atención. Un diminuto punto rojo, del tamaño de una lenteja, afloraba en la parte inferior del tórax. Destacaba poderosamente sobre el blanco

impoluto de la camisa. Boillot se puso en cuclillas y lo examinó con calma, creyendo, de entrada, que se trataba de una mínima salpicadura de salsa, pero no tardó en descartar esa posibilidad.

—Vaya, vaya, qué tenemos aquí...

Chasqueando los dedos solicitó ayuda a un policía que acudió diligente al requerimiento del forense.

—Incorpórale. Mantén su espalda erguida, contra el respaldo —ordenó.

Al punto, procedió a desabotonar la camisa hasta dejar al descubierto los hombros y el torso del difunto.

—¡Vaya, vaya! —repitió tras escudriñar cada centímetro de la epidermis.

—¿Qué ocurre? —interpeló el agente escamado.

—*Murder, she wrote!* —exclamó Daniel.

—¿Cómo?

—¿No conoces la serie *Se ha escrito un*

*crimen*, con la gran Jessica Fletcher? — preguntó en tono burlón mientras se desprendía de los guantes.

—Pues, eh, no..., creo que no. Suelo ver *Crime Scene Investigation*.

—Es normal, eres muy joven. No importa. Este hombre ha sido asesinado, muchacho — aseguró taxativo—. Llama a criminología, busca a la inspectora Claire Valéry. Sé que hoy está de guardia. Dile que la necesito aquí.

—Muy bien, señor, así lo haré, ¿retiramos el cuerpo?

—No. Vuelve a dejarlo sobre el plato, tal como estaba. Encárgate de que avisen al juez; yo prepararé el informe en unos minutos, pero él debe estar presente cuando procedamos al levantamiento del cadáver.

Con mueca de fastidio, frotándose el pescuezo, Daniel Boillot se aproximó hasta el gran ventanal circular del restaurante y se abstrajo en el suave discurrir de las aguas del

Sena y en la imponente estampa de Notre-Dame, cuyas agujas y arbotantes brillaban bajo la suave luz del día.

Acto seguido, con las manos enlazadas a la espalda, fue al encuentro de los dos testigos principales. Eran la viva estampa de la consternación. Se presentaron como Ambroise Vasser y César Runon.

—¿Qué relación mantenían ustedes con ese hombre? ¿Son familiares, amigos? — indagó sin entretenerse en preámbulos.

—No. Ni amigos ni familiares —repuso el primero de ellos, un tipo alto, con pinta de ejecutivo, de unos treinta años—. Trabajábamos para él. Era nuestro jefe.

—¿Lo de hoy era una comida de trabajo?

—Sí.

—¿En sábado?

—No es habitual, pero hemos pasado buena parte de la semana cerrando un acuerdo con los directivos de una empresa de Boston.

Ayer por la tarde firmamos el contrato. Y esta mañana, a primera hora, hemos acudido a su hotel, el Four Seasons, para ultimar algunos detalles, desayunar con ellos y despedirles. Han salido en dirección al aeropuerto poco antes de las doce, en un taxi. Y luego, al quedarnos solos...

—¿Sí?

—Léopold Leveque, nuestro jefe, nos ha propuesto celebrarlo aquí, en La Tour d'Argent —explicó Ambroise señalando al muerto—. Ese acuerdo representa un negocio importante para nuestra empresa.

—¿A qué se dedican ustedes?

—Somos publicistas.

—Díganme: ¿recuerdan algún detalle significativo, algo que haya ocurrido en las últimas dos o tres horas?

—¿A qué se refiere?

—Su jefe, Léopold, ¿ha mostrado algún síntoma de vértigo, de mareo?, ¿se ha quejado

en algún momento?

Ambroise repasó sus recuerdos inmediatos. Desfilaron rápidos por su cerebro, como las imágenes aceleradas en una moviola. Al poco, desconcertado, encaró a su compañero en busca de ayuda.

—Diría que lo único digno de mención es el topetazo en el semáforo, ¿recuerdas? —apuntó César encogiéndose de hombros.

—¿Qué topetazo?

—Como era pronto y disponíamos de tiempo, hemos venido hasta aquí andando, bordeando el Sena desde el muelle de Orsay —explicó Ambroise retomando la narración de los hechos—. Al llegar a la Île de la Cité, a la altura del puente Saint-Michel, cuando cruzábamos por el paso de peatones, Léopold se ha dado de bruces con un individuo que iba con prisa. Había mucha gente en ese momento. El encontronazo ha sido violento, casi pierde el equilibrio y cae.



—¿Qué más? —insistió el forense.

—Pues no mucho más... —desestimó César—, ha soltado una blasfemia, se ha quejado de una ligera molestia en el costado, y hemos continuado hasta aquí sin darle más importancia al incidente.

—¿Qué hay del tipo con el que ha chocado?, ¿han logrado verle?

—No. Todo ha sido muy rápido. Lo que sí puedo decirle es que era alto, de metro ochenta, delgado, de cabellos negros. Vestía una gabardina de color ocre...

—Muy bien, señores. Eso es todo por ahora —decidió Boillot—. Un agente les tomará declaración, y en unos días serán citados a fin de revisar de manera mucho más pormenorizada, los hechos.

Finalizada la conversación, Daniel buscó al agente que le había ayudado minutos antes. Le encontró hablando por teléfono.

—El juez está avisado y viene hacia aquí...

—anunció tras colgar—. En lo que respecta a la inspectora Valéry, lo siento, señor Boillot, imposible contactar con ella. Me han dicho que está trabajando en la escena de otro crimen. Parece que han asesinado a una pareja en el área de Chaillot. Es todo cuanto sé...

—¡Joder, qué pasa hoy en esta ciudad! ¿Se ha vuelto loca la gente o es cosa de la primavera? —gruñó Daniel buscando un lugar tranquilo en el que instalarse y poder tomar notas.

A media tarde, tras una comida a destiempo y la inevitable galbana que acarrea el exceso de vino, el forense se sacudió la pereza y se dispuso a efectuar la autopsia a Léopold Leveque en el laboratorio central de la policía científica. Iluminó adecuadamente el cadáver y orientó la cámara de vídeo.

Una fina varilla de plástico rígido, introducida cuidadosamente por la diminuta abertura del tórax, permitió que Boillot

confirmara sus sospechas. La brecha, que sorteaba de forma limpia las costillas flotantes, había sido abierta sin duda alguna por un objeto metálico, afilado, en un golpe preciso propinado en sentido ascendente.

El arma del crimen podía ser un simple alambre rígido. O una pequeña aguja de ganchillo.

—Una verdadera obra de arte, yo no lo hubiera podido hacer mejor... —musitó con expresión admirada. Y tocando levemente a la víctima en el hombro, añadió—: Lo siento, amigo, pero esto va a ser una verdadera sangría.

Procedió a cortar de forma limpia con el escalpelo, y tal como esperaba, la sangre fluyó incontenible, a borbotones, como si un saco de plasma hubiera reventado. Resbaló por el cuerpo y comenzó a extenderse por la mesa.

Estaba a punto de alcanzar el hígado cuando un ruido familiar le hizo detenerse. Las puertas batientes de la sala se abrieron de par

en par ante la embestida de dos camillas empujadas por miembros del servicio de transporte de la policía metropolitana.

—*Viande pour la charcuterie!* — exclamó con deje macabro el primero en irrumpir—. ¿Abrimos los sacos y colocamos los cuerpos en las mesas?

—¿Estás de broma? —refunfuñó el médico con mal humor—. Son las siete de la tarde. Acabo lo que estoy haciendo y me marcho. Mañana tiene turno Chavernel. Ya se encargará él de destriparlos a gusto...

—¿En las cámaras, entonces?

—No, déjalos ahí; yo los colocaré antes de irme.

—Como quiera. En las carpetas encontrará toda la información —indicó, aventando con el dorso de la mano al compañero que le iba a la zaga en clara señal de retirada—. El caso lo lleva la inspectora Valéry. Supongo que no tardará en aparecer por

aquí. Está arriba, en las oficinas. Ha preguntado por usted.

Tal como había adelantado el transportista, Claire Valéry apareció diez minutos más tarde, seguida de cerca por Jean-Louis Pitrel.

—¡Por Dios, Daniel, qué pinta, das verdadero asco! —exclamó nada más entrar, dejándose caer con aspecto derrotado en la primera silla que encontró a su paso—. Preferiría no besarte, pareces el protagonista de una película de terror de la Hammer. De aquellas baratas, en blanco y negro. Déjame descansar, estos pies ya no son míos, llevo todo el día en danza.

El forense sonrió encantado.

—Acabas de recordarme a tu padre. Él era mucho más remilgado que yo; un maldito finolis capaz de abrir en canal a cualquiera sin apenas mancharse el delantal —comentó jocoso—, ¿sabes cómo me llamaba cuando discutíamos?

—No tengo ni idea, pero conociendo a mi padre, cualquier cosa...

—¡El matarife de Elm Street!

Claire rió de buena gana, olvidándose momentáneamente del tormento que le ocasionaban los zapatos. Era cierto, Jules Valéry siempre bromeaba a costa de Boillot; de hecho, había llegado a convertir a su inseparable amigo y compañero de profesión en el protagonista de innumerables aventuras imaginarias que le relataba por las noches cuando era solo una niña. De resultas de eso, y durante mucho tiempo, Claire había considerado al forense un émulo risible e inofensivo de Freddy Krueger.

—¡Solo te faltaría una sierra! —exclamó divertida.

—¿Sierras mecánicas?, ¡tengo un par de ellas en el armario, en serio!

—Bueno, déjalo, ya basta, que me duele hasta la risa. Dime, ¿quién es ese hombre,

cómo le han matado?

—¿Este? ¡Uh, un tal Léopold Leveque director de una agencia de publicidad! ¿Sabes? ¡Aún no salgo de mi asombro, tenía referencias pero no había visto nunca algo así! —afirmó mientras persistía en su empeño de extirpar el hígado.

Jean-Louis Pitrel, que hasta el momento había permanecido en un discreto segundo plano, optó por imitar a la inspectora, buscando, a su vez, una silla en la que sobrellevar el súbito mareo que le suponía contemplar aquel torrente de sangre.

—Le han clavado un estilete finísimo, algún tipo de aguja, en el hígado, de forma parecida a las punciones que se realizan en quirófano a fin de obtener pequeñas muestras que poder analizar —continuó contando el forense—. Es algo apenas perceptible, casi indoloro; un pequeño pinchazo, de pocos centímetros de profundidad, sin importancia...

—No lo entiendo, entonces..., ¿por qué resulta mortal? —balbuceó el analista intentando superar el vaivén, blanco como el papel de fumar.

—¡Buena pregunta! No es mortal si después de la punción se guarda reposo y se faja la brecha, permitiendo la cicatrización, pero si uno continúa moviéndose como si nada, se desangra interiormente, y muere en una o dos horas... ¡No lo olvides: toda la sangre pasa por la depuradora hepática! —aseveró Daniel con aires de catedrático.

—¿Alguna pista relacionada con el móvil o la autoría? —interpeló Claire con desgana, decidiendo deshacerse de una vez por todas de los malditos zapatos—. ¡Qué bendición, el suelo está frío!

—Nada significativo, ni siquiera una descripción detallada del asesino. He intentado localizarte, pero al no conseguirlo, el inspector Broussard se ha hecho cargo del caso. Está



hablando con los familiares, intentando establecer alguna línea de trabajo... —contó—. Bueno, eso es todo, ¿qué tal tú?

—Nosotros tenemos dos cadáveres. Un hombre de sesenta y ocho años, Émile Faucet, propietario de una cadena de hoteles de autopista, y una mujer de unos cuarenta, Miriam Fournier. Al parecer eran amantes. La encargada de la limpieza les ha encontrado a primera hora de la mañana, en el salón de la casa de Faucet en la calle Georges Bizet, en Chailot. La pobre mujer ha sufrido un tremendo ataque de ansiedad y la han tenido que trasladar a un hospital. Ella nos ha alertado... —explicó Claire.

—¿Tal vez un robo con final sangriento? ¡Uf, por fin, maldita sea, ya lo tengo! —tronó Boillot triunfal alzando la víscera como un trofeo.

La exhibición de aquella masa informe y sanguinolenta era más de lo que el estómago

delicado de Jean-Louis Pitrel podía soportar. El analista salió de la sala de autopsias como una exhalación, llevándose la mano a la boca.

—¿Qué le pasa al muchacho? —interpeló el forense escamado—. ¡Se diría que nunca ha visto a un muerto!

—Lo que ha visto es una asquerosidad de mucho cuidado. Yo también estoy al borde de la náusea.

Entre risas, Boillot depositó el hígado en una bandeja metálica.

—Te preguntaba si el móvil era el robo — insistió.

—No, nada de robos. La casa de Faucet posee sistema de alarma y servicio de seguridad nocturno. Ninguna cerradura o ventana forzada. Todo estaba limpio. Murieron envenenados...

—¿Envenenados? ¡Caramba, hoy debe ser el día de los crímenes atípicos! —gruñó encantado—, ¿qué clase de veneno han

utilizado?

Por toda respuesta, Claire se puso en pie y caminó de puntillas hasta la silla de Jean-Louis. El joven había colgado del respaldo una bolsa de plástico negro.

—Acércate. Quiero que veas esto — propuso la inspectora trasladándose hasta una pequeña mesa auxiliar.

El forense se aproximó dando tumbos, con las manos alzadas a fin de evitar dejar un reguero de sangre por el piso.

—¿De qué se trata?

La inspectora le mostró una elegante caja rectangular, de color granate y textura aterciopelada. Sobre la tapa, en caligrafía inglesa impresa en oro, se podía leer: «Amaretto, mon amour».

—¡Bombones!

—Sí. Bombones de licor de amaretto. Estos dos desgraciados se zamparon la mitad de la caja. Después, cuando la ponzoña les

abrasó las tripas, intentaron arrastrarse por la alfombra del salón. Él casi consiguió llegar hasta el teléfono —explicó Claire—. Dime, sabelotodo, ¿qué veneno utilizarías en unos bombones de licor de amaretto?

—¡Me encantan los bombones, y también el amaretto, menuda combinación! ¡Demonios, no me metas prisa, déjame pensar! —solicitó el médico—. A ver, ese licor se elabora con huesos de albaricoque, hierbas, alcohol, azúcar y...

—¿Almendras amargas?

—¡Exacto, con almendras amargas, la gracia está en el punto amargo!

—Por tanto...

—¿Por tanto? ¡Joder, claro, ácido cianhídrico! —dictaminó en un irrefrenable eureka que le llevó a agitar las manos y a recibir un roción de diminutas gotas de sangre en el rostro y en los cabellos.

—Sí, cianuro. Eso he pensado yo.

—Muy ingenioso. Detectar una concentración alta de cianuro en licor de amaretto es prácticamente imposible. Y envenenar los bombones, sumamente sencillo, basta una hipodérmica —razonó—. Por favor, abre los sacos, quisiera cerciorarme de que lo que dices es cierto.

La inspectora se aproximó a las camillas y recorrió las cremalleras, dejando los cadáveres a la vista. Tanto Émile Faucet, un hombre grueso, de aspecto lozano, como Miriam Fournier, mujer de facciones elegantes, mostraban el rastro dejado por el veneno. La lengua y los labios presentaban en los dos casos una intensa coloración azulada, casi violácea.

—El cianuro impide que las células transporten oxígeno, literalmente las estrangula —dictaminó—. Y la etimología no engaña: cian, cianhídrico, cianótico. No cabe duda, Claire: envenenados.

—¿Te encargarás de que los del laboratorio analicen los bombones?

—Eso está hecho. El lunes a primera hora tendrás un informe.

—Es curioso, pero todos estos asesinatos parecen obra de Le Club... —aseveró Jean-Louis Pitrel a sus espaldas.

El analista permanecía apoyado contra una de las hojas abatibles, con los cabellos húmedos y aspecto indispuerto.

—¿Cómo puedes afirmar eso? —interpeló Boillot.

—Jean-Louis se está convirtiendo en toda una autoridad en Le Club, Daniel; emplea todas sus horas libres en estudiar los expedientes. Incluso ha alumbrado alguna que otra teoría que deberíamos considerar y analizar detenidamente —contó Claire. Y acto seguido no dudó en mostrar su escepticismo ante la observación efectuada por el joven—. Lo siento, pero no logro ver la relación, ¿puedes

explicarte?

—Es lógico. Me estoy refiriendo a dos de los pocos asesinatos que Le Club ha llevado a cabo fuera de nuestras fronteras. No merecieron tanta atención, por parte del departamento, como los ocurridos en nuestro territorio. Uno se cometió en Italia, cerca de Nápoles; el otro, en España, en el País Vasco.

—Solo los recuerdo vagamente. Continúa... —espetó la inspectora de regreso a la silla, sorteando el reguero de sangre dejado por Boillot.

—En Nápoles, Le Club, o su rama italiana pues a estas alturas no deberíamos descartar el hecho de que la organización pueda estar asentada en más de un país, mató a un industrial sobre el que recaía la sospecha de estar relacionado con la Camorra. Le dieron pasaporte inyectando cianuro a través del corcho de un magnífico y carísimo licor de amaretto —relató Pitrel—. En el segundo

asunto, en una localidad próxima a Irún, eliminaron a un miembro de ETA, la banda terrorista vasca. Un tal Bengoetxea. Formaba parte del aparato logístico y era responsable del entrenamiento de comandos. Durante años residió en el área de Pau, en el sur de Francia, donde luego se hallaron varios zulos atestados de armas. A él le clavaron un estilete en el hígado, de forma muy parecida al caso que nos ocupa... —dijo señalando el cadáver de Léopold.

Claire y Daniel se miraron desconcertados, como si cada uno esperara un pronunciamiento por parte del otro. El forense se encogió de hombros y aprovechó el silencio creado por la explicación de Pitrel para desprenderse de los guantes y lavarse.

—La similitud, en lo que *a modus operandi* se refiere, es más que evidente; eres un gran observador, pero aquí hay un par de cosas que no encajan en absoluto... —alegó el



médico saliendo de su mutismo—. Para empezar, estas tres personas, mientras no se demuestre lo contrario, parecen ser gente corriente. Y lo que a mi entender aún resulta más significativo...

—¿Qué?

—No olvides, Jean-Louis, que Le Club no renuncia jamás a dejar su marca de agua allí por donde pasa, ¿habéis encontrado alguna de sus habituales citas junto a los cuerpos? —inquirió mientras secaba de forma meticulosa sus manos.

—No. Ni máximas ni filosofía alguna —zanjó Claire con evidente abulia, devolviendo sus pies al suplicio del calzado—. Bueno, ya está bien por hoy. No me quedan fuerzas ni para hablar. El lunes continuaremos. Ahora necesito llegar a casa, darme una ducha caliente y abrazar a mi hija, ¿tú te quedas, Daniel?

—No, ni hablar. Congelo a todos estos y me largo, ¡en media hora juega el Saint-

Germain y lo retransmiten por televisión! — resolvió lanzando con increíble precisión la toalla al cubo.

La inspectora propinó un leve empujón a su ayudante, instándole a salir de la sala de autopsias.

—Vamos, Pitrel, déjalo ya, basta de elucubraciones o acabarás quemando todos tus fusibles —recomendó en tono afectuoso cuando ya enfilaban el largo pasillo de salida. De forma incomprensible, nada más pronunciar esas palabras, se detuvo en seco y se llevó la mano a los labios, como si una súbita e inesperada revelación hubiera iluminado su cerebro.

—¿Le ocurre algo, se encuentra bien?

—Fournier... Fournier... ¡Miriam

Fournier!

—¿Qué pasa con esa mujer?

—¡Llevo todo el día preguntándome, una y otra vez, por qué su nombre me resulta tan

familiar!

—¿Y ya lo sabe?

Durante un lapso de tiempo, que al joven se le antojó interminable, Claire, con expresión perpleja y mirada perdida, permaneció ajena a todo estímulo, incapaz de reaccionar. Parecía haber abandonado el mundo.

—¡Por favor, reaccione o acabaré preocupándome de verdad! ¿Qué le sucede? — conminó Pitrel zarandeándola.

—¡Sé quién ha hecho esto, Jean-Louis! — murmuró obnubilada, abriendo los ojos con desmesura.

Después, su rostro pareció cobrar vida. Encaró a su ayudante, y aterrándole por las solapas repitió como una autómatas...

—¡Sé quién ha hecho esto!

Un haz de luz se filtraba a través de las láminas de los postigos del balcón, creando una atmósfera irreal que parecía dejar el tiempo en suspenso. La calle Saint-Honoré, en las inmediaciones de la plaza Vendôme, se sacudía el letargo, silenciosa y despoblada del habitual tráfico de coches y peatones.

Henry entreabrió los ojos, todavía atrapado por el pegajoso abrazo del sueño, con la plácida sensación de flotar como un astronauta en el espacio que separa la duermevela de la vigilia. Se frotó los párpados y buscó instintivamente a Adèle. Dormía recogida como un ovillo, con el embozo hasta las orejas, dándole la espalda.

Dejó que sus dedos resbalaran suavemente por su costado desnudo, como si esa curva

perfecta fuera un tobogán capaz de devolverle a las estrellas. Y ante el cosquilleo, ella respondió con un contoneo apenas perceptible.

—*Laissez-moi dormir un peu plus, je revê avec toi...* —ronroneó como una gata, abrazando la almohada con sus largos brazos.

La besó en el cuello y se tumbó boca arriba, entrelazando sus manos en la nuca, dejando que su mirada paseara por el bucólico y delicado fresco del techo; un trenzado de sarmientos, hojas y racimos, de suave colorido. Esa orla parecía una ventana abierta a la Arcadia bucólica. Respiró profundamente.

Se preguntó qué día era. Había perdido la noción del tiempo.

Era domingo, concluyó rápidamente.

Hasta donde su memoria alcanzaba a recordar, siempre había odiado ese día. El mundo, solía decir, debería saltar por los aires y desintegrarse en domingo. Sonrió. Sí, a la mierda el mundo, pero cualquier otro domingo.

No ese.

Ese acababa de desplegarse con la inefable perfección de una sábana de lino recién planchada. Incluso la sempiterna y desagradable sensación de vacío en el pecho, que emergía invariablemente los domingos, se había esfumado como por arte de ensalmo, dejando espacio a un bendito sentimiento de abandono y bienestar.

Si eso no era la felicidad, se le parecía mucho.

Efectuó un recuento de las horas que llevaba junto a Adèle. Desde el momento en que ella apareció en la sala de subastas, treinta y nueve. Y aún quedaban todas las del bendito domingo, que deberían caer lentas, de una en una, espesas como miel.

Se adormeció, dispuesto a rememorar lo que aún le parecía un sueño.

Cuando Adèle detuvo el coche frente a la entrada del elegante inmueble que ocupaba en

el número 350 de la calle Saint-Honoré, llovía a mares. Estacionó en el vado y apagó el motor con gesto contrariado.

—Tengo que abrir el portón, ¡menudo fastidio! —gruñó.

—¿No tienes un paraguas?

—No. Mierda. Siempre me pasa igual.

—No importa. Dame la llave. Yo lo haré.

—Acabarás empapado. Tal vez sería mejor esperar a que amaine un poco —propuso ella, pero ante la insistencia de Henry acabó por ceder.

—¡Esto me despejará! —exclamó él, emprendiendo una corta carrera con el manojito de llaves en la mano.

Seguramente Adèle, desde el coche, debió de reír con ganas. Lo cierto es que se caló hasta los huesos en el minuto largo que tardó en comprender que la maldita llave, la maldita cerradura y la maldita puerta tenían juego, y solo se avenían entre ellas si uno descargaba

con el pie su peso sobre la moldura inferior.

Un corto pasaje, en otro tiempo destinado al paso de carruajes y caballerías, permitía acceder a una plaza interior, en la que un muro de piedra, semicircular, con una hornacina, una elegante estatua y una fuente a los pies, marcaba el límite de la propiedad. A los lados, una doble escalinata permitía el acceso a dos casas interiores, separadas del resto del edificio.

—¡Te he dicho que te mojarías a base de bien! —gritó Adèle escalando hasta su rellano. Había echado mano a una revista de moda a fin de cubrirse los cabellos—. Y ahora, paciencia: esto se abre con dos llaves y una combinación numérica.

Para cuando lograron acceder al interior de la casa, los dos tenían el aspecto de haber sido arrastrados por una inundación.

—Voy a buscar toallas, vuelvo enseguida... —dijo tras encender las luces, desconectar la



alarma y dejar sus cosas sobre el secreter del recibidor. Después, abrió de par en par las puertas de un inmenso salón, que cruzó a la carrera, sin parar de hablar—: ¡Quítate la americana y ponte cómodo; si quieres puedes preparar la chimenea, verás un cesto lleno de leña a la derecha!

Henry aprovechó la ausencia de Adèle para familiarizarse con el lugar. Le costó decidir por dónde empezar a husmear. A simple vista, la casa era magnífica. El suelo, revestido por losas de mármol negro vetado, rechinaba a cada paso, excepto en las zonas ocupadas por las alfombras. Una inmensa librería de caoba, atestada de libros y objetos decorativos cuidadosamente dispuestos, presidía la pared principal, abrazando una regia chimenea. La estancia estaba dividida en varios ambientes, separados por muebles bajos y plantas. Y todas las paredes, allí donde la ausencia de vitrinas y columnas lo permitía, lucían revestidas de

obras de arte. Asombrado descubrió, entre cuadros y tapices franceses de incalculable valor, un lienzo con el inconfundible sello y firma de René Magritte, en el que la figura familiar del artista belga, con su inseparable abrigo tres cuartos, bastón y bombín, aparecía oteando la Tierra desde lo alto de una nube desgajada. Pese a conocer el trabajo del irrepetible padre del realismo mágico, jamás había visto esa obra.

—¡Ya estoy aquí! —anunció Adèle de regreso, en tono vivaz. Se había despojado de su ropa y enfundado en un largo y exquisito kimono de brillante seda negra, que dejaba a la vista la totalidad de su cuello, blanco y esbelto, y los antebrazos—. Anda, quítate la camisa y los pantalones. Vas a pillar una pulmonía de caballo, y, además, me arruinarás la tapicería. Lo meteré todo en la secadora. Aquí tienes una toalla, un albornoz y unas zapatillas. Tengo muchas, cada vez que voy a un hotel me llevo

las zapatillas. Y los jabones. No lo puedo evitar.

Y encantada ante la expresión aveludada de Henry, le endosó todo el hatillo.

—¡Caramba, esto va más rápido de lo que yo había previsto! —afirmó él con notable sorna, empezando a desabotonar su camisa.

—¿Qué quieres decir con eso? —interpeló ella suspicaz.

—Simplemente pensaba que lo de desnudarse, tras mucho vodka y con el beneplácito de Gérôme, llegaría un poco más tarde —confesó con encantador descaro, poniendo cara de no haber roto jamás un plato.

Y tras decir eso, prorrumpió en una carcajada estentórea que le obligó a abandonar la ropa sobre un sofá y caminar por la sala doblado por el acceso. Adèle, incapaz de mantener su papel de enojo, terminó sumándose a la broma de buen grado.

—¡Basta, ya está bien, deja de reírte! —

exigió al cabo de un minuto, agotada—. Tú y yo tenemos que hablar seriamente.

—¿Hablar seriamente? Ese tipo de conversación no se me da bien...

Ella se aproximó resuelta, y con una sonrisa taimada continuó liberando los botones de la camisa. Luego le rodeó la cintura, en un abrazo suave, pero retrajo instintivamente el rostro cuando él, ante las inequívocas muestras de complicidad que ella mostraba, intentó besarla.

—Todos los hombres sois iguales, idénticos, ¿por qué? —interrogó, sellando sus labios con los dedos a fin de ser escuchada—. Creáis una tensión innecesaria. Se os adivinan las intenciones a la legua. Y me parece bien..., ¿quién te dice que yo no esté deseando lo mismo? ¡Tal vez, sin saberlo, has topado con la horma de tu zapato!

—¿Entonces...? —murmuró él a duras penas.

—Entonces la noche es muy larga, Henry, y vale la pena disfrutarla sin obsesionarse por esa expectativa, ¿qué quieres, prefieres que nos saltemos de golpe los preámbulos, el encanto del fuego, las copas, la música y la conversación?

—No. Tienes razón. Además, para naufragar, primero hay que ir a la deriva y dejar que el vendaval desarbole las velas...

—Buena imagen. Anda, cámbiate y ayúdame a encender el fuego.

—Dime, Adèle, ese óleo de Magritte, ¿es auténtico, lo adquiriste en alguna subasta? —inquirió él dando un nuevo rumbo a la conversación mientras acababa de desvestirse —. No parece una copia.

—Sí, claro, es auténtico. No lo habrás visto nunca en ningún libro; pertenecía a mis padres adoptivos, Marcel y Albertine. Eran muy amigos del matrimonio Magritte. René se lo regaló en 1929. Él y Georgette se habían

instalado en una casa a las afueras de París. Estuvieron aquí algo más de tres años, entre el 27 y el 30. Y se conocieron. Salían juntos con frecuencia. Coincidió, además, el hecho de que tenían algunos buenos amigos comunes, Éluard y Breton —contó.

—¿Paul Éluard y André Breton, los poetas? ¿Me tomas el pelo?

—No, en absoluto. Recuerda..., eran los años del surrealismo, del dadá. En este salón se reunieron todos ellos muchas veces: mis padres, los Magritte, Éluard y Breton; también Dalí, Miró, y en alguna ocasión, Tristan Tzara y su amigo Ernesto Sábato, que entonces vivía en París.

—¡Dios mío, esto supera con creces a Les Deux Magots, creo que debería arrodillarme y llorar!

Adèle sonrió feliz.

—¡En mi despacho tengo un fantástico cuadro de Miró y los dos óleos de Gérôme;

también un boceto, a lápiz, de *Ceci n'est pas un pipe*, de Magritte! ¿Quieres verlos? ¡Ven! — propuso, descorriendo de inmediato una puerta ubicada en un lateral del salón que permitía acceder a una acogedora y amplia habitación de trabajo.

Henry, perplejo, anudó el cinturón del albornoz, se calzó las zapatillas y fue tras los pasos de Adèle. A la vista de los cuadros, intentó recurrir a su ingenio, buscando articular alguna trivialidad que le salvaguardara de la acometida de la belleza. Imposible. Se sorprendió a sí mismo en un indigno descenso al abismo de lo material.

—Dime, Adèle, ¿cómo llevas lo de ser tan asquerosamente...?

—¿Rica? —anticipó ella.

—Sí. Eso quería decir, rica.

—No tengo problemas de conciencia, si te refieres a eso. La fortuna me salió al paso cuando ya me había hecho a la idea de que

pasaría la mayor parte de mi vida viviendo de la caridad del prójimo. Mira esta foto, Henry... — dijo señalando una antigua imagen en blanco y negro preservada en un marco de plata, en una esquina de su mesa.

—¿Marcel y Albertine?

—No, estos son mis verdaderos padres: David y Céline. Los perdí cuando era niña... — reveló con un deje triste en la mirada.

—¿Qué ocurrió, cómo murieron?

Adèle se quedó ausente durante un instante, evocando con mirada tierna a sus progenitores.

—Mi padre era aparejador. Trabajaba en el mundo de la construcción. Supervisaba las obras de una de las principales empresas del país..., ¿recuerdas al tipo del que te he hablado durante la cena, mi odiado Louis-Philippe Chavanel?

—Sí, claro, el de la subasta.

—Su padre, Donatien Chavanel, era el



propietario de la constructora. Gracias al trabajo de mi padre, y al de otros como él, se hizo inmensamente rico, pero la ingratitud y la mezquindad acompañan siempre a los ricos...

—Suelen ser gente despreciable. He tratado a muchos y no me merecen el más mínimo respeto —convino Henry.

—No hubo forma de averiguar de qué modo ocurrió, pero mi padre contrajo una grave enfermedad pulmonar, a los treinta y nueve años, que los especialistas relacionaron con el polvo de sílice que flota en las obras. El primer síntoma que permitió entender que algo no andaba bien fue la disnea. Le faltaba el aire, se ahogaba. La dolencia fue a peor, y le obligó a causar baja en el trabajo. A los diez meses, Chavanel le despidió, se lo sacó de encima con una indemnización ridícula, tras más de quince años de servicio.

—Qué asco. El mundo necesita a gritos una nueva revolución...

—Mi madre acudió a ver a Chavanel, desesperada. En mi recuerdo, la veo como a una mujer digna, orgullosa, pero estoy segura de que ese día imploró lo indecible, hasta humillarse. Por los médicos tenía constancia de que una clínica, en San Francisco, había logrado curar casos similares. El tratamiento era largo y caro, y a esas alturas la enfermedad había consumido los pocos recursos de mis padres. Chavanel se negó a ayudarla, se desentendió por completo. Mi padre pasó los últimos once meses de su vida unido a un respirador mecánico. Esa imagen aún me produce angustia. Cuando murió, mi madre tuvo que empezar a trabajar. Limpiaba casas y escaleras, fregaba platos en restaurantes, se empleaba en cualquier cosa con tal de sacarme adelante. Un año después, cuatro días antes de que yo cumpliera once años, falleció en un maldito accidente de tráfico...

—Siento mucho oírlo.

—No te preocupes, ya no duele. Bueno, ya no me duele tanto —musitó Adèle en tono apesadumbrado. Era evidente que no le resultaba fácil hablar de esa parte de su vida—. Me quedé sola, sin ningún familiar directo que pudiera ocuparse de mí. El servicio de ayuda social se ocupó de buscarme un lugar en el que vivir. Me trasladaron a un centro de acogida que las Hermanas de la Pasión tenían en aquella época en la Route de Vaux, en Croisy Sur Eure, a una hora de París.

—He pasado por allí en alguna ocasión, conozco la zona.

—Viví con las monjas casi seis años. Yo y otros siete huérfanos. Marcel y Albertine eran benefactores de la orden, nos visitaban con frecuencia; comían con las religiosas y jugaban con nosotros por las tardes. Siempre venían cargados de caramelos y regalos. Los dos eran ya mayores y estaban solos, sin hijos. Un día, Madeleine, la madre superiora, me llamó a su

despacho y me anunció que tenían intención de adoptarme...

—Entiendo...

—Así cambió mi vida. Desde el momento en que llegué a esta casa ya nunca me faltó nada. Adaptarme a ellos me resultó difícil. Yo era una adolescente arisca, herida por las circunstancias. Me comporté durante algún tiempo de forma huraña, pero acabé queriéndoles de verdad, con todo el corazón — y al decir eso, un nudo de emoción atenazó a Adèle; sus ojos se recubrieron de una pátina acuosa—. Marcel y Albertine me regalaron una vida normal, sin estridencias. Eran muy sobrios a pesar de toda su riqueza. Crecí, cursé una carrera universitaria y les cuidé, durante mucho tiempo, hasta que murieron; primero, ella; luego, frágil como un pájaro, él. Se lo debo todo, lo que soy y lo que tengo, ¿pero quieres que te diga algo que nunca le he dicho a nadie?

—Claro...

—En el fondo, Adèle Mercier sigue siendo aquella niña a la que en la escuela de Croisy Sur Eure todos hacían objeto de sus bromas y llamaban la hospiciana. El dinero no me ha cambiado. Algunas veces, debido a esos años decisivos, en que no tenía nada, soy capaz de hacer disparates y caer en el exceso...

—¿Vaciar botellas de tres mil quinientos euros? —apuntó jocosamente.

—Sí. Incluso cosas peores... —aseguró divertida—. De todos modos, empleo mi fortuna correctamente, devolviéndole a la vida lo que la vida me ha dado. Como decía Osho, el único peligro del dinero, de lo material...

—¿Osho? ¿Bhagwan Shree Rajneesh, el famoso gurú hindú?

—Sí, él. Estuve dos veranos en la India, en su *ashram* en Poona. Era un tipo muy divertido. Como todos los gurús, muy pintoresco y bastante caradura, pero poseía un intelecto brillante, excepcional...

—He leído alguno de sus libros, me parecen muy interesantes, aunque para cinismo revelador me quedo con Alan Watts y los visionarios de la generación *beat*. Ya sabes: Ginsberg, Castañeda, Kerouac, Burroughs y buenas dosis de ácido lisérgico. Leí todas esas cosas fuera de época, a finales de los ochenta, pero aún son libros de cabecera. Lo que se me antoja extraño es imaginarte enfundada en una túnica, recitando mantras rodeada por niños de papá que buscan liberarse de sus cadenas de oro...

Adèle se echó a reír ante la observación de Henry. Habían pasado unos cuantos años, y lo cierto es que esos viajes los había realizado en un momento confuso de su vida, en que el norte se mostraba esquivo.

—Pues lo hice. Y me sirvió para algo muy importante. Sobre todo el tantra...

—Vamos, suéltalo, me tienes en ascuas.

—Digamos que la educación que me

brindaron Marcel y Albertine fue excelente, pero muy convencional. Eran de clase social alta, recatados, púdicos, muy religiosos. En Poona logré...

—¿...?

—Superar mi inhibición, una parálisis emocional que me bloqueaba a la hora de relacionarme con los demás. Aprendí a beberme la vida a grandes tragos si es preciso; pero sobre todo, aprendí a follar, a follar de verdad, de manera salvaje, cuando me apetece y con quien me parece. Así que no te rías tanto. Más bien al contrario: de no haber pasado por todo eso, esta noche no estarías aquí —zanjó.

Henry tragó saliva. Cuando se lo proponía, y lo hacía con frecuencia, Adèle resultaba más que contundente, demoledora.

—¡Está bien, suficiente, me rindo! Te juro que peregrinaré a su tumba como muestra de mi agradecimiento —espetó con sorna capeando la situación—. Bueno, cuéntame qué

decía rayo bendito del Tíbet sobre la riqueza...

—Que no hay nada malo en ella. El mayor peligro que entraña la riqueza, más allá del mal uso, es quedar enganchado a ella. La dependencia, el apego a lo material, ese es el problema. Digamos que yo disfruto del rédito que supone tener todo esto, pero te aseguro que si mañana no tuviera nada de lo que ahora tengo, seguiría siendo la misma persona, nada cambiaría.

—¿Seguro? No te imagino con aspecto de *clocharde*...

—Seguro. Además, no lo dudes, no tardaría en recuperar dinero y posición. Suelo invertir en bolsa, y tengo muy buen ojo para las finanzas...

—Jamás se me ocurriría invertir mi dinero ahí.

—Si te atienes a una regla de oro, es difícil que vaya mal, ¿quieres que te cuente el secreto? ¡Es una máxima de Rockefeller! —



reveló divertida—. «Deja siempre, como mínimo, un cinco por ciento de ganancia al que vendrá detrás; el que no apura en la curva, gana; el que no desmonta a tiempo, se despeña.»

El teléfono de Adèle comenzó a sonar, interrumpiendo la conversación en ese punto. Henry echó un vistazo a su reloj. La una y diez de la madrugada. Por su cabeza pasó la idea funesta de que alguno de los amantes que ella había dicho tener pudiera presentarse sorpresivamente y aguarle la fiesta en el último minuto.

—¿Me disculpas un segundo? —solicitó ella tras identificar el número en la pantalla. Se alejó unos metros en dirección al salón y contestó—: ¿Sí? ¡Ah, hola, dime! ¡Sí, sí, lo sé, lo leí ayer en los periódicos, pensaba mandarte un correo al respecto! ¿Hay alguna novedad? ¡Entiendo! ¿Ahora, a la una? ¡Muy bien, lo veré y ya hablaremos, adiós!

—¿Algún problema? —inquirió Henry así

ella colgó.

—No. Ningún problema. Era un amigo. Me avisaba de que están emitiendo en el canal de noticias algo que me interesa ver —explicó encendiendo el televisor—. Escucha, Henry, estás en tu casa, no hace falta que te lo diga. Husmea a placer. Esa puerta es la de la cocina, ¿por qué no preparas algo? Encontrarás hielo y limón en la nevera, vodka y grappa; también foie y salmón, ¡ah, y un par de latas de Petrossian, no entiendo el vodka sin caviar! ¡No lo olvides, el alcohol a pelo puede ser tu peor enemigo! —exclamó poniendo todo el énfasis en el pronombre.

Henry asintió, encantado ante la atmósfera distendida y el laxo *laissez-faire, laissez-passer* que suponía adaptarse a una mujer como Adèle, de segundo en segundo. Con ella no existía mapa ni objetivo inmediato, solo un fácil devenir. Quince minutos más tarde regresaba a la sala con una botella helada de

Grey Goose y una bandeja de canapés. Ella, tras encender el fuego, se había estirado en la *chaise longue* del sofá y seguía con absoluto interés lo que parecía ser un especial informativo.

El publicista no tardó en reconocer el rostro que protagonizaba la noticia. Se trataba de Jean-Marc Poncelet, financiero acusado de una descomunal estafa, que se había ahorcado en su celda horas antes de comparecer ante el juez. Recordó haber leído la noticia en las portadas de las ediciones vespertinas de los periódicos, la tarde del día anterior, aunque lo cierto es que no había prestado excesiva atención al asunto. Pese a lo sesgado de la información, logró entender que los abogados del encausado estaban dispuestos a sacar a la luz una carta, de su puño y letra, que abría nuevas vías a la investigación y que arrojaba serias dudas sobre la hipótesis del suicidio.

Tras apagar el televisor, Adèle aceptó el

tubo helado de vodka que Henry le tendía y le invitó a sentarse a su lado.

—¿Conocías a Poncelet?, ¿invertiste dinero en sus famosas pirámides?

—No. Sabía lo que se llevaba entre manos, conocía su ralea, pero nunca le traté personalmente. Era un miserable cabrón.

—Pues asunto arreglado. Como dicen con sorna los americanos: *Elvis has left the building...* —apostilló Henry—: No reclamen *encore plus*, se acabó el concierto, circulen y vuelvan a sus casas.

—Sí, pero Poncelet no ha salido del edificio por su propio pie.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, que le han asesinado. Sus carceleros, o algún recluso pagado.

—¿Estás segura de eso?, ¿cómo puedes saberlo?

—No me preguntes cómo. Simplemente, lo sé. Jean-Marc Poncelet no estaba solo en

algo tan monumental. Un fraude de estas características requiere del concurso de otros, ¿no te parece? —razonó Adèle dando un largo trago—. El solo era la punta del iceberg. En los próximos días saldrán más cosas a la luz. O tal vez no.

Henry enarcó las cejas y se quedó en silencio, preguntándose durante un instante acerca del motivo que llevaba a Adèle, y a su misterioso interlocutor, a interesarse por un personaje tan deleznable. Ella, con la agilidad de un felino, brincó fuera del sofá; ignorando las zapatillas, alcanzó en tres saltos el equipo de sonido.

—¿Conoces a Belle y Sebastian? —preguntó de regreso, al tiempo que una deliciosa melodía inundaba el ambiente.

—Sí. Tengo algunos de sus discos. La música es una de mis debilidades.

—Para mí la mayor de todas...

—¿Por encima del arte, de la pintura, de la

escultura?

—Muy por encima. De todas las artes, la música es la que más se acerca a lo inefable, al arquetipo perfecto, áureo. Una canción magistral, cualquiera de ellas, hay miles, es infinitamente más valiosa que el óleo más valioso, ¿y sabes por qué? —inquirió entrecerrando los ojos con expresión de marisabidilla.

—Supongo que debido al vínculo emocional que nos une a ellas, ¿no?

—Es más que eso. Un óleo o una escultura son algo tangible, euclidiano. Maravillas en dos o tres dimensiones; pigmento y mármol; alma encerrada en el volumen. Belleza y maestría innegable, sí, pero materia al fin y al cabo. La música, al contrario, no admite cárcel ni confín; solo existe gracias al silencio que la precede y la sucede, y a la potencialidad del instrumento que la crea; es etérea, surge y desaparece; pertenece a un

reino suprasensible, luminoso, eterno — aseguró encendiendo un cigarrillo con un brillo voluptuoso en la mirada—. Aunque te cueste creerlo, antes renunciaría a todos estos cuadros que a una vida sin música. Además, es balsámica, medicinal. Cuando me invade la melancolía, o todo se derrumba, mi mejor amigo no es René Magritte, ni Gêrôme..., es Neil Young, es Nick Drake.

Y dicho eso, esgrimió una sonrisa tan cautivadora como lasciva y montó suavemente sobre Henry, a horcajadas, liberando el cinturón del kimono y dejando su cuerpo desnudo a la vista.

—¡Basta de elucubraciones, la mente es un burro de carga del que hay que apearse, porque nunca va muy lejos! —exclamó entre risas—. El sexo, en cambio, solo requiere abandono e instinto. Es sagrado ardor pagano.

—¿Eso lo aprendiste en Poona? — balbuceó Henry extasiado ante la rotunda

belleza de sus senos. El deseo prendió en su cuerpo de manera inexorable, como un incendio capaz de calcinar el mundo y todo lo que en él se contiene. Comenzó a besarlos con la ansiedad de un condenado al que le quedan escasos minutos de vida.

—En Poona aprendí a disfrutar de todas las cosas sucias que nos dignifican... —afirmó ella buscando su sexo y aferrándolo—. La comida, con las manos; el sexo, sin límite, y hasta la animalidad. Así que no me hagas el amor, ni me susurres cursilerías al oído, Henry Gaumont. Lo que quiero es joder.

No hubo espacio para las palabras a partir de ese instante, solo la consumación de una pasión solapada, devastadora, a la que se entregaron sin medida.

Más de treinta horas después de que aquel polvorín saltara por los aires, al amanecer del segundo día, Henry entreabrió los ojos, entumecido y magullado, pero todavía excitado;



deleitándose en todo lo ocurrido a lo largo de esa primera noche en la que Adèle le descubriría sin cortapisas una personalidad poliédrica y fascinante: inagotable, dulce y perversa, amante de juegos de poder, caprichosa y exigente; tanto, y hasta tal punto, que él temió en más de un momento ser incapaz de soportar el ritmo frenético que ella imponía.

Cuando hasta la lujuria reclamó a gritos una tregua, cayeron derrengados, entrelazados de manera imposible, recubiertos por una pátina que era mezcla de sudor y Van Cleef & Arpels a partes iguales. Pasaron la práctica totalidad del sábado sumidos en un sueño profundo, reparador. Al atardecer, sin que mediara señal o petición, volvieron a dar rienda suelta a todo el desenfreno que aún no había sido satisfecho.

Cuando la punzada del hambre les obligó a refrenar sus ínfulas, ella encargó comida a un

restaurante japonés.

—Se me ocurre una perversión absolutamente excitante... —susurró en el oído de Henry cuando las bandejas de comida fueron servidas.

—Estoy al borde de la extenuación y me das miedo —repuso él con falso pavor, secándose los hombros tras una ducha reparadora—. ¿Qué viene ahora?, ¿nos queda algo por hacer? ¡Me has vendado los ojos, te he atado, lo hemos hecho del derecho y del revés, nos hemos arañado, mordido, abofeteado, adorado, insultado! Me parece más prudente cenar viendo una buena película, ¿no?

Adèle depositó los paquetes en un estante y ordenó sus cabellos húmedos, recogiénolos en una pequeña cola. Sin entretenerse en explicaciones, procedió a seleccionar con parsimonia media docena de cojines mullidos, que ordenó sobre una mesa de mármol, baja y alargada, y que terminó cubriendo con un

delicado mantel de hilo.

—Lo de ver una película me parece una idea magnífica, sobre todo si es clásica, pero eso será después, todo a su debido tiempo; antes, cenaremos, aunque lo siento, deberemos hacerlo por turnos... —puntualizó en tono enigmático.

—¿Qué te propones?

—Cumplir con algo que me prometí probar con algún amante muy especial, y tú pareces serlo, después de un viaje que hice a Japón hace un par de años —adelantó con picardía—. Pasé allí diez días haciendo negocios con gente del mundo del arte y la alta joyería; japoneses ricos, muy refinados. Y muy depravados. Me llevaron una noche a un restaurante en el que servían lo que ellos llaman *naked* sushi...

—¿*Naked* sushi, qué demonios es eso? —interpeló Henry.

—Existen dos modalidades. En la primera

de ellas, denominada *nyotaimori*, los comensales toman las viandas del cuerpo desnudo de una mujer, a la que han adornado delicadamente con hojas llenas de sushi, sashimi y flores...

—¡Ah, eso, sí, ya sé a qué te refieres, lo he visto en fotos y en películas! —asintió él adivinando las intenciones de Adèle—. Diría que se está poniendo de moda; hasta en un capítulo de *Sex & The City*, Samantha se coloca sobre una mesa dispuesta a ofrecerle una sorpresa a su novio. Una humillación erótica muy excitante.

—Tormento erótico, gastronomía erótica, parafilia..., llámalo como quieras. La segunda modalidad, llamada *nantaimori*, es idéntica; la única diferencia es que es un hombre, hum... apetecible, el que ejerce de bandeja, ¿te excita la idea o es algo demasiado fuerte para ti?, ¡tal vez hiere tu sensibilidad, si es así, nos olvidamos!

El cansancio acumulado desapareció del semblante de Henry en cuestión de segundos, así vio con claridad lo que ella tenía en mente. Concluyó que era preferible morir en brazos de una mujer como Adèle, siempre dispuesta a nuevas experiencias sensuales, que vivir cien años de monotonía y abulia.

—Hay muchas cosas que hieren mi sensibilidad, *chérie*, pero no esta en concreto. Además, creo que aún me queda carburante en el depósito... —aseguró entre risas—. De todos modos, por lo que sé, que no es mucho, esos banquetes tienen reglas inquebrantables.

—Sí, es cierto, las tienen...

—El hombre o la mujer que ejerce de objeto erótico no debe moverse en absoluto, ni moverse, ni expresar nada, y aún menos excitarse, pero los comensales, por su parte, no pueden siquiera rozarles; deben limitarse a coger la comida delicadamente, con palillos, sin más, ¿me equivoco?

—Efectivamente, así es —ratificó ella—. Pero soy de las que piensan que todo juego debe ser adaptado. No lo olvides, Henry, somos franceses..., ¿tú crees que esos oblicuos del sol naciente pueden enseñarnos algo nuevo en cuestión de suplicios amorosos? Te propondré algo mucho más divertido. Mantendremos la primera regla. Ni tú ni yo nos moveremos. Ni pestañear.

—¡Muy bien, seré una estatua! ¿Qué pasa con la segunda?

—En ese sentido que cada uno disponga, en su banquete, a placer —propuso—. Yo, por mi parte, pienso decorarte de forma exquisita, y regarte con soja y todo tipo de salsas, de las que no pienso dejar el más mínimo rastro. Dicho de otro modo: si me apetece morderte, tocarte o hacerte cosquillas, lo haré..., ¿aceptas?

—Juego.

—Entonces sé galante y deja que empiece

yo. Estoy muerta de hambre. Quítate el albornoz y tumbate sobre el mantel —ordenó empujándole en el centro del pecho y haciéndole retroceder.

El sonido solemne y catedralicio de un órgano, procedente de la cercana iglesia de Saint-Roch, interrumpió el excitante desfile de recuerdos de Henry, sacándole de su deliciosa duermevela y obligándole a abrir los ojos.

Un bendito domingo.

De regreso de un tormento y un éxtasis que ninguna relación guardaba con la pasión litúrgica.

—Son las doce, cielo... —apremió acariciando la espalda de Adèle—. ¿Vamos a seguir durmiendo todo el día?

—¿Las doce?, ¡joder, qué tarde!

—Sí, las doce. La gente está en misa, hace un minuto cantaban.

—¿En misa?, ¿quieres que vayamos a misa? —indagó ella con voz somnolienta. Se

volvió hacia él y le rodeó con sus brazos—. Los domingos, mis padres adoptivos acudían siempre al oficio de medio día en Saint-Roch. Tal vez deberíamos ir y expiar tanto pecado. Estamos condenados.

—Si esto es estar condenado, que me borren de cualquier otra lista —murmuró riendo y mordisqueando sus labios—. ¿Sabes? ¡Me duele todo! ¡Lo que me hiciste ayer no tiene nombre; eres una maldita zorra traidora, una zorra adorable!

—No te quejes. Te vengaste a base de bien, bastardo. Cuando me mire en el espejo y descubra tus huellas, gritaré.

—¿Qué plan tenemos hoy?

—Me da igual. Lo que prefieras. Podríamos buscar un restaurante agradable, tomar café, incluso ir al cine —sugirió—. Ya te he dicho que hasta mañana a las nueve estoy libre. Y prefiero no pensar en lo que me espera mañana. Tengo un montón de asuntos que



atender; solo recordándolo me pongo de mal humor.

—Me parece bien. Comida y tal vez cine. Te propongo algo. Quiero pasar por mi apartamento, darme una buena ducha y cambiarme de ropa. Tú podrás arreglarte tranquilamente. Tardaré poco más de una hora en recogerte.

El día era espléndido, casi veraniego, y las calles aparecían prácticamente desiertas. Henry empleó algo más de quince minutos en llegar hasta su domicilio, en la calle Favart, entreteniéndose a cada paso, observándolo todo con la agradable sensación de ser un extranjero. En menos de dos días, la práctica totalidad de su vida anterior se había desdibujado, como si un telón hubiera descendido separando dos actos de una obra teatral. Adèle parecía ser el comienzo de algo nuevo.

Accedió al vestíbulo del edificio y se

detuvo un instante a mirar el buzón.

Todo ocurrió con inusitada celeridad a partir de ese momento. Antes de que pudiera entender lo que sucedía, una sombra se abalanzó sobre él, por la espalda, y rodeándole el cuello con un poderoso abrazo, le derribó.

La puerta de la calle se abrió de par en par y otros dos tipos entraron. Uno le colocó el pie en el pecho, inmovilizándole; el otro, sin titubeos, le encañonó con una pistola.

—¿Es usted Henry Gaumont? ¡Vamos, conteste!

—¡Malditos hijos de puta, soltadme! —gritó forcejeando en vano—. ¡Sí, soy Henry Gaumont! ¿Qué coño queréis? ¡Os he visto la cara, la habéis cagado, acudiré a la policía!

—No pierda el tiempo, amigo. Nosotros somos la policía.

**CONTRA LAS CUERDAS**

En un abrir y cerrar de ojos, Henry Gaumont fue introducido en la parte posterior de un vehículo y conducido a las dependencias de la jefatura superior de Policía de París. De nada sirvieron sus protestas airadas, ni las blasfemias ni su reiterada exigencia de explicaciones. Los que le custodiaban, con cara de póquer, se limitaron a pedirle que se mantuviera tranquilo y callado. Media hora más tarde, tras cumplimentar una ficha de ingreso y entregar a regañadientes todo lo que llevaba encima, fue conducido a una celda en la que otros tres tipos, con pinta de descuidados y aspecto malcarado, mataban el tiempo contando chistes.

—¡Aquí llegan refuerzos! —exclamó uno de ellos, sentado en el suelo, contra una

esquina, arrancando una risotada burlona a los otros dos.

—Tiene toda la pinta de haberle arrancado el bolso a una turista desde una moto, o de haberse liado a hostias, ¿cómo te has hecho ese morado en el cuello, tío?, ¿te ha mordido un vampiro? —interpeló el segundo.

—¡Bah! ¿Es que no lo veis? ¡Mirad su traje, este tiene pinta de pijo de barrio bueno, esos son los peores; seguro que le ha dado una buena tunda a la parienta! —concluyó el tercero.

Henry les miró con una mueca de asco en los labios y el desprecio ardiendo en la mirada. Se sentó con ánimo derrotado en la esquina de uno de los catres y cruzó las manos sobre las rodillas.

—Yo no he hecho nada. Soy inocente. Esto es una terrible equivocación... —lamentó impotente.

Tras unos segundos de silencio tenso, el

que había hablado en primera instancia endilgó la puntilla.

—¿Inocente? ¡Ah, bueno, entonces como nosotros!

Y una nueva carcajada, más gruesa y ofensiva si cabe, resonó en el lugar. Aunque la rabia le pedía a gritos enzarzarse a golpes con esas tres ratas de cloaca, Henry optó por apretar la mandíbula y ahogar el exabrupto que ya tenía en los labios. Sumido en un silencio hermético, maldiciendo su mala suerte, decidió permanecer a la espera de acontecimientos. No dejó de pensar en Adèle. La imaginó inquieta y desconcertada ante su inexplicable desaparición.

Al atardecer le llevaron a una sala de interrogatorios, desprovista de toda ornamentación. Solo un gran espejo lateral, una mesa rectangular y cuatro incómodas sillas plegables. Y un retrato oficial de Sarkozy, que había resbalado bajo el cristal y desaparecido

parcialmente bajo el paspartú siguiendo los pasos de su antecesor en el cargo.

A los pocos minutos, la puerta se abrió y entró una mujer acompañada por un joven. Henry la reconoció a pesar de los meses que habían pasado desde su primer y único encuentro. Era la inspectora que le había interrogado en el Centro Hospitalario Henry Ey de Chartres. Se había cortado el pelo. Y parecía algo más cansada y taciturna. Se situó frente a él. Y el que la acompañaba, en un lateral.

—Buenas tardes, señor Gaumont... —dijo sin mirarle a los ojos, depositando varias carpetas y su bolso en una esquina—. ¿Me recuerda? Soy Claire Valéry. Me acompaña Jean-Louis Pitrel, mi ayudante. Creo que ya se conocen.

—¿Buenas tardes, dice? ¡Maldita sea, hay que joderse!, ¿qué tienen de buenas? —murmuró malhumorado, dedicándole, al punto,

una mirada de azufre al analista, que le había encañonado horas antes.

—Déjese de ironías, se lo ruego. Yo también tengo una vida privada y una hija que atender, y aquí estoy, por su culpa, pasando el maldito domingo... —resolvió Claire Valéry en tono contundente.

—¡Lo que están haciendo no es legal! —gruñó el publicista—. Tengo derechos. Nadie me ha dicho por qué estoy aquí, ni me han permitido hablar con nadie.

—Permítame que yo decida lo que es legal o no. Y no se desgañite en balde. De ser preciso, los que le han detenido asegurarán que todo sucedió conforme a normativa —conminó la inspectora—. Basta. Póngame al día, señor Gaumont: ¿qué ha sido de su vida, dónde se ha metido usted estos últimos meses, a qué se ha dedicado?

—¿¿Qué?! ¡No entiendo su pregunta!

—Pues esta es de las sencillas, luego la

cosa se complicará...

—¡A la mierda, le diré dónde he estado últimamente: he pasado un *saison en enfer*! — replicó desabrido—. ¿Suficiente?

—¿Una temporada en el infierno? ¡Claro, leyendo a Rimbaud!

—Sí, a Rimbaud. Y fumando opio a todas horas...

—Dígame, ¿cuándo vio por última vez a su mujer?

La pregunta dejó perplejo a Henry. No esperaba en absoluto que el motivo que le había llevado hasta esa sala pudiera guardar la más mínima relación con su exesposa.

—¿Mi mujer? ¡Acabáramos! ¡Esto tiene que ver con mi mujer! —concluyó, llevándose las manos a la cabeza—. Escuche, no veo a mi mujer desde hace muchos meses. No sé nada de ella. Lo poco que sé de su vida ya se lo dije. Creo que se relaciona con un empresario, un tipo rico, se llama Faucet. Seguro que le



despluma y le deja en pelotas..., ¿qué le pasa a mi mujer?

—¿Conoce personalmente a Émile Faucet?

—No. Solo le vi en una ocasión. La acompañó al juicio en que ella me sacó hasta el hígado, pero no lo recuerdo demasiado bien. Creo que era algo grueso, de estatura media, muy sexy en definitiva... —espetó cáustico—. ¿Miriam le ha vaciado la cuenta corriente?, ¡qué pena!

Claire se detuvo un instante y revisó los papeles que tenía delante.

—Dígame, señor Gaumont: ¿qué ha hecho usted esta semana? —preguntó clavándole con la mirada—. Le sugiero que lo piense bien.

—Pues no sé qué he hecho. Trabajar. He trabajado toda la semana, ¿me va a decir de una vez por todas qué está pasando aquí?

—Todo a su debido tiempo, ¿dónde estuvo el jueves?

Henry se quedó en silencio, revisando sus recuerdos. El jueves había pasado la mitad del tiempo reunido a puerta cerrada con Pierre Cassel, y la otra mitad efectuando llamadas telefónicas desde su despacho a fin de asegurar la presencia de los medios de comunicación en la subasta del viernes.

—Trabajar. Tengo testigos, si de eso se trata. Trabajé todo el día. Solo me ausenté de la oficina media hora, o poco más, a eso de las dos. Comí algo rápido y regresé —contestó.

—¿Y el viernes por la tarde?

—Lo mismo. Trabajar. Rodeado de gente, ¡pero qué coño está pasando!

—¿Y el sábado por la mañana?

Harto de la andanada de preguntas enojosas, Henry no dudó en echar mano a la ironía.

—El sábado por la mañana, de regreso de un viaje de ida y vuelta a la India, que efectué el viernes por la noche a última hora, dormí como

un lirón. También tengo a alguien que podrá atestiguar eso...

—¿Me toma el pelo?

—En absoluto. Pasé las últimas horas del viernes en un centro tántrico, en Poona, aprendiendo a liberarme. Terapia sexual de alto voltaje. De hecho, le seré sincero, he pasado todo el fin de semana follando como un condenado.

—Mida sus palabras y no intente reírse de mí, es un consejo. ¿Qué hizo el sábado por la mañana? —reiteró Claire Valéry con obstinación.

—¡Dios mío, se lo acabo de decir! —repuso Henry elevando el tono—. Estaba con una mujer. La conocí la tarde anterior en una subasta de arte.

Jean-Louis Pitrel, que hasta el momento había asistido como un convidado de piedra al interrogatorio, le alargó un trozo de papel y un bolígrafo.

—Apunte en esta hoja el nombre, apellido, número de teléfono y dirección de esa mujer —exigió.

Henry resopló, aburrido de aquel juego desequilibrado y sin reglas. Deslizó los dedos por sus cabellos e intentó recordar el número de teléfono de Adèle. Imposible. No la había llamado nunca.

—Adèle Mercier, joyera. Vive en el 350 de la calle Saint-Honoré. Lo siento, pero no recuerdo su número de teléfono. Está registrado en mi móvil, pueden comprobarlo, si es que aún le queda batería... —resumió mientras anotaba, devolviendo acto seguido el papel de regreso con un manotazo despectivo.

—Si le parece bien, inspectora, lo voy a comprobar ahora mismo —propuso el analista poniéndose en pie y saliendo de la estancia.

Al quedarse solos, Claire se adelantó sobre la mesa, con aire resuelto y mirada grave.

—Está metido usted en un buen lío, señor

Gaumont. El artículo 143 y subsiguientes del Código de Procedimiento Penal de Francia me permite detenerle de forma preventiva durante el tiempo que considere oportuno, mientras se esclarece lo sucedido —informó—. Así que esto puede ser fácil y rápido o interminable. Dependerá de su colaboración.

—Juraría que estoy colaborando, pero me parece que ya es hora de recibir algún tipo de explicación, ¿no le parece?

—Muy bien, se lo diré sin ambages: el sábado, a primera hora, Émile Faucet y su exmujer, Miriam Fournier, fueron hallados muertos...

Henry Gaumont experimentó una violenta sacudida interior. La ironía se evaporó de su rostro dando paso al desconcierto.

—Miriam... ¿Miriam está...?

—Sí. Muerta. Envenenada.

—¡Dios mío! ¡No es posible! —exclamó con voz entrecortada.

—Al principio creímos que ella era una víctima circunstancial, y que el objetivo principal era Faucet. Ahora empezamos a tener las cosas algo más claras. La víctima colateral fue él... —contó la inspectora en tono monocorde—. El jueves, un hombre adquirió una caja de bombones de licor de amaretto en la pastelería Pierre Hermé. Los bombones fueron envenenados. Un mensajero los entregó el viernes a mediodía en el domicilio de su exmujer. Por desgracia, ella decidió compartirlos con su amante, al que visitó por la tarde...

—Miriam sentía debilidad por esos bombones. A mí nunca me han gustado, pero se los regalé en muchas ocasiones. Estoy seguro de que los dependientes de Pierre Hermé me recuerdan perfectamente...

—Esta semana solo se han vendido dos cajas de esos bombones, señor Gaumont. Una la adquirió una vecina de la zona; la otra, el

asesino. Esta misma mañana les hemos mostrado la foto de su ficha policial a los empleados de la pastelería, y han descartado que usted fuera el comprador, aunque eso no le libra de ser el principal sospechoso. Permítame continuar, hay bastante más...

—Esto es una pesadilla, no puede estar pasando —musitó Henry lívido, con mirada perdida. Notó que todo comenzaba a dar vueltas a su alrededor y que la voz de la inspectora sonaba lejana, como si llegara desde un universo paralelo.

—Ayer, sábado, mientras mi ayudante y yo trabajábamos en ese caso, se produjo otro asesinato. A mediodía mataron a un hombre, que usted conoce muy bien, clavándole una diminuta aguja en el hígado. El inspector Broussard se hizo cargo del asunto en mi ausencia. Yo no logré relacionar los crímenes hasta que me acordé de usted, en relación con Miriam Fournier, y verifiqué su expediente por

malos tratos, topándome con un insólito nexo, un sorprendente común denominador...

—Discúlpeme, me siento muy perdido, no sé de qué me habla, estoy muy mareado... — balbuceó Henry oscilando, haciendo un monumental esfuerzo por aferrarse a la realidad—. ¿De quién me está hablando?

—De Léopold Leveque, el director gerente de G & H Advertisement.

—¿Léopold?

—Sí. Estoy segura de que le recuerda perfectamente.

—¿Léopold está muerto?

—Me temo que sí.

Ante la terrible sobrecarga emocional de esas noticias, un diferencial en el cerebro de Henry saltó, provocando un cortocircuito destinado a salvaguardar la poca cordura que restaba en su cabeza. Su tensión arterial cayó a plomo, y su consciencia fue detrás. Se derrumbó de bruces, contra la mesa, en el



preciso instante en que Jean-Louis Pitrel entraba por la puerta.

—He comprobado lo de esa mujer, inspectora. Es cierto. Confirma que han estado juntos desde el viernes... —anunció desde el umbral—. ¡Joder! ¿Qué le pasa?

—Parece un síncope, ¡rápido, Pitrel, pide que traigan una toalla y agua! —ordenó Claire desconcertada levantándose.

El publicitario tardó solo unos pocos segundos en recuperar el sentido. Parecía un boxeador grogui, intentando incorporarse con aspecto lastimero tras besar la lona de resultas de un duro castigo.

Mientras le atendían, la inspectora entró discretamente en la habitación contigua, desde la que se grababa y filmaba el interrogatorio. Fundido con la penumbra, el inspector André Broussard seguía los acontecimientos apoyado en el marco del falso espejo.

—Hacía mucho tiempo que no veía a nadie

venirse abajo así, literalmente, en un interrogatorio... —comentó haciendo oscilar el rostro.

—¿Qué piensas?

—¿Te digo la verdad? ¡No lo sé, Claire! Está claro que este hombre es de algún modo una especie de vínculo entre los crímenes; no parece que sea fruto de la casualidad, pero al mismo tiempo algo me dice que no está detrás de esto.

—Pues no hay otro modo de explicarlo, André. Piénsalo. Repasemos lo que sabemos: Gaumont abofeteó a su esposa, y ella le denunció; es evidente que se la tenía jurada: Miriam le había hecho una verdadera putada. Probablemente, al verla en brazos de Émile Faucet, ese odio fue en aumento. Deseaba matarla. Hace una hora he hablado por teléfono con Ambroise Vasser y César Runon, los ejecutivos de cuentas de G & H que ayer estaban con Léopold Leveque. Tanto el uno

como el otro recuerdan perfectamente a Henry, y cómo estuvo a punto de llegar a las manos con Léopold cuando este le despidió. ¿No lo ves? ¡Tiene un temperamento colérico, aunque lo disimula muy bien! Públicamente prometió vengarse de Léopold... —enumeró la inspectora, desplegando los dedos así iba añadiendo más indicios a la lista—. Para colmo, compró una automática en los bajos fondos; en su descargo, dijo que la había adquirido para suicidarse. Y yo casi le creí en su día. Y algo más: no olvides que tuvo la suficiente sangre fría, cuando tuvo que defenderse de una agresión, para apretar el gatillo. Disparó y se llevó a uno de los atacadores por delante...

—No discuto nada de eso. Todo lo que has dicho es irrefutable. Además, encaja. Y a pesar de todo, no lo veo claro en absoluto... — insistió Broussard.

—Explícate.

—He participado en cientos de interrogatorios. Los inculpados dudan y se contradicen, se muestran esquivos, fingen no recordar; el nerviosismo aflora ante determinadas preguntas que intuyen que son trampas destinadas a acorralarles; sus gestos y posturas, su actitud retraída, la mirada. Todo les delata de un modo u otro. Por experiencia sé cuándo una persona miente y cuándo no. Así de simple. Gaumont no miente, de eso estoy casi seguro. Pero el caso es tuyo, y no seré yo quien te diga que le dejes en libertad.

—¡Te está pasando lo mismo que me ocurrió a mí cuando le conocí!

—Tal vez, pero no es posible tanta naturalidad, tanto aplomo... —razonó—. Si nos está mintiendo, te aseguro que es el mejor actor que he visto en mi vida. El mejor. Y ese síncope ha sido real, ¡menuda hostia se ha dado, mira su frente!

Claire Valéry esbozó una mueca de

fastidio y comenzó a recorrer de modo obsesivo la pequeña habitación, de un lado al otro, sin quitarle el ojo a Gaumont. Pese a ser la viva estampa de la derrota, mantenía un aire de absoluta dignidad.

—¡Deja de moverte como un gato enjaulado, Claire! —rogó Broussard.

—¡Mierda!

—Además...

—¿Qué?

—Además, según se mire, no tenemos nada... —reflexionó él—. ¿Dónde está la jeringuilla que se utilizó para inyectar el veneno, dónde está el punzón? ¡No hay armas del crimen! El personal de la pastelería niega que Gaumont comprara los bombones; Vasser y Runon, los empleados de Leveque, han descartado que él fuera el tipo con el que se cruzaron camino de La Tour d'Argent. Son incapaces de darnos una descripción detallada del asesino, pero desestiman que pudiera ser

Gaumont. Para colmo, parece que ha estado rodeado de gente toda la semana. Esa mujer, con la que dice haber pasado los dos últimos días, lo acaba de corroborar. Hay que joderse, tiene una coartada muy sólida. Con lo que tenemos no se sostiene una acusación formal.

—¿Y qué debo hacer, dejarle salir por la puerta?

—Lo único que se me ocurre, a la vista de su precario estado emocional, es retomar el interrogatorio, agotarlo, esperar a que cometa algún error. Y si no se produce, proponerle una prueba previa a su puesta en libertad...

—¿El polígrafo?

—Sí. No es legal en este punto; además, no está asesorado por un abogado. Se nos puede caer el pelo, pero si él se aviene de forma voluntaria, sin que exista la más mínima coacción por tu parte, y firma un documento consintiendo, el resultado tendría validez y peso ante un tribunal.

—Habrá que inducir la situación, de modo sutil, hasta que sea él quien se preste a la prueba... —convino Claire.

Siguiendo la sugerencia de Broussard, Claire retom  el interrogatorio poco después, sin conceder a Henry tregua ni respiro alguno a lo largo de la siguiente hora. A pesar de sentirse desarbolado y sin salida, el publicitario contestó a todo ese fuego graneado con sa nudas andanadas de ironía, zaf ndose de encerronas, planteando interrogantes y argumentos que, en cada ocasión, sonaban convincentes y dejaban amplio margen a la duda. Agotados y sin munición, los dos acabaron mirándose en silencio, como un par de fieras hartas de disputar.

— Sabe que usted me recuerda a una actriz? —espetó Henry saliendo del mutismo en que los dos andaban instalados.

Claire abrió los ojos con desmesura, sumamente desconcertada.

—No.

—En el hospital estuve a punto de decírselo, pero no me pareció prudente.

—Estoy muy intrigada.

—Me recuerda a Frances McDormand ¿sabe quién es?

La inspectora se frotó los ojos y alisó sus cejas; resopló, parecía estar a punto de sacar humo por las orejas.

—Mierda, no. No tengo el gusto de conocer a esa señora.

—¿Recuerda una película llamada *Fargo*, de los hermanos Coen? ¿Frances interpreta el papel de una policía rural, embarazada, con su gorrito de piel cubriéndole las orejas, que investiga en pleno invierno una serie de asesinatos y un secuestro! —ilustró Henry mordaz.

—¡Ah, sí, la recuerdo! ¿Así de provinciana y simple me ve?

—Me refiero a su rostro, no a su carácter



—desestimó Henry—, aunque sí que existe un rasgo de personalidad que las dos comparten...

—¿Cuál?

—Son obsesivas y agotadoras, como esos moscardones que se cuelan en la habitación y no hay forma humana de echar fuera; zumban y revolotean, chocan contra las paredes, las bombillas y el cristal de la ventana, son un suplicio..., ¿qué más quiere de mí? ¡Llevo aquí horas, sin comer, sin un abogado, sin un respiro!, ¿piensa alargar mucho esta situación?, ¿me va a acusar formalmente de esas muertes? ¡Piense con cuidado, estoy dispuesto a defenderme hasta el final, nadie me acusará de algo que no he hecho!

Claire dejó caer la estilográfica sobre su cuaderno de notas, con evidentes síntomas de frustración. Henry Gaumont resultaba un hueso duro de roer. Y tenía razón en algo: tras un rifirrafe que parecía haber durado días, todavía no había conseguido abrir la más mínima

brecha en su armadura.

—¿Aceptaría someterse a una prueba de polígrafo?

—¿Un detector de mentiras?

—Sí.

—No lo sé. No estoy seguro...

—Según dice, no tiene nada que ocultar...

—No oculto nada. Deje de acosarme.

Simplemente, la verdad, al menos la mía, no puede ser dibujada a base de monosílabos. Las cosas son siempre más complejas —refutó sulfurado—. Si me pregunta con ese artilugio si deseé, cuando todo se derrumbó para mí, ver muertos a Miriam y a Léopold, contestaré que sí. Será un sí rotundo, se lo aseguro... ¡Ya está, ahí lo tiene: en mi pensamiento los maté a los dos, y no una vez, sino varias!, ¿me juzgarán por eso?

—Medite en esa posibilidad esta noche —propuso Claire reuniendo los papeles desperdigados por la mesa—. Es muy tarde.

Mañana continuaremos. Le permito efectuar una llamada telefónica.

—Quiero algo más.

—¿Qué?

—Un favor. No deseo pasar la noche con los tres tipos con los que me han encerrado antes...

—¿Habitación individual y desayuno?

¡Está bien, concedido!

La inspectora dio por terminado el interrogatorio y se reunió con Pitrel y Broussard. A punto estuvo de propinar una patada a la pared así sintió que esa pesadilla llamada Henry Gaumont se alejaba por el pasillo.

—No te molestes, Claire, pero ese tipo se te ha merendado viva... —susurró su homólogo con cara de circunstancias—. Me ratifico en mi opinión. No es nuestro hombre. Estoy seguro.

—No lo sé, y me es igual... ¡A la mierda con todo, me voy, necesito descansar y olvidar

las últimas cuarenta y ocho horas! —capituló en tono lastimero—. ¡Puto domingo! ¡No me pagan lo suficiente como para soportar tanta mierda!

Antes de ser conducido a una celda, un agente facilitó a Henry un teléfono móvil. Le concedió cinco minutos y se apartó, situándose a distancia prudente.

A la vista del teclado, le asaltó la duda de qué número debía marcar. No recordaba el del abogado que le había defendido meses atrás, en el embrollo de la gasolinera; también descartó llamar a su hermana, solo conseguiría transmitirle un estado de ansiedad que no se merecía. Optó por llamar a Pierre Cassel.

La voz del marchante, al otro lado de la línea, decía a las claras que estaba de resaca, en horas bajas. Sonrió. Empezaba a conocer bastante bien a Pierre. Tras su impecable presencia de hombre de negocios, culto y refinado, se escondía la personalidad del *bon*

*vivant* que no posterga placer alguno. Seguramente su fin de semana había resultado más ajetreado e intenso que el suyo.

—¿Sí?

—¿Pierre? ¡Soy yo, Henry!

—¿Qué hora es? ¡Uf..., qué tarde, me he quedado dormido en el sofá! ¿Qué ocurre?

—Ocurre que estoy metido en un buen lío. En uno de los grandes. No sabía a quién llamar. Necesito que me ayudes. Me han detenido.

Hablando de forma sucinta y atropellada, le explicó a Cassel la situación.

—¿Has accedido a someterte al polígrafo? ¡Ni se te ocurra!

—Estoy seguro de que superaría la prueba...

—Insisto, ni se te ocurra. Niégate en redondo. Escucha, mañana, a primera hora, estaré ahí con un buen abogado. Saldrás libre. Y te aconsejo que denuncies la forma en que has sido tratado. Se han saltado todas las normas —

aseguró en tono agrio.

—Eso me es igual. Lo único que quiero es salir, ¿entiendes?

—Tranquilo. Saldrás. Yo me encargo.

Henry apenas pudo conciliar el sueño esa noche. En los breves lapsos en que el sopor le vencía, despeñándole por una sima onírica, una interminable retahíla de imágenes inconexas desfilaba por su mente. Se vio atrapado en los apetecibles brazos de Adèle Mercier. La joyera le proponía algún juego perverso al oído, excitante y delicioso. Y él se entregaba sin reserva a sus juegos, ante una espectadora que era solo una presencia inquisitiva. No conseguía reconocer sus rasgos, desdibujados y evanescentes, pero intuía que se trataba de Miriam; parecía observarle atrapada en un limbo próximo e infranqueable.

Despertó con el corazón acelerado, empapado en sudor. Temiendo que la escena pudiera repetirse, acabó desvelado. El día

despuntó mientras se formulaba una larga lista de preguntas para las que no tenía respuesta: ¿Quién había matado a Miriam? ¿La habíar utilizado para eliminar a Émile Faucet? Miriam era una mujer frívola, astuta y calculadora, al menos así se había comportado en el pasado. Tal vez algún amante ocasional, del que no tenía noticia, despechado al saberse objeto fugaz de su capricho, había decidido borrarle la sonrisa del rostro para siempre. En lo que se refería a Léopold, todo resultaba algo más sencillo. Léopold era un cabrón profesional, un triunfador sin escrúpulos, de los que se abren paso pisoteando a los demás. Había despedido a mucha gente en el pasado, de malos modos, tras servirse de ellos. Incluso los aduladores que formaban parte de su selecta camarilla le aborrecían en secreto y le despellejaban así se daba él media vuelta. Pudo confeccionar, en la penumbra de la celda, una larga lista de personas que a buen seguro celebrarían su

muerte descorchando una buena botella.

No obstante, lo que desde cualquier punto de vista le resultaba más incomprensible era la coincidencia de los dos crímenes. Se habían cometido casi al unísono, en la misma ciudad, el mismo fin de semana. Maldijo su mala suerte. Posiblemente él era el único nexo que cualquier investigador podría establecer entre ambos casos. Salvo en alguna que otra contada cena de negocios, Miriam y Léopold no habían mantenido trato alguno.

Sobre las once de la mañana, un policía condujo a Henry de regreso a la sala de interrogatorios. El creativo entendió que debía armarse de paciencia. La situación no podía durar mucho más. La inspectora demoró su aparición. Cuando por fin llegó, su aspecto alicaído permitía entender que tampoco había pasado una buena noche.

—¿De qué me va a acusar hoy? —  
aguijoneó Henry a modo de saludo.



—¿Ha pensado en lo que le propuse? —  
interpeló ella haciendo oídos sordos.

—Sí. Y mi respuesta es no.

—Lo imaginaba. Escuche: muy a mi pesar  
debo dejarle en libertad. De modo  
incomprensible, es usted el hombre de los  
indicios y de las dudas razonables. Suficientes  
como para inculparle y suficientes como para  
exculparle. No sé cómo demonios lo consigue,  
pero lo hace. Además, su abogado es muy  
belicoso... —murmuró aparentemente  
concentrada en la revisión de un documento—.  
Lea este papel y fírmelo, por favor.

—¿De qué se trata?

—Un mero trámite. Aquí dice que no ha  
sido maltratado, coaccionado ni humillado, y  
que no se han vulnerado sus derechos  
fundamentales, descartando, por lo tanto,  
cualquier acción legal contra este  
departamento...

Henry sonrió con absoluto cinismo.

Recogió la hoja y la rubricó sin leerla.

—¡Hay que joderse! —exclamó despectivo poniéndose en pie—. ¿Ya me puedo ir?

—Sí, pero antes déjeme que le diga algo... —exigió Claire interponiéndose en su trayectoria—. Quiero que sepa que no pienso quitarle el ojo de encima. Voy a respirar en su cuello y pegarme a su sombra. Para mí usted es la clave de todo esto. Confieso que todavía no sé lo que está pasando, pero lo averiguaré. No lo dude, soy infinitamente más tenaz que la inspectora de sus películas.

—Parece que eso se le ha clavado en el alma...

—Nada en su vida es normal, señor Gaumont. Aparentemente está limpio, pero la mierda se acumula bajo la alfombra. Nos volveremos a ver. Estoy segura.

Una vez recuperadas sus pertenencias, Henry se reunió con Pierre Cassel en el

vestíbulo de la jefatura. El marchante despidió al abogado con unas pocas frases, y abrazó a su amigo con fuerza.

—Te agradezco lo que has hecho —afirmó Henry incómodo—. Te devolveré el favor, te lo aseguro...

—¡Ya veremos, de momento me estás saliendo más caro de lo que imaginaba! —exclamó Cassel—. Vamos, he aparcado cerca de aquí. Me has de contar qué ha pasado con todo lujo de detalle, tomando una copa.

—Lo haré, pero más tarde. Necesito ir a casa y descansar. No puedo más. Quiero llamar a alguien que he conocido y disculparme...

—Déjame adivinar... —propuso Pierre con expresión de lince—. Ayer, cuando me llamaste, me dijiste que habías pasado el fin de semana con una mujer. Y hoy, a primera hora, Muriel Martin me ha contado que el viernes te fuiste de la subasta colgado del brazo de Adèle Mercier.

—Está visto que no se pueden tener secretos —gruñó—, ¿conoces a esa mujer?

—¡Sí, aunque por desgracia solo en mis sueños más íntimos! —aseguró entre risas—. ¡Ojalá, Henry, ojalá! He hablado con ella en varias ocasiones, pero solo de arte e inversiones. Supongo que ya lo sabes: está forrada, heredó una fortuna inmensa. Tiene fama de ser muy..., no sé cómo decirlo, veleidosa, de las que no repiten dos noches con el mismo hombre. Es una pena, conmigo siempre se ha mostrado muy reservada, excesivamente distante. Supongo que no soy su tipo.

—Leyenda falsa. Al menos conmigo ha repetido. Y de no ser por todo este maldito asunto, hubiera pasado la noche de nuevo con ella...

—¿De verdad? ¡Olvídate de lo que te he dicho antes, no me interesan tus asesinatos, dime qué le gusta a esa mujer! —exigió Cassel

entusiasmado—. ¿Cómo es en la cama, qué le pone?

—¡Por Dios, Pierre, esta no es conversación de caballeros!

—Déjate de idioteces, en cuestión de sexo yo no soy un caballero.

—En algunas cosas estoy chapado a la antigua, lo siento, no diré nada.

—¡Maldito ingrato, si lo llego a saber, dejo que te pudras en la cárcel! —refunfuñó, y acto seguido volvió a carcajearse con ganas—. Bueno, dejémoslo, ya me lo contarás. Soy muy persuasivo.

Al llegar a su apartamento, Henry se dejó caer en el sofá, extenuado. Lo sucedido en las últimas horas parecía haber consumido su energía vital. Se quedó dormido. Al despertar, a media tarde, rebuscó en una de las cajas que aún esperaban ser vaciadas hasta dar con varias fotos de Miriam que había sido incapaz de romper en su día. Saber que estaba muerta le

producía una indescriptible sensación de tristeza y vacío. Sintió asco de sí mismo al recordar su execrable afán de venganza. De modo providencial, Adèle se coló una vez más entre sus pensamientos, disipando cualquier sentimiento de culpa.

Suspiró con desasosiego. Tal vez Cassel tenía razón y acertaba cuando la describía como mujer voluble, con la que no había que alimentar expectativas. De ser así, no habría más oportunidades futuras.

Algunos trenes pasan solo una vez.

Inquieto ante esa posibilidad, conectó el teléfono al cargador y se quedó clavado delante del número. Llamarla suponía tener que explicar muchas cosas que preferiría olvidar, pero lo tenía que hacer; se lo debía de algún modo. Aunque tal vez, tras lo ocurrido, ella no querría saber nada y le dejaría con la palabra colgada en los labios.

Eso era más que probable.

Necesitaba calmarse, reunir arrestos, entender todo lo que estaba pasando a su alrededor, conjurar la maldición que parecía acompañarle a cada paso que daba. Decidió postergar esa conversación. Su capacidad de convicción se reducía a una única bala. Y en ese momento, le temblaba el pulso.

La voz de la inspectora volvió a resonar, incisiva, horadando su cerebro.

«Nada en su vida es normal, señor Gaumont. Aparentemente está limpio, pero la mierda se acumula bajo la alfombra. Nos volveremos a ver.»

Ocultó el rostro entre las manos, como si esa privación sensorial pudiera diluir la realidad y mutarla en un estado nuevo, pero una desagradable sensación, instalada en la boca del estómago, parecía advertirle de que una vez desencadenadas, las pesadillas no tienen fin.

## LOS AMIGOS DE CASSEL

La voz atiplada de la azafata del vuelo AF1148 de Air France, anunciando que el avión comenzaba su descenso y aproximación al aeropuerto de Barcelona, logró que Pierre Cassel entreabriera los ojos y bostezara repetidamente. Después, con la borrachera del sueño en la mirada, se volvió hacia Henry, que sorbía con cara de asco un brebaje, con olor a café, mientras repasaba las portadas de los periódicos que había comprado en el quiosco del Charles de Gaulle antes de embarcar.

—Me das envidia. Has dormido un buen rato. Es curioso, yo jamás logro dormir en los aviones —comentó él doblando el ejemplar de *Libération*—. En una ocasión, en un interminable vuelo a Los Ángeles, decidí tomarme un par de somníferos. Y ni con esas.



Me hicieron efecto muchas horas después. Al llegar parecía un zombi. Caí redondo. Dejé plantado a un cliente y casi pierdo el contrato.

—Yo duermo al precio que sea. Odio los aviones —confesó el marchante en tono cansino—. Son un insulto a la lógica. A la fuerza se tienen que caer. Y si hay que morir, mejor adormilado o ebrio. Por eso siempre vuelo en *business*. Es cómodo y tienen buen whisky...

—¿Serías capaz de agarrar una botella de whisky y vaciarla si esto empezara a caer en barrena? —interpeló Henry con sorna—. No te creo, eres un fanfarrón.

—Si es un whisky excelente, por supuesto que sí...

—No te daría tiempo de bebértela.

—¿Qué? ¡No apuestes conmigo! Me encantan las matemáticas, y era muy bueno en física —alardeó echando de inmediato mano a su blackberry—. A ver, supongamos que

volamos a unos siete mil metros de altura, ¿no? ¡Digamos siete mil! Si no recuerdo mal, la constante de aceleración de gravedad es de 9,8 metros por segundo al cuadrado, ¡y si esto es un Boeing 747-400, su peso supera los ciento ochenta mil kilos en vacío!

—No tengo la más mínima idea...

Cassel adoptó una actitud reconcentrada ante la mirada atónita de Henry. Enarcó las cejas, y, tras revisar los datos, le mostró el resultado con el triunfo en el rostro.

—¡En el tiempo de caída puedo beber una y un tercio, has perdido!

—Está bien: *touché*, pero a lo mejor te atragantas y no es ni una.

Los dos rieron abiertamente ante lo cómico de la situación.

Henry sonrió relajado. Aceptar la invitación de Pierre le parecía ahora una buena idea. Dos días después de haber sido puesto en libertad, y a la vista de su ánimo taciturno, el

galerista le había propuesto acompañarle en una breve visita a Barcelona a fin de seleccionar un lote de antigüedades y obras de arte. Y tras los negocios, a un par de días de asueto coincidiendo con las vacaciones de Pascua. Pierre era dueño de una villa en la Costa Azul, en las inmediaciones de Brégançon, a poca distancia de Toulon. Comentó que se reunía allí, una o dos veces al año, con unos cuantos viejos amigos. Lectura, sol, gastronomía y pesca.

Henry, que había barajado la posibilidad de regresar unos días a Vannes, accedió. Era consciente de que la soledad, en sus circunstancias, no era el mejor de los estados. A buen seguro terminaría vagando por la casa familiar como un alma en pena.

—¿Qué publica la prensa? —preguntó Pierre sacándole de su reflexión.

—¿Eh? ¡Bueno, ya sabes, el tema sigue siendo el mismo, menudo escándalo! —repuso

tendiéndole el ejemplar de *Libération*—. La defensa de Jean-Marc Poncelet ha hecho pública una carta en la que el financiero acusa de connivencia a Alvar Bergeron, presidente del Banco de Francia. Al parecer, Bergeron estaba al tanto de los tejemanejes de la Société Générale d'Investissement et Finances. Y no solo eso. Poncelet le acusa de haberse lucrado en esa estafa piramidal, cosa que él se ha apresurado a desmentir y ha calificado de campaña de difamación...

—¡Joder, menudo incendio, eso casi supone involucrar al Estado! ¡Como si lo viera: Sarkozy subiéndose por las paredes y Christine Lagarde, la ministra de Economía, tirándose de los pelos! —murmuró Cassel repasando los titulares y las frases destacadas—. ¡Y justo en el peor de los momentos, con la opinión pública enfurecida por la crisis, los excesos de la política económica neoliberal, el paro y la recesión!

—Recuerdo que Adèle comentó que a Poncelet le habían asesinado para cerrarle la boca...

—¿Ah, sí? ¡Pues opino lo mismo, es de cajón, se lo han cargado! —asintió Cassel—. Hablando de Adèle: ¿la llamaste?

—No. Aún no. Lo haré, pero prefiero que pase un tiempo prudencial.

El avión tomó tierra a las nueve y veinte minutos de la mañana. Tras recoger el equipaje se presentaron ante el mostrador de una agencia de alquiler de coches y retiraron las llaves de un BMW que Muriel Martin había reservado el día anterior desde París. Una hora más tarde, y ya en el corazón de la ciudad, deambulaban por las callejas que rodean el barrio Gótico de la Ciudad Condal. El sol lucía espléndido, augurando un cálido día de primavera.

—Vas a conocer a Domingo Rossi Golferichs, un excelente anticuario, hijo de

italiano y catalana. Lleva muchos años en el negocio. Es un personaje un tanto peculiar, pero dotado de un olfato finísimo para el arte —explicó Pierre buscando poner en antecedentes a Henry—. No sé qué ocurrirá hoy, pero si le escuchas decir que tiene algo, hum... especial, no te extrañes y sígueme la corriente. Siempre suele tener algo especial guardado en la recámara. Ese hombre es una caja de sorpresas.

Cuando llegaron a la tienda, Henry pensó que no era muy distinta de los comercios especializados que poblaban algunos barrios de París. El escaparate mostraba una atractiva selección de muebles, tapices, cuadros, figuras decorativas y grabados de época. El interior olía a una extraña mezcla de moho y barniz.

Domingo no tardó en aparecer así sonó la campanilla que tenía instalada en la puerta. Surgió de detrás de una desgastada cortina de terciopelo, al final de la estancia. Era un

hombre delgado, de cabellos canos, de unos setenta años. Afiló la mirada por encima de la montura de sus gafas, que pendían en la punta de la nariz, y avanzó decidido al encuentro de Pierre con expresión satisfecha.

—No te esperaba hasta esta tarde, te has adelantado... —dijo dispensándole un formal abrazo.

—Hemos cogido un vuelo a primera hora; quiero aprovechar el día, desde aquí nos vamos a la Costa Azul... —explicó Cassel—. Deja que te presente a Henry Gaumont, mi mano derecha. A partir de ahora deberás pelearte con él.

—¿Qué quiere decir eso, estás pensando en dejar el negocio?

—No, en absoluto. Digamos que él se encargará de seleccionar y dar el visto bueno a los lotes. Y también de rebajar tus pretensiones... —puntualizó irónico.

Domingo estrechó la mano de Henry y les

invitó a seguirle hasta una habitación cerrada al público. Allí se acumulaba un buen número de muebles de época, entre los que a simple vista destacaba una escribanía, de estilo Luis XVI una mesa de roble inglesa isabelina; una exquisita vajilla de Sèvres; un sofá corbeille del siglo XVIII; un óleo de Marieschi, y un tapiz de Coypel de inspiración quijotesca. En el centro de aquel noble caos, y rodeada por jarrones, vasos y lámparas, reinaba una imponente cama, un clásico *lit bateau* de estilo Imperio.

—Esta vez te has superado, Domingo. El lote es excelente —manifestó Cassel sin poder disimular su entusiasmo—. En otros tiempos, para conseguir que me vendieras piezas menos valiosas, me tenía que arrodillar...

—Tú lo has dicho, Pierre. Eran otros tiempos, y me temo que no volverán. Este país está arruinado, en quiebra técnica. Hace meses que apenas entra nadie por esa puerta... —



lamentó.

—¿Cuándo crees que puedo tener todo esto en París?

—¡Pse, todos los informes y papeles están en orden, si todo va bien, en menos de diez días!

—Perfecto. Y no discutiremos el precio que me diste. Me parece razonable.

—A propósito, antes de que lo olvide: quiero enseñarte algo muy especial...

Al oír eso, Pierre se giró y buscó con la mirada a Henry. Él también había recibido el mensaje de forma clara. Los dos intercambiaron un silente guiño de complicidad.

—¿De qué se trata?

Domingo resopló y zarandó el rostro con fastidio, como si ese objeto especial constituyera más un quebradero de cabeza que un afortunado hallazgo.

—Se trata de un verdadero tesoro, de los

que se ven solo una vez en la vida, aunque creo que deberá dormir durante muchos años antes de poder venderlo... —alertó apesadumbrado—. Seguidme. Lo guardo bajo llave.

El anticuario les condujo a la parte posterior de la tienda. Tras atravesar una destartada oficina, abrió una gruesa puerta de seguridad y encendió la luz. El lugar era un pequeño bunker, atestado de cajas, arquillas y cuadros cubiertos por guardapolvos. En un rincón, sobre un caballete, descansaba un lienzo de pequeño formato, abrazado por un bello y elegante marco de filigrana dorada. Mostraba un macizo de flores, de suaves colores, bañado por la luz del atardecer.

Pierre y Henry abrieron los ojos con desmesura. Los dos reconocieron el inconfundible estilo del maestro impresionista.

—¿Es, es un...? —tartamudeó el marchante.

—Sí, mierda, sí. Un Monet. Pertenece a la

serie que pintó en el jardín de su casa de Giverny.

—¡Pero, cómo es posible, no lo había visto jamás! —exclamó estupefacto.

—Es normal que no lo hayas visto, Pierre. Nunca llegó a ser fotografiado ni incluido en ninguna relación de sus obras, por eso no aparece en ningún catálogo. Yo he encontrado una única referencia en las notas de Paul Durand-Ruel, el mercader que fue protector y mecenas de Monet —explicó de brazos cruzados—. Te contaré la historia del cuadro y lo entenderás todo...

—¡Un Monet, un Monet, inaudito! —susurraba una y otra vez Cassel sin poder superar su asombro.

—Claude Monet pintó este óleo en 1894. Fue una época fructífera, trabajaba a buen ritmo, y aunque su situación económica no era boyante, vivía con relativo desahogo gracias a la ayuda y gestión de Durand-Ruel. El

marchante vendió este lienzo por poco dinero a Horace Bouvier, un industrial de Lyon, y perteneció a la familia hasta junio de 1943. Durante la ocupación alemana, Marius, el hijo de Horace, se unió a la Resistencia. Por desgracia fue capturado y fusilado, y todos sus bienes fueron confiscados. El cuadro pasó a manos de un oficial de las SS, un tal Herbert Dutschmann...

—Empiezo a comprender... —comentó Henry lacónico.

—Un par de meses antes de que Lyon fuera liberada, Herbert trasladó el cuadro a Alemania. Era consciente de que las cosas no iban bien. Y tras la caída de Berlín, logró escapar junto a su familia por la llamada Ruta de las Ratas. El Vaticano le proporcionó uno de los muchos pasaportes que Perón había puesto a disposición del Reich. Poco después, con una identidad nueva y el beneplácito del régimen de Franco, se estableció en España. Su nieta es la

actual propietaria. Vive en las afueras de Barcelona. En los últimos años me ha vendido muchas cosas, sobre todo mobiliario. Está arruinada. Hace unos meses entró por la puerta, créetelo, con el cuadro y su abracadabrante historia bajo el brazo.

—¡Joder!

—Sí, eso mismo digo yo, más que un regalo parece una maldición. He hecho algunas averiguaciones. Creo que no existen descendientes directos de Bouvier; con Horace la genealogía se extinguió. A pesar de todo, estamos hablando de patrimonio expoliado —razonó Domingo—. Y la única salida que le veo a este asunto pasa por hallar a un coleccionista caprichoso y con pocos escrúpulos...

Pierre conocía a una docena de coleccionistas que estarían dispuestos a pagar cualquier cantidad por un cuadro así, pero no a disfrutarlo a oscuras.

—El mundo está lleno de gente sin

escrúpulos, pero encontrar a uno que además esté libre de vanidad se me antoja imposible — repuso desestimando la propuesta—. Te deseo suerte, la vas a necesitar.

—De todos modos, no te costaría demasiado sondear a alguno de tus clientes. Alguien de tu absoluta confianza... —insistió Domingo.

—Lo haré, pero no te prometo nada. Esto es nitroglicerina.

Tras la visita y un reparador almuerzo, Pierre y Henry salieron de la ciudad en dirección a la frontera. El marchante se había propuesto efectuar el trayecto, casi seiscientos kilómetros, en tiempo récord.

—A las seis de la tarde en Brégançon, a tiempo para recibir a un par de amigos y preparar una buena cena —calculó tras repasar el itinerario en su móvil.

—¿No conoces la ruta? —interpeló extrañado Henry.

—Nunca he ido en coche desde aquí. Normalmente subo al avión en París y bajo en Toulon-Hyères —bromeó.

Cassel mejoró sensiblemente la marca que se había fijado. La autopista estaba despejada y pisó a fondo. Tres horas más tarde sobrepasaban Montpellier y se dirigían por la A9 hacia el norte, en dirección a Nimes, a fin de enlazar con la A54. En ese punto, Henry, que había dormitado plácidamente, relevó a Pierre al volante. El único incidente del viaje ocurrió a media tarde, a pocos kilómetros de Toulon.

—¡Por Dios, para, por favor! —rogó Pierre súbitamente al ver que un cartel anunciaba un área de descanso—. Necesito bajar del coche...

—¿Estás mareado?

—No es eso... —rezongó con el rostro contraído, llevándose la mano a la boca del estómago.

Henry obedeció de inmediato. En más de

una ocasión había visto a Pierre llevarse las manos al estómago y quejarse de malestar. Cuando se detuvo, él salió del vehículo y zigzagueó entre el arbolado doblado por el dolor. Sin pensárselo dos veces, Henry fue tras sus pasos dispuesto a ayudarlo.

—¿Qué te pasa?, ¡estás blanco! —constató—. ¿Quieres vomitar?

—No, mierda. Odio vomitar. Me da asco. No es nada, enseguida estaré bien... —aseguró con ojos de beodo apoyado contra un tronco—. Debo de tener una úlcera, algún problema gástrico, una hernia, ¡qué sé yo! Últimamente todo me sienta mal...

—Deberías ir a un médico. Si quieres, podemos parar en Toulon...

—Ni hablar. Aborrezco a los médicos. No quiero saber nada de ellos. No te preocupes, ya me encuentro algo mejor; de todos modos, tranquilo, si esto persiste iré al matasanos de regreso en París.



Las manecillas del reloj sobrepasaban las seis y media de la tarde cuando llegaron a Brégançon, un lugar apartado, próximo a la costa. Desde ese punto, una vez superados los campos de labranza y viñedos, dejaron el asfalto y avanzaron por un camino de tierra en dirección al mar, al amparo de pinos y encinas. En un recodo, el Mediterráneo se desplegó ante ellos con todo su esplendor, como el azogue de un espejo, como una rutilante plancha de metal bruñido barrida por el sol en su retirada.

A simple vista, la villa de Pierre Cassel era mucho más fastuosa de lo que Henry había imaginado. Estaba rodeada por un muro alto, salpicado por cipreses y abetos; devorado, en muchos tramos, por espesas enredaderas. Una cancela metálica, que el marchante accionó por control remoto, inauguraba una breve rampa de grava que serpenteaba a través del jardín interior hasta el corazón de la propiedad.

La vivienda parecía la impecable maqueta de un concurso de arquitectura; de líneas sumamente modernas, combinaba con exquisito gusto piedra negra, cristal tintado y acero; adaptando su trazado y sus diversos niveles a la orografía del terreno, coronaba un promontorio agreste, casi una península, que dividía dos extensas y desiertas playas de arena blanca y aguas cristalinas.

«El colmo de la aspiración social, el jardín del Edén del marketing y la publicidad», se dijo Henry con cara de asco, recordando de inmediato el escenario de alguna de sus campañas pasadas.

—Si la crisis va a peor, y esto acaba en una nueva revolución, te cortarán el cuello, Pierre... —manifestó con absoluta sorna, mientras Cassel hacía saltar el manojito de llaves en el aire camino de la puerta principal—. Volverán a levantar cadalsos y guillotinas en las plazas, y no tendrán piedad de ricachones como

tú.

—¿Ricachón? ¡Bah, si solo soy un *petit-bourgeois*! —negó él divertido.

—¡Serás cabrón!, *¡petit-bourgeois*, dices?, ¡ni un marqués vive así!

—Bueno, está bien, lo admito: desde el siglo XVIII hemos ido mejorando, ¡para qué negarlo! —atizó deshaciéndose en una sonora carcajada.

Ya en el interior, Pierre toqueteó en un cuadro de mandos, de apariencia endiablada, y conectó la iluminación exterior y la calefacción; después, alzó las cortinas de la estancia principal, dejando que la luz del atardecer y el mar se colaran a raudales. A la derecha del salón, a modo de prolongación, se abría un comfortable espacio de lectura y trabajo que podía aislarse del conjunto. Comprobando que todo estaba en su sitio, el marchante le invitó a acompañarle en dirección opuesta, hasta una aséptica y funcional zona de

servicio. Tras revisar la despensa y los armarios, abrió el frigorífico y sonrió complacido: había suficientes provisiones como para soportar un prolongado asedio.

—¡No sé qué haría yo sin Églantine! — dijo lanzando por encima de su hombro una lata de cerveza alemana que Henry atrapó de puro milagro—. Ella y su hija se encargan de todo, mantenimiento, jardineros, compras. Tienen una bodega en Bormes-les-Mimosas. Les haremos una visita antes de marcharnos y las conocerás. Son encantadoras, aunque una maldición: charlan por los codos. Ven, sígueme, te enseñaré tu habitación.

En la planta intermedia del edificio se concentraban todos los dormitorios, hasta un total de siete, y una acogedora estancia, con chimenea en el centro y un bar bien provisto. Un fragmento deslizante de la pared de cristal facilitaba la salida al jardín. Desde ahí, una vez rebasada la piscina, unas escaleras descendían

en dirección a la playa. Inspeccionaron, por último, el nivel inferior de la casa. Estaba ocupado por varias dependencias de servicio y una zona destinada a la hibernación de embarcaciones. Una lancha rápida, cubierta por una lona; varias tablas de windsurf, colgadas del muro, y un elegante velero clásico, de madera, de pequeña eslora, alzado sobre puntales, delataban la afición de Pierre por la náutica.

—Llevo casi dos años restaurándolo. Es una preciosidad. Lo compré a un tipo que no se preocupó jamás de sacarlo del agua... —contó con fastidio—. Tal vez este verano vuelva a navegar.

Los invitados llegaron de forma gradual a lo largo de las dos siguientes horas. El primero en presentarse fue Gilbert Arcenau, que irrumpió en el lugar a lomos de una moto de gran cilindrada. Henry, a petición de Pierre, que trajinaba en la cocina ultimando preparativos, salió a recibirle al jardín.

—Tú debes ser Henry, ¿no? —interpeló Gilbert tendiéndole la mano. Se quitó el casco, ordenó sus cabellos y calzó el caballete con la punta de la bota. Rondaba los sesenta, era un tipo de rostro esculpido a cincel, muy delgado pero de complexión atlética—. Pierre me ha hablado mucho de ti.

—Eso es jugar con ventaja. Como mínimo, espero que lo que te haya dicho sea elogioso... —repuso entre incómodo y divertido.

—Seguro. Muy favorable. Pierre es una especie de brujo, no tiene remedio. Yo soy catedrático de filosofía e historia, muy racional y bastante escéptico; pero él todavía cree en los auspicios —dijo con expresión socarrona—: Me contó que todo en vuestro primer encuentro podía entenderse como un formidable augurio.

—Lo siento, pero no sé de qué hablas...

—Ya sabes, me refiero a esa visión

animista, chamánica, que se basa en efectuar lecturas e interpretar todo cuanto nos rodea. Llámalo, a falta de mejor definición, fenómeno de asertividad universal —dijo mientras sacaba del tabardo un paquete de cigarrillos. Encendió uno e invitó a Henry a acompañarle—. Es sencillo: ahora mismo estoy en este jardín, sumido en una duda existencial que me lleva a formular una pregunta muy precisa, en absoluto ambigua, acerca de lo que debo o no debo hacer, de la conveniencia de esto o de lo otro, ¡yo qué sé, cualquier cosa! Al punto, se desprende una piña de ese árbol, y cae a mis pies; o bien se pone a llover sin previo aviso; o una lagartija se cruza en mi camino, diciéndome que estoy en lo cierto. ¡Según Pierre, el Universo acaba de contestar! —exclamó de forma teatral—. Suena muy supersticioso, ¿verdad?

—Bastante, ¿pero qué tienen que ver todas esas supercherías conmigo? —inquirió Henry

escamado.

—Es una broma, no hagas mucho caso. Simplemente, Pierre me explicó que te había conocido en circunstancias muy especiales, de un modo muy curioso. Y que habíais mantenido una conversación realmente interesante — aclaró—. Para él ese tipo de encuentros son avisos, circunstancias determinantes, significativas, que no deben ser ignoradas. ¡Ya ves, un tipo tan ilustrado y aún cree a pies juntillas en esas cosas; los libros de Castañeda marcan de por vida! ¡Bueno, ya es suficiente, vengo desde Nimes y estoy seco, espero que ese mercachifle haya hecho acopio de buen alcohol! ¿Entramos? —sugirió, propinándole una afable pero contundente palmada en la espalda, que Henry, a la luz de lo dicho, interpretó como una clara y cordial señal de bienvenida.

Sophie Robillard, la directora de una empresa farmacéutica, y su esposo, Jacques



Braud, un empresario de Niza, llegaron con la última luz del día. Desde el primer momento, Henry creyó ver en ella a una réplica de Miriam. Era muy atractiva, algo frívola y convencional, aunque sumamente cordial, de las que rompen el hielo en cuestión de segundos. Nadaba con absoluta comodidad en el acuario de lo social, brindando con todos y regalando bromas y confesiones al oído. Su energía y extroversión chocaban con el carácter reservado de su marido. Jacques saludó cortésmente y aprovechó el revuelo para trasladar sus bolsas de viaje a la habitación; a los pocos minutos, de regreso en el salón, dejó que Pierre llenara su copa y aparentó interesarse por la conversación del momento, aunque con cara de convidado de piedra; después, con absoluta discreción, optó por apartarse y entretener la espera repasando la prensa, cómodamente instalado en un sofá, con displicente aire británico.

Sobrepasadas las nueve, cuando ya Pierre comenzaba a mostrar evidentes signos de impaciencia, un taxi procedente del aeropuerto de Toulon descargó a Philippe Hillien y a Víctor Morel. Se excusaron por el retraso. Habían llegado en vuelos distintos, procedentes de París y Lyon, y el primero había optado por esperar al segundo. Los dos superaban los cuarenta, y por su forma de vestir, sumamente formal y elegante, y un par de revistas de economía que dejaron sobre una mesa, Henry dedujo que eran hombres de negocios, inversores o directivos de alguna multinacional; junto a las pequeñas maletas de cabina, ambos portaban valijas de piel, protegidas con combinación numérica. Probablemente habían trabajado hasta última hora.

La cena transcurrió plácida, bajo el benéfico influjo de una oronda luna de cuño nuevo transitando por el gran ventanal del

salón, con todos los comensales entregados a una animada conversación en la que fueron diseccionados infinidad de asuntos de actualidad, serios y triviales, fluyendo sin orden y de manera espontánea así la sinapsis colectiva o la ocurrencia particular los sacaba a colación. Jacques Braud, al que el vino terminó por soltar la lengua, despotricó a sus anchas, aunque sin perder la compostura, cuando se comentó una de las noticias relevantes de la semana, referida a una reunión de urgencia entre Sarkozy y Merkel con vistas a establecer acuerdos y objetivos comunes previos a la cumbre del G8. Francia no podía en modo alguno, sostenía él contra viento y marea, decir que sí a todo lo que Alemania exigía a cada paso. Sophie, con sorna, prefirió centrarse en la fotografía publicada por *Le Monde*, en la que Carla Bruni, aun calzando zapato plano, sacaba una cabeza larga al presidente de la República camino del encuentro bilateral.

«*Heureusement qu'il y a encore un certain charme*», concluyó, alabando el vestido y el buen gusto de Carla. Philippe y Víctor, por su parte, se mostraron sumamente escépticos ante la situación económica, que auguraban iría a peor, pues así lo determinaba el comportamiento errático de las bolsas. Gilbert, parapetado tras una botella de burdeos que había colocado de forma astuta al alcance de la mano, se mofó sistemáticamente de todo lo que parecía preocupar al resto, aduciendo que ningún asunto podía equipararse en importancia a la mala racha que atravesaba el París Saint-Germain, derrotado en los dos últimos encuentros. Eso, y no otra cosa, justificaba — exclamó aporreando la mesa en medio de una gruesa carcajada general— una huelga general y la proclamación del estado de excepción en todo el país.

—¿Siempre son así de... vehementes? —  
interpeló en susurros Henry al oído de Pierre.

—¡Mucho peor! ¡De todos modos, no te preocupes, la noche se presenta tranquila, solo la mitad de los que solemos reunimos ha podido venir esta vez! ¡Los más polemistas son capaces de incendiar Troya a las primeras de cambio! —contestó con la boca llena, mientras daba buena cuenta de un *vol-au-vent* de queso y gambas. Sin pensarlo dos veces, le tendió la bandeja a Henry—. ¿Los has probado? ¡No es por colgarme medallas, pero siempre me quedan magníficos!

—Hombre de modales exquisitos, *petit-bourgeois* forrado hasta las cejas, buen cocinero... ¡y con palacio en primera línea de mar! —enumeró—. Me extraña que ninguna mujer te haya echado el lazo.

—¡Más de una lo ha intentado! —afirmó entre risas, tapándose la boca—, y una casi lo consiguió, pero... ¿sabes?, ¡la vida es muy corta como para entretenerse en esas naderías, tengo muchas cosas que hacer, y, además, sería un

mal marido! ¡Mi problema es que me gustan todas!

—¿Y qué me dices del amor?

—¿El amor? ¡Vaya, ya salió! ¡Un engañoso, Henry, un estado bioquímico, un exceso de endorfinas desordenadas, mera pulsión sexual mal interpretada! —aseguró, acompañando la aseveración con un significativo gesto de rechazo.

Tras la cena, la tertulia prosiguió, de manera más informal si cabe, en el salón contiguo. Mientras Pierre se ofrecía a preparar cócteles y copas para todos, Sophie, que parecía conocer perfectamente la discoteca del anfitrión, eligió como primera canción de la noche la magistral «Goodbye Yellow Brick Road», de Elton John. Henry detectó que la melodía producía en ella un extraño efecto. Sus ojos se humedecieron hasta quedar recubiertos por una pátina de emoción. Al saberse observada, enjugó discretamente con el dorso

de la mano lo que parecía un llanto inminente y continuó con sus bromas y desenfado habitual.

Pasada la medianoche, la cabeza de Henry comenzó a dar vueltas y sus párpados a pesar como el plomo. Miró con la expresión desconcertada de un beodo el fondo de su vaso. Jamás un excelente whisky había conseguido tumbarle tan rápido. Achacó su bajo tono físico al cansancio del día.

—Creo que me voy a retirar —anunció, pugnando por contener un bostezo—. Me estoy quedando dormido, ¿hay algún plan para mañana?

Pierre contestó desde la butaca contigua, envuelto en una nube de humo.

—El plan es el mejor de todos los posibles: sencillamente, no hay plan. *Dolce far niente* a la carta —repuso haciendo girar el habano en los labios—: Lectura, piscina, copas, y tal vez, si Gilbert ha logrado superar viejas humillaciones, iremos a pescar a las rocas

cuando baje el sol, ¿qué tal suena, Gilbert?

—¡Como tú quieras, por mí no quedará, pero ya sé cómo acaba la historia! —refunfuñó—. Has vuelto a sobornar a todos los peces de la zona, ¿no?

Con un saludo general a modo de despedida, Henry salió de la estancia y descendió hasta el piso inferior dando tumbos. Se entretuvo un instante en cerrar la puerta de la terraza de su habitación y echar la cortina; sintiéndose incapaz de desvestirse, optó por dejarse caer como un fardo sobre el lecho. Apenas logró recrearse en el agradable y monótono batir de las olas en la orilla.

Horas después despertó. El malestar se había convertido en una crispante cefalea, como si en el centro de su cráneo se estuviera disputando en ese preciso instante el título mundial de los pesos pesados. Echó un vistazo a las manecillas fosforescentes del reloj. Las cuatro y diez de la madrugada. Decidió



incorporarse. Necesitaba beber algo frío y localizar un analgésico. Salió al rellano de la planta y enfiló las escaleras, vacilante, agarrado al pasamanos, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, moviéndose con cautela a fin de no despertar a nadie. Cruzaba el salón en dirección a la cocina cuando reconoció la voz aguda de Sophie Robillard planteando una pregunta; y al punto, la de Philippe Hillien, grave y nasal, replicando con deje cansino.

Henry constató con asombro que Pierre y sus amigos seguían despiertos. Habían entrecerrado la puerta corredera. Solo un resquicio, de pocos centímetros, permitía fisgar en el interior.

Pegó su cuerpo al marco y echó un vistazo.

Sí, todos estaban allí, desafiando a la noche, rodeados de vasos y botellas, reunidos alrededor de una pequeña mesa auxiliar

atestada de papeles y carpetas. Mantenían una conversación pausada, abordando lo que parecía ser un asunto importante. Se disponía a interrumpirles, cuando unas palabras pronunciadas por Víctor Morel le hicieron desistir y contener la respiración...

—No discutamos más, os lo ruego. Es muy tarde y aún quedan asuntos por tratar. Uno de nuestros principios más sagrados es que si un solo miembro tiene dudas razonables, la ejecución debe ser aplazada *sine die*, y el caso vuelto a estudiar de principio a fin... —zanjó con un aspaviento, cortando con las manos el aire en ambas direcciones—. ¡Y no me mires así, Pitágoras, sabes perfectamente que yo he votado a favor! A ese hijo de puta hay que sacarlo a patadas de este mundo; cuanto antes, mejor. Ayer hablé con Kant y Heidegger, y los dos piensan igual. Pero si Hipatia y Diotima tienen dudas, hay que respetar su opinión y aparcar el tema. ¡Diez votos a favor, dos en

contra, acéptalo, hay que joderse! ¡Ni Sócrates puede, con una doble negativa, usar su voto de calidad e imponer su voluntad sobre el resto!

## EL CLUB DE LOS FILÓSOFOS ASESINOS

—Está bien, dejémoslo estar, pero me produce infinita frustración el hecho de que hayamos trabajado tanto en este caso y que ahora tengamos que empezar desde cero... — aceptó Pierre a regañadientes, arrojando un informe sobre los que estaban depositados en el centro de la mesa.

—No empezaremos desde cero, Pitágoras. No tergiverses las cosas —corrigió Sophie—. El trabajo ya está hecho, no lo estamos tirando por la borda, pero nos falta información en un punto crucial. Obtenerla solo es cuestión de tiempo.

—¿Qué pasa si ese cabrón detecta que le tenemos vigilado y desaparece de la noche a la

mañana? ¡Eso supone volver al punto de partida! ¡Pueden pasar meses antes de que le volvamos a localizar, tal vez años! —reiteró Cassel malhumorado—. ¿Sabes, Diotima?, ¡hay algo que no acabo de entender!, ¿por qué siempre haces lo mismo? ¡Maldito afán empírico: la prueba adicional en la que Hipatia y tú os habéis empeñado no representa sino el peso de una pluma en el plato de la balanza!

—Yo no lo veo así...

—¡Tú y tu marido sabéis lo que es pasar por una situación prácticamente idéntica, horrorosa: perdisteis a vuestra hija del mismo modo en que dos jóvenes de Burdeos han muerto a manos de ese cerdo de Desmarais, un bastardo malnacido que vende heroína cortada con Alprazolam! ¡Qué importancia tiene que la droga se adulterara en España o en Francia, él sabía perfectamente que eso era matarratas puro! ¡A santo de qué tanta caridad!, ¿o es que ahora cultivamos Virtudes Teologales? —

increpó en tono agrio—. Bueno, basta, se acabó, prefiero dejarlo..., ¡pasemos a otra cosa o no terminaremos nunca!

Durante un interminable minuto el silencio flotó sobre la habitación. Henry, con el ánimo atenazado, les vio revisar lo que parecía ser un índice de temas a tratar. Así iba escuchando, sus ojos se abrían con desmesura y los interrogantes comenzaban a dibujarse en su cerebro.

—Si no hay novedad significativa, no creo que valga la pena entretenerse con los expedientes de Ives Givry y Ernesto Carrillo Reyes, ¿no? —planteó Philippe Hillier levantando la vista del papel.

—Ninguna novedad. Para nosotros son tema zanjado —rechazó Cassel—. Solo me pesa el hecho de que no hayamos podido hacerle pagar a Carrillo Reyes todos sus crímenes de otro modo. Un agujero entre las cejas es un final demasiado amable. Merecía

que le extirparan sus órganos, empezando por los dobles, uno por uno, sin anestesia; hervirlos en sus narices y arrojarlos a los cerdos. Sócrates opina igual. En fin..., ¡bendita sea la bala!

—Dime, Pitágoras: ¿qué sabe la policía sobre estos dos casos, cómo están llevando la investigación? —interpeló Víctor Morel.

—Como de costumbre, con muy poca fortuna —ironizó Pierre—. Por lo que respecta a Ives Givry, no tienen nada. Vía muerta. La inspectora Claire Valéry lleva el asunto personalmente. En lo concerniente a Carrillo Reyes, el expediente pertenece al Departamento de Alpes Marítimos. Un inspector llamado Florent Le Bras está al frente de la investigación. Lo que ocurre es que Claire Valéry, que acumula la mayor parte de los dossiers de nuestro club, ha proporcionado a Le Bras una pista importante...

—¿Cuál? —interpeló Sophie.

—Esa mujer es muy inteligente, a pesar de todos sus fracasos. Entendió que un disparo así, tan preciso y a esa distancia, solo podía ser obra de un tirador de élite. Lo último que sé es que están revisando las listas de antiguos miembros del RAID y el GIGN, los cuerpo tácticos de intervención rápida...

—¿Quién ejecutó a Carrillo, tal vez Hunter?

—Sí, Hunter. Fue miembro del RAID hasta hace seis años... —asintió Cassel—; pero calma, no debemos preocuparnos. Ninguna inquietud. Ese hombre es el sigilo personificado; sin duda alguna, el mejor de nuestros ejecutores. Algunos trabajos solo se pueden dejar en sus manos.

En ese punto intervino Jacques Braud, el marido de Sophie. Henry, desde su privilegiado puesto de observación, detectó síntomas de intranquilidad en su rostro.

—Ya sé que siempre insisto en lo mismo,



hasta el aburrimiento, pero la seguridad, nuestra seguridad, es vital. Últimamente estamos haciendo cosas que nunca habíamos hecho. Con Hunter apretando el gatillo hemos proporcionado a la policía una línea de investigación clara y lógica. Por otra parte, Hipatia se involucró personalmente en la ejecución de Ives Givry, y lleva meses trabajando en el caso de Jean-Marc Poncelet. ¿Estamos saltándonos nuestras propias reglas!

—Ya conocéis a Hipatia. Es todo un carácter, una mujer indómita. Nadie más que ella podía abordar a Givry, encandilarle y ponerle la miel de una sesión de sadomasoquismo en los labios... —razonó el marchante—. En lo que a Poncelet se refiere, solo ha trabajado recopilando información sobre su actividad fraudulenta, y en el otro extremo del ovillo, al final del hilo. Nadie podría relacionarla jamás con Poncelet. No olvidéis, de todos modos, que aunque ese

financiero era uno de nuestros objetivos, lo que buscamos es abatir a un buitre infinitamente más importante: Alvar Bergeron, el presidente del Banco de Francia. El está detrás de ese falso suicidio. Y en eso se ocupa Hipatia ahora mismo, en prepararle la cama a Bergeron. De hecho, lleva casi dos años haciéndole la cama.

La ocurrencia de Pierre Cassel suscitó una carcajada general.

—Eso está claro, pero tengo la maldita sensación de que estamos jugando una partida de ajedrez de alto nivel —insistió Jacques Braud— basando nuestra estrategia en el cálculo de los siguientes diez movimientos del contrincante.

—Todos esos movimientos se efectuarán, de uno en uno. Los humanos son, y eso es algo que tú sabes bien, Ciorán..., o mejor dicho, somos, absolutamente previsibles. Alvar Bergeron intentará recuperar a cualquier precio los documentos de Poncelet que le

comprometen, y que ahora mismo están pendientes de estudio en los archivos de la central de policía de París. El escándalo ya ha estallado, y él se moverá rápido, antes de que la tormenta se convierta en huracán. Decidme: ¿a quién creéis que acudirá Bergeron a fin de recuperar esas pruebas?

—Por lógica aplastante, a su cuñado...

—Exacto. Otro puto corrupto que se ha enriquecido de manera fraudulenta. Calma, ya iremos a por él. Todo a su debido tiempo.

—¿Y después?

—Después, cuando Bergeron tenga esos documentos, Hipatia sabrá lo que hay que hacer. En la cama, claro. Una nueva risotada resonó en la estancia.

—Escuchándote, Pitágoras, todo parece fácil y sencillo, pero la realidad siempre supera cualquier expectativa. Yo no soy tan paranoico como Ciorán; de serlo, no podría dormir... — argumentó Víctor Morel con ironía—, pero

eso no es óbice para que comparta su inquietud.

—Déjate de inquietudes. Nuestra metodología es excelente; la forma en que hemos organizado nuestra sociedad, totalmente hermética... ¿Cuántos somos?, ¡ni Sócrates ni yo lo sabemos! ¿Lo sabes tú acaso? —increpó Pierre—. Yo sé quién eres, pero no tengo el más mínimo interés en saber cuántas personas colaboran contigo en tu área de acción. Por otra parte, nuestro sistema de comunicación, a través de Tetractys, es inexpugnable. La puerta de acceso se abre en Internet solo un par de minutos al día. Incluso en el supuesto improbable de que alguien pudiera acceder, ¿qué hallaría? ¡Nada, solo doce carpetas vacías a nombre de otros tantos filósofos muertos, y un sistema de conversación *online* encriptado! ¡No hay motivo de alarma, Voltaire, puedes dormir tranquilo, y lo mismo os recomiendo a todos!

—Mis miedos no residen en lo que puedo

controlar, sino en lo que está fuera de mi control...

—¿De qué hablas, si puede saberse?

—Hablo de tu amigo, de ese tal Henry Gaumont... —señaló Morel—. Estás jugando con fuego y podemos quemarnos todos. Nosotros jamás reclutamos a nadie. Nunca lo hemos hecho. Ese es uno de nuestros principios: no solventar venganzas ajenas. Creo que traerlo aquí ha sido una imprudencia por tu parte. Philippe piensa lo mismo. Lo hemos comentado al encontrarnos en el aeropuerto.

—Nosotros también somos del mismo parecer... —apostilló Sophie cruzando una mirada asertiva con su marido.

Henry, desde la penumbra exterior, vio como Pierre se llevaba las manos a la cabeza y deslizaba los dedos por sus cabellos, en actitud reconcentrada. A esas alturas, un miedo irracional comenzaba a invadirle, y su propia voz interior, convertida en orden imperiosa, le

instaba a retirarse de su puesto de observación, recoger discretamente sus cosas y salir como alma que lleva el diablo de aquella casa.

—Henry no sabe nada de nosotros, ¡nada! Además, está durmiendo. Le he puesto somníferos en la bebida como para tumbar a un elefante... —resopló Pierre visiblemente irritado—. Está aquí porque tengo planes para él.

En ese preciso instante, la voz de Gilbert Arcenau resonó en el lugar como una maldición.

—¡Te equivocas, Pierre, tu amigo está despierto, y bien despierto!

La exclamación congeló la escena como si el techo se hubiera abierto de golpe y una tromba de nitrógeno líquido se hubiera vertido en el interior. La sangre dejó de fluir por las venas de Henry, convertido en estatua de hielo. Comprendió, aunque demasiado tarde, con el corazón al borde del colapso, que Gilbert no

estaba en la habitación con el resto. Su cerebro había dibujado un mapa incorrecto a la hora de ubicarlos a todos, basándose en la presunción de que aquello que no veía, por quedar fuera de su ángulo de visión, podía darse por sobreentendido.

Un error mortal.

Gilbert Arcenau estaba a sus espaldas.

—¡Qué tal va eso, Henry!, ¿padeces insomnio o eres sonámbulo? —espetó con sarcasmo, propinando en su omóplato una palmada más contundente que la que le había regalado a su llegada—. ¡Nos estábamos quedando sin hielo, sin bebida y sin tabaco, menudo desastre, pero traigo de todo!

Dicho eso, Gilbert aferró el tirador de la puerta y la abrió de par en par, como un telón, inaugurando un nuevo acto de desenlace imprevisible. Henry se bamboleó como un tentetieso, mortalmente pálido. Sus rodillas se doblaron. Le pareció inevitable desplomarse e

ir a dar con sus huesos en el suelo. Todas las miradas estaban clavadas en él, convertido en el actor involuntario de una obra macabra, en el personaje bufo de una atracción circense.

Con un humillante empujón, Arcenau lo introdujo en la sala.

—¡Henry, qué sorpresa tan agradable! ¡Vamos, entra! —propuso Pierre con absoluto dominio escénico—. Aquí estamos, arreglando el mundo, para variar...

—¿Arreglando el mundo, dices...? —balbuceó dando un traspié.

—Sí. Nosotros siempre arreglamos el mundo. A nuestra manera, claro. Únete al grupo y bebe algo, ¿serías tan amable de servirle un whisky doble, Sophie?

Gilbert dejó la botella y la cubitera que portaba sobre la mesa y aproximó solícito una pequeña butaca desde el otro extremo de la estancia.

—¡Ponte cómodo, esto va para largo! —



sugirió con impostada amabilidad. Y colocando sus manazas sobre los hombros de Henry le obligó a sentarse.

—Tienes ojeras..., ¿has tenido alguna pesadilla? —preguntó Pierre, ofreciéndole el vaso de Lagavulin que Sophie había colmado—. ¡No sé dónde tengo la cabeza últimamente; no debí olvidar que a ti los barbitúricos no te hacen efecto! ¡Anda, bebe, no hay nada que un malta reserva de dieciséis años no cure!

—Necesito entender qué está pasando aquí... —murmuró enajenado el publicista—. ¿Por qué me has drogado, Pierre?, ¿qué juego os traéis entre manos? ¡Lo que he oído me aterra!

Cassel suspiró profundamente. Entrecruzó los dedos de las manos, y sin entretenerse en recabar el parecer de sus compañeros, contestó...

—Verás, Henry..., algunas cosas no pueden ser explicadas de manera sencilla. Tenía

previsto aprovechar estos días para hablar contigo. Contarte las cosas de forma pausada, coherente. Ahora me temo que será imposible...

—Hablabais de asesinatos. Leí en la prensa la noticia de la muerte de Givry, en París, y también la de Carrillo Reyes... —contó demudado—. ¿Formáis parte de una de esas organizaciones clandestinas que utilizan los gobiernos para ventilar asuntos sucios?

La pregunta formulada por Henry hizo que todos se vieran obligados, con mayor o menor éxito, a reprimir la hilaridad.

—¿Te refieres a uno de esos grupos que trabajan en las cloacas del Estado? —preguntó Pierre enarcando una ceja de forma cómica.

—Sí.

—¡Me gusta la idea, la verdad es que nunca lo había visto desde ese ángulo! —exclamó ufano, chasqueando los dedos—. Personalmente, prefiero creer que lo que

hacemos es algún tipo de... ¿justicia poética? ¡En fin, no importa! En cierto modo podría decirse que sí: que nos dedicamos al ingrato trabajo de limpiar cloacas y alcantarillas, fosas sépticas y sótanos malolientes. Este es un mundo terrible, despiadado, injusto. Las ratas y las cucarachas proliferan. Son cientos de miles y avanzan incontenibles, silenciosas, devorándolo todo a su paso; especialmente aquello que es bueno, noble y hermoso. Nosotros las exterminamos.

—¡Y sin cargo a los Presupuestos Generales del Estado! —apostilló Gilbert con socarronería, desatando una andanada de risas que no hizo sino acentuar el estado de absoluta confusión de Henry.

—¡No lo comprendo! O mejor dicho, me niego a comprenderlo... —confesó con expresión desolada—. ¡Planeáis y lleváis a cabo ejecuciones con absoluta sangre fría! ¡Es una locura, un despropósito! ¿Para qué cojones

tenemos policía y tribunales?

Sophie no dudó en intervenir. Habló con aparente tranquilidad, aunque el desdén y la amargura viajaban en el equipaje de su discurso.

—Las estadísticas son aplastantes, Henry. En todo el mundo, más del cuarenta por ciento de los crímenes y delitos no son resueltos jamás; bien por error procesal, falta de pruebas, indolencia o corrupción policial. En lo referido a los tribunales, se dice que la justicia vuela alto y lo ve todo, como un águila, aunque se mueva lenta, como las tortugas. Dos metáforas tan bellas como falsas. La justicia ve solo lo que quiere ver, o lo que puede y le dejan, cuando no hay soborno de por medio, ni intereses, ni órdenes superiores. Seguramente por eso, y no por su condición ecuánime e incorruptible, se dice que es ciega. Más allá de la imagen, es realmente ciega. Ni siquiera vislumbra por debajo de la venda, porque no hay ojos en sus cuencas vacías...

—Brillante, Diotima... ¿Sabéis? ¡Siempre me ha encantado esa máxima de Epicuro que dice que la justicia es la venganza del hombre social; y la venganza, la justicia del hombre salvaje... —ilustró Pierre de forma conclusiva, dirigiéndose a todos. Encendió un cigarrillo y se sirvió whisky.

—¡Muy buena frase! —zanjó Henry con la repulsa en los labios—. ¡A mi entender os define a la perfección: sois un hatajo de salvajes!

—Más que salvajes, preferimos considerarnos bárbaros ilustrados —corrigió Cassel, dando comienzo a un monólogo meditado y sin fisuras—; peripatéticos que reflexionan paseando ante las puertas de un imperio corrupto; herejes o apóstatas que abominan del signo de un tiempo decadente y enfermo; paganos sacrílegos y descreídos. Y al decir pagano no pienso en absoluto en los idólatras politeístas, sino en el concepto de

infidelidad y rechazo a la creencia y a la norma imperante, bien sea social, política, económica o religiosa. ¡No es lo mismo, amigo mío: las palabras y los conceptos tienen peso específico! ¡El salvaje de Rousseau es, por antonomasia, puro, inocente, natural y primitivo! ¡Por desgracia, no hay espacio para el buen salvaje en este mundo! ¡A los salvajes los barre la ametralladora o la excavadora! ¡Ojalá, pese a todo, nunca hubiéramos dejado de ser buenos salvajes de mirada limpia! Piénsalo: la civilización no ha conseguido suprimir el mal por la sencilla razón de que es imposible erradicar algo inherente a la condición humana; solo lo ha perfeccionado, en un largo y lamentable viaje, de la caverna al palacio, de la piedra al misil. Apenas una pátina de barniz. Llevamos milenios destilando y reprimiendo esa quintaesencia oscura, que existe y nos habita a todos, al igual que alimentamos de forma inequívoca y en la

misma medida el afán por el bien. Ángeles y demonios, eso es lo que somos. Seres escindidos, dobles. Voltaire no se equivocaba. El mal está ahí, incontenible, en el centro del corazón, tras una puerta endeble y sin candado. Por eso, más allá del fácil encaje que supone sumarse a la corriente establecida en la que sobrevive la gente común, siempre a la deriva, siempre zarandeada por las circunstancias, harta pero aquiescente, sometida a dogmas y reglas que obligan a negar una parte del ser, existe la vía socrática, la vía de la *skepsis*, que empuja a la reflexión y a la indagación profunda... ¡La *skepsis* es a la vez el motor y el propósito de la búsqueda!

—¿Qué mierda tiene que ver Sócrates y la filosofía con todo esto?, ¿dónde está la reflexión, cuál es la proposición o el axioma que conduce a la conclusión de que el mal debe ser pagado con mal?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Tiene gracia!

¡Todo y nada, Henry! El hilo argumental del pensamiento socrático, que continúa a través de los siglos hasta llegar a ese imperativo *sapere aude*, atrévete a saber, a pensar, a usar el intelecto, que proponía la Ilustración, y que se hilvana hasta el catártico y liberador Yo quiero de Nietzsche, exigiendo la irrupción del superhombre, capaz de alzarse y revolverse indómito ante la imposición aquiescente del Yo debo, entendido como estúpida sumisión que abotarga la voluntad y anula nuestra verdadera naturaleza, nos lleva, por fin, a asumir nuestro papel en el mundo real, de forma consciente y activa; más allá del bien y del mal, libres de la rémora de la moral judeocristiana; convertidos en jueces implacables que sin ignorar la piedad no tiemblan ante la sentencia...

—Un discurso muy bien ensamblado, un magistral alarde de demagogia... —convino Henry con sarcasmo, aplaudiendo a cámara



lenta—. ¡Hubieras sido un gran sofista en la Atenas clásica, Pierre! Seguramente, Protágoras de Abdera te habría considerado discípulo aventajado. En este mundo, y desde la óptica relativista, todo puede ser argumentado y justificado... ¡Incluso el mal! ¿Pero qué ocurre, dónde queda, en qué estercolero arrojamos el orden social, los logros, el proceso de civilización? Te aseguro que he meditado mucho en esos asuntos tras mi penosa experiencia personal... ¡Lo que hacéis convierte la locución latina *homo homine lupus* en una realidad aterradora!

—No hay espacio para un nuevo Contrato Social a estas alturas, Henry. Sí lo hubo en los días de Rousseau, pero no ahora. El mundo se ha convertido en una jungla de mercenarios y desaprensivos en la que impera el caos y la violencia, y ya nadie está dispuesto a ceder parte de su libertad a cambio de leyes, tutela y estabilidad. Tácito dijo que las leyes se

multiplican de forma exponencial cuanto mayor es el nivel de corrupción y degradación de una sociedad, ¡y nunca como ahora hemos tenido tantas y tan inútiles! ¡Abre los ojos: cada día, sobre el tablero, sobre el terreno de juego, el bien y el mal disputan su eterno partido, y el segundo gana siempre por goleada!

Philippe Hillien, que no había intervenido hasta el momento, no dudó en interrumpir a Cassel.

—Decía Brecht que cuando la verdad se ha debilitado hasta el punto de no poder defenderse, debe pasar al ataque...

—¡Ah, entiendo! Vuestra teoría se reduce al concepto de que en ausencia del bien, el mal debe ser combatido con el mal, ¿no? —repuso Henry.

—Sí, exactamente. Lo has resumido muy bien. No queda otra opción.

—¿Y qué me decís de la conciencia, os deja dormir tranquilamente cada vez que de

forma democrática decidís que alguien debe morir?

—Te aseguro que cada vez que Pierre nos comunica que una ejecución ha sido llevada a cabo sin problemas duermo como un niño. La conciencia solo es un simple superego internalizado... —razonó Gilbert Arcenau con aire de catedrático.

—Sí, lo sé, yo también he leído a Freud... —replicó Henry con desencantado cinismo—. ¡*Chapeau*, felicidades, sois los bribones intelectuales más brillantes que he conocido en toda mi vida! Supongo que preguntaros si creéis en Dios, o en algún tipo de principio o justicia superior, está fuera de lugar...

—¿Dios? ¡Vaya, ya salió Dios! ¡La verdad es que todos preferimos venerar a la Tetera de Bertrand Russell antes que a ese dios malévol, caprichoso y cruel, creado por los hombres a su imagen y semejanza a fin de asegurarse una buena dosis de terror existencial! —exclamó

Gilbert Arcenau con cara de mofa—. Nuestra Tetera Divina flota en algún lugar del espacio; no puede ser vista, medida o entendida, pero sabemos que está ahí: de ella dimana toda la Creación, lo visible y lo invisible, la evolución y el destino final, el castigo y la recompensa. ¡La Tetera está en los libros sagrados, en las tradiciones, en las plegarias! ¡Si alguien no se arrodilla ante nuestra Divina Tetera, lo entregaremos al Santo Oficio!

—¡Realmente Russell debió reír a base de bien mientras escribía semejante genialidad! —concluyó Pierre—. ¡El dios Tetera! Nadie en su sano juicio se tragaría una patraña tan descomunal, ¿verdad? ¡Lo mismo ocurre con esa idea de un dios tonante; desfasada e indigna, utilizada por el poder y la Iglesia para encadenar al hombre al servilismo y el miedo eterno...

—Me inclino a pensar que así es, pero lo lamento: me sobra toda vuestra prepotencia.

Ningún científico o pensador ha podido probar la no existencia de Dios —arguyó Henry, consciente de la inutilidad e irremediable deriva del diálogo.

—Sí, es cierto. Nadie lo ha hecho —aceptó el marchante—. Aunque no olvides que científicos eminentes como Hawking afirman que Dios no es necesario a la hora de explicar el origen del Universo, y que más de un padre de la Iglesia, y pienso en Tertuliano, terminó abjurando de su propia razón en aras de una fe ciega, con esa célebre máxima: *credo quia absurdum*, creo porque es absurdo... ¡Qué remedio, esto no hay quien lo entienda, y como no tiene el más mínimo sentido, mejor darlo por bueno y olvidarse! En el campo de la lógica pura, Dios solo es un *argumentum ad ignorantiam*, falacia en la que se incurre al inferir la verdad o falsedad de una proposición escudándose en la falta de pruebas que rodea al asunto. De todos modos, permíteme que te

recuerde que no recae, ni recaerá jamás, sobre los hombros de escépticos y ateos refutar ese embuste. Todo lo contrario: es responsabilidad de aquellos que proclaman y sostienen el dogma demostrarlo de forma empírica. Si la Iglesia ha sojuzgado durante siglos a los ateos a sangre y fuego, no puede pretender que nosotros seamos más magnánimos con ella...

—Entiendo que esa discusión bizantina sea tan vital para todos vosotros desde un punto de vista intelectual. Como Sartre y Camus, os acogéis, de algún modo, al razonamiento de Dostoievski: ¡Si Dios no existe, todo está permitido!

—¡Ni más ni menos, Henry! ¡Dios no existe! Y cuando se acepta esa afirmación, todo se desmorona: el bien y el mal, la moralidad, el propósito trascendente, el premio y el pecado. Todo. Solo queda la libertad por delante...

—¿Eres creyente, Henry? —preguntó con voz suave y dulce Sophie—. Yo lo era. Déjame

que te explique, de forma breve, mi historia. Nuestra historia. Jacques y yo nos casamos hace casi veinticinco años. A los dos años, tuvimos una hija. Cécile. Era una joven adorable, encantadora, llena de vida. Al llegar a la adolescencia, su inseguridad personal la llevó a desarrollar más de un complejo. Siempre ocurre lo mismo, las chicas difícilmente se aceptan delante del espejo, y menos en estos tiempos banales en los que la sociedad solo consume estereotipos. Empezó, de forma sutil, a apartarse de todo y de todos, relegó los estudios, su círculo de amigas, sus aficiones. Nos costó darnos cuenta de que estaba pasando por una depresión...

—Eso no es del todo cierto, Sophie. Repararnos en su fragilidad emocional. La llevamos a un psicólogo... —corrigió Jacques.

—Sí. Es verdad. Siguió una terapia encaminada a mejorar su autoestima —convino ella—. Al cabo de medio año mostró síntomas

de recuperación; parecía encontrarse mejor, más animada. Al entrar en la universidad hizo nuevos amigos. Amistades no muy recomendables. Jóvenes ricos, indolentes. No hay nada peor que el dinero en manos de inmaduros. Bebían y consumían drogas, aunque nosotros nunca supimos nada de todo eso.

—Una noche acabaron convenciéndola de lo bien que se sentiría con un par de buenas rayas de cocaína —continuó explicando Jacques—. No era la primera vez que la tentaban. Ella siempre había rehusado, pero aquel día había bebido, estaba eufórica y aceptó. Lo que se metió por la nariz era puro matarratas. Dos horas después, Cécile sufrió un derrame cerebral. Uno de sus amigos estuvo también al borde de la muerte, pero acabó recuperándose. Nuestra hija, por desgracia, no salió del hospital. Permaneció en coma durante dos semanas y falleció.

—Pasé todo ese tiempo junto a ella... —



recapituló Sophie—. Le hablaba y le ponía música, deseando que en algún lugar recóndito de su cerebro se encendiera una luz. No sé si era capaz de oírme, pero a mí me gustaba creerlo. Antes me has visto al borde del llanto, Henry..., ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—«Goodbye Yellow Brick Road», de Elton John, era su disco favorito...

—Lo lamento profundamente... — murmuró Henry compungido.

—La policía detuvo al traficante, pero un error procesal obligó al tribunal a dejarlo en libertad sin cargos —explicó Jacques con voz quebrada, haciendo suyo el relato—. Ese maldito hijo de puta salió libre..., ¡libre! Yo juré dedicar el resto de mi vida y todos mis recursos a hacérselo pagar muy caro. Teníamos amistad con Sócrates desde hacía mucho tiempo, aunque no sabíamos nada de sus actividades; ignorábamos que él había fundado

y presidía, junto a Heráclito, este club. Un día nos habló claramente, sin ambages, ofreciéndose a ayudarnos si aceptábamos las reglas de su sociedad. En concreto, una muy especial.

—¿Cuál? —interpeló Henry.

—Una cláusula que dice que solo puede ingresar en este círculo aquel que tome parte activa en la ejecución de una sentencia —aclaró Jacques, no sin antes buscar aprobación en la mirada de Pierre—. Puede parecer duro, terrible, pero nosotros aceptamos sin dudarlo. Tres meses más tarde, ese cabrón estaba en nuestras manos, atado e inerme en el sótano de una de las propiedades que tenemos repartidas por toda Francia. Sophie y yo acabamos con su maldita sonrisa de hijo de puta. Le matamos a lo largo de cinco eternos y maravillosos días, inyectándole en las venas pequeñas dosis de veneno.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó

Henry llevándose las manos a la cabeza.

—Si esa historia te ha revuelto el estómago, escucha la mía —propuso Gilbert Arcenau—. Te aseguro que vale la pena oírla.

—Lo dudo...

—Pues no dudes y escucha. Tuve una hermana. Cuatro años menor que yo. Era mi niña del alma. Estábamos muy unidos. Se llamaba Odile. Se casó con un vasco al que conoció durante unas vacaciones en San Sebastián. Durante un tiempo estuvieron viviendo aquí, en Francia, pero por motivos de trabajo acabaron instalándose en Zumárraga, en Guipúzcoa. Tuvieron un hijo, Jokin, un trasto maravilloso que nunca estaba quieto y nos volvía a todos locos —contó con aire ausente mientras un cigarrillo se consumía entre sus dedos—. Hace once años, un 7 de febrero, salieron de su casa, a las ocho y media de la mañana, camino del colegio. Siempre evitaban la ruta más corta, que les obligaba a pasar por

delante de una caserna de la Guardia Civil, pero ese día llegaban tarde...

Gilbert se detuvo y tragó saliva. Aplastó la colilla en el cenicero y miró a Henry con indescriptible tristeza.

—Una bomba colocada por ETA explotó justo en el preciso instante en que ellos atravesaban el paso de peatones. Murieron cuatro personas. Y una quinta sufrió lesiones irreversibles; a día de hoy, sigue en una silla de ruedas. De mi sobrino no quedó nada, Henry..., ¡nada! Enterramos solo partes de su cuerpo — prosiguió haciendo un verdadero esfuerzo de contención—. Esa desgracia nos destrozó la vida a todos. Mi padre no volvió a ser el mismo. Murió de un infarto dos meses más tarde. Yo estuve a punto de caer en la locura. Durante mucho tiempo intenté averiguar la identidad de los terroristas. La policía no pudo ponerles ni nombre ni apellidos. En el 2002, gracias a una operación conjunta de la policía

francesa y española, desarticularon a un comando de los llamados itinerantes. Por el contenido de un ordenador portátil se supo que un malnacido llamado Txema Aguirrebeña era en esos días el artificiero que preparaba los explosivos de la banda vasca. Localizarle no fue sencillo. Se ocultaba en una casa de campo, en las afueras de Bayona. Cuando finalmente logré dar con su paradero, pasé casi medio año vigilándole con absoluta discreción, instalado en la zona. Un día, de forma sorprendente, me abordó la persona que tienes a tu derecha, Henry. Philippe Hillien llevaba semanas observándome discretamente, intentando averiguar quién era yo y qué hacía allí. Destapó sus cartas cuando lo supo a ciencia cierta. Entonces me contó qué hacía y a qué se dedicaba. Philippe era miembro de nuestro club, y Txema ya era objetivo viejo. Me costó mucho creerle, pero me convencí cuando compartió conmigo toda la información que

poseía...

—A partir de ahí fue bastante fácil... — comentó Philippe, sumándose a la narración de los hechos—. Txema pasaba muchas semanas en absoluta soledad. Solo de tarde en tarde daba cobijo a miembros de la banda. Y nunca permanecían en la casa más allá de un par de días. Su única compañía eran dos perros, un par de preciosos pastores alsacianos. Los matamos una madrugada. Envenenarlos es la cosa más triste y desgarradora que he hecho en mi vida...

—A primera hora de la mañana, fingiendo haberme extraviado, detuve mi coche en la explanada frente a la casa y llamé a la puerta — prosiguió Gilbert—, con expresión confusa y un mapa en la mano. Con ese ardid tan simple logramos que Txema saliera al exterior, en pijama, sin armas. Philippe le asestó un golpe tremendo en la nuca. Lo atamos y le metimos en el maletero.

—Es suficiente, no sigas, te lo ruego —

propuso Henry al intuir el final violento del asunto.

—No. Debes oírlo todo... —rechazó Gilbert taxativo—. Las historias tienen principio y final. Si quieres vomitar, sal al jardín y vomita. No te confundas, no me gusta contar esto. No siento ningún orgullo especial. Eres el primer extraño a quien se lo explico. Con ese ajusticiamiento, Philippe y yo cumplimos la cláusula de Le Club. Es como un pacto de sangre, una marca de por vida.

—Puedo imaginar lo que hicisteis con ese tarado...

—No. No tienes ni idea..., ¿sabes cuántos litros de ácido sulfúrico se necesitan para hacer desaparecer un cuerpo? ¡Yo te lo diré, apúntalo: entre cien y ciento diez! —puntualizó—. Cuando Txema despertó se encontró suspendido del techo, sobre una pileta de acero inoxidable, en el mismo sótano en que Sophie y Jacques consumaron su venganza. Todos hemos

pasado por allí. Es un lugar idílico, te lo aseguro. El entorno es privilegiado, bellísimo. De esa casa sales infinitamente más relajado que del mejor de los balnearios...

—¡Basta! —gritó crispado Henry, sosteniendo su cabeza, tapándose los oídos—. ¡Acaba con esto de una puta vez!

—Até un peso considerable a los tobillos de ese bastardo, accioné la polea y le hice descender hasta que el ácido le cubrió las rodillas. Aulló como nadie ha aullado en este mundo, te lo aseguro. Aunque te parezca imposible, uno no muere rápidamente. Se quema vivo, se deshace, centímetro a centímetro, de forma paulatina; pero al mismo tiempo, como si aplicáramos un hierro candente, se cauterizan venas y arterias y se cortan las hemorragias. Txema murió cuando el ácido alcanzó sus órganos vitales. No quedó nada de él, excepto el cráneo. Decidí conservarlo. Un mes después lo dejé en la



entrada de su pueblo, en Andoain, en el País Vasco, bien blanco, con unas bonitas y sabias palabras de despedida escritas en el parietal con un rotulador indeleble...

—Así murió Txema... ¡Y no es el único etarra al que hemos retirado de circulación! — apostilló Pierre con orgullo, rompiendo el estado afásico que siguió al relato de Arcenau —. Lo diré una vez más. No hay Dios, ni intervención divina alguna; no hay bien ni hay mal. Solo amos y esclavos, lobos y corderos, criminales y víctimas, dolor y arbitrariedad. Nosotros nos hemos rebelado ante ese estado de cosas. Somos libres, y no tenemos reparo a la hora de usar nuestra libertad. La ley es inútil, una falacia, un subterfugio. La justicia es otra cosa..., ¡la justicia es nuestra!

—Por primera vez en mi vida, escuchar las palabras *libertad* y *justicia* me produce verdadero pánico. Un pánico atroz, Pierre. Ya basta, no quiero oír nada más..., ¡necesito salir

de aquí! —resolvió Henry.

Se puso en pie y cruzó la estancia en dirección a la puerta del jardín.

El marchante le observó a través del ventanal. Tras caminar unos metros desorientado, desapareció por las escaleras que conducían a la playa.

—¡La has jodido bien jodida, Pierre! —reprochó al punto Víctor Morel, gruñendo entre dientes.

—No. Todo está bien. Voy a hablar con él.

—Dudo que quiera seguir hablando contigo.

—Lo hará. No tiene otro remedio.

Cassel dedicó una mirada tranquilizadora a sus amigos, tomó de la mesa la botella de whisky y salió tras los pasos de Henry.

La noche era fresca. La luna flotaba como un globo suspendido en lo alto de la bóveda celeste, iluminando el paraje y enhebrando en la superficie del mar una miríada de destellos

plateados. Apenas soplabla viento. El agua lamía la orilla con absoluta mansedumbre.

Distinguió al publicista. Permanecía plantado solitario, con las manos en los bolsillos, encarando la impecable línea del horizonte.

Pierre se descalzó, encendió un cigarrillo y avanzó hasta ir a situarse tras él.

—Voy a preguntarte algo, Pierre. Y me vas a contestar con la verdad —alertó Henry al intuir su presencia.

—Lo haré.

—¿Estás detrás de los asesinatos de Miriam y Léopold?

La respuesta de Cassel se hizo esperar. El marchante dejó caer los zapatos y aseguró la botella, hundiéndola en la arena; después, aspiró una espesa bocanada de humo y contempló, con expresión beatífica, las estrellas.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

El silencio, ante esa segunda cuestión, aún resultó más lacerante.

—Porque aquella tarde, cuando tú y yo nos encontramos en el club La Flamme, logré leer en tu mente, entender entre líneas y silencios, y vi que el dragón enjaulado de la venganza anidaba en tu corazón... —contestó finalmente Pierre con voz serena—. Yo lo liberé por ti, yo di la orden, pero no te equivoques, Henry, tú ya habías matado, una y mil veces, a Miriam y a Léopold. Al igual que todo lo que existe en este misterioso Universo, la venganza es mental. Vive en nuestros pensamientos, en nuestros deseos, en nuestros sueños. Tal como yo lo entiendo, el balazo, el veneno o la daga no son sino un mero trámite. El deleite en el daño que infligiremos es la auténtica y real venganza. El desenlace, lo que sigue después, es solo una operación conclusiva...

—¡Maldito cabrón! ¡Todos decimos cosas que no deberíamos decir cuando se nos calienta la boca! —gritó Henry desahogado, crispando los puños.

—En esas ocasiones, el que habla es nuestro verdadero yo, nuestra auténtica naturaleza, salvaje e indómita; después, en segundo término, bajo los efectos del sedante social, lo hace el ser débil y domesticado que se somete a una descripción moral tan vacua como errónea... —prosiguió razonando Cassel—. Dime, Henry: ¿por qué nos gustan tanto esas películas en las que un pobre desgraciado, pisoteado por un déspota, humillado hasta extremos intolerables, reducido a la condición de gusano, logra desquitarse y culminar su venganza? ¿No te parece curioso y digno de estudio? —interpeló—. ¡Gracias a esas historias, que son, en el mejor de los casos, solo un pálido reflejo de la realidad, sobrevivimos! Y tras esa inyección de violencia

ficticia y controlada, tras esa subida de adrenalina, volvemos a lo nuestro, y seguimos soportando con estoicismo a los hijos de puta que convierten nuestra vida, y la de los demás, en un calvario...

—Ni Miriam ni Léopold pertenecen a esa categoría —negó Henry con la furia en los ojos—. Eran un par de bastardos; dos seres carentes de todo lo que es bueno; inmisericordes, sin ética ni humanidad. Un par de pequeños monstruos. Eso es cierto, pero como ellos hay cientos de miles en el mundo, millones, dime: ¿qué harás, los matarás a todos?

Cassel no contestó. Apuró el cigarrillo y lo arrojó lejos.

—Mi madre, Pierre, era una mujer sabia, piadosa, de las de antes —prosiguió Henry ante la falta de respuesta—. En más de una ocasión le oí decir algo que ahora cobra sentido. Decía que hay estancias en el alma que no se deben visitar, habitaciones en las que es mejor no

entrar nunca, cerrojos que no se deben descorrer. Tú lo has hecho. Has liberado algo que me asusta y que no soy capaz de controlar. Y ahora me pregunto qué debo hacer con todo el odio que me has regalado...

—Canalizarlo, emplearlo de forma inteligente, asumiendo un papel activo en el mundo. Ya no hay tiempo para las medias tintas...

Esas últimas frases resonaron como una maldición en el cerebro acribillado de Henry. Representaban más de lo que podía soportar a esas alturas. Giró sobre sus talones y cargó contra Pierre con la determinación de un toro, profiriendo un alarido inhumano. Cegado por la ira, descargó un demoledor puñetazo en su rostro que los desequilibró haciéndoles caer. Al punto, ambos quedaron trabados en un obstinado forcejeo. Sin dar tiempo a que el marchante pudiera reaccionar, Henry montó a horcajadas sobre su pecho y continuó

golpeándole con inusitada saña.

—¿Te has vuelto loco? ¡Qué coño haces!  
—increpó Pierre en medio de la monumental tunda.

—¡No hago nada, Pierre, nada! —gritó Henry enajenado, sin cejar en su castigo—. ¡Solo estoy liberando a mi verdadero ser, ese maldito demonio superior que tanto admiras!

Tras haber dado rienda suelta a toda su rabia, exhausto y con las manos quebradas, el publicista se puso en pie. Se tambaleó durante un instante y echó a andar, sin resuello, en dirección a la casa, pero a los pocos metros se detuvo y volvió sobre sus pasos, asomándose sobre el cuerpo inerme de Cassel, al borde de la inconsciencia.

Aferró uno de los botones de su camisa y lo arrancó de un tirón.

—Esto es mío, cabrón... —murmuró—. Púdrete en el infierno.

Y antes de retirarse definitivamente, le



asestó una tremenda patada en el costado a guisa de puntilla.

—¡Lo olvidaba, esto es de parte de Nietzsche! —ironizó, ebrio de violencia.

Pierre Cassel permaneció tendido en el lugar durante largos minutos, con un gemido de dolor en la garganta y un esputo sanguinolento en los labios. Cuando por fin recuperó la respiración y se sintió con fuerzas para levantarse, renqueó penosamente hasta la casa.

—¿Dónde está Henry? —balbuceó agotado al entrar en el salón. Se desplomó maltrecho en una de las butacas.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado, Pierre? ¡Estás sangrando por la nariz y la boca! —constató Sophie asustada, adelantándose con intención de atenderlo—. Iré a buscar una toalla y agua oxigenada...

—No es nada. Déjalo estar. Estoy bien...

—Iré de todos modos —decidió.

—¿Qué coño ha pasado, Pierre, dónde

está tu amigo? —interpeló Gilbert destemplado—. Te dije que esto no iba a funcionar.

—¿No está aquí? —preguntó con desconcierto el galerista—. Tal vez ha entrado por la planta de las habitaciones...

Sin dudarle, Gilbert abrió un maletín y esgrimió una automática.

—¿Qué demonios haces? ¡Deja esa pistola!

—Demasiado tarde, Pierre. O solventamos esto ahora o estamos perdidos...

Arcenau salió de la estancia y se precipitó escaleras abajo. Irrumpió en la habitación ocupada por Henry Gaumont como un vendaval, con el dedo crispado en el gatillo, decidido a enviarle al otro mundo.

Estaba vacía. Revisó el armario. Ni rastro de equipaje o enseres personales.

Optó por recorrer las terrazas y zonas exteriores adyacentes a la planta sin resultado

alguno. Con un mal presagio en el ánimo regresó sin demora al salón, donde estaban los demás. Sophie contenía la hemorragia nasal de Pierre.

—¡Nada, se ha esfumado! —anunció sulfurado.

—Eso no es posible... —musitó Víctor Morel con consternación—. Hay unos cuantos kilómetros hasta la carretera. Le cogemos.

En ese preciso instante, el rugido poderoso de un motor al ponerse en marcha les llevó a entender qué se proponía Henry.

—¡La madre que lo parió, esa es mi moto! —bramó Gilbert Arcenau—. ¡Ese cabrón se lleva mi moto!

Todos, incluso Pierre Cassel, corrieron en dirección a la puerta principal. Al salir solo alcanzaron a distinguir los pilotos traseros de la BMW lanzada a la carrera, atravesando la verja de la propiedad.

—¡Será hijo de puta! —gritó

descompuesto Gilbert. Apuntó a Henry, seguro de poder hacer blanco en su espalda; contuvo la respiración, afianzó su muñeca derecha y ya apretaba el gatillo cuando Cassel le dio un fuerte manotazo que desvió el proyectil.

—¡Pero qué coño has hecho! —recriminó desconcertado.

—Evitar que hagas una tontería...

A pesar de las magulladuras y el malestar, en los labios de Cassel se dibujó una amplia y abierta sonrisa. La admiración brillaba en sus pupilas.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara, Pierre? —espetó Gilbert convertido en una caldera a punto de estallar—. Yo no le veo la gracia por ningún lado.

—Cálmate, Gilbert. En unas horas recuperaremos tu moto. Henry la dejará en un lugar bien visible, en el aeropuerto de Toulon-Hyères... —aseguró él sosteniendo el tapón de algodón que obturaba su nariz—. Cogerá el

primer avión de regreso a París.

—¿Qué piensas hacer? —interpeló cariacontecido Jacques Braud, el marido de Sophie—. Estamos en un serio apuro.

—No haremos nada. No hay motivo por el que preocuparse —aseguró Pierre—. Aunque os cueste creerlo, todo se está desarrollando, paso a paso, punto por punto, conforme a mi plan.

**BENDITA NARCOSIS**

El chófer de Alvar Bergeron, presidente del Banco de Francia, detuvo el coche a una treintena de metros del domicilio del alto cargo, a la vista del enjambre de periodistas y unidades de televisión que montaban guardia en el cruce de la céntrica avenue de La Grande Armée con la calle de Denis Poisson.

Se volvió hacia el asiento trasero y esbozó una mueca de impotencia.

—¿Qué hago, señor, me detengo frente a la portería? —preguntó indeciso.

Alvar Bergeron desestimó de inmediato la posibilidad. Sabía que toda esa jauría de informadores, ávida por captar siquiera un traspié, una mirada de enojo o una palabra a destiempo, se abalanzaría sobre él así advirtiera su llegada.

—No. Será mejor que me aproxime andando... —decidió—. Esta llovizna me ayudará. El paraguas les impedirá reconocirme.

—Como prefiera, ¿a qué hora le recojo mañana?

—A la de siempre. No te retrases. Tengo una reunión importante a las nueve.

Tras decir eso, abrió la puerta, elevó las solapas de su gabardina y desplegó el paraguas, que mantuvo inclinado durante el breve trayecto hasta la portería.

La maniobra evasiva solo sirvió para retrasar el encontronazo. Un reportero de una emisora de radio fue el primero en descubrirle.

—¡Ahí está, ahí está, es Bergeron! — alertó cuando ya había salido a la carrera, con ventaja, dispuesto a colarle el micrófono en los labios.

Alvar le vio venir. A él y a todos los que le seguían. Parecían una manada de búfalos en

plena estampida.

—¡La madre que os parió a todos, hijos de puta! —maldijo entre dientes; pasando, de inmediato, a esgrimir una inefable y abierta sonrisa.

—¡Señor Bergeron, Antón Prideux, de Radio France! —espetó cerrándole el paso—. ¡Buenas noches! ¿Ha escuchado las declaraciones que ha realizado esta tarde el presidente Sarkozy?

—No, no he escuchado nada. Aunque le parezca raro, he estado trabajando hasta hace media hora... —repuso solícito, entendiendo que no podría faltar en dos requiebros a cuantos le rodeaban.

—Ha dicho que ningún francés debe preocuparse por esta acusación, que el prestigio del Banco de Francia está más allá de cualquier duda o bulo... —se apresuró Antón a explicar—. ¿Qué tiene que decir? ¡Entiendo que una acusación tan grave debe haberle



afectado!, ¿no?

Bergeron tomó aire y se revistió de dignidad. Revestirse de dignidad era más fácil que anudar una corbata; de hecho, ese era el principal requisito de su cargo. Miró al cielo durante un instante y cerró el paraguas.

—Lo único que puedo decirles, pues es tarde y me espera mi familia para cenar, es que nuestro presidente es un hombre inteligente, y que acierta en sus palabras. Ni él, ni François Fillon, nuestro primer ministro, ni ningún miembro de UPM, nuestro partido, debe inquietarse en absoluto... —declaró en tono monocorde, exento de cualquier atisbo de emoción—, pero lo que es más importante: ningún francés bien nacido debe dudar de la honestidad y transparencia de sus instituciones. Y ahora, si me lo permiten...

—Sí, sí, pero la acusación de Jean-Marc Poncelet, en esa carta distribuida a los medios por sus abogados, le acusa a usted

directamente... —disparó un periodista de *France Soir*, entrando a degüello—: Dice literalmente que usted se lucró y recibió grandes sumas de dinero de la Société Générale d'Investissement et Finances, en pago a su apoyo tácito y a su silencio.

—Escúchenme, porque no diré nada más... —advirtió Alvar estirando al máximo su cuello—: Jean-Marc Poncelet, cuya muerte lamentaba, pese a que no resulte elegante hablar de un difunto, un hombre un tanto mezquino. Recordarán que hace unos años, cuando estaba al frente de otra entidad, me mostré muy crítico con su forma de hacer las cosas. El Banco de Francia le cortó las alas en esa ocasión. El rencor suele terminar convirtiéndose en iniquidad. Supongo que al verse acorralado, sin salida, decidió esgrimir esa calumnia. El tiempo lo pondrá todo en su sitio...

Y sin dar pie a más, obligando con sus

impecables modales a que los periodistas le abrieran paso, alcanzó la portería del edificio.

El conserje, sacándose la gorra de plato, le abrió la puerta.

—¡Buenas noches, señor, lo lamento, llevan toda la tarde ahí!

—No se preocupe, es normal. Buenas noches.

Un minutos después, Alvar llegaba a la quinta planta del inmueble y abría la puerta de su domicilio. La asistenta, como de costumbre, acudió solícita y se hizo cargo de la gabardina, la chaqueta y la cartera.

—Gracias, Régine. Por cierto: ¿dónde está la señora?

—Está en la salita pequeña, señor. Si no me necesita, me retiro. La cena se servirá en media hora.

Alvar encontró a Thérèse entretenida. Intentaba completar un solitario con cara de poco éxito mientras lanzaba miradas furtivas al

pequeño televisor encendido.

—¡Ah, ya estás aquí, pensaba que te retrasarías! —comentó al reparar en su presencia. Tiró las cartas que no cuadraban sobre el terciopelo verde, se puso en pie y prendió un breve beso en sus labios—. ¿Cómo va todo? ¡Trataba de acabar un solitario, pero no hay manera, hoy no es mi día, estoy nerviosa!

—Bien, todo va bien... ¿A santo de qué esos nervios?

—Estoy preocupada. En televisión no paran de hablar de Poncelet y de ti. Esta tarde he visto un coloquio en el que los tertulianos decían que esto no está nada claro, que aquí hay algo muy turbio y que la investigación debe proseguir a toda costa.

—¡Cómo puedes hacer caso a toda esa basura! ¿No ves que esos buitres se alimentan de carroña? —reprochó sin inmutarse.

—Sí, lo sé, Alvar, pero todo esto me ha cogido por sorpresa y no sé cómo llevarlo —

confesó ella, alisando los pliegues de la camisa de su marido, con voz remisa—. Esta mañana he estado en el club, con mis amigas. Y no he dejado de tener la molesta sensación de que me miraban de un modo especial. Incluso las he pescado cuchicheando a mis espaldas. Al marcharme me silbaban los oídos. Necesito saber que todo está bien...

—¡Todo está bien! —exclamó él sonriente, aferrándola por los hombros—. Escucha, tengo que hacer unas cuantas llamadas. Que no me moleste nadie. Después me cambio y cenaremos...

—¿Vas a llamar a mi hermano, a Frédéric?

—Sí, pensaba hacerlo.

—Dile que no olvide que el sábado es el cumpleaños de nuestra hija y de nuestro nieto. Dile que yo llamaré mañana a su mujer. Ha prometido echarme una mano con todo. Seremos más de veinte... —solicitó.

—Así lo haré. Descuida.

Bergeron entró en su despacho, cerrando cuidadosamente la puerta a su paso; se sirvió un par de dedos de whisky del mueble bar y se acomodó frente al escritorio. Tras marcar el número de su cuñado, Frédéric Péchenard, director general de la Policía de París, esperó respuesta haciendo trotar los dedos de su mano derecha sobre la madera.

—¿Sí?

—¡Frédéric, buenas noches, soy Alvar!  
¿Te cojo en mal momento, cenabas?

—No, tranquilo, todavía no, ¿qué tal va todo?

—Bueno, dejémoslo en bien. Escucha, antes de que se me olvide: recordad que el sábado tenemos doble cumpleaños. Me dice Thérèse que mañana llamará a Corinne para ponerse de acuerdo...

—Perfecto. Te he visto este mediodía en las noticias...

—¡Ah, ya, lo supongo, no hay manera de

librarse de la prensa!

—Te recomiendo que andes con pies de plomo cuando hables... —sugirió—. Me ha parecido que la situación te superaba ligeramente; has estado algo prepotente, soberbio, incómodo, y eso no es bueno. La cara de perro degollado es la que mejor funciona en estos casos.

—Sí, lo sé, ¡pero empiezo a estar harto! El acoso de estos tres últimos días está resultando insufrible —alegó Bergeron, recordando el desagrado con que había atendido a un medio de comunicación a primera hora del día, al entrar en la sede del Banco de Francia—. Estoy empezando a dormir mal, muy mal.

—Yo creo que no tienes que preocuparte en exceso. Solo se trata de navegar a velocidad de crucero, mientras la presión inicial se diluye —ponderó Frédéric—. Lo importante es que Poncelet ya no está...

—Y ese favor te lo deberé eternamente.

—Nada de favores entre nosotros, Alvar, somos familia... —tranquilizó—. Tú nos has hecho muchos. Además, todo resultó muy fácil, ya te lo dije: el director de la prisión de La Santé es mi mejor amigo, desde la infancia.

—Estoy tranquilo al respecto. Lo que me preocupa es que la investigación va a continuar. El juez del Tribunal de Delitos Económicos ha dado orden de que todo el archivo de Poncelet sea trasladado a los juzgados y estudiado a fondo...

—Aquí, de momento, nadie ha movido nada. Las cajas siguen en el sótano de la central de policía de París. Mañana me enteraré, ¿qué pasa con el archivo?

—¡Joder, lo que pasa es que Jean-Marc Poncelet posee algunos documentos que me comprometen! En los últimos tres años efectuó numerosos ingresos en un par de cuentas bancarias a nombre de dos sociedades



de las que soy titular, en las islas Comores. Junto a los comprobantes, también tiene en su poder unas cuantas cartas que cruzamos y que no dejan margen a las dudas. Son una bomba de relojería...

—¡Eso tendrías que habérmelo dicho antes! —reprochó Frédéric.

—Mi abogado, Clément Laroche, se está encargando de trasladar el dinero, liquidar esas empresas y borrar rastros, ¡por cierto: Laroche visitó a Poncelet en la prisión, el mismo día de... de su suicidio! ¡Llevo toda la tarde recordando ese detalle y quería comentártelo, no debe quedar ni un cabo suelto!

—¡A ver, calma, vamos por partes! — resolvió el alto cargo de la policía—. Eso no es problema, conseguiré que borren el nombre de Laroche del libro de entradas, dalo por hecho; lo apunto..., ¿has dicho Clément Laroche?

—Sí..., ¿y los papeles?, ¿qué hacemos con eso? —insistió Bergeron intranquilo.

Frédéric Péchenard se sumió en un prolongado silencio; por un instante, Alvar llegó a pensar que la comunicación se había cortado.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí... ¡Ya está, lo tengo! ¡Ahora mismo llamaré a Lauzier!

—¿Quién es ese?

—Mi mano derecha. Dirige el departamento de investigación criminal. Es de absoluta confianza y nada dado a remilgos — explicó—. Por descontado, tendremos que agradecerle con absoluta generosidad sus servicios. Sus hombres revisarán todos los documentos de Poncelet y darán con tus papeles en un par de días a lo sumo. Le pediré que busque algún tipo de excusa que justifique el retraso en el traspaso de lo incautado a la Société Générale d'Investissement et Finances a los juzgados.

Al oír eso, Bergeron se dejó caer contra

el respaldo de la butaca, aliviado. Cerró los ojos y bendijo mentalmente la suerte de tener compañeros de viaje tan resueltos y eficaces.

—¡No sabes el peso que me quitas de encima! —confesó—. Gracias...

—Algo más, Alvar: mándame esta misma noche un correo con los nombres de esas empresas, números de cuenta, fechas en que se cursó esa correspondencia, y todo lo que creas que puede facilitar localizar todo eso..., ¿entendido?

—Entendido. Esta misma noche. Nos veremos el sábado. Un abrazo.

Alvar colgó el auricular. Se quedó absorto, vacío, contemplando con detenimiento las fotografías que tenía sobre su mesa, enmarcadas en delicadas ventanas de plata. Una de las imágenes congelaba un momento muy especial de su vida.

El día en que él y cuatro amigos, inseparables compañeros de carrera,

obtuvieron su licenciatura en Ciencias Económicas en un solemne acto celebrado en el paraninfo de La Sorbona.

De eso se cumplirían pronto cuarenta años.

No había vuelto a saber nunca nada de ellos. Sus huellas se difuminaban en algún recodo del tiempo. Seguramente, todos ellos se habían quedado muy atrás en el camino al éxito.

En su cerebro resonó el sonido de un corcho y el entrecocar de copas.

Y el brindis eufórico al que todos se sumaron, mientras en las calles se alzaban barricadas y se pedía, en un ejercicio de realismo, lo imposible.

«Por nosotros, por un mundo mejor.»

Sin dudarlo, Alvar Bergeron vació de un trago el vaso de whisky. Con los ojos cerrados se deleitó en su sabor añejo. Después, dejó que corriera garganta abajo, cauterizando

conciencia y recuerdos.

De regreso al bendito estado de narcosis.

## LAS SOMBRA DE UNA DUDA

Henry Gaumont dejó que su mirada se elevara en espiral, acompañando el sinuoso bajorrelieve helicoidal de la columna situada en el centro de la plaza Vendôme de París. Y que luego descendiera planeando hasta el suelo. El pavimento aparecía recubierto por una fina película de humedad, debida a la lluvia intermitente que caía desde hacía dos días sobre la capital. Ese espejo de piedra devolvía el reflejo atenuado de los escaparates de las joyerías. Tras las lunas, un diáfano y rutilante universo de piedras preciosas, oro y platino reclamaba la atención de los viandantes, que se detenían brevemente, dispuestos a bañarse en el fulgor de lo quimérico.

El ánimo del publicista había oscilado como el péndulo de un reloj desde su salida

precipitada de la villa de Pierre Cassel, en un enervante y agotador viaje entre la estupefacción y la ira, el lamento y el deseo de venganza.

No había podido dejar de pensar ni un solo instante en todo lo sucedido, ponderando su situación, hundido en un dilema que se le antojaba irresoluble. Lejos de entretenerse en la estéril tarea de intentar comprender de qué modo una retahíla de catástrofes puede llegar a concatenarse como los eslabones de una maldición, buscaba averiguar cómo salir de ese túnel lóbrego que el destino había interpuesto en su camino.

Ese mismo día, a media mañana, había pasado más de dos horas dando vueltas por las inmediaciones de la jefatura superior de Policía, intentando reunir los arrestos necesarios para entrar y poner su historia y suerte en manos de la inspectora Claire Valéry. No guardaba en absoluto buen recuerdo de los

dos únicos encuentros que había mantenido con esa mujer. Cuerpo a cuerpo, en distancia corta, resultaba exasperante, incisiva, recelosa. Lidar con ella y lograr convencerla era más complicado que derribar y hacer besar la lona a un luchador de sumo japonés.

Además, desde cualquier óptica, incluso la más ecuánime, él era un inocente cubierto de mierda hasta las cejas. Nadie en su sano juicio creería en la bondad de quien acarreaba en el mismo saco antecedentes por maltrato, un homicidio en defensa propia y la sospecha de haber planificado dos crímenes.

«A ver si lo he entendido bien, señor Gaumont, ¿me está hablando de un club de asesinos de clase alta, de un grupo de millonarios ociosos que se dedica a matar por puro deporte?»

Seguramente, la inspectora le escucharía con la sorna en los labios, le acribillaría a preguntas, hasta hacerle perder los estribos, y



resolvería, tras interminables horas confinado en aquel cuartucho claustrofóbico, meterle entre rejas. O lo que aún sería peor y más factible: en un centro psiquiátrico de alta seguridad.

Tampoco podía confiar en que la investigación posterior, si es que llegaba a producirse, diera fruto alguno. Pierre Cassel lo había hecho bien. Ahora sabía de lo que era capaz. Ni él ni los suyos dejaban nada al azar. A buen seguro habían calculado hasta la más mínima contingencia, diseminando, aquí y allá, indicios y pruebas destinadas a inculparle. El brazo de ese círculo de criminales de guante blanco era largo. Estaban acostumbrados a acechar durante meses a una presa, estudiar sus movimientos, acorralarla y acabar con ella. Los muros de una cárcel o de un hospital psiquiátrico no les detendrían de saberse en peligro.

Debía resolver por su propia cuenta el

asunto, sin intervención policial; diseñar una estrategia que, de modo ineludible, pasaba por despejar la sombra de una duda...

Se aproximó hasta el elegante establecimiento de Adèle Mercier y fisgó entre los resquicios del magnífico tesoro que descansaba sobre seda y ramas secas, tras el cristal blindado. Acabó distinguiendo a la joyera. Permanecía puesta en pie, tras una mesa, ordenando en bandejas de terciopelo verde un muestrario de sortijas y collares que un par de dependientas se encargaba de retirar y poner a buen recaudo.

No pudo evitar suspirar profundamente al ver su rostro. Su cerebro le había jugado una mala pasada. Adèle era más bella de lo que lograba recordar.

Echó un vistazo al reloj. Las ocho menos cuarto. Llamó al timbre y entró.

Una de las jóvenes acudió solícita a recibirle, con cara de estar dispuesta a trabajar

más de lo debido con tal de hacer una buena venta de última hora.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

Henry se disponía a improvisar, cuando Adèle, desde el otro lado, clavó sus ojos perfectos en él. Era obvio que le había reconocido, pero su rostro no dejó traslucir la más mínima emoción.

—¡No te preocupes, Sarah, yo me encargaré! —sugirió—. Id guardando las bandejas en la caja fuerte. Cuando terminéis os podéis ir.

Henry se aproximó intentando controlar el manojito de nervios que se había desatado en la boca de su estómago.

—Buenas tardes..., ¿qué desea?

—Quisiera adquirir algún detalle, alguna joya, para alguien muy especial.

—¿Tal vez alguna pulsera, un collar o un broche? —indagó ella, creando con su tono, pausado y distante, una tierra de nadie entre los

dos.

Henry supo que no iba a resultar fácil atravesar esa línea.

—La verdad es que no lo sé. Por circunstancias largas de explicar, no conozco en exceso a esa persona —adujo dispuesto a jugar—, aunque sí que es cierto que es muy especial para mí.

—Supongo que al menos podrá usted describirla; sus rasgos, su estilo, sus gustos... —aventuró con absoluta cortesía.

—¿Sabe? Es curioso, siempre había creído ser un buen fisionomista. Por mi trabajo he tenido que solicitar y seleccionar, en más de una ocasión, modelos de agencia, y nunca era muy complicado —explicó él lanzándose a tumba abierta—; pero con esa mujer es completamente distinto...

—Pruebe...

—Es escandalosamente guapa; tanto que, de no haber dado ella el primer paso, yo no me

hubiera atrevido a entablar conversación jamás...

—Eso más que una virtud parece un defecto —bromeó.

—Tiene un aire de fierecilla salvaje, indómita, impredecible, semejante a Kate Beckinsale, aunque con las facciones serenas e insuperables de Famke Jensen...

—¿Las actrices? ¡No recuerdo demasiado bien sus rostros!

—Es elegante, algo clásica, sofisticada, ¿recuerda a Kristin Scott Thomas?

—Sí, claro.

—Camina como ella...

—De ser yo esa mujer, no perdería el tiempo y me dedicaría al cine.

—La noche en que la conocí vestía como si acudiera a una recepción de Estado en el Elíseo, impecable y seductora; de hecho, juraría que se codea con la alta sociedad de París, a pesar de que algo me dice que no le

interesa el oropel ni la estupidez social lo más mínimo... —concluyó—. Es demasiado inteligente para entrar en ese juego fatuo.

—Esmeraldas y perlas...

—¿Cómo?

—Tal como ha descrito a esa mujer, no creo que sienta especial predilección por los diamantes —dijo con aire reflexivo—, brillan demasiado, son estridentes; tampoco por los rubíes, que dejan entrever un carácter pasional; seguramente, el oro y el platino le parecerán vulgares. Esmeraldas y perlas naturales son lo suyo. El zafiro azul también podría encajar con su estilo.

Las dos empleadas de la joyería se acercaron discretamente en ese momento. Adèle se disculpó con Henry y las despidió en la puerta, asegurándose de echar el pestillo. Hecho eso, regresó al mostrador.

—Si quiere que le sea sincera, le diré que probablemente esa mujer no espera ni desea

ningún tipo de regalo —espetó sorprendentemente dando por finalizada la pantomima—. Yo diría que una explicación a tiempo habría bastado...

—Adèle, yo...

—No, Henry. Calla. Déjame hablar... — insistió visiblemente molesta—. Estuve esperándote durante horas, sin saber qué ocurría. Intenté comunicarme contigo una docena de veces, sin resultado. Acabé angustiándome, convencida de que tal vez habías sufrido un accidente. En esas estaba cuando recibí una llamada de la policía. Media hora después, dos agentes se presentaron en mi casa.

—Lo siento, de verdad, créeme. He venido a contarte lo que sucedió.

—¿Diez días más tarde? ¡Te ha costado decidirte a sacar la cabeza, no crees! — reprochó destemplada—. Esos dos sabuesos me interrogaron durante más de una hora, sin

explicarme en absoluto qué estaba pasando. Les dije que habías estado conmigo los dos últimos días, pero ellos insistieron, me acribillaron a preguntas; querían saber si yo conocía a varias personas que habían sido asesinadas, quién soy y a qué me dedico, qué relación mantenemos tú y yo. No veían claro el hecho de que sabiendo tan poco de ti hubiera pasado contigo casi cuarenta y ocho horas. Deduje que estabas metido en algún asunto sucio. Al día siguiente leí en los periódicos que se habían producido dos crímenes en París, y recibí la llamada de una inspectora. Me citó en la comisaría y me hizo pasar por un interminable suplicio... ¡Más de tres horas en un despacho haciéndome repetir hasta el aburrimiento lo que ya había declarado, buscando descubrir contradicciones e incongruencias en mi relato!

—Conozco a esa mujer. Entiendo que estés alterada, tienes todo el derecho...

—¿Sabes cómo me sentí teniendo que



explicarle a esa mal follada todo lo que hicimos y hablamos? —interpeló—. ¡Fue humillante, Henry! ¡Me dejaste un buen morado en el cuello, imposible de ocultar, y un arañazo en el brazo! ¡No puedes llegar a imaginar lo que esas marcas dieron de sí! Lo único que esperaba, después de haber aguantado todo eso, era una llamada, una explicación...

—Ya basta, por favor, te lo ruego. Si no has sabido nada de mí hasta ahora, es porque necesitaba calmarme, respirar, aislarme y poder pensar, entender todo lo que de manera incomprensible ocurre a mi alrededor... —exigió Henry taxativo—. Estoy bajo el influjo de una maldición; una maldición que ya lleva durando demasiado tiempo. Aunque te cueste creerlo, me importas más de lo que estoy dispuesto a admitir. Has sido la primera persona que ha logrado que yo olvidara, siquiera durante unos días, durante un lapso feliz, el peso de mi historia personal. Por eso

no quise verte de inmediato, no quería presentarme desencajado y hundido; necesitaba ponerlo todo en orden; explicármelo para podértelo explicar. Voy a pedirte una cosa, algo muy sencillo...

—Deberá serlo. No me siento demasiado generosa...

—Concédeme una hora. Solo una hora de tu tiempo. Salgamos de aquí, tomemos un café, y te contaré lo que ha ocurrido —propuso—. Una vez hecho eso, si lo dicho no te convence, si queda alguna duda en tu ánimo, si no te sientes satisfecha, me iré y no volveremos a vernos.

El tono resuelto y la seguridad que Henry esgrimía lograron aplacar el enojo de Adèle. Permaneció unos segundos en silencio, dubitativa. Tras efectuar un notable ejercicio de contención, terminó accediendo. Recogió sus cosas, hizo descender las cortinas de los escaparates, comprobó las alarmas y apagó la

luz.

Atravesaron la plaza sin cruzar palabra, hasta una cafetería de la calle Saint Honoré, a pocos metros del domicilio de la joyera.

En poco menos de la hora que había solicitado, Henry logró hilvanar el relato pormenorizado de los hechos que habían trocado su plácida existencia en un infierno; la catastrófica avalancha de infortunios que arrasó sus días de éxito profesional y sepultó su matrimonio; el inevitable naufragio existencial que le llevó a alimentar, en los siguientes meses, el deseo de venganza, y a flirtear con la idea del suicidio; finalmente, el incomprensible hado que manipuló el destino e interpuso en su camino a un maleante que reclamó una bala.

Una bala en cuyo casquillo él había grabado la palabra *epílogo*.

Atrapada por el vértigo del relato, Adèle apenas abrió los labios; se limitó a remover

con la cucharilla una taza humeante que acabó fría e intacta.

—Y esa es mi historia. Al menos la primera parte. Poco después conocí a Pierre Cassel y empecé a trabajar para él —concluyó Henry—. Y hace diez días, en aquella subasta, tú y yo nos encontramos... ¿Me creerías si te digo que por unas horas llegué a convencerme de que mi suerte había cambiado? Ahora sé que no es así, y que solo he saltado de las brasas al fuego.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya te lo explicaré. Es algo tan inverosímil que todavía lo estoy digiriendo... —murmuró Henry—. Lo que sigue es aún más complejo y desconcertante que lo que te he contado, pero antes de hacerlo necesito saber que me crees, que estás convencida de mi inocencia.

—Por completo. No me cabe duda alguna —balbuceó ella cariacontecida—. Creo que

debo pedirte perdón...

—¿Por qué?

—Porque he sido tremendamente injusta contigo. Es mi forma de ser. A veces me odio, soy dada a rabietas de niña mimada —admitió—. No podía imaginar algo así, ni remotamente. Recuerdo que aquella primera noche, mientras cenábamos, te dije que no parecía que la vida te hubiera maltratado. Es evidente que me equivoqué. Lo siento mucho...

—No hay nada que perdonar.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Estás en libertad provisional?

Henry negó. Sorbió el café que restaba en su taza.

—Estoy en libertad sin cargos. No existen pruebas contra mí, Adèle, pero ya te he dicho que esto es solo una parte de la historia. Estoy convencido de que en los próximos días pasarán más cosas...

—¿Todavía más cosas? ¡Me das miedo! —

comentó con inquietud al advertir su mirada perdida y taciturna—. Quisiera que me lo explicaras con calma, pero no aquí. Esto se está llenando de gente y no es un buen sitio para hablar, ¿me concedes ahora tú a mí una hora de tu tiempo?

—Todo el que desees.

La joyera sugirió proseguir con la conversación en su casa y él aceptó sin reservas. Ya en la calle, a los pocos pasos, ella se cogió suavemente de su brazo.

Henry sonrió al advertirlo.

—¿Aún se estila eso de caminar cogidos del brazo? —ironizó encantado.

—No lo sé. Es agradable. Hace mucho tiempo, más del que puedas imaginar, que no lo hacía —repuso mirándole de soslayo.

—Por qué será que me cuesta creerte...

—¡No te estoy mintiendo!

—Mi memoria es proverbial. Me dijiste que tenías muchos amantes. Una agenda

repleta. De hecho, hoy es martes y tal vez tenías una cita que mi presencia te obliga a modificar, ¿no? ¡A mí me habías reservado los viernes! —reflexionó con guasa—. ¡Seguro que más de un candidato está chapado a la antigua y se muere por pasear contigo del brazo!

—¡Lo tuyo es para hacérselo mirar, te las pintas sólo haciendo añicos momentos agradables! —reprendió Adèle ahondando en la broma—. Como prefieras: te he cogido del brazo porque el suelo está húmedo y resbala; no sé si te has fijado, pero voy con tacones.

Y tras un breve paréntesis, adoptando un tono serio y pausado, añadió...

—Te hablaré claramente: no tengo ninguna lista de amantes, ni tampoco una agenda de compromisos ineludibles. Jamás he querido tender lazos que acaben convirtiéndose en sogas. La asfixia no va conmigo. No soporto esa idea. Confieso que contigo ha sido distinto desde el primer momento. Me gustas

demasiado, no lo negaré, pero necesito tiempo. En estos momentos existe alguien en mi vida; es algo circunstancial, con fecha de caducidad. Y no me preguntes si hay sexo de por medio, porque lo hay. De todos modos, quiero que sepas que no siento nada por esa persona. Nada en absoluto. Puedo comprender que no lo entiendas, pero de momento no puedo explicarte nada más. Deberás ser paciente..., ¿podrás serlo?

Por toda respuesta, Henry la abrazó y la atrajo con decisión, eliminando el mínimo espacio que les separaba. Deslizó un monosílabo afirmativo en su oído y engarzó un beso en sus cabellos, que parecían hebras de seda. Ella, a su vez, le rodeó por la cintura y sonrió.

Reencontrarse con el paisaje familiar en el que los dos habían compartido largas horas de absoluta complicidad influyó de manera casi mágica en el ánimo de Henry; de algún modo,



no había dejado de soñar con la casa de Adèle desde el mismo momento en que salió por la puerta.

Todo estaba en su sitio, tal como lo recordaba. Habían pasado demasiadas cosas en diez días. Y todas, de golpe, se le antojaron un espejismo.

Sorpresivamente, ella se desprendió de la chaqueta y del reloj y desabrochó con descaro los primeros botones de su blusa. En dos saltos, al tiempo en que se deshacía de los zapatos, se abalanzó sobre él con un brillo lascivo en los ojos y una sonrisa llena de picardía en los labios.

—¡Recuperemos el tiempo perdido! — propuso con desenfado.

Henry supo que no podría resistir ese ataque frontal, que el deseo de tener de nuevo a Adèle pegada a su cuerpo se convertiría en pocos segundos en algo totalmente incontrolable. Correspondió al arrebatado de

efusividad mordisqueando sus labios y su pecho, mientras se esforzaba por atenazar su talle felino y por poner brida y estribos a su propia fogosidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vas tan rápido? —inquirió con falso asombro—. La noche es larga, y vale la pena que nos la bebamos a tragos cortos, ¿o prefieres que nos saltemos de un plumazo los preámbulos, el encanto del fuego, la música y la conversación?

Al oír eso, Adèle cejó en su asalto y le miró con desconcierto. No tardó en comprender lo que estaba pasando. Henry parafraseaba, con evidente sorna, las palabras que ella utilizó durante su primer encuentro.

—¡Serás cabrón! —gritó desahogada, estallando al punto en una sonora y larga carcajada—. ¡Esta me la vas a pagar muy cara! ¡No habrá clemencia, vendrás a mí de rodillas, suplicando que te deje ser mi esclavo!

Se zafó enérgicamente del cerco que eran

sus brazos y comenzó a golpearle con los puños cerrados, como si aporreara una puerta. Henry se salvó por la campana de aquel delicioso cuerpo a cuerpo cuando el teléfono de Adèle comenzó a sonar.

—¡Esto solo aplaza el combate! —juró ella desfondada, señalándole con el índice con cara de pocos amigos mientras intentaba localizar su móvil.

Como era habitual, lo encontró en el fondo de su bolso, cuando ya había agotado interjecciones y blasfemias.

Miró la pantalla, frunciendo el ceño, y contestó.

—¿Sí? ¡Ah, hola, casi se me olvida! ¿Puedes esperar un momento? —preguntó. Después, tapando el aparato, se dirigió a Henry —. Disculpa, es el encargado de mi tienda de Lyon, necesito hablar con él..., ¿me das unos minutos?

Buscando aislarse, Adèle entró en su

despacho y cerró la puerta.

Henry paseó por el salón, con las manos en los bolsillos y el recelo en la mirada. Estuvo tentado de abrir y fisgar en los cajones de una escribanía antigua, pero se contuvo al entender que el paréntesis abierto sería probablemente breve. No podía arriesgarse. Optó por ir a la cocina y echar un vistazo en la nevera.

Cuando Adèle regresó al cabo de diez minutos, se encontró con dos copas de Veuve Clicquot Ponsardin recién escanciadas sobre la mesa y una bandeja de canapés salados.

—Me he permitido preparar algo. Los reencuentros deben celebrarse, ¿no? —afirmó en tono seductor Henry, cómodamente instalado en el sofá, dando buena cuenta de una tostada de foie—. ¿Todo bien?

—Problemas, para variar... —dejó caer ella con fastidio.

—¿Qué ocurre?

—Nada irreparable. Un collar de

diamantes de precio muy elevado, diseñado por encargo, no ha complacido en absoluto a uno de nuestros clientes. Habrá que desengarzar las piedras y empezar desde cero. Ocurre con frecuencia... —comentó distraída. Tomó su copa y la vació en dos tragos—. ¡Por fortuna Dios inventó el champán!

—¡Y las reyertas entre amantes! —azuzó Henry lanzándole un cojín.

—¡Cabronazo, espera a que recupere fuerzas y sabrás lo que son heridas de guerra! —amenazó beligerante, riendo de buena gana.

Tras el refrigerio, de común acuerdo, optaron por ventilar sus discrepancias entre sábanas. Renunciando a su naturaleza dominante, Adèle se mostró en esa ocasión receptiva y dulce, dejándose amar, capitulando sin condiciones.

Al cabo de media hora languidecía, entre bostezos, ronroneando satisfecha.

Henry permaneció durante largos minutos

disfrutando del incomparable espectáculo que suponía contemplar su cuerpo desnudo, los claros y oscuros de una sublime orografía revelada a la luz de una vela.

—¿Tienes sueño? —interpeló en un susurro, respirando en su oído.

Deslizó los dedos por su vientre, en un delicado descenso hasta su sexo, sin que ella se estremeciera en absoluto.

—¿Sabes, Adèle? Ahora que no me oyes, te lo puedo decir..., creo que me estoy enamorando de ti —confesó en voz queda—, pero necesito cerciorarme de algo. Existen cosas que no puedo entender, y necesito saber si tu presencia en mi vida ha sido un regalo o una mentira más. Ojalá mis suspicacias sean solo eso, recelo infundado...

Abandonó el lecho discretamente y se vistió, dispuesto a despejar la duda que aleteaba en su ánimo.

Dos somníferos era la medida perfecta

para dejar a Adèle fuera de combate.

Del enemigo siempre se debe tomar ejemplo.

Pasó al salón y extrajo del bolsillo de su chaqueta una pequeña cámara fotográfica y unos guantes. Se entretuvo unos minutos toqueteando el teléfono móvil de Adèle, repasando el directorio de llamadas recibidas, comprobando que la última de ellas se había efectuado desde un número oculto. Al devolver el aparato al bolso, sus dedos tocaron con un pequeño objeto metálico. Lo sacó a la luz con absoluto cuidado.

Era una moderna pistola automática, una Rohrbaugh R9, provista de un cargador de seis balas. Cabía en la palma de una mano. Y era ciertamente ligera. La sopesó. Algo menos de cuatrocientos gramos.

¿Por qué Adèle poseía un arma de esas características? Tal vez la naturaleza de su negocio era motivo más que suficiente, pero

algo le decía que no. A pesar de que encontró, entre los documentos de su cartera, un permiso de armas expedido por la policía, su desconfianza no hizo sino acrecentarse.

Procedió a inspeccionar de modo superficial el salón. Los departamentos de la escribanía estaban llenos de cajas con fotos, cartas y postales, correspondencia bancaria y viejas agendas de teléfonos. Nada interesante. Decidió proseguir en su despacho, comprobando que los cajones de su mesa de trabajo estaban cerrados con llave. Probó con las que poblaban el manajo que ella había dejado junto a la entrada de la casa sin éxito alguno. Se deshizo en un suspiro. Dar con esa llave solo era cuestión de paciencia y método. La habitación estaba llena de muebles, cuadros y estanterías atestadas de libros, atriles y objetos decorativos. Cuando ya comenzaba a desanimarse, tras una exasperante búsqueda, la halló bajo el pedestal hueco de uno de los



célebres huevos de pascua creados por Carl Fabergé.

La hizo girar suavemente en la cerradura, dispuesto a revisar los cajones con una mezcla de alivio e inquietud. Dos cuadernos revestidos en piel captaron poderosamente su atención. Ambos mostraban en su portada un repujado en oro: el dibujo de un triángulo equilátero representado por diez puntos distribuidos en cuatro filas.

La sagrada Tetractys de los pitagóricos.

Henry conocía perfectamente el símbolo desde sus días de universidad. Uno de sus viejos profesores, experto en geometría, le había explicado el significado de la figura, en la que los cuatro primeros números enteros creaban el 10 al ser sumados. El significado esotérico del anagrama hacía referencia a los distintos niveles de evolución del alma humana.

En un sencillo ejercicio sináptico, Henry relacionó la presencia de esos dos grabados

con la información obtenida en la casa de Pierre Cassel. El marchante, al referirse al sistema utilizado entre ellos a la hora de comunicarse a través de Internet, lo había denominado Tetractys. Posiblemente se trataba de una web privada, protegida por un complejo sistema de códigos de acceso.

Recordó, también, que los invitados de Pierre se dirigieron varias veces a él llamándole Pitágoras. Todo parecía encajar.

Conteniendo la respiración, abrió el primer cuaderno, el de menor tamaño. Y una interminable retahíla de páginas, repletas de lo que parecían ser secuencias numéricas y nombres de filósofos célebres, desfiló ante sus ojos.

No estaba dispuesto a perder tiempo intentando comprender el sentido y forma de empleo de esos códigos. Situó el cuaderno junto al pie de la lámpara de mesa y procedió a fotografiar de forma sistemática todas las

páginas. Hecho eso, centró toda su atención en el segundo cuaderno.

Para su sorpresa, nada más abrirlo, emergió una fotografía en blanco y negro, de bordes dentados y pátina amarillenta. Era la imagen de una pareja joven el día de su boda. Sonreían felices y pictóricos, mirándose de soslayo, con expresión acaramelada.

Henry alzó lentamente los ojos hasta encontrar el marco de plata que la joyera tenía sobre el escritorio. No cabía margen de error. Eran David y Céline, sus padres biológicos.

En esa primera página del cuaderno, bajo la instantánea, Adèle había escrito con pluma y en letra caligráfica unas palabras cargadas de emotividad...

«A quien más he querido. No os olvidaré nunca. Adèle.»

Con pulso tembloroso, Henry revisó las páginas que seguían a continuación. Curiosamente parecían ser recortes de prensa,

páginas dobladas y columnas de periódicos. No tardó en comprender que lo que su amante había reunido allí era la cronología pública de una terrible venganza privada.

Su mente se enfocó en la noche en que se conocieron. Ella había explicado que su progenitor había muerto de una rara enfermedad, sin poder acogerse a un costoso tratamiento que podría haberle salvado la vida. El hombre para el que su padre había trabajado durante muchos años, un famoso constructor llamado Donatien Chavanel, se había negado a ayudarles. Despojado de todo sentimiento de conmiseración, inmune a las lágrimas, Donatien desoyó las súplicas de Céline, que le imploró que salvara a su marido.

Henry revisó toda esa información publicada por *Le Monde*, *Libération*, *France Soir*, *Le Figaro* y otros tabloides franceses, y terminó reconstruyendo la historia.

El 19 de febrero de 1991 Donatien

Chavanel desapareció misteriosamente a los pocos minutos de haber cerrado la puerta de su casa. Como cada día, tras el desayuno, descendió en ascensor hasta el garaje del edificio en el que vivía a fin de trasladarse en coche a su oficina. El portero del inmueble le vio salir al volante, acompañado por un hombre al que nunca había visto.

Después, su rastro se perdió durante semanas.

Desde el primer momento, la policía se mostró convencida de que se trataba de un secuestro. La experiencia en casos similares indicaba que en los siguientes días la familia recibiría una llamada exigiendo un cuantioso rescate, pero nada de eso sucedió. No hubo contacto alguno con los secuestradores. Tras un mes sin noticia alguna de su paradero, el hijo del empresario, Louis-Philippe Chavanel, apareció en la prensa y en la televisión realizando una dramática petición de

clemencia, asegurando que estaban dispuestos a pagar lo que los secuestradores pidieran.

Al cabo de diez días, irreconocible, sumamente delgado, con los dedos de las manos descarnados, Donatien apareció ahogado a doscientos metros del Mont Saint-Michel, en el arenal del estuario del río Couesnon. Los forenses de la policía concluyeron que había sido mantenido en cautividad durante semanas, sin recibir apenas alimentos, y posteriormente trasladado hasta los alrededores de la abadía durante las horas de bajamar. Antes de abandonarlo, le rompieron las dos piernas con un pesado martillo o un objeto contundente. Donatien sufrió la más horrorosa de las muertes, en una estéril y desesperada carrera contra la pleamar.

Henry cerró el cuaderno profundamente consternado. La forma en que esa afrenta había sido lavada producía verdadero pavor; presentaba el marchamo, la inconfundible

marca de agua del club de Pierre Cassel. Temblando, imaginó a Adèle asistiendo implacable a ese suplicio, participando en la planificación y en la ejecución de un ser indigno de forma indigna.

De todos modos, lo más desalentador, superado el horror de la venganza, era entender que la inquina y la rabia no terminan con la muerte del perro, sino que se perpetúan a través del tiempo. Muchos años después de ese desmedido talión, Adèle empleaba parte de su energía y dinero buscando perjudicar a Louis-Philippe, el hijo de Donatien; reventando sus pujas, arrebatándole lo que más ansiaba poseer. Sin duda obtenía con ello un placer malsano, perverso.

Devolvió los cuadernos al cajón y decidió echar un vistazo a los restantes. Encontró carpetas repletas de información y documentos referidos a Jean-Marc Poncelet, el financiero, y una caja metálica llena de pequeñas cintas de

audio, etiquetadas con fechas y con el nombre de Alvar Bergeron, el presidente del Banco de Francia. Según la importancia del registro sonoro, Adèle lo clasificaba con más o menos estrellas.

También eso cuadraba con lo que había podido escuchar días atrás en la casa de Cassel, y con las palabras de la propia Adèle, confirmando una relación peculiar de la que no podía hablar.

Ya había visto suficiente.

Tomó una hoja de un bloc de notas y escribió unas líneas. Tras cerciorarse de que todo quedaba exactamente tal como lo había encontrado, recogió sus cosas y volvió a la habitación.

Adèle respiraba suavemente. Sus cabellos se desplegaban como un abanico, ocultando parte de su rostro. Deslizó el papel doblado entre sus dedos, para que lo encontrara nada más despertar, y arregló el embozo,



arropándola.

Por último, besó los labios de Hipatia y salió de la casa.

Despejadas sus dudas, Henry caminó por las calles desiertas escoltado por dos certezas. Dos sombras que parecían moverse al ritmo de su paso.

Un asesino implacable. Una amante letal.

## «A DAY IN THE LIFE»

De vuelta en su apartamento de la calle Favart, Henry trató de conciliar el sueño en vano. Al cabo de un par de horas, harto de dar vueltas en la cama, se levantó y preparó café. La tensión vivida en los últimos días comenzaba a pasarle factura. Se miró al espejo. Unas profundas ojeras del color de la ceniza hundían sus ojos, y las líneas de su rostro se desplomaban abúlicas, a plomo. Incluso creyó distinguir nuevas canas en su pelo. Su propia imagen le suscitaba rechazo.

Apretó las mandíbulas. Estaba cansado de perder batallas. El resentimiento y el afán de venganza que creía haber logrado desterrar de su ánimo habían rebrotado con inusitada fuerza, mutando en auténtica cólera; un enojo latente que devoraba su estómago y laceraba su

cerebro. Por encima de cualquier otro interés, deseaba que Pierre Cassel pagara su proceder taimado, sus maniobras arteras, su fría y pragmática inquina.

Lo odiaba por haberle convertido en peón de un plan incomprensible. Y aún más por haber utilizado a Adèle en su macabra estrategia.

Sorbió el café lentamente. Necesitaba calmarse y mantener bajo control ese vendaval emocional. Solo así lograría pensar con claridad. Lo único que sabía a ciencia cierta es que esa batalla solo podría ganarla a base de astucia y sangre fría. Y en ningún modo enfrentándose de forma abierta a Pierre. En esa tesitura tenía todas las de perder.

El teléfono sonó a las diez de la mañana, cuando ya había impreso todas las páginas del cuaderno fotografiado horas atrás y acababa de localizar una página web, pasiva e inexpugnable, cuya *url* era tetractys.org.

Reconoció el número de Cassel. Rechazó la llamada sin titubeos, y lo mismo hizo con los subsiguientes intentos, hasta un total de cinco.

Recibió entonces un mensaje de texto. Pierre parecía nervioso.

«No juegues al gato y al ratón conmigo y coge el teléfono.»

—¡Pues a eso vamos a jugar, hijo de la gran puta! —murmuró, tentado de estrellar el aparato contra la pared.

«Calma. Calma absoluta», repitió.

Cuando unos minutos más tarde el marchante volvió a la carga, Henry no se lo pensó dos veces y descolgó...

—¿Qué pasa, se quema algo? —contestó con voz somnolienta.

—Buenos días, Henry, ¿aún duermes? ¡Deberías levantarte, tenemos mucho que hacer! —dijo él en tono desenfadado.

—¿Ya estás en París? Escucha, Pierre, lamento lo que pasó la otra noche... —dijo él

en tono conciliador.

Pierre Cassel guardó silencio durante unos segundos.

—La verdad es que beber te sienta muy mal, te pones agresivo, es una pena... —comentó con evidente ironía—, pero reconozco que pegas bien. Aún me duelen el pómulo, los hombros y el costado.

—Perdí los estribos, ya estoy mucho más tranquilo...

—Es comprensible. Me alegro de que te hayas calmado. Ese tipo de reacción no conduce a nada... —comentó—. Bueno, dejémoslo estar. Escucha, quiero que nos veamos hoy mismo, sin falta.

—¿En la oficina?

—No, nada de oficinas. Me gustaría que nos tomáramos el día libre los dos. Hace un sol magnífico. ¿Qué te parece si nos vemos en una hora, en la terraza de la cafetería Le Musset? Está en la calle de l'Echelle, por encima de la

calle de Rivoli, junto al Louvre, ¿la conoces?

—Perfectamente...

—Entonces te espero allí, no te retrases...

—sugirió antes de colgar.

Con cierta intranquilidad, aunque sumamente intrigado al mismo tiempo, Henry se encaminó a Le Musset. Ignoraba qué maquiavélico interés animaba a Pierre tras la situación catártica que habían vivido días atrás. En cualquier caso, consciente de que debía ganar tiempo, se prometió mostrarse absolutamente precavido y seguirle el juego a todos los niveles. Llegó poco antes de la hora convenida y le encontró sentado en la terraza de la cafetería, rodeado de periódicos, saboreando una taza de té.

—¿Piensas leer toda la prensa de Francia?

—interpeló acomodándose—. No vale la pena, todos publican la misma mierda...

—Bueno, eso no es cierto del todo y tú lo sabes. La información se amolda siempre a la

ideología de los grupos editoriales. Así que hay mierda de todos los colores y para todos los gustos —apuntó con media sonrisa en los labios—. Por cierto: ¿ya has desayunado? ¡Los *croissants* son excelentes! ¡Será mejor que comas algo, después daremos un largo paseo!

Henry llevaba tres tazas de café en el cuerpo, pero no dudó en pedir una cuarta. Y como el estómago comenzaba a protestar, un *croque-monsieur*.

—¡Ayúdame a hacer este ejercicio! —propuso Pierre de súbito, alargándole los ejemplares de *Le Parisiën* y *Le Figaro*—. Es muy divertido, te lo aseguro. Yo suelo hacerlo al menos una vez por semana.

Y al tiempo que le tendía los periódicos, le entregó un par de marcadores fosforescentes, de color gris perla y azul.

—¿De qué va este juego? —preguntó Henry con la boca llena.

—Muy sencillo e instructivo. Se trata de

ir subrayando todos los titulares, en función de la naturaleza de la noticia —explicó—. Azul si crees que es algo positivo, o que dará lugar a algo bueno en el futuro; gris, si te parece un hecho nefasto, pernicioso desde cualquier óptica. Por descontado, límitate a las secciones de información nacional e internacional, economía y ciencia...

Tras plantear el asunto, Pierre se dispuso a hacer lo mismo con las páginas de *Le Monde* y *Libération*. Henry le miró de reojo, estupefacto. Marcaba aquí y allá, a toda velocidad, mientras canturreaba una célebre canción de los Beatles...

I read the news today, oh, boy...  
About a lucky man who made  
the grade  
And though the news was rather  
sad  
Well, I just had to laugh.



—¿Acostumbras a cantar «A Day in the Life» cuando haces esto? —inquirió el publicista desconcertado.

—Por supuesto. Siempre. Todos estos papeluchos son un reflejo de lo que pasó ayer y pasará hoy, un pobre compendio de lo que supone un día en la vida... —razonó—. ¿A qué esperas? ¡Vamos, si te entretienes habrán ocurrido diez mil cosas más y tendremos que volver a empezar!

Recelando de la más que probable finalidad demagógica que Pierre perseguía con el ejercicio, pero dispuesto a seguirle la corriente, Henry se concentró en la tarea. En unos diez minutos había terminado. Y el resultado no era en absoluto alentador.

El devenir de las cosas del mundo parecía estar marcado por el signo de la catástrofe. La crisis del sistema, en un fulgurante efecto dominó, había paralizado los mercados; el dólar

y los valores bursátiles se desplomaban con estrépito; el desempleo alcanzaba cotas inusitadas en todo el mundo industrializado; países como Islandia, Irlanda, Grecia, Portugal España e Italia bailaban en la cuerda floja, bordeando la bancarrota, mientras los líderes de las principales potencias iban de cumbre en cumbre, intentando tapar vías de agua con esparadrapo.

Junto a todo eso, y más allá de lo económico, el resto de la información, lejos de contribuir a atenuar el clima de desastre global, no venía sino a reforzarlo: tensión bélica, corrupción política, oleadas de inmigración, opresión, radicalismo, xenofobia, enfrentamientos religiosos, desigualdad social, depredación sistemática de recursos naturales, catástrofes ecológicas, crímenes de Estado, manipulación de masas y de medios de comunicación...

Parecía imposible que el mundo aún

siguiera a flote.

—¿Qué tal? —interpeló Pierre mirando por encima del hombro de Henry.

—Gris...

—¿Muy gris?

—Absolutamente gris.

—¿Ni siquiera unas cuantas manchas azules?

—Apenas un dos por ciento de la superficie de información —dictaminó Henry—: Un avance en un fármaco contra el cáncer; una ligera recuperación de las colonias de focas monje del Mediterráneo; momentáneo alivio en la tensión entre Corea del Norte y del Sur, y... las buenas expectativas del París Saint-Germain tras la remontada del pasado sábado.

—¡Menudo desastre! ¡Pero creo que has hecho trampa: habíamos dicho que los deportes no contaban! —exclamó él de forma harto teatral, riendo con ganas.

—Bien, ya está, supongo que ahora me

explicarás qué pretendes con esto, ¿no? —interrogó el publicista mientras doblaba los periódicos—. Esto, Pierre, es el pan nuestro de cada día. El mundo no ha variado ni un ápice desde que es mundo. Siempre ha sido igual, el mismo desastre.

—Yo creo que sí ha cambiado, y de modo dramático, decididamente a peor... —declaró escéptico—. ¿Has terminado el desayuno?, ¡pues en marcha!

El marchante deslizó un billete bajo el plato y se puso en pie.

—¿Adonde vamos?, ¿piensas dejar todos los periódicos aquí?

—¡Claro, como decía Cortázar, ahora solo son papel a la espera de una nueva vida; otro los leerá o los utilizará mañana para envolver el bocadillo! —apostó mordaz—. ¡Vamos al Louvre, Henry!

—¿Al Louvre?, ¿ahora?

—¡Dónde si no!

Cassel impuso su ritmo rápido al caminar. A los pocos minutos descendían al inmenso Hall Napoleón, punto de acceso al museo bajo la pirámide de cristal.

—¿Hace mucho que no vienes por aquí, Henry? —indagó mientras adquiría las entradas—: ¡Sí, dos, por favor!, ¿cuánto es?

—He pasado incontables horas en el Louvre estos últimos meses. Por si fuera poco, a lo largo de mi vida lo habré visitado en más de cien ocasiones —repuso—. Lo conozco palmo a palmo...

—¡Tanto mejor, así podremos ahorrarnos ir a rendir pleitesía a esa insufrible damisela! —exclamó Cassel alborozado.

—¿De qué damisela hablas?

—De la Gioconda, ¡que la devuelvan a Italia de inmediato, la aborrezco! —aseguró riendo, dirigiéndose al ala denominada Sully.

Tras sobrepasar a un nutrido grupo de estudiantes, vagaron sin rumbo fijo por el

circuito dedicado a antigüedades del antiguo Egipto.

—¿Quieres que hablemos de arte, Pierre? ¡Sigo sin entender qué te propones! —comentó Henry adelantado sobre una vitrina repleta de tablillas de arcilla.

—No del arte por el arte. Preferiría que filosofáramos sobre los logros del hombre y la civilización, su moral, leyes y formas de gobierno...

Henry le miró perplejo. Pierre Cassel era ciertamente imprevisible.

¿Le había citado para hablar sobre antropología?

—Como quieras. Aunque te advierto que no estoy dispuesto a gastar energía: ni Dios ni entelequias metafísicas... —contestó dispuesto a todo.

—Nada de metafísica. Dios ha muerto. Y si no lo ha hecho aún, lo matamos ahora, tú y yo... —dictaminó Pierre—. Se puede hablar de

ética, incluso de mística personal, y contemplar con recogimiento sagrado el Universo sin que se precise Su concurso. Así que si ocasionalmente aparece en nuestra conversación, me referiré a Él como al bárbaro irascible del Antiguo Testamento, ¿te parece? —propuso Cassel—. No, nada de metafísica, Henry. Una vez superado, y parafraseo a Ciorán, el inconveniente de haber nacido, y una vez asumido el hecho irreversible de la muerte individual, el único atractivo intelectual, al menos para mí, es el viaje antropológico, la comprensión del proceso de civilización. Antes has dicho que el mundo siempre ha sido igual. Yo lo niego rotundamente...

—Perfecto, ¿el viaje comienza en Egipto?

—En Egipto y en Mesopotamia, ¿en esta época aún no hace mucho calor! —bromeó—. En esas tierras fértiles, regadas por el Nilo, el Tigris y el Eufrates, los hombres se organizaron por primera vez; comenzaron a

consignar hechos y a tipificar leyes, dominaron la geometría y las matemáticas y rozaron la perfección arquitectónica. Dejando a un lado a faraones y sátrapas, envueltos en un halo de divinidad, los hombres tenían necesidad de orden. El orden significaba progreso. Y el orden requería de leyes y normas de conducta. Eran épocas difíciles. Morir resultaba sencillo. La codicia, los bajos instintos, la crueldad y el crimen eran algo habitual. Ven, sígueme, te mostraré una obra de arte que conoces bien. Para mí es el máximo exponente de la civilización.

Se dirigieron, dejando atrás el área de antigüedades egipcias, a la galería Sackler, dedicada al arte mesopotámico. Pierre se detuvo durante unos instantes ante el magnífico toro alado del palacio de Sargón II y el bellissimo capitel de la Apadana, la sala hipóstila del inmenso palacio de Jerjes en Persépolis; después se aproximó a la



impresionante estela de diorita conocida como Código del rey Hammurabi; un menhir jurídico de más de dos metros de altura, coronado por un bajorrelieve que mostraba a Shamash, el dios del sol, y al propio Hammurabi.

—Aquí lo tienes... ¡Aunque el mundo volara en mil pedazos, esta única pieza daría testimonio de cómo empezó todo! —comentó con expresión admirada y tono reverente.

—Este compendio de leyes, escrito en cuneiforme, es pura *lex talionis*... —puntualizó Henry cruzado de brazos—, similar a la judía, al menos hasta la época talmúdica; o a la *Blutrache*, la justicia de sangre de los antiguos germanos. En definitiva: la ley del ojo por ojo...

—Sí, son leyes que conllevan un castigo proporcional, y en muchos casos idéntico, a la falta cometida. El derecho romano, y también el nuestro, son en muchos aspectos taliónicos —matizó Cassel—. *Talión* significa idéntico,

retributivo. Lo importante es que hace miles de años grabaron en esta piedra, y seguramente en otras muchas similares que se levantaban en encrucijadas y plazas, bien a la vista, su concepto de la justicia. 282 leyes que tipificaban qué pena aplicar o cómo proceder en casos de robo, estafa, agresión, violación, desavenencias o problemas familiares y conyugales. La gente suele creer que lo que se dice en esta estela es una barbaridad, el colmo de la crueldad. Y no es así. Te recuerdo que en Estados Unidos, paradigma democrático, cuatro mil años después, condenan a muerte a los criminales, y la población, armada hasta los dientes, no se lo piensa dos veces a la hora de apretar el gatillo. No tiene sentido, por tanto, cargar las tintas contra este código, que buscaba apaciguar el deseo de venganza de unas gentes bastante más primitivas; incluso juraría que en algunos puntos, solo en algunos, estas leyes son más ecuánimes, razonables y justas

que nuestro ordenamiento actual...

—Ya sea por convicción, o bien por miedo al castigo, los hombres se ciñeron al dictamen. Robar, prevaricar, difamar, asesinar o causar daño al prójimo salía muy caro...

—El hecho crucial es el advenimiento de la ley con mayúsculas. El concepto de justicia. Demos ahora un pequeño salto de siglos y visitemos Grecia..., ¡adoro viajar de esta forma sin tener que coger aviones! —exclamó Pierre con cara de estar disfrutando lo indecible.

Deshicieron camino hasta la parte opuesta de la planta, donde se hacinaban numerosas esculturas, obras y vestigios de arte griego, etrusco y romano.

—Los griegos también basaron su equilibrio social, durante mucho tiempo, en leyes duras, desproporcionadas, taliónicas...

—Para ser exactos, draconianas.

—En efecto, da gusto hablar con gente culta: las leyes de Dracón.

—Más que leyes parecían una licencia a la *vendetta* personal. Los atenienses dirimían sus diferencias a golpes y puñaladas —refrescó Henry sin poder contener la hilaridad—. Afortunadamente, todo cambió con Solón, uno de los Siete Sabios de la Grecia clásica.

—Solón, el gran legislador, abolió las viejas leyes, creando verdadera justicia social; proponiendo, al mismo tiempo, un sistema de gobierno participativo, justo en derechos y obligaciones, equitativo, equilibrado...

—El triunfo del pueblo. Voz política para todos. Un hombre, un voto.

—¡Me gusta tu definición, el triunfo del pueblo; no la olvides, porque nuestro viaje terminará ahí, precisamente en ese triunfo! —señaló Pierre—. En efecto, la democracia encajaba como anillo al dedo con el carácter griego, con su visión estoica y serena de la vida. Fueron un pueblo sobrio, enemigo del oropel y la desmesura. Denostaban la ebriedad,

el comportamiento disipado, la ostentación impúdica de riquezas y el mal uso y la perversión del poder otorgado por el pueblo. Aborrecían, en conclusión, todo lo que es indigno, impropio de seres humanos.

—Igual que en nuestro mundo actual, lleno de seres trascendentes al volante de coches lujosos, dirigiendo grupos multinacionales, pensando a todas horas en cómo enriquecerse aun a costa del sufrimiento de millones...

Pierre se echó a reír ante la sarcástica observación de Henry.

—Exacto..., ¿ves, Henry? ¡El mundo ha cambiado a mucho peor!

—Reconozco que en eso estoy completamente de acuerdo contigo. Nunca el hombre estuvo tan cerca de lo inefable, del arquetipo platónico, como en los días de la vieja Grecia. Para ellos, el bien común era la única meta deseable —prosiguió el publicista

— Admiro, sobre todo, su firmeza a la hora de derrocar a facinerosos, rufianes, malversadores y políticos indeseables, grabando en un *ostrakon*, en un fragmento de cerámica, el nombre del corrupto, del agitador, del intrigante...

— ¡Y de *ostrakon*, ostracismo, destierro: patada en el culo y lárgate antes de que cambiemos de opinión y te colguemos de la Acrópolis boca abajo! —clamó Pierre encantado—. Ni Berlusconi, ni Le Pen, ni Bush, ni Aznar hubieran durado dos días en la querida y vieja Atenas. De hecho, estoy convencido de que perseguirían a pedradas a todos nuestros políticos.

— ¡Pobre Grecia, mírala ahora, arruinada, asediada por los buitres del dios dinero, especuladores inconscientes que desconocen que de su tesón y su sacrificio nació el sueño de Europa! —murmuró Henry entristecido ante el peso de sus propias palabras.

—¡Sigamos, cambiemos la clámide griega por la túnica romana! —sugirió el marchante, inaugurando un nuevo periplo a través de bustos y retratos, mosaicos y objetos de la vida cotidiana de la civilización de El Lacio—. ¿Sabes cuál es el origen de la palabra *candidato*?

—Entiendo que por etimología deriva de candido, inocente, puro...

—Perfecto. Los senadores lucían, al ser investidos, la llamada *toga candida* en señal de honestidad... ¡Me pregunto por qué los políticos actuales no visten también de blanco en las cámaras y en los parlamentos!, ¡seguramente porque sobre blanco las manchas de su inmundicia personal serían demasiado evidentes! —azotó cínico—. A pesar de todas sus intrigas y su propensión a la corruptela, los romanos apreciaban el honor, la dignidad, la familia y la tradición. Prescindieron, eso sí, de la sobriedad griega; en ellos todo era exceso y

desmesura.

—Precisamente ese temperamento, unido a su absoluto pragmatismo, tesón y capacidad organizativa, les llevó a conquistar el mundo.

—¡Sí, calzadas, acueductos, *pax romana*, panegíricos y leyes!

— *Y panem et circenses* y una larga decadencia. Demasiado lujo y riqueza, y nadie dispuesto a levantar un arado o a empuñar un arma con la convicción que en el pasado les hizo grandes... —rubricó Henry.

—¿No te recuerda ese final del Imperio la situación caótica del mundo en el que vivimos?

—Absolutamente...

—Con tu permiso, daré, de golpe, un salto de diez siglos, desde las desoladas ruinas de Roma hasta el luminoso Renacimiento. La Edad Media no es mi época favorita; además, me vería obligado a despotricar sobre el papado y el latrocinio de la Iglesia; las inmundas Cruzadas; el oscurantismo, las hogueras de los



inquisidores, el tráfico de almas y el monopolio de la verdad absoluta. Todo eso me produce verdadera náusea, es superior a mí... —explicó mientras subían las escaleras hasta la planta superior, en dirección a la galería de pintura renacentista del ala Richelieu.

—El Renacimiento fue una encrucijada para el hombre y para la sociedad... —disertó Cassel, plantado en actitud casi beatífica ante *La Virgen de las Rocas* de Leonardo—. De hecho, somos hijos de esa época en que la espiritualidad y el materialismo se desplegaron como posibles caminos a seguir en el futuro. Ya sabemos qué ocurrió. La banca, el dinero, el ansia de poder le ganaron la partida a la utopía. No hay diferencia significativa entre unos Médicis y unos Rothschild o unos Rockefeller. Mientras sostienen la Biblia y edifican iglesias con una mano, hacen negocios, amasan dinero y eliminan adversarios sin piedad con la otra...

Henry, que hasta el momento había

seguido el discurso de Cassel a caballo entre la aserción y la abulia, comenzó a experimentar la desagradable sensación de que su cabeza daba vueltas; por un instante dejó de escuchar al marchante, sumido en un estado de absoluta irrealidad.

—¿A dónde quieres ir a parar, Pierre? ¡Intuyo que después de detenerte en el *Discurso de la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola, proseguirás con cismas, guerras de religión, absolutismo y déspotas ilustrados! Soltarás aquello de todo para el pueblo, pero sin el pueblo, ¿no? —gruñó destemplado—. ¿Y después qué, qué más vendrá? ¡Déjame que lo adivine! ¿Más guerras auspiciadas por la democracia burguesa, colonialismo, revoluciones industriales, miseria Victoriana, triunfo del capital y de los adoradores del Becerro de Oro, conflictos mundiales? ¡A santo de qué esta lección magistral! Si lo que pretendes es convencerme

de que el curso de la Historia es una derrota continua, que no ha hecho sino someter al hombre hasta reducirlo a la condición de esclavo sin voluntad, con hablar cinco minutos de Marx y la dictadura del capital nos hubiéramos puesto de acuerdo... ¡Estás en lo cierto, el mundo ha cambiado a peor, dejémoslo así!

—¿Tienes prisa? ¡Vaya, creía que estábamos disfrutando de una conversación esclarecedora! —repuso con absoluta ironía.

—No se trata de eso. No hay nada que esclarecer. Es más, te estoy dando la razón. La tienes, al menos en buena medida —contestó sulfurado—: La democracia es irreal, una palabra vacía, una falacia; los Estados no existen, no queda ni un ápice de soberanía en sus arcas vacías; los gobiernos han traicionado al pueblo; la mentira se escribe con mayúscula y el futuro ya no se distingue... ¡A la mierda con el futuro; si hemos de volar por los aires,

que sea rápido y lo retransmitan en directo! No, Pierre, no se trata de eso. Se trata de que esta situación se me antoja irreal. Me pregunto, mientras te escucho, qué mierda hago yo aquí, enfrascado en una disquisición intelectual con un hombre que se arroga el papel de juez y dicta sentencias de muerte...

Lejos de molestarse ante el enojo de Henry, Cassel se mostró complacido.

—Juraría que ya estás preparado. Ven, acompáñame, quiero enseñarte en qué consiste eso que antes has definido de forma magistral: el triunfo del pueblo...

Con las manos unidas a la espalda, Pierre ascendió tranquilo los tramos de escalera que conducen a la segunda planta del ala Sully, dedicada por completo a la pintura francesa de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Se detuvo en actitud reverente ante el cuadro pintado por Eugène Delacroix en 1830, mundialmente conocido como *La Libertad*

*guiando al pueblo.*

—Este es el triunfo del pueblo, Henry; el pueblo arremetiendo, en un sublime raptó de ira, contra la intransigencia, el engaño, el despotismo y la supresión de libertades — reflexionó trascendente—. No refleja únicamente el alzamiento contra Carlos X aquel 28 de julio en París. Eso es anecdótico. Su fuerza es tremenda, universal, y simboliza cualquier lucha pasada, presente o futura que deba librarse. Como seguramente sabes, el propio Delacroix, romántico hasta la médula, quiso unirse a la insurrección en la que no pudo participar, y se pintó con sombrero y fusil, vestido de burgués, en primera línea de combate. Él pertenecía a la alta burguesía, pero abominaba de la mezquindad y cortedad de miras de los de su clase...

A pesar de que Henry había admirado esa obra en infinidad de ocasiones, su carga dramática adquiriría tintes épicos bajo el

hipnótico soliloquio de Cassel. Era imposible permanecer indiferente ante esa avalancha de seres furiosos. Ante el cuadro, solo cabían dos opciones. Unirse a la revuelta o ser aplastado por ella.

—Ahí están todos —continuó Pierre—: El burgués bien pensante, el harapiento, el proletario, el joven sin futuro, siguiendo la estela de esa libertad alegórica que es nuestra Marianne; dispuestos a bañarse en sangre, a triunfar o a morir en el intento... ¿No te parece hermoso?

Henry no se esperaba esa pregunta.

—Sí, definitivamente lo es. Su ira es justa y sagrada... —admitió.

—Los hechos históricos que plasmó Delacroix desencadenaron alzamientos similares por toda Europa en las siguientes semanas. Pueblos revolviéndose, aquí y allá, contra reyes despreciables que no merecen ni el aire que respiran. Los franceses cortamos

una de las cabezas de la maldita Hidra; los rusos, otra...

—Eso ya no volverá a suceder, Pierre. Sé lo que estás pensando. Olvídalo. Es una utopía. Los reyes que restan solo son un esperpento, un vestigio vergonzoso. Hoy la Hidra es otra serpiente, infinitamente más sibilina y poderosa —desestimó Henry—. El mal ha proliferado, es una lepra universal, está en todas partes. Y no tiene cabeza visible. Nadie está a cargo de este maldito mundo...

Ante la observación, Pierre asintió admirado. Sin mediar palabra tomó a Henry por el brazo y le invitó a sentarse en un bancal situado frente al óleo de Delacroix.

—Exacto. Erradicarlo es prácticamente imposible, y solo podemos aspirar a combatirlo allá donde lo encontremos... —reveló con aire mesiánico.

Con una sonrisa taimada, rebuscó en sus bolsillos y sacó una moneda de cincuenta

céntimos de euro que depositó en la palma de su mano izquierda, ante la mirada atónita de Henry.

—El último juego del día podrá parecerte demagógico, absurdo, pero no lo es —alertó—. Te pediré que te concentres, que pienses con calma, que te convenzas de que esta moneda es un botón.

—¿Un botón?

—Sí, un botón, un pulsador, un conmutador todopoderoso, con la imagen de Marianne, nuestra querida libertad...

Colocó la moneda sobre el banco, a medio camino entre los dos.

—Ya tenemos el botón, «El botón del día de la ira del pueblo». No lo olvides: es un botón mágico, selectivo... —insistió mortalmente serio—. Si te dijera que al pulsarlo acabarías con todos los miserables que han convertido el mundo en un estercolero, denigrando la dignidad del ser humano,



pisoteando sus derechos y su libertad, abusando de su inocencia y su honestidad, causando infinito dolor y tristeza..., ¿qué harías?

—¡Por Dios, Pierre, no me hagas reír, suena infantil!

—Te he dicho que esto es absolutamente serio. Es la única regla que debes aceptar. No hay lugar para las bromas... —insistió, clavándole contra el respaldo del banco con una mirada dura como el pedernal—. Piénsalo bien. Si lo aprietas, al instante, morirían decenas de miles de personas en todo el mundo. Tal vez un millón o más...

—¿A quién coño se supone que voy a matar?

—Tienes derecho a saberlo. Matarás a incontables hijos de la grandísima puta: a Kim Jong-Il, divino déspota de Corea del Norte, y con él a docenas de sátrapas sangrientos, como Muamar el Gadafi, o Bachar el Asad, presidente de Siria, o Teodoro Obiang. También a una

larga lista de locos ególatras e iluminados que han causado infinito dolor y sufrimiento; como los Bush, o los cabecillas del Jemer Rojo, responsables de dos millones de asesinatos en Camboya... ¡Vamos, púlsalo!

—¿Quién sigue en la lista?

—Miles de terroristas radicales, de cualquier signo y procedencia, dispuestos a fabricar bombas y a sembrar el terror y el caos —enumeró—; mafiosos y asesinos mexicanos, responsables de la muerte de miles y miles de mujeres; narcotraficantes colombianos; líderes de extrema derecha; políticos corruptos; financieros judíos, banqueros, brokers y especuladores, exentos del más mínimo atisbo de ética, que juegan alegremente apostando al rojo o al negro con el futuro de la humanidad, en una indecente ruleta de lucro personal y desesperación ajena... ¿Necesitas más información? ¡Aprieta el botón!

—Sí, toda.

—Estarás matando, también, a miles de violadores, proxenetas, pederastas, traficantes de armas y de drogas, torturadores... ¡A qué esperas!

—Entiendo. Dime, Pierre: ¿en qué lugar queda la justicia, no crees que todos ellos merecen un juicio justo?

—La sentencia ya ha sido dictada de modo contundente... —desestimó Cassel taxativo—. Un tribunal popular, formado por cientos de millones de ciudadanos íntegros, los ha juzgado día tras día, en las portadas de los periódicos y en los espacios informativos. Como decía Protágoras, el hombre es la medida de todas las cosas. Y la máxima, en este caso, va más allá de la diferencia de criterio o de visión que pueda separarnos como seres individuales; se refiere al ser plural como ente social, cultural, que habita y comparte un mismo mundo y destino. Ese es el Ser que ha dictado sentencia..., ¡pulsa el botón y une tu

indignación a la nuestra!

—¿Qué pasa con la clemencia?

—¿Hablas de compasión? ¡Te contaré algo sobre la compasión que te hará estremecer! — anunció resuelto—. Una noche, durante la Gran Guerra, los aliados pasaron a la ofensiva. Atacaron las trincheras enemigas, a bayoneta calada, respaldados por un huracán de artillería. Uno de ellos, en el asalto, sorprendió a un joven soldado alemán, desorientado. Estaba a punto de matarle cuando el terror de su mirada le quebró la convicción. Era un muchacho, casi un imberbe, no merecía morir en esa carnicería. Le gritó que se fuera, que escapara. Y él lo hizo. Abandonó el lugar a toda prisa. Años más tarde, ese joven alemán, en sus escritos, refirió ese hecho, interpretándolo como la señal con que el cielo auspiciaba y bendecía su destino...

Cassel hizo una pausa dramática.

—Ese chico, Henry, era Adolf Hitler, el

responsable de sesenta millones de muertos...  
¿Compasión, dices? ¡Aprieta el botón!

Henry notó como su mano temblaba sobre la moneda. Su mirada se había trabado con la de Pierre, sin que ninguno de los dos lograra sustraerse al hechizo que les mantenía unidos.

—Eres el demonio en persona... —murmuró—, ¡el mismo demonio!

—¿El demonio? ¡Por favor, no seas majadero! —rechazó Pierre—. ¿Acaso eres tú Jesucristo y esta una de las tentaciones del desierto? ¡Lo que más te desconcierta es saber que yo solo soy una persona más!

Con expresión imperturbable, Henry Gaumont pulsó el botón; después, los dos permanecieron callados, escrutándose como un par de lobos, pendientes de la más mínima emoción que pudiera aflorar en sus rostros.

—Acabas de matarlos a todos. A decenas de miles de seres repugnantes. Y puedo asegurarte que el universo ni siquiera se ha

inmutado, pues es ajeno a todo cuanto hacemos.

—¿Qué hubiera pasado de haberme negado a pulsar este botón, Pierre?

—Te contestaré como el demonio que crees que soy... —decidió a la velocidad del rayo—. Si después de haberte arrastrado como a un fardo hasta el borde de este acantilado; si después de haberte mostrado la miseria del mundo que hay a tus pies, y la gloria futura sobre nuestras cabezas, te hubieras negado a arrojarte en mis brazos...

—¿Qué hubiera pasado? ¡Responde!

—Los que al caerse del caballo recuperan la visión y huyen de la luz no merecen vivir. Te hubiera matado sin titubeos.

—Lo imaginaba. De todos modos, puedes estar tranquilo: lo he hecho con total convencimiento —aseguró Henry—. Si de mí dependiera, estarían todos muertos. ¡Muy bien!, ¿ya está?

—Sí. Ya está. Al menos, intelectualmente, has tenido el valor...

—¿Qué sigue ahora?

—Ahora debes ocupar el lugar que te corresponde. Mañana te entregaré dos carpetas, dos informes detallados; los estudiarás y elegirás uno de ellos. Será tu primera decisión. Y yo la respetaré.

Salieron del Louvre y se despidieron. Henry deambuló abstraído hasta la calle Favart, sin ser consciente en ningún momento del itinerario seguido.

Al cerrar la puerta de su apartamento, tras quitarse la americana y encender un cigarrillo, se sirvió el whisky que quedaba en una botella y lo consumió de un solo trago. Sus ojos toparon con la tarjeta de visita que había colocado entre el ordenador y el teléfono.

Respiró hondo y marcó el número. Una voz emergió al otro lado de la línea. Tras una conversación de algo más de cinco minutos,

colgó.

Ya había tomado su primera decisión.  
Desencadenar la guerra.



## TETRACTYS

Al día siguiente, tal como había anunciado Cassel, Henry encontró un par de portafolios de piel marrón sobre la mesa de su despacho en Art & Auctions. Lucían en la solapa de cierre el grabado dorado de la Tetractys pitagórica.

Suspiró intranquilo. Había pasado buena parte de la noche estrellándose contra la inaccesible web de la organización. Los códigos obtenidos en casa de Adèle no le habían servido de gran cosa, pues no lograba entender de qué forma debían ser utilizados. En la pantalla, el maldito triángulo de diez puntos era solo un anagrama inerte, situado en el centro de una página aparentemente inactiva.

Decidió servirse un café y echar un vistazo a los dos informes. Tenía toda la mañana por delante. Muriel, la secretaria de

Cassel, le había informado de que el marchante estaría ausente durante toda la jornada.

Saberlo le hizo sentir algo mejor.

El primer dossier atenazó su estómago hasta la náusea. Se refería a los crímenes cometidos por Shahab Koshnam, teniente coronel del ejército iraquí y miembro destacado del partido Baaz. Durante la década de los ochenta, siguiendo instrucciones de Sadam Husein, participó activamente en el genocidio del pueblo kurdo. Disfrutaba matando a sus prisioneros con pequeñas cantidades de explosivos que fijaba en su pecho, y los filmaba con su cámara de vídeo saltando por los aires, destrozados. Organizó, tiempo después, el operativo del bombardeo que los días 17 y 18 de marzo de 1988 devastó la ciudad kurda de Halabja. Las bombas químicas y de racimo cayeron como una maldición desde el cielo, cuando la población aún dormía.

Cinco mil mujeres y niños murieron abrasados.

El rostro de Henry quedó desencajado, convertido en una máscara grotesca, cuando en un apartado del extenso informe leyó que los aviones utilizados en esa masacre habían sido cedidos por Francia y Rusia; el veneno letal, fabricado en Alemania; las armas convencionales, vendidas por España.

Años más tarde, Shahab salvó el pellejo de forma astuta al propiciar la caída de Husein. Sus informes a los servicios de inteligencia estadounidenses compraron su perdón.

Había amasado una gran fortuna personal, y vivía, a sus 72 años, bajo una falsa identidad, Abdel Bitar, en un pequeño pueblo alsaciano, cerca de la frontera con Alemania, junto a su mujer y cuatro hijos.

El segundo portafolio pertenecía a un proxeneta de Marsella, acusado del asesinato de una prostituta. Tras unos meses en prisión, a

la espera de juicio, había sido puesto en libertad por falta de pruebas concluyentes.

Henry sonrió al entender que Pierre se lo estaba poniendo fácil a la hora de elegir. Por un instante se sintió absolutamente predispuesto a suscribir la proposición intelectual en la que se sustentaba su visión: «El mal se combate con el mal».

¿No es el antídoto al veneno de una serpiente su propio veneno?

Sacó del bolsillo la moneda de cincuenta céntimos de euro, el botón del día de la ira del pueblo. Jugeteó con él. El galerista había insistido en que debía conservarlo.

Volvió a repasar el primer informe con acrecentado asombro. El encargado de recopilar todo ese material había dedicado una enorme cantidad de tiempo a la tarea. Junto a los hechos referidos al pasado criminal de Abdel, se adjuntaba minuciosa información referida a sus hábitos cotidianos; fotografías de

su rostro; imágenes y planos de su casa; horarios de entrada y de salida del personal de servicio; incluso listas de artículos y marcas que consumía con regularidad.

Henry intuyó que la red que Pierre dirigía se nutría del concurso de muchos. Tal vez su estructura estaba conformada por pequeñas cascadas o pirámides, independientes las unas de las otras; probablemente doce, ya que recordaba con claridad que él había comentado que apenas la mitad de los que acostumbraban a reunirse en su casa estaba presente esa noche.

Decidió posponer la decisión que Pierre esperaba de él. Además, si las cosas se encadenaban como había previsto, no debería tomarla.

A primera hora de la tarde, tras la comida, acudió, junto a Marcel Bourque, un tasador de Art & Auctions, al domicilio de la señora Bessette, una viuda septuagenaria dispuesta a desprenderse de algunos cuadros y objetos

decorativos valiosos. Pierre había determinado que Marcel le acompañara durante un tiempo en todas las visitas de negocios. Ese hombre poseía un excelente olfato a la hora de cuantificar, siempre a la baja, el precio que se debía ofertar.

Con renovados bríos, empleó el resto del día, y buena parte de la noche, en la ímproba tarea de expungar la página de Tetractys. Se ocupaba en hallar una relación entre las secuencias numéricas y los nombres de filósofos célebres cuando recibió una inesperada llamada de Adèle.

Descolgó intentando controlar el latido de su corazón.

—¿Por qué siempre desapareces y me dejas sola en la cama? —espetó sin preámbulos, bromeando—. ¡Esto se está convirtiendo en un hábito insano!

—Intenté despertarte, pero fue inútil —adujo dejando escapar una leve risa—. Dormías

como una marmota. Te dejé una nota, supongo que la encontraste...

—Sí, la encontré y la he guardado..., ¿sabes?, tienes una letra realmente bonita y una forma encantadora de decir las cosas.

—Me harás ruborizar, ¿cómo estás?

—Algo resfriada, tirando de pañuelos —contó quejumbrosa—. Para colmo se ha estropeado la calefacción, y hoy hace bastante frío. Te echaba de menos.

Henry se echó a reír con ganas.

—¿De qué te ríes? —indagó suspicaz.

—Me río al pensar que me echas de menos por un problema térmico.

—¡Serás tonto! —protestó con falso enojo—. ¿Y tú?

—¿Yo, qué...?

—Si tú también me echas de menos...

—Más de lo que puedas imaginar —confesó.

—¿Va todo bien, qué estabas haciendo?

—Muy bien. Estaba en la cama, leyendo un poco —mintió con aplomo—. Hoy he tenido un día complicado. No tardaré en dormir.

—Recuerda que aún tienes que explicarme el resto de esa historia. La verdad es que me dejaste bastante intranquila.

—Lo haré. No debes preocuparte. Te veré pronto...

—¿Cuándo?

—En dos o tres días.

De forma automática, tras colgar, Henry ocultó el rostro entre sus manos, golpeado por la desazón. El papel de Adèle sobre el tablero de juego era perfecto. Pierre lo había urdido todo de forma magistral, insuperable, ubicándola en una diagonal estratégica, fuera de la confrontación, alejada de su línea principal de actuación.

Una impecable y mortal tela de araña.

A pesar de saber todo eso, Henry se sentía



absolutamente incapaz de odiar a Adèle. Más allá de cumplir con la tarea que le habían encomendado, parecía comportarse de manera absolutamente natural y sincera. Fingir hasta ese punto no era posible. Ni el mejor actor sería capaz de hacerlo.

Aunque tal vez hasta en eso se estaba engañando.

Al despertarse por la mañana, Henry procedió con absoluta calma. Se vistió sin prisas, escogiendo una elegante americana de color ocre y una corbata azul marino. Ya en la calle, se detuvo en un teléfono público y efectuó una llamada.

Tras unos minutos de conversación, dejó a su interlocutor con la palabra en la boca, negándose a revelar su identidad.

Sonrió. Solo era cuestión de esperar unas horas.

Al llegar a Art & Auctions se topó en el vestíbulo con un Pierre distinto, relajado.

Parecía salir de un largo sueño de veinticuatro horas. Henry, con sorna, pensó que en algún lugar, en algún desván inaccesible, debía ocultar un terrorífico retrato al óleo, idéntico al descrito por Oscar Wilde.

—¡Henry, llegas pronto! —saludó sonriente—. Elegante corbata, sí, señor...

—Tengo que escribir ese informe sobre las piezas de la señora Bessette. Los cuadros son buenos, se venderán muy bien...

—Excelente, ¿qué hay de los otros dos... informes?

—¡Ah, sí, los he estudiado, pero me gustaría echarles un último vistazo! ¿Te parece bien si hablamos de ello por la tarde? —solicitó.

—Perfecto, por la tarde. Con una buena copa de brandy.

—¿Qué están haciendo los operarios en la sala de exposiciones?

—Vaciarla. La vamos a necesitar... —dijo

al tiempo que echaba un vistazo a su reloj—. Entre las once y las doce llegará el camión...

—¿Qué camión?

—El que trae los muebles, cuadros y objetos que compramos en Barcelona, en la tienda de Domingo Rossi Golferichs. ¿recuerdas?

—Lo había olvidado por completo... — asintió—. Te dejo, nos veremos luego.

Ya en su despacho, cerró la puerta y se dejó caer en la butaca, dispuesto a ver pasar el tiempo y a disfrutar de la calma que precede a la tormenta.

Indudablemente, iba a ser una buena tormenta.

Cinco minutos antes de las once, el chirrido de las láminas de hierro del portón al abrirse, y el subsiguiente tráfago de operarios y transportistas, le alertó de que el camión había llegado. El trabajo de descarga fue lento. Algo más de una hora. Después, todo volvió a la

calma, y un silencio agradable se instaló hasta más allá del mediodía, cuando se dejaron oír las enervantes sirenas de los coches de la policía y las voces de un tropel de agentes penetrando a la carrera en el edificio.

Henry salió del despacho con una bien ensayada expresión de desconcierto en el rostro, justo en el preciso instante en que Pierre se lanzaba escaleras abajo, seguido de cerca por una alterada Muriel.

Descendió tras ellos, con calma, y optó por ir a reunirse con algunos empleados que no podían ocultar su sorpresa ante lo que estaba pasando.

—¿Alguien me puede explicar a qué viene esto?—interpeló Cassel en tono malhumorado dirigiéndose a los policías.

Un tipo alto, algo desgarrado, sin uniforme, se adelantó.

—Buenos días. Soy Roland Le Forestier subinspector del Departamento de Delitos

Artísticos de la policía, ¿es usted el propietario de este negocio?

—Me llamo Pierre Cassel, no soy el propietario, soy el director gerente.

—Lamento las molestias, señor Cassel, pero traigo una orden de registro... —anunció desplegando un mandato judicial—. Le agradeceré su colaboración.

—¡Un registro!, ¿por qué, qué pasa?

—¿Han recibido ustedes un envío de obras de arte desde España?

—Sí. Hace poco más de una hora...

—¿Dónde están esos objetos?

—Detrás de usted, en la sala de exposición —señaló Pierre aturdido—; todavía no los hemos desembalado.

Le Forestier dibujó una sonrisa entre cortés e irónica.

—No se preocupe, nosotros nos encargaremos de hacerlo... —aseguró—. Mientras tanto, le rogaré que me proporcione

todos los documentos acreditativos de las piezas; origen de los lotes, tasaciones y facturas.

Sin mediar más explicación, y a su señal, una docena de agentes entró en la galería y se puso manos a la obra, cortando precintos y retirando protecciones de cartón y plástico de muebles, objetos y cuadros.

Muriel abandonó el lugar dispuesta a reunir todo lo que Le Forestier había solicitado. Pierre, por su parte, deambuló por el hall como un gato enjaulado. Su cara avinagrada hizo que sus empleados optaran por retirarse discretamente y regresar a sus quehaceres.

—¡No entiendo nada! —masculló entre dientes en una de sus continuas idas y venidas, al detectar la presencia de Henry y su expresión de turista sorprendido.

—¿Qué se supone que buscan, Pierre?

—¡Cómo quieres que lo sepa!

—¿Había pasado alguna vez algo parecido?

—¡Nunca!

Una hora más tarde, cuando ya todo estaba despejado y en perfecto estado de revista, Le Forestier, secundado por dos expertos, procedió a examinar las piezas, una por una, cotejando sus medidas y la información visual con los datos aportados por las fichas. El mal humor de Pierre se acentuó al verles inspeccionar la parte posterior de los espejos; el fondo de los cajones de mesillas y cómodas; el interior de los jarrones y las peanas de las figuras, golpeando delicadamente, aquí y allá, en busca de huecos. Cuando centraron su atención en la docena larga de óleos que incluía el lote, su minuciosidad rozó lo exasperante.

—¿Puede acercarse, señor Cassel? —  
rogó el subinspector finalmente.

—¿Qué ocurre?

—Esta obra...

—¿Sí?

—Es un óleo de Antoine-Jean Gros, ¿no?

—Sí. Un pintor francés, a caballo entre el estilo neoclásico y el romántico... —explicó con aire docto y tono displicente—. Sin duda uno de los discípulos más aventajados de Jacques-Louis David, ¿qué pasa con este paisaje?

Roland Le Forestier se rascó la punta de la nariz y empujó la montura de las gafas hasta el entrecejo.

—En principio, con este lienzo no pasa nada... —comentó—, pero me temo que tenemos un problema con la tela que se oculta detrás.

—¿Está bromeando?

—Vamos a desmontar el marco y a examinar el bastidor —advirtió—. Pronto saldremos de dudas.

El rostro de Pierre Cassel adquirió la lividez de la cera cuando a los pocos minutos los dos expertos de la policía desplegaban ante



sus ojos un segundo óleo que recordaba con todo detalle un delicado macizo de hortensias azules, pintado por Claude Monet en su jardín de Giverny.

—Señor Cassel, siento informarle de que ha sido hallada en su poder una obra de arte expoliada durante la Segunda Guerra Mundial por los alemanes —anunció con absoluta gravedad Le Forestier—, y me veo obligado, por tanto, a detenerle como presunto autor o copartícipe de un delito contra el patrimonio de Francia. Deberá acompañarnos de inmediato...

Antes de que el marchante pudiera siquiera articular protesta alguna, varios policías le rodearon, invitándole a seguirles.

—¡Por Dios, concédame siquiera un minuto, tengo mi chaqueta y mis cosas arriba, en mi despacho! —protestó.

—Por descontado, señor. Los agentes le acompañarán —concedió Le Forestier.

Henry, que había presenciado los acontecimientos, decidió permanecer en la calle, plantado frente a la puerta, dispuesto a asistir a la conclusión del operativo que despejaba, al menos momentáneamente, su horizonte inmediato de nubes.

Cuando Cassel pasó junto a él, camino del coche, le dedicó una mirada venenosa. De forma precipitada deslizó unas palabras en su oído.

—Esto ha sido cosa tuya... —susurró—.  
Estás muerto, Henry.

—Lo sé, Pierre.

—Muerto.

—Te esperaré... —musitó mientras le introducían en el vehículo.

Encendió un cigarrillo y lo consumió sin prisa alguna, deleitándose por unos instantes en el agradable sol de primavera que se filtraba a través de las copas de los árboles. Se felicitó, a la vista de los resultados, de su providencial

idea. Solo lamentaba la más que probable, inmediata, detención del anticuario barcelonés. Imaginó la angustia del viejo al ver a la policía irrumpir en su tienda.

Otra víctima colateral.

Aventando la imagen, expulsándola lejos de su ánimo, sonrió satisfecho ante el malsano e innegable placer que reporta el mal al ser estrenado.

Tal como suponía, al volver al piso de oficinas, Henry encontró a Muriel hecha un manojo de nervios. Mantenía una conversación telefónica. Hablaba de forma atropellada. Por sus palabras entendió que se había puesto en contacto con el abogado de Cassel.

—¡Dios mío, qué situación tan desagradable! —exclamó nada más colgar—. Tengo que calmarme...

—¿Hablabas con el abogado? —inquirió Henry fingiendo una preocupación que no sentía—. ¿Qué opina del asunto?

—Bueno, ha dicho que irá de inmediato a la jefatura, que necesita conocer los cargos exactos y los detalles; de todos modos, cree que es muy difícil probar la culpabilidad de Pierre en un asunto así. No tiene antecedentes, es una persona honorable. Dice que podrá salir en libertad bajo fianza en treinta y seis o cuarenta y ocho horas... —explicó al tiempo que se servía café de un termo.

—Supongo que todo irá bien. Lo mejor que podemos hacer nosotros es seguir con nuestras cosas y esperar a que todo se resuelva —opinó Henry adoptando un tono tranquilizador—. Tengo la mesa llena de papeles, ¿qué tal tú?

—Yo tengo que cursar el habitual anuncio por palabras de Pierre antes de la una. Jamás lo he entendido. Desde hace años los publica en varios periódicos regionales... —contó encogiéndose de hombros y señalando una cuartilla con la impecable letra inglesa del

galerista—. Este, bueno..., la mayoría, son para *La Dépêche du Midi*, pero también los inserto en *Le Petit Journal* de Saint-Étienne y *Le Télégramme* de Brest.

—¿Qué tipo de anuncio?

Por toda respuesta, Muriel le tendió la hoja con expresión aburrida. Henry leyó el breve texto enarcando las cejas. No era en absoluto la inserción típica que llena las columnas de compraventa de antigüedades.

«Pago bien por ejemplares antiguos de la revista *Salut Les Copains*. Especialmente los números 15 y 50, y todos los del año 1979. Interesados, enviar ofertas al apartado de correos 30123 de París.»

—¿Pierre colecciona *Salut Les Copains*? —inquirió Henry sorprendido al reconocer el nombre de una mítica cabecera juvenil publicada entre 1962 y 2006 por Hachette Filipacchi.

Muriel se echó a reír.

—Por los anuncios que me hace cursar, se diría que Pierre colecciona todo lo que pueda ser coleccionado, Henry; pero ven, te enseñaré algo... —propuso.

Muriel taconeó por el largo pasillo de la planta hasta llegar a la puerta de una pequeña habitación que servía de trastero. Encendió la luz y señaló un par de grandes cajas de cartón repletas de cartas sin abrir.

Ante la expresión extrañada de Henry, se apresuró a explicar el origen de toda esa correspondencia no revisada.

—En estos contenedores voy depositando las respuestas a sus anuncios. Las ofertas llegan casi a diario, a cualquiera de los tres apartados de correos que tenemos. Y cada año, antes de las vacaciones de Navidad, dedico unas cuantas horas a triturarlas...

—¿Nunca compra nada?

—¡Jamás!

—Entonces..., ¿por qué lo hace?

—¡Cómo quieres que yo lo sepa, eso pregúntaselo a él! —propuso jocosa regresando a su mesa.

Lejos de restar importancia a esa extraña información que le salía al paso, Henry se propuso indagar en la peculiar rutina mantenida por Pierre. Consultó la hemeroteca digital de los tres periódicos mencionados por Muriel, descargando numerosos archivos en formato pdf.

No le costó encontrar muchas de las inserciones del último año y medio, impresas en las páginas de anuncios clasificados; aparecían siempre en los apartados referidos a compras, coleccionismo y antigüedades. El patrón se repetía de forma sistemática, sin variaciones notables. Prácticamente todas eran idénticas, más allá de solicitar números atrasados de revistas como *Paris Match*, *Rock & Folk* o *Best*; sellos franceses o monedas europeas, relojes de bolsillo u objetos de

escritorio.

Recordó las palabras de Pierre, tranquilizando a sus socios, garantizándoles la seguridad del sistema de comunicación que utilizaban.

«Tetractys es inexpugnable. La puerta de acceso se abre en Internet solo un par de minutos al día.»

Tal vez la finalidad de esos anuncios, concluyó Henry, servía a un fin muy concreto: contactar con los asesinos que ejecutaban las sentencias que él y los suyos dictaban. Cassel se había referido a un tal Hunter. El más eficaz de todos. Seguramente había otros como él en diversos puntos del país.

Se despidió de Muriel hasta el día siguiente, alegando tener algunas visitas concertadas. Al llegar a su domicilio, intranquilo, marcó el número de teléfono de un pequeño hotel, alejado del centro, y reservó una habitación. Había pasado allí algunas



noches en el pasado, cuando se vio obligado a salir de su casa tras la denuncia de Miriam. La idea de que algún matón a sueldo pudiera sorprenderle durante la noche le provocaba auténtica angustia. Dedicó las horas siguientes a preparar una pequeña bolsa con sus cosas, revisar sus notas e intentar franquear Tetractys.

Al atardecer, una vez depositado el equipaje en la consigna del hotel, regresó a la oficina. Fundiéndose con las sombras de la calle, deambuló hasta asegurarse de que el último empleado de Art & Auctions abandonaba el edificio. Poseía la llave de la entrada principal, desde el primer día, y con un poco de suerte, tras lo sucedido, Muriel no se habría preocupado de cerrar los cajones de su mesa de trabajo. Ya en el interior, desestimó la idea de usar el ascensor, alcanzando el primer piso en cuestión de segundos. Se movió con cautela por aquel escenario familiar, al amparo de la luz de una pequeña linterna de bolsillo.

Recordaba haber visto al marchante solicitar en una ocasión una llave de seguridad de su domicilio a la secretaria.

La suerte parecía unirse a su causa. Ahí estaba, bien visible.

Un minuto más tarde, Henry penetraba en la vivienda de Cassel. La distribución era prácticamente idéntica a la del piso inferior. Tras recorrer un largo pasillo desembocó en un gran salón que hacía las veces de despacho. La oscuridad era absoluta, las cortinas estaban echadas y las persianas bajadas, pero por prudencia se abstuvo de encender la luz. El haz de la linterna se fue posando en numerosas obras de arte, plantas, anaqueles y mobiliario. Distinguió, en un extremo de la estancia, la mesa de trabajo de Pierre, atestada de papeles, informes y carpetas. Un rápido vistazo le hizo entender que ahí no hallaría nada revelador. El ordenador estaba en reposo. Al activarlo, la pantalla se iluminó mostrando la exasperante

página de acceso a Tetractys.

Henry se disponía a inspeccionar el dormitorio de Cassel cuando el ruido de la cerradura de la casa al abrirse y el chirrido de unos goznes al girar le alertaron de un peligro inminente.

Con el corazón desbocado se coló en la estancia. No había posibilidad de ocultarse bajo el lecho, una simple tarima de madera coronada por un colchón japonés; tampoco armario o cuarto ropero que sirvieran de improvisado refugio. Su única opción era pegarse a la pared, tras la puerta, contener la respiración y rezar para no ser descubierto.

Escuchó con claridad la conversación de dos hombres avanzando por el pasillo, parecían discutir acaloradamente. Al entrar en el salón, encendieron las luces.

—¿Cómo puedes justificar algo así, Sócrates? ¡Esto no puede continuar ni un día más!, ¡si no tomas cartas en el asunto, todo lo

construido durante años se vendrá abajo!

—Haz el favor de tranquilizarte, todo está bajo control...

—¿Bajo control? ¡Y una mierda! — exclamó en tono desabrido el primero en entrar —. Te aseguro que Pierre me va a oír. Puedo entender muchas cosas, incluso que en su situación actual tome decisiones arriesgadas, pero con Gaumont ha cometido un error de bulto, ¡nunca habíamos tenido a la policía tan cerca, y tú lo has permitido!

Henry reconoció en esa voz airada a Gilbert Arcenau. Se había servido de su moto la noche en que escapó de la casa de Cassel en la Costa Azul.

—¡Basta, déjalo estar, hablaremos de eso más tarde! —ordenó Sócrates hastiado—. Centrémonos en lo que es importante. En previsión de que todo pueda complicarse más, debemos limpiar Tetractys. Pierre me dijo ayer por la noche que había dejado media docena de

informes en las carpetas y... ¡mierda!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Joder, con las prisas he olvidado anotar la combinación de la caja fuerte! —gruñó.

—¿Para qué la necesitas?

—Pierre es el administrador del sistema. Posee una clave que permite acceder a cualquier hora del día. Además, solo él puede eliminar contenidos.

—¡Fantástico! ¿Qué coño hacemos ahora?

—Mantener la calma. Un poco de calma, para variar. Por suerte, Hipatia guarda los números. Yo se los proporcioné tiempo atrás. La llamaré... —decidió—. ¡La caja fuerte está detrás del revestimiento de madera que hay entre los balcones, presiona el panel por la derecha y se abrirá como una puerta!

Sócrates se instaló en la mesa de Pierre y marcó el número de Hipatia.

—¿Hipatia? Soy yo, Sócrates, siento molestarte. Sí, sí..., todo va bien. Más o menos

bien. Escúchame, estoy en el despacho de Pitágoras. Necesito los códigos de acceso a Tetractys. He olvidado anotar la combinación de la caja fuerte, ¿me la puedes proporcionar? ¡Sí, claro, esperaré!

Un súbito latigazo de terror sacudió a Henry de pies a cabeza al notar que algo se deslizaba entre sus pies. De forma instintiva, apartó esa presencia extraña con un ligero puntapié que hizo que la puerta oscilara ligeramente.

—¿Qué ha sido eso? —oyó preguntar a Gilbert.

—No lo sé. Compruébalo. Ha sido en el dormitorio de Pierre —sugirió Sócrates.

Empuñando su automática, Arcenau empujó la hoja lentamente. Henry, al borde del infarto, vio como su sombra se recortaba amenazadora en el suelo de la estancia y en la cama. Contuvo el aliento. No tenía escapatoria. Podía darse por muerto.

—¡Maldita sea, he estado a punto de dispararle a un puto gato! —exclamó Gilbert un segundo después, echándose a reír.

—¿Un gato? ¡Ah, sí, es Maude, la gata de Pierre, la había olvidado! ¿Hipatia? ¡Sí, estoy aquí, dime, apunto! ¿Diecisiete a la derecha y pulsar botón? ¡Muy bien! ¿Cuatro a la derecha y botón? ¿Qué más? —parafraseaba Sócrates al tiempo que anotaba—: Doce a la izquierda, botón; tres a la derecha, botón; cuarenta y seis a la derecha y... nueve a la izquierda. Creo que ya lo tengo. Te lo repetiré yo...

Henry cerró los ojos. Siempre había sido bueno recordando números. Ahora su vida dependía de que pudiera memorizar correctamente la secuencia. Se concentró en las cifras. Seis en total. Decidió no perder tiempo reteniendo la dirección horaria o antihoraria de cada una de ellas, optando por practicar, en cada ocasión, una muesca con la uña en el yeso de la pared, a izquierda y

derecha.

Por suerte, aún escucharía la secuencia completa por tercera vez, cuando Sócrates, tras colgar, fue dictando la combinación a Arcenau.

—¡Déjame ver! ¡Sí, aquí está, este es el cuaderno de códigos! —confirmó Sócrates—. ¿Por qué no preparas algo de beber, Gilbert? ¡Si no hay coñac, un whisky con hielo para mí! ¡Limpiar todas las carpetas me llevará un buen rato!

Sócrates tardó más de quince minutos en eliminar toda la información que pudiera comprometer a la organización. Durante esa eternidad, Henry se abstuvo incluso de pensar, reduciendo al mínimo sus constantes vitales, paralizado por el miedo.

—¿Has acabado? —inquirió por fin Arcenau.

—Sí, ya está. Ya podemos irnos. Toma, deja esto en la caja y asegúrate de que queda bien cerrada... —solicitó Sócrates.



—Supongo que ahora me explicarás qué piensas hacer...

—Yo no haré nada, Gilbert; será Pierre quien se encargue personalmente de resolver este asunto. En su momento le di mi opinión; le dije que la reacción de ese hombre podía ser imprevisible. Y no me equivoqué en absoluto. Así ha sido. Él era consciente de que las cosas se podían torcer, aunque no tan rápido...

—Creo que hablo por boca de todos si digo que lo mejor es eliminar a Gaumont...

—Supongo que ya no queda otra alternativa. Hunter se encargará de él...

La luz del salón se apagó, y las voces se perdieron al final del pasillo, en dirección a la puerta; después, se instaló el silencio.

Al saberse solo y libre de peligro, Henry llenó su pecho con una descomunal bocanada de aire, de regreso a la superficie, tras haber soportado una agónica apnea bajo las aguas. Su corazón volvió a latir lentamente, de vuelta a la

vida, mientras su cuerpo resbalaba lentamente, a peso, por la pared que había apuntalado su voluntad.

Sentado en aquel rincón oscuro, con las manos en la cabeza, creyó ver a Cassel emerger envuelto en llamas del breve limbo al que lo había condenado.

«Estás muerto. Muerto», voceaba desaforado en sus pensamientos.

—Sí, pero tú vendrás conmigo al infierno... —murmuró.

**EN DOS NOCHES, EN PARÍS**

HUNTER:

No te habías retrasado nunca tanto, Pitágoras; llevo aquí mucho rato.

PITÁGORAS:

Lo lamento. Tengo un problema grave, Hunter. De hecho, todos lo tenemos.

HUNTER:

¿Grave?

PITÁGORAS:

Sí, muy grave. He pasado casi

dos días detenido. Me han dejado salir hace una hora...

HUNTER:

No me gusta nada lo que dices.

PITÁGORAS:

No tienes de qué preocuparte. El motivo de mi detención no guarda la más mínima relación con nosotros, pero sí es cierto que estamos en un aprieto...

HUNTER:

Explícate.

PITÁGORAS:

Hace un mes conocí a un tipo, un hombre llamado Henry Gaumont.

HUNTER:

¿Qué pasa con él?

PITÁGORAS:

Cometí un error, me equivoqué con él. Había matado, meses atrás, en defensa propia, a un atracador, y todo en su historia personal le convertía en candidato perfecto a nuestra organización.

HUNTER:

Entiendo...

PITÁGORAS:

Buscaba vengarse de un hombre, para el que había trabajado, y también de la que había sido su mujer. Decidí ayudarle en secreto. No te dije nada porque era un trabajo menor, muy sencillo. La cosa empezó a torcerse hace una semana, durante una reunión

que mantuvimos a puerta cerrada varios miembros de nuestra organización... Gaumont escuchó lo que no debía escuchar. Se enteró de que yo era responsable de esas dos muertes. Reaccionó muy mal... Creí que podría convencerle, que se calmaría y finalmente aceptaría unirse a nosotros. Fingió muy bien.

HUNTER:

No me gusta nada todo esto...

PITÁGORAS:

Me ha metido en un lío con la policía. Entiendo que para ganar tiempo.

HUNTER:

¿Le ha contado a la policía lo que sabe de nosotros?

PITÁGORAS:

No. No es tan tonto. Sabe que eso sería como firmar su sentencia de muerte.

HUNTER:

¿Dónde está ahora?

PITÁGORAS:

No lo sé, pero no tardaré en averiguarlo...

HUNTER:

Por lo que explicas, ese hombre es más inestable que la nitroglicerina. Tienes que deshacerte de él rápidamente. Una buena bala y asunto zanjado... Yo me encargo.

PITÁGORAS:

Te lo agradezco. Se ha

convertido en una pesadilla para todos.

HUNTER:

¿Tienes alguna idea, algún plan?

PITÁGORAS:

No necesitamos planes complejos. Intentaré hablar con él. Le convenceré de que nos veamos, en un par de días, por la noche, en un lugar solitario...

HUNTER:

¿Aceptaré?

PITÁGORAS:

Sé cómo presionarle. Aceptaré, te lo aseguro. Tienes que venir a París y ayudarme a resolver esto.

HUNTER:



Lo haré, pero tengo algunas dudas... ¿Cómo nos comunicaremos, cómo sabré en qué lugar y a qué hora os encontraréis?

PITÁGORAS:

Ya he pensado en eso. Escucha: compra un teléfono de tarjeta y envíame el número en un correo electrónico a la dirección que te voy a dar..., ¿apuntas?

HUNTER:

Dime...

PITÁGORAS:

haveaniceday@gmail.com

HUNTER:

Anotado. Mañana cogeré un vuelo a París y esperaré tu llamada.

PITÁGORAS:

Perfecto.

HUNTER:

Todavía hay algo más. Lo más importante...

PITÁGORAS:

¿Qué?

HUNTER:

Tú y yo no nos hemos visto nunca, Pitágoras. No sé nada de ti, ¿cómo os voy a distinguir?

PITÁGORAS:

Entiendo, Contestaré a tu correo enviándote una fotografía. Además, para mayor seguridad, vestiré de una forma muy concreta: americana y pantalón en tono gris; camisa blanca

y corbata verde inglés.

HUNTER:

Más que suficiente.

PITÁGORAS:

Creo que eso es todo, ya  
hablaremos...

HUNTER:

Nos veremos en París, en dos  
noches. Mañana, antes del mediodía,  
tendrás el número de teléfono;  
después, cogeré un avión.

PITÁGORAS:

Gracias.

HUNTER:

Además de darme las gracias,  
deberás pagarme.

PITÁGORAS:

Si solventas esto de forma limpia y rápida, aceptaré que tú fijas la cantidad. Adiós.

## DEMASIADO EFICIENTE

Jean-Louis Pitrel miró la pantalla del ordenador con expresión complacida. Se estiró a fin de desentumecer las piernas y sacudirse la pereza que comenzaba a invadirle. Entrelazando los dedos de sus manos tras la nuca, evaluó el resultado de varias semanas de intenso trabajo: una interminable sucesión de gráficos en tres dimensiones, imágenes, mapas, textos y conclusiones que podían arrojar nueva luz sobre Le Club y sus procedimientos y que abrían vías de investigación desdeñadas en su día.

El reloj de la columna marcaba las ocho y doce minutos. Llevaba más de una hora prácticamente solo en la planta, escindido entre su deseo de ir a reunirse con sus amigos y darse un respiro y la necesidad imperiosa de

terminar cuanto antes esa presentación.

Solo restaba digitalizar y añadir unas fotografías de un asesinato acaecido siete años atrás. Por algún extraño motivo no acompañaban el dossier que Claire Valéry le había proporcionado. Al preguntar por su paradero, la inspectora le había comentado que con toda probabilidad habrían sido guardadas en el archivo general del sótano, en las estanterías en las que se acumulaba todo el historial de Le Club.

Resolvió que lo mejor era buscarlas, adjuntarlas y dar carpetazo al asunto. En media hora podía quedar todo listo.

Al llegar a la pequeña habitación de acceso al registro de la policía, constató que el viejo Climent no estaba en su puesto, cosa sumamente rara, ya que su único trabajo, a la espera de la jubilación, consistía en consignar de manera escrupulosa los nombres de todos los que accedían al lugar, propósito de su visita

y horas de entrada y de salida.

Encogiéndose de hombros, se entretuvo en rellenar las casillas de la hoja pautada que estaba sobre la mesa.

Jean-Louis había estado en una docena de ocasiones en ese inmenso archivo, y siempre, sin excepción, notaba que una extraña desazón invadía su ánimo al entrar en él. A lo largo de sus interminables pasillos, bajo la luz mórbida de los tubos de neón, el polvo se acumulaba sobre los anales delictivos de la ciudad de París. Una miríada de cajas repletas de asesinatos, homicidios, robos, violaciones, atracos y fraudes; una versión luctuosa y alejada de la imagen rutilante de la capital de Francia. De ese subterráneo de desdicha organizada, lo mejor era salir con la misma celeridad con que se entraba.

Los expedientes de Le Club ocupaban una treintena de contenedores, en un área algo apartada; cajas a las que se habían ido

añadiendo etiquetas adhesivas, con fechas y nombres, así se añadía o restaba algo.

El analista se dedicaba a husmear a placer, intentando localizar las fotografías que necesitaba, cuando escuchó el sonido seco que produce un pesado bulto al ser depositado sobre una mesa. Aguzó el oído. Era evidente que alguien más trajinaba en el archivo, varios pasillos más allá.

—¡Abramos esta caja! —oyó que alguien decía en tono exasperado—. ¡Hay que joderse, te apuesto lo que quieras a que aparecerá en la última, y aún quedan más de diez por revisar!

—Tranquilo, es cuestión de paciencia... —repuso otra voz más atemperada.

—¿Paciencia? ¡Ya no me queda paciencia, llevamos tres días metidos en este antro, examinando toda esta mierda con lupa, empiezo a estar harto!

Movido por la curiosidad, Pitrel caminó con sigilo hasta topar con la pared y retrocedió



a su amparo, a lo largo de un estrecho pasillo lateral. A través de una rendija entre estanterías logró atisbar y reconocer a los dos que huroneaban en el lugar.

Eran Alphonse y Fabrice, un par de malcarados de los que, por consejo de Claire, se había mantenido alejado desde su llegada al departamento. Ambos eran de modales chulescos y trato áspero. Un par de barriobajeros que dependían directamente del director del departamento de investigación criminal y jefe de inspectores, Benoît Lauzier.

Se preguntó qué estarían buscando con tanto ahínco a esas horas.

—¡Pásame el cúter, no consigo arrancar este precinto ni a tiros! —demandó Alphonse.

—¡Espera, espera, tal vez no haga falta!

—¿Qué pasa?

—Creo que lo tengo, sí, maldita sea..., ¡aquí está!

—¡Bah! ¿Estás seguro?

—¡Mira esta carpeta, y decide tú mismo:  
A.B.!

Durante un largo minuto los dos permanecieron en silencio, revisando el contenido una y otra vez.

—Imposible equivocarse: ¡cuentas, transferencias, cartas, todo coincide!

—Pues aleluya, cierra la caja, déjala en su sitio y larguémonos.

—Yo me encargo. Tú, mientras tanto, llama a Clément Laroche y dile que ya lo tenemos —propuso Fabrice.

—¿Dónde le cito?

—Dile que nos veremos en una hora, que vaya hasta la Route de la Pyramide, a los campos de fútbol y pistas de tenis que hay junto al Bois de Vincennes... ¡No, un momento, eso es demasiado grande! ¡Será mejor que nos espere en el aparcamiento del hipódromo de Vincennes! Es un lugar discreto y solitario.

A esas alturas, tras todo lo que había

escuchado, una poderosa sospecha se había instalado en el cerebro de Jean-Louis. Tenía claro que los dos se traían algo turbio entre manos. Esperó pacientemente a que terminaran, y en cuanto los vio encaminarse hacia la salida, echó un vistazo rápido a la sección en la que habían estado fisgando. No había lugar a dudas: las cajas que habían registrado eran las que contenían los documentos confiscados a Jean-Marc Poncelet, el financiero muerto. Conoció su existencia, y sabía que iban a ser trasladadas por orden judicial en las siguientes horas.

Al abandonar el archivo, por pura intuición, decidió echar un rápido vistazo al cuadernillo de hojas de visitas de la tarde. Los nombres de Alphonse y Fabrice no constaban. Oficialmente no habían estado allí.

Movido por la curiosidad, consciente de que de modo fortuito había topado con algo que merecía ser investigado, se decidió a seguirles. Sin entretenerse, recogió su chaqueta y salió a

la calle en busca de su moto. Estaba colocándose el casco, poco después, cuando les vio pasar, en un Citroën rojo. Uniéndose al tráfico les siguió a distancia prudencial; aprovechando las inevitables paradas en los semáforos para marcar el número de teléfono de la inspectora. Tras media docena de llamadas, desistió: parecía estar fuera de cobertura o apagado. Se entretuvo entonces en teclear un breve mensaje de texto.

«Creo que he descubierto algo importante, hablamos mañana.»

La circulación a esa hora era muy densa, tanto el Quai de Bercy como la A4 bordeaban el colapso. Recorrer doce kilómetros supuso casi una hora. Al llegar a las inmediaciones del hipódromo optó por dejar la moto a más de un centenar de metros del aparcamiento y aproximarse con cautela.

Amparándose en el arbolado y en las sombras del lugar, fue a apostarse tras una larga

línea de contenedores de basura, muy cerca del punto en que Alphonse y Fabrice habían estacionado su vehículo.

La espera fue breve. Pocos minutos antes de las diez de la noche un Renault blanco se aproximó lentamente hasta los policías. El conductor apagó las luces durante los últimos metros, echó el freno de mano y se apeó.

—¿Clément, Clément Laroche? — preguntó Fabrice arrojando la colilla de un cigarrillo.

—Sí...

—Tenemos el sobre. No ha sido fácil dar con él.

—Lo supongo. Buen trabajo, chicos. Se os pagará muy bien.

El analista de la policía había escuchado en el sótano el nombre del recién llegado. Le resultaba familiar, aunque no atinaba a identificarle por completo. Ahora, al ver su rostro, reparaba en su identidad. En los últimos

días asomaba con relativa frecuencia en los informativos y en la portada de los tabloides, escoltando a Alvar Bergeron, el presidente del Banco de Francia. La presencia imponente del abogado, un auténtico cancerbero, y su taxativo y rutinario «nada que declarar», terminaban disuadiendo a los medios de comunicación.

Jean-Louis tomó conciencia real de la gravedad del delito. Ese par de bribones estaban haciendo desaparecer pruebas comprometedoras. Sabía que una acusación no sería suficiente, necesitaría probarlo. Sin titubear, echó mano a su iPhone y tomó una fotografía. No se entretuvo en valorar la calidad de la imagen; un raro presentimiento le impelía a enviarla de inmediato. Seleccionó el archivo remitiéndolo al instante al número de Claire Valéry.

Ya solo restaba salir de allí lo antes posible. Retrocedió agazapado, casi a ras de suelo, afianzando su retroceso con las manos.

El destino le llevó a pisar una lata vacía de cerveza.

—¿Qué ha sido eso? —oyó preguntar a Alphonse.

—¡Detrás de los contenedores de basura! —alertó Fabrice.

Antes de que pudiera reaccionar, empuñando su arma reglamentaria, los dos policías caían sobre él. Intentó huir, pero una oportuna zancadilla de Alphonse le hizo caer de bruces.

—¿Y a ti qué coño se te ha perdido? —inquirió agarrándole por el pescuezo y forzándole a levantarse. Se dirigió al punto a su compañero y le espetó—: ¡Dile a ese picapleitos que ahueque el ala ahora mismo!

—¡Suéltame, maldito cabrón, esto lo vais a pagar muy caro! —gritó Pitrel furioso.

—Vaya, menuda sorpresa, juraría que yo te conozco, ¿no? —ironizó Alphonse clavando el cañón de su automática en la sien del joven,

mientras Clément Laroche, asustado, subía a su coche y abandonaba a toda prisa el aparcamiento—. ¡Fabrice, ven, mira a quién tenemos aquí!

—¿Quién es?

—¿No le reconoces?

—Su cara me suena...

—Claro que te suena, ¡es el protegido de Claire Valéry, la inspectora!

—¡Anda, es verdad! ¿Qué tal, chaval, le comes bien el coñito a la inspectora?

Pitrel se revolvió, intentando zafarse de Alphonse, que le retenía sañudo.

—¡Soltadme ahora mismo! —exigió—. ¡Sois un par de canallas!

Fabrice reparó en el teléfono móvil del analista. Lo había perdido al ir a dar con sus huesos en el suelo.

—¡Mierda, este estaba llamando a alguien! —alertó.

—¿Con quién hablabas?



—¡La habéis cagado bien cagada, demasiado tarde, ya no podéis hacer nada! —rugió Jean-Louis, henchido del temerario coraje que insufla la rabia.

—¡Comprueba el último número marcado; vamos, rápido! —ordenó Alphonse a Fabrice.

Utilizando un pañuelo de papel, el policía procedió a revisar el buzón de llamadas.

—Lo que me temía: ha llamado a la inspectora... —constató al poco.

—¿Has llamado a tu putita? ¡Ese no es problema que deba preocuparnos! —ironizó—. Todos sabemos que esa mujer es una inútil que no da pie con bola. Un florero. Y ni siquiera de los más bonitos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fabrice nervioso—. Esto no me gusta ni un pelo.

—Yo te diré lo que vamos a hacer... —repuso Alphonse, proyectando a Pitrel hacia atrás con un violento empujón que le devolvió

al suelo.

La tremenda costalada hizo que Jean-Louis emitiera un grito de dolor.

Aún no se había apagado su eco, cuando el estampido seco de un disparo resonó en el lugar.

—¡Joder, le has matado! ¿Te has vuelto loco? —recriminó Fabrice.

—Tranquilo, hombre...

—¿Tranquilo, dices? ¡Has usado el arma reglamentaria!

—¿El arma? ¡La perdí hace dos días! ¿Recuerdas? —solventó con sarcasmo—. El jefe se encargará de que mi informe lleve sello y fecha bien visible. Además, nunca nadie hallará la pistola, ¿para qué preocuparse?

—¡Joder, Alphonse, le has matado, lo tenemos claro!

—Cállate de una puta vez y haz algo útil: ¡aplasta ese maldito teléfono!

—¿Estás loco? ¡Es mejor tirarlo al río, o a

una cloaca!

—Tal vez tengas razón. Salgamos de aquí antes de que aparezca alguien.

Los asesinos abandonaron el hipódromo con las luces apagadas, dejando a Jean-Louis Pitrel con un perfecto agujero en la frente, tendido sobre un asfalto tintado en rojo.

Su cadáver sería hallado pasadas las ocho de la mañana, cuando el camión del servicio municipal de basuras se acercó hasta los contenedores. El conductor, horrorizado, alertó a la policía. Cuarenta minutos más tarde se personaba en el escenario del crimen el inspector André Broussard, acompañado por Dominique Chavernel, médico forense, y un par de técnicos del Departamento de Inspección Pericial.

Cuando llegó Claire Valéry, con el rostro desencajado, estaban a punto de levantar el cadáver.

—¡No puede ser, no es posible! —

sollozó, arrodillándose junto al cuerpo.

—Lo siento, Claire. Lo siento mucho... — balbuceó Broussard.

La inspectora se refugió en el hombro de su colega, buscando un consuelo imposible.

—Tienes que ser fuerte, no llores. Averiguaremos qué es lo que ha pasado... — aseguró estrechándola con fuerza—. Me inclino a pensar que Pitrel se había metido en algo ilegal; tal vez algo relacionado con drogas o apuestas clandestinas. No lo sé. Quizá le debía dinero a alguien. En estos días, los jóvenes se meten en muchos líos...

—¿Has perdido el juicio, André? ¡Eso es imposible, un disparate! —negó ella vehemente—. Conocía muy bien a Jean-Louis. Había descubierto algo; algo en el departamento. Créeme. Ayer me llamó varias veces, con insistencia, alertándome de que había detectado algo raro. Yo tenía el teléfono desconectado; después, me remitió un SMS y una fotografía

Acabo de verlo de camino aquí. Hizo una foto poco antes de que le mataran.

—¿Me permites ver tu móvil?

Claire le mostró el mensaje de texto y la imagen recibida. Broussard enarcó las cejas y frunció los labios.

—Me temo que tendrás que darme tu teléfono, Claire. Está claro que es una prueba muy importante.

—No. Ni en sueños. Yo me hago cargo de este caso. Lo conservaré, al menos por ahora —rehusó alterada.

—¡Por favor, te lo ruego, no me lo pongas difícil! Cuando nos han avisado de esto, Benoît Lauzier, en persona, me ha puesto al frente de la investigación... —argumentó André en tono conciliador, buscando eludir el encontronazo.

—Lo siento, pero no me fío de nadie. Detrás de este asesinato hay algo muy feo. Lo veo claro. Me voy a la central. Imprimiré la imagen; después, hablaré con Benoît... —dijo

obstinada, arrebatándole el aparato de las manos—. ¡Veremos quién lleva el caso!

Sobrepasado el mediodía, los técnicos del departamento informático ponían a disposición de la inspectora una copia impresa de la fotografía, de buen tamaño y resolución. Pese a todo, dejaba mucho que desear. Era un plano medio en el que se distinguía la silueta parda de dos individuos, situados de espaldas al objetivo; entregaban un sobre a un tercer actor, que recibía en el rostro la luz difusa y amarillenta de una farola. Sus facciones se resumían en unos pocos rasgos básicos, mal definidos.

En el compás de espera, Claire había logrado reconstruir los movimientos efectuados por el analista durante la víspera. La información del fichero en el que había estado trabajando confirmaba que había procedido a salvarlo, por última vez, a las ocho y siete minutos de la tarde; había estampado su firma en la hoja de registro de acceso al archivo del

sótano a las ocho y veinticinco minutos, y la secuencia de sus llamadas y el mensaje de texto se escalonaban entre las nueve y las nueve y media de la noche; la fotografía, finalmente, correspondía a las diez menos un minuto.

Armada con todos esos datos, y con el móvil y la fotografía en la mano, Claire irrumpió en el despacho de Benoît Lauzier sin molestarse en llamar a su puerta.

—¡Claire! ¡Adelante, pasa, Dios mío, qué día tan negro! —exclamó el director compungido, haciendo amago de despegar el culo de la silla—. Debes estar hecha polvo, lo entiendo, todos lo estamos...

—Eso ya lo he superado. Simplemente estoy furiosa.

—¡Anda, siéntate y cuéntame! —invitó.

Haciendo caso omiso, plantada en actitud desafiante frente a la mesa de su superior, la inspectora dio rienda suelta a sus conjeturas.

—Escúchame, Benoît, ¡a Jean-Louis le

han asesinado los nuestros!

—¿Cómo?! ¡Válgame el cielo, qué disparate, no sabes lo que estás diciendo, todo esto te está afectando mucho más de lo que imaginaba!

—¡Dejémonos de monsergas y limitémonos a los hechos! —exigió con mirada avinagrada—. Aquí tienes una cronología de lo que hizo Pitrel durante sus dos últimas horas...

—¿Y esto qué demuestra? —interpeló tras un rápido vistazo.

—Piensa un poco. Bajó al archivo y descubrió algo sospechoso. Me inclino a creer que se trata de algo relacionado con Poncelet, el financiero..., ¡por lo que sé, las cajas con todo lo incautado en la sede de la Société Générale d'Investissement et Finances van a ser trasladadas, de un momento a otro, a los juzgados!

—Sí. Esta tarde, a primera hora...

—¿Ves? ¡Encaja! —exclamó la inspectora



— En la carta póstuma de Poncelet se acusa a Alvar Bergeron, el presidente del Banco de Francia, de connivencia en la estafa, y de haberse lucrado...

—¡Yo no seguiría por ahí, te vas a quemar!

—Ya estoy quemada, Benoît, muy quemada... —aseguró irritada—. Fíjate en la foto, en las facciones del hombre que recibe el sobre, ¿te resultan familiares?

—En absoluto...

—Mira este recorte de prensa —sugirió sacando del bolsillo una página de *Le Monde*—. Ahí le tienes, junto a Bergeron. Es Clément Laroche, su abogado.

—¡Menudo despropósito, Claire, los rasgos del tipo de la foto son casi los de un fantasma; sus facciones coinciden con la fisonomía de miles de personas! —refutó Benoît a punto de perder los estribos.

—Lo dudo, pero hay algo más. Algo que en estas circunstancias no puede ser pasado por

alto.

—¿De qué se trata?

—¡Alvar Bergeron es cuñado de Frédéric Péchenard, director general de la Policía de París!

Al oír eso, Benoît Lauzier se alzó como un rayo. Era mucho más de lo que estaba dispuesto a soportar. Clavando los puños sobre la mesa, adelantó el rostro acortando la distancia que le separaba de la inspectora, dispuesto a saltarle a la yugular.

—¡Acabas de hundirte hasta el cuello en un pantano de arenas movedizas! —increpó rozando la vesania—. ¡Te aconsejo que pienses bien qué cosas dices y qué cosas haces! ¡No lo voy a aceptar!

—¡Pienso investigar esa posibilidad! —amenazó ella dispuesta al órdago.

—¡Ni lo sueñes, no te lo permitiré! ¡Serás el hazmerreír de todos, y lo que es peor: vas a poner en la picota el buen nombre de dos de las

instituciones más respetadas del país! — replicó Benoît crispado—. De todos modos, no sé de qué me preocupo. Debería encogerme de hombros y tranquilizarme: todo lo que tocas está abocado al fracaso...

—Eso es un golpe muy sucio, Benoît...

—¡Esa es la puta verdad! —gruñó con desdén—. Si tuvieras dos dedos de frente, te plantearías tomarte unas largas vacaciones, o solicitar el traslado a otra área...

—Seguro que preferirías que presentara la dimisión y pusiera mi cargo a tu disposición, ¿no?

—Tal como están las cosas, tal vez sería lo mejor para todos.

Por toda respuesta, con el desprecio en los labios, Claire alzó el índice de su mano derecha.

—¡Que te jodan, Benoît, que te jodan!

—Para eso ya estás tú... ¡Y no me des la espalda! ¡No lo diré dos veces! Broussard

llevará este asunto, y tú te mantendrás al margen —ordenó colérico—. Si me entero de que metes el hocico donde no debes meterlo, te abriré un expediente disciplinario y me encargará de que te echen de la policía a patadas...

Dando un fuerte portazo, Claire abandonó el despacho de Lauzier y cruzó la planta en medio de un silencio sepulcral, esquivando las miradas inquisitivas de todos sus compañeros. Era evidente que su acalorada porfía con el director alimentaría corrillos y mentideros durante días.

Media hora más tarde, invadida por el desánimo, necesitando desahogarse, marcó el teléfono de la única persona en quien confiaba.

—Hola, Daniel, ¿tienes unos minutos para mí?

—Para ti tengo siempre todo el tiempo del mundo —aseguró el forense.

—Tal vez te cojo en mal momento...

—No te preocupes. Lo que tengo entre manos lleva muerto varios días. Lo mejor de morirse es que se acaban las prisas... — comentó con jocosidad.

La inspectora le explicó lo ocurrido de forma pormenorizada. Al terminar, se deshizo en un largo suspiro.

—Dime, Daniel, ¿qué debo hacer?, ¿me estoy volviendo loca? ¿Tú crees que investigar en ese sentido está fuera de lugar? ¡Estoy tan cansada, Lauzier tiene razón, soy un completo fracaso! ¡Voy a dimitir, cada vez lo tengo más claro!

—Tu análisis es correcto. Hay mucha mierda debajo de esa alfombra... ¡Ni se te ocurra renunciar al cargo!

—¿Lo piensas de verdad? ¡No me des la razón si no lo crees!

—Estoy convencido de lo que digo. De todos modos, probarlo va a ser difícil. Además, piénsalo bien: implicar en esto a Frédéric

Péchenard supone abrir la caja de los truenos... —reflexionó—. ¿A quién podría encargarse Péchenard un trabajo así de no ser al propio Benoît Lauzier?

—¡Soy única metiéndome en líos!

—Al señalar a Péchenard, entre líneas, pero de forma muy implícita, le acusas a él. En la central no pasa nada sin su visto bueno.

—¡Será mejor que me olvide, que se encargue Broussard!

—Cálmate, buscaré un hueco para que nos veamos y podamos hablar de esto. El único consejo que te puedo dar ahora es que seas muy cautelosa. Si tus sospechas son ciertas, más de uno se va a poner muy nervioso... —recomendó—. Vigila tu espalda.

—¡Dios mío, Daniel, hubiera preferido que te ahorraras esa advertencia!

—Ser precavido nunca está de más, ¡vamos, adelante: valor y convicción, como solía decir tu padre!

La dosis de entereza insuflada por Boillot no tardó en diluirse. A lo largo de las siguientes horas, encerrada en su despacho, Claire se fue hundiendo en un mar de pensamientos lóbregos. De estar sola, bracearía con fuerza, se mantendría a flote, lucharía contra el embate de las olas, acabaría con Péchenard y Lauzier, haciéndoles pagar la muerte de Pitrel, pero Aurélie, su hija, dependía de ella para todo, y no podía arrastrarla hasta el centro de ese *maelstrom* sin retorno.

Como una autómata, con un velo de tristeza en la mirada, procedió a redactar una aséptica carta en la que por motivos personales renunciaba a su cargo de inspectora. Lejos de suponer una claudicación, cada línea escrita parecía perfilar con mayor nitidez un horizonte liberador, al alcance de la mano.

Se disponía a firmarla cuando una de las agentes de la recepción de la jefatura llamó

discretamente a su puerta y asomó el rostro.

—Disculpe, inspectora, han dejado esta carta para usted —anunció.

En el anverso, con letra armoniosa, alguien había escrito: «Confidencial. Entregar a la inspectora Claire Valéry».

—¿Quién la ha traído?

—Lo ignoro. Creo que se la han entregado a alguien del primer turno. Me temo que lleva unas cuantas horas en la bandeja de la recepción. Siento no habérsela subido antes..., ¡menudo día llevamos!

—No se preocupe. Muchas gracias.

Claire abrió el sobre. Contenía dos hojas cuidadosamente dobladas, escritas a mano por tres de sus cuatro caras. Así avanzaba en la lectura de esa inesperada misiva, su rostro evidenciaba una rápida mutación interior, y sus ojos se abrían con desmesura hasta colmarse de asombro.

—No puede ser —murmuró incrédula—,



esto no está sucediendo...

Con mano temblorosa examinó su arma reglamentaria, recogió sus cosas y se dispuso a salir del despacho.

En el último momento, cuando se disponía a atravesar el umbral, se detuvo. Abrió un pequeño armario, atestado de cajas, papeles y objetos. Allí guardaba una Browning de nueve milímetros que había pertenecido a su padre. Una pistola sin número de serie. Jamás había sido usada.

Inevitablemente, se preguntó si hacía lo correcto. Tras comprobar el cargador, la guardó en el bolso y abandonó el lugar.

Dispuesta a citarse con el destino.

## PÓKER DESCUBIERTO

De camino a la casa de Adèle Mercier, Henry se detuvo en una floristería y compró media docena de rosas rojas. Al llegar al portalón de entrada, cuando se disponía a recorrer la calleja de acceso al interior de la finca, se cruzó con un hombre cuyos rasgos creyó reconocer.

Vestía de forma elegante, con traje y gabardina. Portaba en la mano un maletín de piel y un paraguas. Salía a paso rápido del lugar y le dedicó una mirada huraña al sobrepasarle.

Henry sonrió. Una vez más, todo parecía encajar.

La joyera tardó en abrir la puerta. Cuando lo hizo, su rostro se iluminó al verle. Estaba radiante. Andaba envuelta en un albornoz negro, con los cabellos húmedos y alborotados.

—¡Henry, menuda sorpresa! —exclamó alegre, franqueándole el paso—. Dijiste que me llamarías y... ¡aún te espero!

—Pasaba cerca de aquí y he decidido presentarme por sorpresa. Tal vez no en muy buen momento. Toma, esto es para ti, ponlas en agua.

—¡Son preciosas, gracias, voy a buscar un jarrón, entra y ponte cómodo! —instó, prendiendo un breve beso en sus labios a modo de bienvenida.

—No me quedaré mucho rato. Esta noche tengo que resolver un asunto importante —comentó distraído—. Por cierto, acabo de ver salir de tu casa a Alvar Bergeron. Me ha mirado escamado, como si yo fuera un paparazi...

Adèle se mordió el labio inferior y le miró de soslayo, mientras distribuía las flores en un alto vaso de cristal rojo de Murano.

—Ya veo que no se te escapa nada...

—A estas alturas, poco. Eso espero.

—Te dije que aún no podía explicarte algunas cosas. Bien, ahora ya sabes que la persona a la que aludí, cuando te conté que mantenía una relación esporádica, es Alvar Bergeron —admitió aproximándose hasta él, peinando con los dedos su media melena, haciéndola volar del mismo modo en que lo hacía, a modo de seña, durante la subasta en que se conocieron.

—Yo también me buscaría un amante así; de ser mujer, claro... —espetó Henry con encantadora ironía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que a grandes males, grandes remedios —aseguró echándose a reír—; y a grandes crisis, grandes banqueros.

Un mohín de contrariedad quebró al punto el rostro de Adèle, diciendo a las claras que el comentario había sido absolutamente inoportuno.

—No te equivoques. No soy una puta de

lujo —espetó molesta—. ¿Eso piensas de mí? ¡Si es así, será mejor que salgas por esa puerta ahora mismo!

—Sé que no lo eres. Es más, sé perfectamente quién eres...

—Te expliqué que esa relación obedecía a un motivo concreto, y también que tenía fecha de caducidad. Y ese día ya ha llegado. Bergeron y yo no volveremos a vernos... —puntualizó con mirada herida.

—¿Ya tienes lo que andabas buscando?

—No pretendas saber lo que yo buscaba, Henry. No me conoces en absoluto —reprochó enojada—. ¿Qué quieres decir con eso de que sabes perfectamente quién soy yo?

—Exactamente eso... —murmuró él deslizando los dedos por su mejilla—. Será mejor que hablemos, tengo algo que contarte, ¿te importaría servir algo frío y ligero y jugar conmigo un rato al yo sé que tú sabes que yo sé?

Con la suspicacia en los ojos y aparentando normalidad, Adèle preparó un par de tragos y fue a acomodarse en una esquina del sofá.

—¿En qué consiste tu juego? —inquirió con deje inocente, abrazándose las rodillas.

Henry esbozó una sonrisa astuta.

—En ahorrarnos explicaciones innecesarias y preámbulos; en saltarse lo que a estas alturas es obvio y hablar con la taimada complicidad de los zorros..., ¿lo entiendes?

—Perfectamente.

—¿Aceptas jugar?

—Sí, juego.

—Bien. Entonces, escucha. Me costó mucho convencerme de que nada de lo que ocurría a mi alrededor era fruto del azar. Y no me pidas que defina azar... —bromeó—. Todos somos proclives a creer que las cosas maravillosas que nos salen al paso, de forma inesperada, son un regalo caído del cielo; algún

tipo de recompensa inexplicable. Tal vez en algunas ocasiones sea así, lo ignoro, pero en absoluto en mi caso. Pensar que tú habías aparecido como el as providencial que viene a arreglar una mano comprometida en una partida de póquer me hacía sentir sumamente especial. Ahora soy consciente de que las cartas, o mejor dicho, la partida entera, había sido amañada, desde el principio...

—¿De qué partida hablas, Henry? Me cuesta comprenderte —balbuceó Adèle, aparentemente desconcertada.

—¡Oh, vamos, hemos acordado saltarnos los enojosos preámbulos, Hipatia! —refrescó con sorna—. Esos interminables tú sabes que yo sé que tú sabes...

—¿Por qué me llamas Hipatia?

—¿Jugamos o no? —insistió—. De lo contrario, será mejor que me levante y me marche. Ni tú ni yo estamos para perder el tiempo.

—¿En qué momento averiguaste quién soy?

—¿Eso te parece importante?

—Para mí lo es...

—Lo dudo, pero como prefieras —convino Henry—. En la casa de Pierre Casse escuché hablar de Hipatia por primera vez; en términos muy elogiosos, por cierto. Algunos parecían no estar muy tranquilos con su forma de actuar. Les inquietaba que su implicación directa en las actividades criminales que llevan a cabo pudiera ser descubierta o proporcionar pistas sólidas a la policía. Hablaron de cómo Hipatia eliminó magistralmente a Ives Givry, encandilándole con sus juegos sadomasoquistas..., ¡ya sabes que yo adoro tus juegos perversos!

—No estoy para bromas, continúa...

—Comentaron que Hipatia se dedicaba a reunir información sobre Jean-Marc Poncelet, el financiero —prosiguió—. ¿Recuerdas? ¡La



noche en que nos conocimos sonó el teléfono, y alguien te alertó de que estaban emitiendo en televisión un especial informativo! Después de verlo, me hablaste de Poncelet y de su chanchullo financiero, asegurando que otros habían participado. ¡Lo cierto es que en aquel momento me extrañó tu interés por ese bribón, pero no le di mayor importancia!

—Lo recuerdo perfectamente...

—Gracias a Pierre supe que Poncelet era para todos vosotros una presa menor; y que el verdadero trofeo que perseguía Hipatia, y también todos ellos, era Alvar Bergeron: ¡nada más y nada menos que el presidente del Banco de Francia!

—¿Qué más?

—¿Necesitas más?

—Sí. Quiero saberlo todo.

—Cassel describió a Hipatia como una mujer de carácter fuerte, indómita, resuelta; capaz de prepararle la cama a Bergeron, y de

ventilar, de forma expeditiva, cualquier contingencia que pudiera salirle al paso, ¿no te ves reflejada en esas palabras? ¡Juraría que encajan con tu temperamento! —exclamó Henry con la ironía colgada en los labios—. Te lo repito, me resistí durante días a alimentar cualquier suspicacia hacia ti, intentando convencerme de que el hecho de que hubieras aparecido en mi vida mientras asesinaban a dos personas de mi pasado era pura coincidencia.

—No lo era... —asintió Adèle lacónica, con expresión circunspecta, consciente de que resultaba inútil seguir defendiendo la posición.

—A la vista de todos esos indicios decidí investigar un poco. Tú me habías contado que te divertía hacer subir las pujas por el mero placer de perjudicar al hijo de un constructor, llamado Donatien Chavanel. Descubrí que ese miserable, que se negó a ayudar a tu padre biológico, pagó muy cara su mezquindad... —reveló, adoptando un tono conmisericordioso—.

Apareció muerto cerca del Mont Saint Michel...

—¡Era una culebra, un miserable reptil! — escupió Adèle desarbolada, con un nudo en la garganta—. No lo hice sola, necesité ayuda, pero te aseguro que fueron mis manos las que le rompieron en mil pedazos las piernas. Utilicé una maza de las que se usan para clavar estacas. Me quedé allí, en la arena, durante casi una hora, disfrutando mientras él aullaba e imploraba por su vida; después, cuando la marea empezó a subir, me marché...

—No te juzgo, Adèle.

—¿Estás seguro de eso?

—Yo hubiera hecho lo mismo.

—No sé lo que hubieras hecho tú. Déjalo, no sigas por ahí —rogó sepultando sus emociones—. Está bien, es suficiente. Ahora me toca a mí. No te mentiré...

Adèle vació la mitad de su *gin-tonic* y encendió un cigarrillo; después, se quedó

ausente durante unos instantes, con la mirada perdida, buscando un punto de anclaje con la realidad.

—Hace semanas recibí una llamada de Sócrates, una de las dos personas que crearon nuestra sociedad. Yo no suelo hablar con nadie más, ni acepto órdenes de otro que no sea él... —explicó—. Mi contacto con Pierre es casi nulo, prácticamente inexistente. Nos vemos en muy contadas ocasiones, en alguna reunión, y si tenemos algo que decirnos, lo hacemos a través de mensajes...

—Tal vez me equivoco, pero mi impresión es que Pierre está al frente de vuestro selecto club, ¿no?

—A nivel organizativo, sin duda alguna. En asuntos menores, hace y deshace a su antojo y nadie cuestiona sus decisiones. El problema reside en que él y yo mantenemos divergencia de criterios y no nos entendemos demasiado. Le admiro en muchos aspectos. Es un hombre

sumamente metódico, tremendamente inteligente, perfeccionista, intuitivo; pero al mismo tiempo es un redomado cabrón inductista, obsesionado por el control; un ególatra iluminado, un mesiánico. Y yo ya he estado en alguna que otra secta —afirmó con sarcasmo—. Soy muy difícil de gobernar. Ya lo sabes. Aún no ha nacido quien lo consiga. Por ese motivo solo dependo de Sócrates; de hecho, mi vínculo con la organización se basa en ese requisito...

—Muy bien, sigue... —aceptó Henry.

—Sócrates me llamó y me pidió un favor.

Quería que te mantuviera fuera de circulación durante un par de días.

—Me gusta la expresión. Lo conseguiste.

—Dijo que ibas a necesitar una coartada.

Se disculpó, ya que era consciente de que eso me supondría algunas molestias por parte de la policía...

—Entiendo.

—No me alertó de lo que iba a suceder, pero lo imaginé, y me pareció bien. Cuando yo acabé con Donatien Chavanel, otros miembros me proporcionaron una coartada a mí. No la necesitaba, pues difícilmente podían relacionarme con él. Habían pasado muchos años desde la muerte de mi padre, pero aun con todo me ampararon. A todos los efectos, cuando Chavanel murió, yo estaba en la otra punta del país. Mis amigos utilizaron incluso mis tarjetas de crédito, retirando dinero de cajeros... —contó divertida—. El resto ya lo sabes.

—¿Eso es todo? —interpeló Henry incrédulo.

—Eso es lo más importante. Para mí, eras un trabajo más hasta que...

—¿Sí?

—Hasta que dejaste de serlo —aseguró taxativa—. No me preguntes qué pasó, ni en qué momento, ni de qué modo. Solo te diré que

dejaste de ser un trabajo para mí...

Esa declaración sorpresiva dejó a Henry sin respuesta. Se quedó mirando a Adèle, atrapado en la luz sincera que flotaba en sus ojos. Las pocas dudas que aún albergaba se evaporaron como el rocío de la mañana.

—Días después, Sócrates me explicó algunas cosas más... —prosiguió Adèle, abandonando el hilo de lo personal y retornando a los hechos—. Me dijo que estabas abatido, desconcertado; que Pierre tenía planes para ti, que requerían tiempo, tacto y paciencia, y que habías aceptado pasar el fin de semana en Brégançon, en la Costa Azul. Me quedé tranquila, pensando que ahí terminaba mi parte en todo este asunto, y lamentando, en lo personal, el no volver a verte. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me llamó de nuevo un par de días después. Me explicó que las cosas no habían salido bien, que habías golpeado a Pierre y que te habías ido del lugar hecho una furia...

—De las muchas cosas que se me antojan incomprensibles en este asunto, la que menos logro entender, por más que lo intento, es la obsesión de Pierre conmigo... —comentó Henry con desasosiego—; raya lo enfermizo, no ha dejado de acosarme, sin tregua, ¿qué demonios espera de mí?

—No lo sé, Henry, pero algo está pasando. Créeme. Lo intuyo. Pierre lleva meses comportándose de un modo muy extraño, haciendo cosas que jamás había hecho. Estoy segura de que Sócrates sí sabe lo que ocurre, no hay nada que él no sepa, pero es totalmente hermético...

—¿A qué te refieres con comportamiento extraño?

Adèle se lo pensó dos veces antes de contestar.

—Una de nuestras reglas dictamina que ninguna sentencia puede llevarse a cabo si una de las doce personas con capacidad de decisión



no está de acuerdo. Siete votos no bastan para condenar a alguien... —explicó—, deben ser doce, ni uno menos. Cualquier reticencia echa por tierra meses de trabajo. Pierre, sin consultar a nadie, organizó la muerte de Léopold y Miriam por su cuenta; simplemente, puso en marcha el sistema, activó el mecanismo. Sócrates se enteró de lo que iba a suceder pocas horas antes de que fueran asesinados, cuando ya era demasiado tarde. Solo podía hacer lo que hizo, sacarte a ti del tablero de juego.

La revelación dejó a Henry instalado en un absoluto estado de perplejidad.

—¿Eso lo has sabido por labios de Sócrates?

—No. Lo he sabido por Diotima.

—¿Sophie Robillard?

—Parece que nos conoces a todos...

—No a todos, solo a unos cuantos... —comentó Henry—. Has dicho que cuando me

marché de Brégançon recibiste una nueva llamada de Sócrates...

—Sí. Le noté muy intranquilo, nervioso. Me alertó, pidiéndome que estuviera atenta, preparada; dijo estar convencido de que tras la catarsis por la que habías pasado en Brégançon, regresarías a mí, necesitado de un punto de referencia.

—Lo eres, no tengo otro.

Esbozando una sonrisa circunstancial, Adèle rehuyó su mirada y se quedó en silencio. Era evidente que algo no andaba bien.

—¿Qué ocurre, qué te preocupa?

—Me preocupa lo que está ocurriendo, pero sobre todo me preocupas tú... —murmuró consternada—. Ahora mismo, todos están muy alterados por todo este asunto. Te ven como una amenaza real. Sabes demasiado como para salir vivo de esta, Henry. La seguridad es una obsesión colectiva en nuestro club. No van a permitir que el trabajo de años, y de muchos,

se eche a perder por tu culpa o por la enajenación de Pierre. Tu jugada con ese cuadro de Monet ha sido brillante, pero lo ha acabado de estropear todo de forma irremediable. Pierre fue puesto en libertad anteayer por la tarde; está furioso, y va a ir a por ti. Te encontrará.

—Ya me ha encontrado, Adèle. Nos vamos a ver en unas pocas horas... —reveló Henry sorprendidamente—. *Un rendez-vous* conclusivo. Esta noche terminará todo, para él o para mí.

—¡Estás loco, no acudas a la cita, te matará!

—No sé qué ocurrirá, eso está por ver. Tal vez sea yo quien acabe con él. A lo que no estoy dispuesto es a vivir escondido como un topo o a huir —negó con tranquila vehemencia—. En la conversación que hemos mantenido esta mañana se ha mostrado implacable, dibujando mi futuro con absoluta claridad. Si

acudo a la policía, acabaré siendo acusado y condenado por los asesinatos de Miriam y Léopold; si desaparezco, amenaza con matar a mi hermana y a mi sobrino...

—Ese es Cassel, sin duda alguna.

—No me deja ninguna opción. Voy a ir a por él... —anunció en tono lóbrego.

Adèle se puso en pie y paseó de un lado al otro, de brazos cruzados, cavilando. Después, de manera incomprensible, se entretuvo en encender todas las lámparas que encontró a su paso, como si buscara exorcizar una oscuridad que amenazaba con devorarlo todo. Volvió a Henry y se sentó en el borde de la mesa, a escasos centímetros de su rostro. Con un halo tristón resiguió con el índice la comisura de sus labios y le besó suavemente.

—Sigo pensando...

—¿Sí?

—Sigo pensando que esto es una locura, Henry. Te vas a meter en la boca del lobo.

Cassel no estará solo. Le conozco. Seguramente habrá alertado a alguno de los ejecutores que utilizamos habitualmente. Nunca fallan. Cualquiera de ellos te meterá una bala en el cerebro sin que le hayas visto siquiera el rostro. Sé de lo que hablo. No tienes la más mínima posibilidad. Deberías desaparecer durante unas semanas. Tengo una casa cerca de Lyon, en el campo. Puedo darte la llave. Es un lugar tranquilo. Nadie te molestará allí... —propuso—. Eso me permitiría hablar con calma con Sócrates. Te aseguro que es un hombre ponderado, y el único capaz de controlar a Cassel. Me escuchará. Y sabrá encontrar una solución que convenga a todos...

—No. Sea cual sea el resultado, deseo que permanezcas al margen de esto. Lo resolveré por mi cuenta, por mis propios medios...

—¿Tienes un arma?

—No.

—¿Entonces, cómo demonios piensas enfrentarte a Pierre?

—Supongo que te lo puedo contar...

—¡Claro que me lo debes contar!, ¡si no lo haces, seré yo la que te ponga una pistola en la nuca y te saque de París a patadas! — exclamó irritada ante su alarde de sangre fría.

—Verás, tengo un plan que podría funcionar si las cosas se ponen feas...

Durante los siguientes minutos, Henry le explicó con todo lujo de detalles lo que había previsto hacer en el caso de que Cassel no se aviniera a ningún tipo de razonamiento o arreglo. Eso era una contingencia que no podía ser obviada, un riesgo que parecía haber calculado detenidamente. Las dudas de Adèle se fueron esfumando así comprendía la sutil estrategia que él había diseñado.

—Podría funcionar... —aceptó, exhalando todo el aire que había retenido en su pecho.

—Podría. Ahora todo depende de ti.

—¡Ah, entiendo! ¿Todavía no confías en mí plenamente? —inquirió, consciente del recelo que su papel podía suscitar.

—No me quedan dudas, Adèle. Es más, voy a confesarte algo... —anunció, mirándola con afecto—. No tenía modo alguno de saber cómo reaccionarías. Al venir aquí, en estos momentos, sabiendo todo lo que sé, he asumido un riesgo innecesario; porque ni tú ni yo nos hemos dicho todavía ninguna de esas malditas palabras que vinculan a las personas y que estropean, a la larga, las relaciones...

Adèle se echó a reír de buena gana al oír eso.

—¡Ni se te ocurra, las aborrezco, ya lo sabes, no van conmigo! —confirmó entre risas—. Las palabras están de más.

—No tenía forma alguna de saber lo que iba a pasar. Ahora podría estar muerto —ironizó—, pero decidir entre ser asesinado por Cassel o ser asesinado por ti no supone dilema

alguno. Al menos, no para mí.

—Más vale que tu plan funcione, o me encargará de rematarte personalmente —dijo mortalmente seria—. Escúchame. Tengo una automática pequeña, registrada, con licencia, por cuestiones de trabajo; pero poseo otra, sin número de serie, limpia...

Sin esperar respuesta alguna, Adèle entró en su despacho y procedió a vaciar uno de los anaqueles de libros. Un minuto después regresaba con una Heckler & Koch P7M13 una pistola alemana de nueve milímetros, muy ligera y manejable.

—¡Trece balas, absoluta fiabilidad en distancia corta y media! —anunció al ponerla entre sus manos—, pero atención a lo que ahora te diré: disparará solo mientras la empuñes; el sistema de seguridad se activa al dejar de ejercer presión en la culata o al soltarla.

—Entendido. Procuraré no perderla.



—Sabes disparar, ¿no?

—Supongo. Solo lo he hecho en una ocasión, y creo que lo hice bien —repuso con sorna poniéndose en pie—. Me voy, Adèle. Aún tengo algunas cosas que hacer. Si todo sale bien, espero volver a verte... ¡Ah, por cierto, casi lo olvido!

—¿Qué?

—Quiero que me guardes algo, ¿dónde está la bolsa que llevaba?

—Sobre la banqueta, en el recibidor... —indicó ella.

Henry depositó un pequeño paquete entre las manos de la joyera.

—¿Qué es? —interpeló extrañada al notar que contenía multitud de pequeños objetos.

—Te lo enseñaré cuando regrese; si no lo hago, puedes abrirlo —murmuró—. Contiene algunas de las buenas cosas que hice en el pasado, siendo un chaval, en Vannes.

—Entonces lo abriremos juntos —afirmó

con una sonrisa llena de convicción.

Se abrazaron en el umbral durante un instante, despidiéndose con un beso furtivo.

De camino a su hotel, Henry se entretuvo en ordenar sus pensamientos, y en revisar, una y otra vez, según la teoría de la probabilidad, las posibles variaciones o combinaciones que podrían generarse de forma caprichosa en muy pocas horas.

Jugueteó con la automática en el bolsillo intentando desembarazarse de la molesta ansiedad que oprimía su pecho.

Todo quedaría resuelto, de un modo u otro; incluso en el peor de los casos, se iría de este mundo tranquilamente, habiendo despejado la última duda que aún albergaba sobre Adèle.

Poco antes de las dos de la madrugada, Henry estacionó su vehículo en un punto discreto de la carretera de Sèvres a Neuilly, en el Bois de Boulogne, junto a los accesos al Jardín de la Bagatelle y a la espesa zona arbolada que se extendía algo más allá, tras las pérgolas, las avenidas y los cuidados setos.

Apagó el motor. Conocía bien el inmenso bosque urbano, pero el lugar, a esas horas, se desplegaba ante la mirada como un páramo de absoluta soledad y abandono. La luz oscilante de las escasas farolas, lejos de mitigar el desasosiego, lo magnificaba, realzando la densa humedad que flotaba en el ambiente.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al internarse por una estrecha vereda asfaltada en dirección al corazón de su cita con el destino.

Encendió un cigarrillo, llenando su pecho de humo, temiendo que en cualquier momento una sombra pudiera emerger de la espesura y abalanzarse sobre él.

El ruido de unas ramas al moverse le paralizó por completo. Instintivamente se llevó la mano al bolsillo de la gabardina, aferrando la automática y liberando el seguro.

Escuchó el hollar de unos pasos haciendo crujir la hojarasca.

—Hola, guapísimo, ¿qué haces por aquí a estas horas? —preguntó una voz melosa—. ¿Buscas compañía?

Una prostituta, enfundada en una minifalda de cuero y en un chaquetón de piel sintética, se aproximó hasta él haciendo equilibrios sobre unos zapatos de vertiginoso tacón.

—¡Por Dios, me has dado un susto de muerte! —murmuró Henry lívido.

—¿Tan fea soy, cariño?

—No, no eres fea. Simplemente me has

asustado.

—¿Quieres que te haga un trabajito rápido? —propuso—. ¡Te aseguro que nadie la chupa como yo, mira qué labios, y sin bótox!

—Te lo agradezco, pero no busco sexo, lo siento...

—Pues si no buscas sexo, ya me dirás qué coño haces en este lugar de mierda a estas horas... —repuso ella contrariada.

—¿Estás sola?

—¡Claro que estoy sola, pero si lo que buscas es hacértelo con dos a la vez, puedo llamar a una amiga!

Henry sacó la cartera y deslizó entre sus dedos un billete de cincuenta euros.

—¡Por esta cantidad te hago lo que quieras durante una hora!

—Con esta cantidad te pago para que te largues de aquí durante una hora —corrigió él devolviéndole la sonrisa—. ¿Trato hecho, muñeca?

—Trato hecho, cariño —convino enfilando hacia la carretera—, que seas feliz.

Alzando el cuello de la gabardina, Henry siguió avanzando hasta sobrepasar los jardines. Al llegar al bosque tomó uno de los senderos de tierra que conduce a los calveros y prados que se extienden tras la espesura. Ya en terreno abierto, distinguió a Pierre Cassel. Tan puntual como siempre. Estaba junto a un grupo aislado de árboles, sentado en un banco junto al único punto de luz del lugar. El corazón comenzó a latirle con violencia.

Pierre se puso de pie y caminó a su encuentro al verle llegar.

Se detuvieron frente a frente, dejando algo más de tres metros de tierra de nadie entre los dos.

—Podías haber elegido un lugar más alegre... —ironizó Henry.

—Es un buen lugar, apartado, ideal para ti y para mí, ¿tienes frío?

—La humedad me sienta mal...

Esbozando una mueca sarcástica, Pierre extrajo una petaca de su chaqueta y se la lanzó.

—Toma, bebe un poco. No quiero mandarte a casa con el estómago vacío —espetó—. ¡Tranquilo, no está envenenado, es Courvoisier X.O. Imperial!

—Hay que tener huevos de oro para rellenar una cantimplora con un coñac de mil seiscientos euros —bromeó Henry echando un trago—. ¡Excelente, ya sabes que siempre he alabado tu buen gusto!

—En esta vida hay que celebrarlo todo. Incluso las despedidas.

—¿Te vas de París? —inquirió con sorna—. La vida sin ti no será igual.

—El que se va de París esta noche eres tú, Henry. Nos vemos por última vez.

Con un movimiento rápido, impredecible, Cassel sacó una automática plateada y le encañonó.

—¿Vas a matarme, Pierre?, ¿crees que eso te va a servir de mucho?

—Eres un maldito ingrato, un miserable; tenía planes importantes para ti, pero lo has jodido todo... —rezongó entre dientes.

—¡Claro, tus famosos planes! ¿Sabes? ¡Nunca he entendido tus propósitos! —reprochó con desdén—. Como mínimo, antes de agujerearme, podrías ser claro por una vez y explicar qué mierda esperabas de mí...

—Demasiado tarde. No tengo ganas de entretenerme en eso. Ya he gastado mucha energía contigo, inútilmente.

Pierre avanzó un par de pasos, sin dejar de fijar la cabeza de Henry como blanco. De espaldas a la luz, su rostro adquirió un aspecto torvo.

—Está bien, como quieras —convino el publicista—; pero a mi vez creo que te debo informar de que en este preciso instante te estoy apuntando..., ¿recuerdas? ¡Tengo



experiencia disparando a través del bolsillo, te aseguro que no fallaré, nos iremos juntos de París, será un buen final!

Durante unos segundos los dos permanecieron en silencio, desafiantes, sin apenas pestañear, con la rigidez de un par de estatuas, con los dedos crispados en los gatillos.

—Hay algo que no te he dicho... — advirtió Henry con voz tranquila, con una sonrisa críptica en los labios, cuando el clímax ya se tornaba insostenible.

—¿Qué?

—Las citas, si no son con una mujer, me aburren; entre hombres, siempre mejor tres que dos...

Antes de que el cerebro de Pierre Cassel lograra descodificar el significado de las palabras de Henry, el cañón de una tercera pistola emergía de la penumbra yendo a clavarse en su nuca.

—¡Habíamos dicho a las dos! —reprochó Henry—. La puntualidad es sagrada, una norma de vida...

—¡Sí, lo sé, pero llevo más de media hora dando vueltas por este maldito parque! ¡Esto es un laberinto! —refunfuñó el recién llegado respirando alterado—. Dejémoslo estar, Pitágoras. Diría que he llegado en el momento oportuno. Dime: ¿le doy el pasaporte o prefieres hacerlo tú?

Los ojos de Cassel se abrieron con desmesura al oír al desconocido dirigirse a Henry con el nombre del filósofo griego que él utilizaba como seudónimo.

—¡Maldita sea! ¿Has dicho Pitágoras? —tronó incrédulo—. ¡Estás en un error, Pitágoras soy yo! ¿Quién coño eres? ¿Rainbow, Hunter, La Falaise? ¡Contesta!

De inmediato, el desconcierto afloró en la mirada de Didier Laval, al tiempo que una devastadora certeza arrasaba el cerebro de

Cassel.

—¿Has logrado acceder a Tetractys, Henry? ¡Eres brillante, un auténtico y brillante hijo de la gran puta! ¡No sé cómo lo has hecho, pero lo has hecho! —gritó. Y al punto, dirigiéndose al que le encañonaba, aseguró—: ¡Vas a cometer un error terrible, te ha engañado, yo soy Pitágoras!

Hunter miró de hito en hito a Henry, exigiendo de forma imperiosa que las cosas se aclararan de inmediato.

—Ya veremos quién dice la verdad y quién miente... —masculló desconfiado el asesino a la espera de respuesta—. De momento, tú cállate y ponte de rodillas, con las manos en la nuca, y arroja el arma o te levanto la tapa de los sesos. No lo volveré a repetir.

—¡No dejes que este fanteche te engatuse, es un impostor, yo soy Pitágoras! —insistió Cassel agachándose y lanzando a un lado el arma—. Puedo demostrarlo, ¿eres

Hunter?

—Te pedí que compraras un teléfono y me enviaras el número a un correo electrónico; te dije que vestiría de gris; este mediodía te he llamado y te he explicado cómo llegar hasta aquí... —enumeró Henry con absoluta frialdad—. ¡No perdamos más tiempo, dispara, mátales!

—¡No lo hagas, me ha tendido una trampa, ha utilizado nuestro sistema de comunicación! ¡Por Dios, contesta!, ¿eres Hunter? —imploró el marchante una vez más.

—Sí, Hunter... —admitió finalmente Didier Laval instalado en el más absoluto recelo—. Solo hay un modo de averiguar cuál de vosotros es el impostor. Sabéis que jamás hemos compartido la más mínima información personal, pero hace unas semanas, en una conversación, se mencionó el nombre de un libro...

—¡Tú y yo hablamos de *La muerta enamorada*, de Théophile Gautier! —contestó

Cassel sin titubeos.

—¡Maldito maricón, has estado a punto de metérmela doblada! —gritó Laval apuntando furioso al rostro de Henry—. ¡Saca la mano del bolsillo de la gabardina y extiende los brazos. Hazlo de inmediato o eres hombre muerto!

Pierre se incorporó con el rostro encendido en llamas.

—¡Basta un momento de distracción para perder la eternidad, Henry, y tú la has perdido! —afirmó en tono triunfal, parafraseando a Gautier—. Buena jugada la tuya, muy buena jugada... ¡Mátale Hunter, no discutiré el precio!

Henry respiró profundamente. Su estrategia había fracasado. La bala de Hunter diluiría el mundo en unos instantes, su cerebro dejaría de funcionar, cesaría todo tipo de sensación. Dedicó un último pensamiento de gratitud a Adèle. Moriría sabiendo que ella no le había traicionado. Ver a Pierre vestido con una cazadora marrón y unos pantalones negros

era la prueba.

Cerró los ojos y rememoró lo hablado con Adèle.

—Hay algo que no veo claro, Henry. Explícame cómo te reconocerá ese sicario al que has contratado —había preguntado la joyera, dudando de lo efectivo de su plan.

—Le he dicho que yo vestiré prendas de color azul marino... —mintió él con aplomo, guardándose un único as en la manga.

En medio de ese recuerdo, sonó un disparo. Una detonación seca.

No sentía nada. Mejor así. Fin.

Un lamento ahogado, ajeno, le obligó a enfocar la realidad, en el momento exacto en que Hunter caía a peso, como un saco.

Henry miró sus manos, incapaz de comprender por qué seguía en pie.

Temblaba como una hoja, pero estaba vivo.

Un cuarto actor había hecho su aparición en la escena, abatiendo al sicario sin

contemplaciones por la espalda; rescatándole en el último instante del frío abrazo de la muerte.

Distinguió a Pierre. A su vez, parecía no entender lo que estaba pasando. Escudriñaba la hierba, palmo a palmo, gateando, intentando dar con el paradero de la pistola que unos minutos antes se había visto obligado a arrojar. La localizó. Hincando la rodilla en tierra, abrió fuego contra la silueta que avanzaba hacia él.

Henry supo que no podía mantenerse al margen.

Blandiendo la automática de Adèle acertó distancia.

—¡Ya basta, Pierre, suelta el arma; suéltala o tendré que matarte! —conminó.

—¡Inténtalo! —incito él, revolviéndose en su posición. Le apuntó dispuesto a vaciar la munición que quedaba en el cargador.

No tuvo oportunidad. Un único disparo, efectuado casi a quemarropa, en la boca del

estómago, le hizo salir despedido hacia atrás. Quedó tumbado sobre la hierba, con los ojos abiertos y un hilo de sangre en los labios.

Henry guardó la automática y se dejó caer de rodillas junto al cuerpo de Cassel. Todo había ido demasiado lejos. Demasiado. Y ahora, desencadenado el drama, lamentaba interiormente el desenlace y se maldecía por haber disparado al amigo que pudo ser y no fue.

—Lo siento, Pierre... —adujo con voz temblorosa.

—¡Cállate, maldito pusilánime, y asume de una puta vez el peso de tus actos! —farfulló el marchante con mirada perdida—. Anda, dame la mano...

Henry le aferró con fuerza.

—Cálmate, no te muevas. Llamaré a una ambulancia.

—Déjalo, no llegará a tiempo, quédate conmigo...

Pierre tenía razón. La sangre fluía



incontenible, empapando su camisa. De nada iba a servir intentar obturar la brecha.

—¿Sabes lo que tendría gracia? —  
interpeló mirándole de soslayo.

—No, Pierre, ¿de qué hablas?

—Sería muy divertido que hubiera algo...

—¿Te refieres a algo... ahí arriba?

—Sí, claro..., arriba, o donde sea.

—Lo ignoro. No tengo forma de saberlo.

—Tranquilo, no lo hay, pero... pero si lo hubiera...

—¿Sí?

—Le patearía su maldito culo, su gloriosa zafiedad...

—Estoy seguro de que serías capaz de volverle loco, te conozco bien.

Henry notó cómo la respiración de Pierre se alteraba por momentos. Llenar su pecho de aire resultaba cada vez más costoso.

—Oye, quiero saber algo... —susurró  
apretándole aún más la mano.

—Lo que quieras.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Vamos, dímelo rápido!

—Comparto tu visión del mundo. No somos tan distintos. Pulsé el botón con absoluto convencimiento. Yo los condeno a todos, a la muerte más infame y dolorosa, sin perdón...

—¿Entonces?

Henry se esforzó en deshacer el nudo de emoción áspera que atenazaba su cuello.

—Solo te pedí una cosa, Pierre. Recuérdalo. Cuando nos conocimos, te dije claramente que la traición, la mentira, es lo único que no podría tolerar. Deposité en ti la poca confianza que me quedaba. Y me engañaste...

Pierre Cassel sonrió satisfecho.

—Entonces, no me equivoqué. Sabía que ese era tu punto débil.

—¿Qué significa eso?

—Ya lo entenderás. En mi casa hallarás las respuestas... —contestó críptico, con un hilo de voz agónica—. Te agradezco, te agradezco mucho lo que has hecho. Irme así es lo mejor que me podía pasar. Has cumplido con la regla. Algo más...

—Te escucho.

—Tu nombre. Debo darte tu nombre. Tú eres... el cisne, tú eres Platón.

**CRISTALES ROTOS**

—¿Ha muerto? —preguntó Claire Valéry.

—Sí, ha muerto... —confirmó Henry cerrando los ojos de Cassel. Se incorporó y enfrentó a la inspectora, visiblemente conmovido.

—Después de lo que acabo de ver y escuchar, me cuesta creer que el odio que se han dispensado el uno al otro sea real... —murmuró.

Henry encendió un cigarrillo y ocultó durante un instante su rostro entre las palmas de las manos, intentando digerir la amargura del desenlace.

—En el reparto de esta obra nos ha tocado representar papeles antagónicos, pero lo opuesto se encuentra y reconcilia en algún momento —razonó con mirada acuosa—. No

éramos tan diferentes. Nadie lo es. Lamento profundamente todo esto, no deseaba que muriera...

—¿Qué ha querido decir con eso del cisne y Platón?

—Lo ignoro, pero ha dicho que encontraré la respuesta en su casa. Tal vez ha dejado una carta en su mesa, algún documento, una explicación..., ¿qué hacemos?

—Ir a su domicilio ahora mismo — anunció resuelta.

—¿Qué pasa con los cadáveres, no va a alertar de lo ocurrido, piensa dejarlos aquí?

En silencio, con semblante taciturno, Claire paseó por el lugar; encerrada en sus pensamientos, parecía estar librando una batalla interior.

—Le preguntaba si...

—Lo he oído. Y la respuesta es no — zanjó taxativa—. Cuando se haga de día, algún jardinero encontrará los cuerpos y avisará a la

policía. A continuación, yo recibiré la consabida llamada, y tendré que venir hasta aquí, repitiendo un proceso que en los últimos tiempos acaba estrellándose invariablemente contra un muro. La más mínima insinuación, cualquier referencia a Le Club, en mi informe, supondrá ser apartada automáticamente del caso. Es largo de explicar, pero ahora mismo estoy en guerra abierta con mis superiores. Mi departamento está dirigido por corruptos; de hecho, llevo en el bolso mi carta de dimisión. Pienso dejarlo, estoy muy cansada, pero no lo haré antes de haber llegado hasta el final en este asunto...

—Usted decide...

—Esta humedad me está matando, ¿nos vamos?, aquí no queda nada por hacer; he dejado el coche en la carretera... —dijo poniéndose en marcha—. Tendrá que explicarme muchas cosas. Su carta es una magnífica hoja de ruta, muy detallada; pero ha

obviado, y juraría que de forma intencionada, información vital...

—¿A qué se refiere? —interpeló suspicaz.

—A los nombres y apellidos de los miembros de Le Club, ¡difícilmente podré meter entre rejas a Diotima, a Ciorán, a Voltaire o a Sócrates!, ¿no cree? —observó con sorna.

—Debo pensar qué hago al respecto. Ya hablaremos de eso. Todo a su debido tiempo...

—Por cierto, cuando esto termine me entregará esa automática... —advirtió—. ¿Cómo demonios consigue armarse con tanta facilidad?

Claire siguió en su vehículo al publicista por un París vacío y desangelado, barrido por un fuerte viento del norte. Comenzaba a llover cuando llegaron, poco antes de las tres y media de la madrugada, a la sede de Art & Auctions. Tras recuperar la llave del escritorio de Muriel Martin, se colaron en la vivienda del marchante.

—Vaya con cuidado... —alertó él a mitad del corredor—, la gata de Cassel suele colarse entre los pies; la otra noche me dio un susto de muerte.

Ya en el salón, Henry fue directo hasta el panel de madera que ocultaba la caja fuerte. Encendiendo una lámpara, consultó un papel en el que había apuntado la combinación. La introdujo cuidadosamente.

—Ya está, creo que aquí encontraremos..., ¡vaya, qué raro, no se abre! —constató con fastidio—. Tal vez me he equivocado. Volveré a probar.

—¡No os molestéis en abrir esa caja! —anunció de súbito una voz grave a sus espaldas—. He cambiado la combinación. Además, aquí ya no queda nada de lo que buscáis.

Henry y Claire, sobresaltados, giraron sobre sus talones buscando averiguar la identidad del que había hablado desde el otro lado de la estancia. De forma instintiva



empuñaron las automáticas.

—¿Quién anda ahí? ¡Mucho cuidado con lo que hace o dispararé! —amenazó la inspectora intentando determinar de qué punto de la penumbra había surgido la voz.

—No dispires, Claire. Tranquilízate. Si me matas seguramente lo lamentarás toda la vida...

Una luz se encendió en el rincón más alejado de la habitación, iluminando parcialmente una escultura metálica de Gargallo y el rostro de aquel que había estado acechando sus movimientos con absoluta impunidad, al amparo de la fosca. Permanecía cómodamente arrellanado en una butaca, con las piernas cruzadas y una pistola en la mano. Sobre su regazo ronroneaba Maude, la gata siamesa de Pierre.

El felino dio un salto elástico y fue a frotar su lomo contra los pantalones de Henry, con la cola erguida como el asta de una

bandera.

Claire, estupefacta, incapaz de dar crédito a lo que veía, intentó articular unas palabras que murieron al alcanzar sus labios.

—¡Tú! ¡No, no es posible, no...! —farfulló haciendo un monumental esfuerzo.

—¿Por qué no es posible, Claire?

—No, no...

—¡Anda, baja la pistola, ya sabes que las carga el diablo! —sugirió Daniel Boillot, alzándose—. Y tú, haz lo mismo, deja la artillería en esa repisa.

Henry obedeció de inmediato. Recordaba su voz, profunda y gruesa. Había resonado en esa misma estancia noches atrás.

El hombre que les mantenía en jaque era Sócrates.

Ofuscada, resistiéndose a aceptar esa insoportable e inesperada revelación, Claire dejó que el arma resbalara entre sus dedos y retrocedió hasta ir a derrumbarse en el sofá

que estaba a su espalda.

—¡Dios mío, qué locura, qué locura! — voceó desolada, recogién dose sobre sí misma, ocultando la cabeza entre las manos en un vano intento por zafarse del peso de la verdad.

—El mundo es una locura, mi niña, pero eso ya deberías saberlo... —apuntó el forense en tono conmisericordioso; después, encaró a Henry—: Siéntate, ponte cómodo, esto nos va a llevar algún tiempo.

Sin quitarles el ojo de encima, Daniel pescó al vuelo un par de botellas del bar de Cassel y unos vasos. Lo depositó todo en el centro de la mesa, y a su vez, con la expresión de fastidio de aquel que tiene que solventar una papeleta ingrata, se dejó caer en una butaca próxima.

—¡Os podéis servir, tenemos muchas cosas que resolver!

Claire le miró con infinita tristeza, a través de la celosía que eran sus dedos, y

rechazó la oferta.

—Me temo que tú, más que nadie, vas a necesitar un buen trago para digerir todo esto... —advirtió Daniel. Haciendo oídos sordos a su negativa, escanció coñac con generosidad y deslizó la copa sobre la madera hasta dejarla al alcance de su mano.

—No quiero oír nada, preferiría estar muerta —susurró la inspectora.

—Te entiendo. Sin duda nos resultaría mucho más fácil a todos comportarnos como los célebres monos sabios, y taparnos los ojos, las orejas y la boca, pero eso no arreglaría nada. El mundo ha escalado hasta alcanzar la más alta cota del despropósito debido a esa actitud. Nadie quiere ver nada, ni saber nada, ni tomar partido por nada. Lamentablemente, a nosotros no nos queda otra opción que poner las cartas sobre la mesa...

—¿Por qué, Daniel, por qué? ¡Es lo único que me interesa saber!

—Es una historia larga, y muy dura, ¿estás segura de que podrás escucharla sin desmoronarte? —indagó.

—Lo intentaré...

—¿Recuerdas aquellos días felices en que solíamos salir juntos de París muchos fines de semana? ¡Todo empezó en uno de esos viajes breves, en 1977! —contó, dejando la pistola en equilibrio sobre el brazo de la butaca y cruzando los dedos—. Tú acababas de cumplir cinco años, lo recuerdo perfectamente. Jules y Viviane, tus padres, se habían citado con unos amigos en Besançon, ¿recuerdas algo de eso?

—No, en absoluto.

—Madrugamos mucho ese día. A primera hora fuimos a visitar la imponente ciudadela de Vauban. Cuando empezó a apretar el calor, regresamos al centro, a eso de las doce. Estábamos en un parque, esperando a esos amigos... —dijo ensimismado, como si en ese estado de abstracción pudiera ver el pasado con

absoluta nitidez—. Era día de mercado, había mucha gente curioseando por los puestos de productos naturales y artesanía...

Tanto Henry como Claire cruzaron una mirada perpleja. Ni el uno ni el otro acababan de entender el motivo que llevaba a Daniel a rememorar una excursión realizada en tiempos pretéritos.

—¿Qué ocurrió?

—¡Desapareciste, Claire! Tu madre se despistó y te dejó de la mano, apenas unos instantes, mientras se interesaba por algo. Desapareciste. Comenzamos a buscarte por todas partes, convencidos de que sin duda te encontraríamos embobada ante algún tenderete de golosinas; pero a los pocos minutos la angustia nos invadió a los tres...

—¡Por el amor de Dios, Daniel, yo no recuerdo nada de todo eso!

—Una mujer nos dijo que se había cruzado un minuto antes con una niña con

coletas. Tu padre le enseñó la foto que llevaba en su cartera y ella confirmó que eras tú sin duda alguna. Aseguró que ibas con un hombre de unos cincuenta años...

Daniel se detuvo en ese instante, respiró profundamente y se echó al coleteo un largo trago de coñac.

—Jules y yo dejamos a tu madre y corrimos como dos posesos en la dirección indicada, hasta salir de los jardines. Entonces vimos a ese tipo subirte a un coche. Miraba en todas direcciones, buscando cerciorarse de que tu ausencia aún no había sido detectada...

—¿Me secuestraron?!

—No llegamos a tiempo de impedirlo. Ese malnacido arrancó y salió como alma que lleva el diablo del lugar, pero logramos verle el rostro, con absoluta claridad, y pudimos anotar la matrícula. Un policía que estaba en las inmediaciones alertó por radio a las patrullas. Media hora más tarde localizaron el vehículo

en una de las numerosas pistas forestales del bosque de Chailluz...

Así Boillot avanzaba en su relato, una zona del cerebro de Claire despertaba de su letargo y comenzaba a activarse. Tuvo la angustiosa sensación de estar abriendo la puerta de acceso a un dédalo de corredores cubiertos por el polvo y el silencio del tiempo.

—¡Virgen santa, es mi sueño! —exclamó llevándose la mano a la sien—. ¡Me he pasado media vida soñando, periódicamente, una escena inconexa, sin sentido alguno, sin un antes ni un después! ¡Una pesadilla en la que me veo en un bosque, de la mano de un extraño, escuchando a mis padres gritar mi nombre!

—¿Qué ocurrió? —inquirió Henry sobrecogido.

—Consciente de que le pisaban los talones, ese bastardo te dejó y puso tierra de por medio. Cuando te encontramos, poco después, llorabas con absoluto desconsuelo,



tenías un montón de pequeñas heridas en las piernas y en los brazos, producidas por las zarzas, pero estabas bien.

—¡Era un hombre fornido, alto, de pómulos marcados y cejas espesas; tenía un lunar junto al mentón, y unos ojos saltones que parecían los de un sapo! —rememoró Claire—. ¡Ahora logro verle con absoluta nitidez!

—¿Escapó? —indagó Henry nervioso, encendiendo un cigarrillo.

—Sí, escapó. No consiguieron dar con él. Ese bosque es inmenso. Pasamos todo el resto del día en la comisaría de Besançon, viendo álbumes de fotos, intentando identificarle. Incluso un especialista dibujó un retrato robot, pero no sirvió de nada...

—Nadie me ha hablado jamás de esto, Daniel. Ni mis padres ni tú...

—Acordamos que lo mejor era echarlo todo al olvido —adujo.

—¡Qué horror, ahora lo veo todo claro!

¿Pero qué tiene que ver esa historia con Le Club?

—Todo, Claire. Déjame proseguir y lo verás. Pasaron dos años. Tu padre y yo nunca volvimos a tocar el tema, pero con frecuencia en la vida ocurren cosas inexplicables. En la primavera de 1979 acudí a unas jornadas de entomología forense que se celebraron en un hotel en Saint-Malo. Una tarde libre salí a dar un paseo por el centro. El corazón me dio un vuelco cuando vi a ese bastardo. Pasó por mi lado con unas bolsas en la mano. Le reconocí a pesar de que lucía un espeso bigote.

—¿Qué hiciste?

—¡Decidí seguirle, no me lo pensé dos veces! —exclamó el forense—. Le seguí hasta su domicilio, casi en las afueras de la población. Vivía en una casa aislada. Anoté su nombre y su dirección. De vuelta en París, temiendo su reacción, tardé semanas en contárselo a tu padre..., ¡ya sabes cómo era!

—¡Todo un temperamento!

—Sí. Muy frío, pero muy visceral a un tiempo. Cuando se enteró, se puso hecho una furia. No me dio opción. Me exigió que le acompañara a Saint-Malo. Él también le reconoció, de inmediato. En las siguientes semanas no le perdimos la pista. Nos dedicamos a recabar toda la información posible. En ese proceso nos ayudó decisivamente Émile Gaudin...

—¿El inspector al que yo sustituí cuando se jubiló?

—Sí. Gaudin consiguió reunir un montón de documentos, ¡toda su vida y milagros! Utilizaba una falsa identidad. Su verdadero nombre era Paul Blanc, de cuarenta y tres años, nacido en Troyes. Había cambiado de domicilio siete veces entre 1968 y 1979. Y en todos los lugares por los que había pasado se acumulaban casos no resueltos de niñas desaparecidas o asesinadas.

—Creo que no quiero escuchar el resto de esta historia —murmuró Claire intranquila, intuyendo el desenlace—. No sigas, te lo ruego...

—Aquel verano, tu padre y yo nos instalamos en Saint-Malo... —continuó Daniel, haciendo caso omiso a la petición de Claire—. Durante días nos turnamos, anotando sus movimientos, sus rutinas, sus entradas y salidas. Una tarde acabamos colándonos en su domicilio. En un agujero ocultaba cientos de fotos, libretas, notas, recortes de prensa, muñecas, pendientes y pulseras, mechones de cabello, ropa interior...

—¡Déjalo, Daniel, ya basta!

—Le esperamos. Ese día llegó más tarde de lo acostumbrado. Cuando entró, tu padre le golpeó en la nuca. Le arrastramos hasta el sótano y le atamos de pies y manos. Cuando despertó, procedimos a interrogarle, una y otra vez, durante toda la noche, sin éxito. Lo negaba

todo con un aplomo exasperante, con un cinismo aterrador... ¡El muy hijo de puta sabía todo lo que hay que saber sobre leyes, derechos constitucionales, jurados y tribunales, dudas razonables y pruebas concluyentes, y se mofaba! ¡Te recordaba perfectamente, guardaba una cadenita de oro, con una cruz, que llevabas aquel día al cuello!

—¡Te ruego que lo dejes estar!

—Tu padre no aguantó aquel escarnio. Le puso una pistola en la sien y...

—¡No, no...!

—Yo no hice nada por evitarlo, y nunca lo he lamentado. Esa fue, Claire, la primera bala de Le Club, hace treinta y un años —concluyó Boillot con tono grave.

El desenlace sacudió a Claire con violencia, como si esa bala disparada por su padre le hubiera atravesado el corazón, tras romper en mil pedazos el universo de cristal de su infancia. Un llanto amargo desbordó sus

ojos y las lágrimas rodaron incontenibles por su rostro.

Daniel y Henry, atribulados, mantuvieron un silencio respetuoso, esperando a que ella destilara toda su amargura.

—Te odio, Daniel..., ¡voy a odiarte el resto de mi vida! —afirmó la inspectora entre gemidos, sumida en la más completa desolación.

—Lo entiendo. Estás en tu derecho.

—¡Mi padre!

—¿Qué pasó después de esa venganza? —interpeló Henry.

—Tal vez esa noche podía haber terminado todo, pero no fue así. Paul Blanc mantenía contacto con un par de depravados; un francés y un belga... —explicó Boillot retomando el hilo—. Se carteaban e intercambiaban imágenes repugnantes. Tu padre y yo nos propusimos acabar con ellos. Tardamos mucho tiempo en hacerlo. No fue

sencillo. Por fortuna, para entonces, Émile Gaudin, el inspector, se nos había unido. Colaboró en esos dos trabajos de forma muy activa. Adoptó el nombre de Parménides; tu padre eligió el de Heráclito; y yo, como nunca he tenido mucha suerte con la mujeres, el de Sócrates.

Enjugando su llanto, Claire encaró al forense con tristeza.

—¡Así es como creasteis Le Club, una secta de asesinos!

—¡Nosotros no pretendíamos crear nada! Simplemente estábamos hartos de ver todo lo que veíamos día tras día, ¿sabes cuántos cadáveres han pasado por mis manos a lo largo de los años? ¡Tu padre, Claire, sentía absoluta náusea, y lo mismo nos ocurría a Émile y a mí! —espetó Daniel con vehemencia—. Estábamos cansados de ver salir por la puerta grande a violadores, asesinos, estafadores y corruptos. ¡El ejercicio del mal tiene un coste ridículo en

nuestra moderna y humana y muy democrática sociedad! ¿Es necesario que te explique esto? ¡Se puede matar a quien quieras, cuando quieras y como quieras; que con un fajo de billetes, un buen picapleitos y dos cuartas partes de demagogia y atenuantes, supondrá, en el peor de los casos, unos pocos años en una moderna prisión con piscina, gimnasio, buena comida y asistencia psicológica!

—Lo otro es barbarie, no es aceptable...

—¿Barbarie, dices? ¡Llámalo como quieras, me es igual, me quedo con los bárbaros! —rechazó de plano.

—Lo que ha contado parece ser solo el prólogo de una larga historia... —murmuró Henry, ávido de información—, ¿qué ocurrió después, en los siguientes años?

Mientras se decidía a proseguir su relato, Daniel rebuscó en el bolsillo del pantalón y extrajo una pequeña cajita metálica. Encendió un cigarrillo puro y exhaló una bocanada de



humo con absoluto placer.

—Lo que ocurrió es fácil de entender. De forma natural, paulatina, silenciosa, los agraviados, padres, madres, hermanos y esposas del atropello y la infamia, nos fueron saliendo al paso, reclamando justicia —resumió el forense con un halo de orgullo en la mirada—. En los últimos treinta años siempre ha sido así. La gente llega a Le Club destrozada, rabiosa, movida por el afán de venganza, pero una vez cauterizada la herida y aplacado el odio, todos comprenden, más allá de sus desgracias personales, que deben involucrarse de forma activa, que no hay otro camino, otro método, en este mundo absurdo y caótico, más allá del nuestro.

El forense hizo una pausa, ante la mirada atónita de Claire y Henry, y se quedó absorto en el caprichoso dibujo que formaba un jirón de humo en el aire.

—Nos fuimos organizando, empezamos a

recibir ayuda económica y a sumar voluntades; establecimos nuestras propias reglas y normas; diseñamos un sistema de seguridad y un método de trabajo y comunicación, y creamos empresas que pudieran amparar y contribuir a financiar nuestra actividad, ¡matar a hijos de puta es el deporte más caro del mundo, de eso no os quepa la menor duda! —concluyó con absoluta sorna.

—¿Empresas tapadera, como esta? —apuntó Henry—, ¡simplemente brillante!

—Sí, Art & Auctions y muchas otras compañías diseminadas por todo el país. Empresas que funcionan y generan el dinero que necesitamos a la hora de pagar a los mejores profesionales.

—Durante todos estos años he vivido con la frustración de no haber sido capaz de resolver ninguno de vuestros asesinatos —murmuró Claire con ironía—, ¡qué estúpida he sido, ahora lo entiendo todo! ¡Entre Gaudin, mi

padre y tú eliminabais cualquier evidencia, cualquier huella!

—No te equivoques, nunca hemos cometido errores de bulto, la excelencia ha sido siempre nuestra divisa. Solo en un par de ocasiones tuvimos que obviar en nuestros informes algún detalle menor... —negó Boillot con notable pedantería.

—¿Qué hay de Pierre Cassel, en qué momento tomó las riendas de Le Club? —inquirió Henry a bocajarro.

—Pierre se unió a nosotros hace doce años, de forma muy parecida al resto.

—También buscando venganza...

—Sí. Había prometido a su madre devolver todo el horror que ella tuvo que vivir y presenciar cuando solo era una niña. Es una historia terrible como pocas, ¿te interesa oírla?

—Personalmente, mucho.

—La madre de Pierre se llamaba Cécile. Era de origen español, había nacido en

Barcelona —contó entonces Daniel—. Sus padres eran republicanos que huyeron a Francia cuando la Victoria de las tropas fascistas ya era inevitable. Tarragona había sido tomada, Barcelona capitularía en pocos días. Clemente, su padre, era el propietario de una pequeña imprenta de la que había salido buena parte de la propaganda republicana durante la contienda. Su nombre constaba en la lista negra de los franquistas.

—Entiendo. Optó por poner a los suyos a salvo; de haberse quedado, hubiera acabado contra un paredón... —razonó Henry.

—Sin duda alguna. Salieron de la ciudad el 22 de enero de 1939, a primera hora de la mañana, uniéndose a la larga columna de exiliados que partía hacia la frontera. La pequeña camioneta que utilizaban se quedó sin gasolina unas horas más tarde. Tuvieron que abandonar todas sus pertenencias y proseguir a pie, cargando únicamente con maletas, dinero y

joyas; pero Cécile, que tenía solo nueve años, y Marta, su madre, acabaron derrengadas y se negaron a continuar. Decidieron buscar cobijo en algún pueblo próximo al Montseny —y en ese punto, Daniel interrumpió el relato y tragó saliva—. Al llegar a una pequeña población, Clemente dejó a su esposa y a su hija ocultas en una arboleda y se acercó hasta una de las primeras casas. Le habían dicho que allí podrían refugiarse...

—Y fueron a meterse en la boca del lobo, en un nido de fascistas... —aventuró Claire con suspicacia.

—No. La familia que vivía allí no tenía la más mínima ideología... —rechazó el forense—. Era un campesino, viudo, con dos hijos, que regentaba una pequeña tienda de vinos y aceites. Le preguntó a Clemente si podría pagar el alojamiento y la comida, y él cometió entonces la mayor de las imprudencias, al abrir delante de esos bastardos la maleta que llevaba,

dejando a la vista su contenido.

—¿Le robaron? ¡No es posible! —susurró Henry.

—Un robo hubiera sido un mal menor. Se abalanzaron como demonios sobre él y le derribaron. Le partieron el cráneo con una azada. Marta y Cécile, al oírle gritar, acudieron de inmediato. Con la madre no tuvieron ninguna piedad. La golpearon entre los tres hasta la muerte. La niña echó a correr, campo a través. La persiguieron durante más de una hora, pero afortunadamente logró ocultarse en la espesura. Pasó la noche temblando como una hoja. Al amanecer deshizo el camino hasta ir a reunirse con el grueso de la columna republicana. Contó lo que les había ocurrido a sus padres, pero en esas circunstancias dramáticas nadie quiso demorar la marcha y meterse en líos...

—¿Qué fue de ella?

—Una familia la acogió de modo

provisional. Dos días después, cuando nuestro gobierno decidió abrir la frontera ante la imposibilidad de contener esa marea humana, entró en Francia. Pasó muchas semanas a la intemperie, hacinada en una playa junto a miles de refugiados. Finalmente fue trasladada a un hospicio... —resumió Boillot con un nudo en la garganta—. El resto de la historia es largo y podemos obviarlo. A los veintiún años contrajo matrimonio con un hombre acaudalado, un comerciante de Burdeos. Pierre fue hijo único, creció en un ambiente acomodado, cursó estudios universitarios, se instaló en París y acabó triunfando en el mundo de los negocios, aunque sin olvidar jamás los hechos que marcaron a su madre de por vida. Cécile sufrió continuas depresiones y crisis de angustia hasta su muerte. Vivió toda su vida medicada.

Un sentimiento triste y desapacible, comparable al viento helado que azota los páramos, barrió el ánimo de Henry. Volvió a

ver a Cassel desangrándose sobre la hierba y se maldijo interiormente una vez más.

—Puedo entender la ira de Pierre... — musitó.

—Pierre era muy amigo del hijo de Gaudin, habían estudiado juntos. De ese modo llegó hasta nosotros. Le ayudamos en todos los aspectos, y él se dedicó en cuerpo y alma a planear su venganza. Costó mucho dar con el escenario de aquel repugnante crimen y con sus autores, pero lo conseguimos. Por desgracia, el padre y el mayor de los dos hijos ya habían fallecido. El menor, de casi ochenta años, aún vivía. Era el patriarca de una familia numerosa, muy rica. Muchos vecinos de la localidad chismorreaban sin ambages acerca de cómo unos muertos de hambre habían prosperado de manera súbita e incomprensible tras la guerra...

—¿Pierre ajustició a un hombre de ochenta años? —preguntó incrédula Claire.

—Sin el más mínimo remordimiento. El



viejo solía pasear cada tarde por un bosque cercano. Pierre le esperó. Quiso hacerlo él solo, sin nuestro concurso. Decía que no deseaba compartir ese placer con nadie. Le ató y le amordazó, y mientras colgaba de sus pies dos sacos llenos de monedas, se entretuvo en explicarle quién era, qué hacía allí y por qué iba a ahorcarle; finalmente, le puso la soga al cuello y lo izó a peso hasta lo alto de una gruesa rama.

Claire se llevó los dedos a los labios. Recordaba perfectamente ese caso, el primero de los crímenes de Le Club que pasó por sus manos.

—En el bolsillo del anciano apareció una máxima de Epicteto: «No es la miseria la que verdaderamente nos aflige, es la avaricia» —rememoró.

Daniel asintió, esbozando una leve sonrisa.

—Satisfecha su venganza, Pierre Cassel se

volcó en Le Club. Tu padre y yo decidimos ponerle al frente de la organización y pasar a segundo plano. Reunía todos los requisitos imprescindibles: meticulouso, frío, inteligente, astuto. En muy pocos años, gracias a su talento y constancia, una de nuestras más viejas aspiraciones se ha cumplido. En estos momentos, en Alemania, Inglaterra, Italia y Bélgica, Le Club es ya una realidad. Y otros países seguirán...

Al oír eso, el rostro de la inspectora reflejó absoluta turbación.

—¿Te asusta saber eso? ¡Será mejor que lo aceptes, Claire! —recomendó en actitud inflexible—. No vamos a detenernos. Más allá de lo que ocurra aquí esta noche, seguiremos adelante con nuestro ideal. Llegará el día en que la gente abra los ojos y recupere todo su poder, toda su capacidad de elección, sin dogmas ni dioses, sin espejismos ni vendas. Y cuando eso suceda, el eco de cada una de

nuestras balas resonará por todo el planeta; sacando a la gente de su letargo, del coma inducido en que nos mantienen a todos. La libertad es la mentira, la gran falacia, el mayor de los embustes que nos han hecho creer.

—El día de la ira del pueblo... —apostilló Henry con mirada perdida.

—Esa ira es sagrada. Estallará como un volcán. Mirad el mundo, no lo perdáis de vista, porque se desmorona a pasos agigantados, ¿recordáis la canción de Moustaki? ¡Había un jardín al que llamábamos la Tierra! ¡Y esos miserables nos lo han arrebatado, lo han parcelado, envenenado y tasado! Ni la bondad ni la paz han conseguido enmendar este desastre universal. Bien, ya es suficiente. Ha llegado la hora de tomar decisiones —resolvió de súbito el forense con gesto hastiado—. Deberéis decidir, ahora, en qué bando queréis luchar a partir de mañana...

## LAS NUEVAS MAÑANAS DEL MUNDO

—¿Qué insinúas, Daniel?—interpeló Claire desconcertada—. ¿Pretendes que nos unamos a ti?

—No persigo ningún fin, no busco nada. Haz lo que creas que debes hacer. No seré yo quien te prive del supremo derecho a la elección. De todos modos, debo advertirte de que todas las piezas sobre el tablero han llegado a una posición tremendamente compleja, difícil de resolver... —puntualizó—. No hay demasiadas opciones; en el ajedrez, o bien ganan las blancas, o bien ganan las negras, o se opta por las tablas.

—Explícate...

—Os lo explicaré por partes. A los dos. Y

empezaré por ti, pues eres lo único que realmente me importa. Soy un viejo solitario y ya no me quedan muchos afectos. Sabes perfectamente que nunca podría hacerte daño... —aseguró, mirando de reojo la pistola sobre el brazo de la butaca—. Antes preferiría morir.

—Te escucho.

—Si decides abrir la caja de los truenos, yo seré detenido e interrogado, pero no lo pondré fácil. Soy hueso muy duro de roer. Compadezco al desgraciado que intente medirse conmigo a nivel dialéctico. No daré ningún nombre y lo negaré todo. Le Club no caerá. De ningún modo. Bajo ningún concepto. Si es necesario, me declararé culpable de todos los crímenes que se amontonan en tus carpetas y de una veintena más de los que nada sabes... —gruñó con un brillo retador en la mirada—. En el peor de los supuestos, de prosperar la investigación, seré juzgado y acabaré mis días en la cárcel. No me importa, estoy seguro de

que vendrás a verme. Lo que resultará inevitable es que el nombre de tu padre, y el de Gaudin, salgan a colación y queden asociados al caso. En lo personal, deberás asumir que el descrédito y el deshonor mancillen su memoria...

—Eso me suena a chantaje.

—¡Déjate de chantajes, las cartas boca arriba! Si me condenan, condenan a tu padre en ausencia y a un inspector jubilado con asma y problemas de artrosis..., ¡fin de la historia!

—Prosigue...

Daniel aplastó la colilla del cigarrillo y deslizó sus manos por el rostro, afilando las facciones.

—Ayer por la tarde, cuando me llamaste, me dijiste que estabas pensando en presentar tu dimisión. Estás en tu derecho, pero creo que es un error... —razonó en tono pausado—. Te habrán derrotado de forma indigna. Jules Valéry se revolvería en su tumba. Ahora te lo

puedo decir claramente: Frédéric Péchenard y Benoît Lauzier, tus superiores, están de mierda hasta las cejas. De hecho, sus nombres, y el del presidente del Banco de Francia, figuran en nuestra lista de objetivos desde hace mucho tiempo. Más del que puedas imaginar. Hace unas horas, Hipatia me ha comunicado que ya tiene todas las pruebas que necesitamos para hundir a Bergeron...

—¿Quién es Hipatia? —interpeló Claire.

—Una mujer maravillosa; una egipcia de origen griego, discípula de Plotino, hija de Teón...

Claire apretó las mandíbulas y encaró a Henry exigiendo una respuesta.

—¿La joyera? —inquirió sagaz.

—No sé quién es Hipatia, no la conozco —repuso encogiéndose de hombros.

—¡Qué más da eso ahora! —rezongó el forense irritado—. Decía que debemos sopesar qué hacer con Bergeron. Si filtramos toda esa

información a los medios de comunicación, se desatará un escándalo monumental. Ese miserable ya baila en la cuerda floja, gracias a esa providencial carta de Poncelet. Así que solo hace falta darle un pequeño empujón y ¡adiós! Lo único que me preocupa es que dado el tamaño del cerdo, posiblemente salga bien librado. Siempre hay redes sólidas para cerdos lustrosos. Tal vez, lo mejor será hacer lo que siempre hemos hecho: cavar una fosa real, fresca y profunda, para él y para los asesinos de Pitrel...

—¡Pobre muchacho, no puedo creer que esté muerto!

—¿No crees que merece justicia?

—No lo sé, Daniel, ya no sé lo que es justo y lo que no lo es. Soy incapaz de pensar, llevo casi veinticuatro horas sin dormir, estoy deshecha... —murmuró con expresión alelada.

—Si no quieres ayudarnos, o si no estás preparada para hacerlo, puedes optar por mirar



hacia otro lado, aunque sé que eso no va contigo en absoluto; pero renunciar ahora, dejando el paso expedito a ese tropel de hijos de puta, no es opción; al menos no lo es para mí —zanjó displicente—. En cuanto a ti, Henry...

—¿Qué?

—Si finalmente Claire decide romper la baraja, te verás en un serio apuro. Con tus antecedentes, el más magnánimo de los jueces te enviará a prisión con más de media docena de cargos a la espalda. Y no es ese el futuro que Pierre te reservaba.

—Nunca he sabido a ciencia cierta qué esperaba Pierre de mí.

—Yo te lo diré. El mismo día en que te conoció, vino a verme a casa. Estaba pletórico, excitado. Me contó la conversación que habíais mantenido, con todo lujo de detalles. Y refiriéndose a ti parafraseó las palabras que, según se dice, pronunció Sócrates al conocer a

Platón, el más grande de sus discípulos: «He aquí el cisne».

Henry y Claire intercambiaron una mirada cómplice. Las palabras póstumas de Pierre Cassel cobraban sentido.

—¿El cisne?

—El cisne que había estado buscando de forma obsesiva durante meses; la persona destinada a sustituirle al frente de nuestra organización.

La sorprendente revelación del forense sumió a Henry en la afasia. Incapaz de articular palabra alguna, encendió un cigarrillo y caminó intranquilo hasta uno de los ventanales del salón. Hizo a un lado la cortina y echó un vistazo al exterior. Un halo irreal, fantasmagórico, parecía envolver las calles.

—Lo siento, pero no acabo de entenderlo... —susurró incrédulo plantándose ante Boillot—. ¿Pierre quería que yo ocupara su lugar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque se estaba muriendo, Henry... —

repuso cariacontecido—. Hace poco más de un año le detectaron un cáncer. Se había extendido. Los médicos ni siquiera se plantearon la posibilidad de operarle. Y él se negó a seguir tratamiento alguno. Ya sabes lo mucho que le preocupaba su imagen, era un gran narciso.

—¡Dios mío!

—Le dieron seis o siete meses de vida. Se equivocaron. Suelen hacerlo. Su tiempo añadido ha sido un regalo, pero el final ya estaba muy cerca, cada vez se encontraba peor. Su mayor preocupación, desde el momento en que tomó conciencia de lo irreversible de su situación, fue hallar a alguien a quien pasar el testigo. No es fácil. Ninguna de las personas que conforman la cúpula de nuestra organización está capacitada para algo así...

Henry, aturdido, dejó de oír a Daniel. Finalmente lograba ver con claridad, como si una venda se hubiera desprendido de sus ojos.

El teléfono móvil de Boillot comenzó a sonar estridente. Maude, adormilada a los pies del forense, pegó un brinco.

—¿Sí? ¡Hola! ¿Dónde estáis? —preguntó mientras se ponía en pie y empezaba a dar vueltas por la estancia—. Bien, muy bien, entiendo. Confío en que os hayáis cerciorado de que todo queda limpio, sin pistas. Perfecto. Sí, por aquí todo bien. Ya hablaremos mañana. Adiós...

Tras colgar se dirigió a Henry, que seguía entregado a sus pensamientos.

—Pierre era sumamente inteligente. Sabía que contigo solo podía emplear dos tácticas. O bien convencerte de que lo que hacemos es absolutamente correcto, o bien empujarte hasta el mismo borde del abismo, a la espera de tu reacción, que él intuía violenta... —murmuró.

—Las dos han funcionado de un modo u otro —asintió alicaído.

—¿Eres consciente de que aun sin proponértelo has cumplido con la primera de nuestras reglas? —interpeló el forense—. Es así, Henry: has planificado y llevado a cabo una ejecución de forma magistral...

—Ahora lo veo. Hasta en eso he sido el juguete de Pierre.

—¿Quién es el tipo al que has citado esta noche en el Bois de Boulogne?

—Lo único que sé de él es que se llamaba Hunter.

—¿Hunter? ¿Has utilizado a Hunter? ¡No me lo puedo creer!

—Accedí a Tetractys sirviéndome de los códigos de Pierre y las claves que ocultaba en sus anuncios por palabras. Estaba aquí la otra noche, tras esa puerta, mientras tú borrabas todo el contenido de vuestra red de comunicación. Así contacté con Hunter... —

precisó.

Daniel no pudo evitar reír entre dientes, como una hiena.

—¡Pierre no se equivocó, estaba en lo cierto, eres un auténtico diablo! —exclamó admirado—. Me acaban de comunicar que esto ya está arreglado en parte. La anticipación es fundamental. Tampoco vosotros estabais solos en el Bois de Boulogne. Los nuestros han retirado los cadáveres de Pierre y de Hunter y han recogido hasta el último casquillo. Sus cuerpos no serán encontrados jamás. Eso significa, a todos los efectos, que no hay crimen...

La inspectora, que había asistido a la última parte de la conversación con la actitud de un convidado de piedra, reaccionó de inmediato.

—No sé si mi cerebro será capaz de asimilar lo que he escuchado aquí esta noche. Lo único que ahora mismo tengo claro es que

todos sois maquiavélicos —afirmó desfondada, a caballo entre la fascinación y el desencanto.

—Todo estaba absolutamente planificado. Pierre nunca dejaba cabos sueltos. Sabía perfectamente cómo podían desarrollarse los acontecimientos esta noche. Uno de nuestros colaboradores, físicamente muy parecido a él, está volando en estos momentos a Hong Kong, con su pasaporte y sus tarjetas de crédito. Muriel Martin, su secretaria, y algunos de sus ayudantes más próximos, recibirán en un par de días cartas de su puño y letra, en las que lamenta no haber podido despedirse de ellos. Mañana las depositaré en un buzón de correos...

Los tres se miraron en silencio, con astucia y cansancio a partes iguales.

—¡Y eso es todo..., he disfrutado mucho de vuestra compañía, pero con vuestro permiso voy a retirarme; ya casi amanece, y las últimas horas han sido muy intensas! —anunció

guardando la automática en el bolsillo de su chaqueta y trasegando el coñac que restaba—. Tendremos oportunidad de hablar de muchas cosas en los próximos días. Pensad con calma, sopesad sin prisas, decidid.

Antes de abandonar la casa, Daniel recogió la botella de Courvoisier, los vasos utilizados y los ceniceros, introduciéndolo todo en una pequeña bolsa de deporte. A continuación, limpió el mecanismo de la caja fuerte. Y de camino a la puerta se entretuvo en borrar cualquier huella de pomos y apliques con absoluta parsimonia.

—Nunca hemos estado aquí. No sé qué habréis hecho vosotros, pero yo he pasado la noche viendo a Henry Fonda, Lee J. Cobb y Martin Balsam en *Doce hombres sin piedad...* —decidió sarcástico.

Ya en el exterior, una ráfaga de aire fresco y húmedo les envolvió como una bendición. Parecía que la despedida iba a ser rápida, pues



todo parecía haber sido dicho o apuntado.

—Creo que caminaré un poco —resolvió Henry mientras Claire rebuscaba en su bolso intentando dar con las llaves del coche—. Un poco de soledad es lo que más necesito...

—Lo que yo necesito ahora mismo es a mi hija —aseguró la inspectora esbozando una sonrisa tímida a guisa de despedida.

—Y yo a mi almohada... —apostilló Boillot poniéndose en marcha tras despedirse como un actor de su audiencia. Recorrió media docena de metros y se detuvo. Parecía haber recordado algo importante. Girando sobre sus talones, se dirigió a Claire y a Henry—. Por cierto, hay algo que no os he dicho...

—¿Qué? —inquirió la inspectora.

—Cuando tu padre y yo regresamos de Saint-Malo, después de ventilar ese primer asunto con Paul Blanc, pasamos varios días abatidos, taciturnos. Se diría que los dos nos preguntábamos en nuestro fuero interno si

habíamos hecho bien o mal... —contó Daniel alzando la voz—. Ese ánimo cambió definitivamente cuando Jules se presentó una mañana en la sala de autopsias, y sin darme siquiera los buenos días tomó un trozo de tiza y escribió unas palabras en la pizarra...

—¿Qué escribió?

—Ya sabes que tu padre sentía especial devoción por los filósofos alemanes. Yo siempre los he aborrecido, soy griego de pies a cabeza. Escribió una frase de Max Stirner, una cita contundente, definitiva; una pregunta que todos deberíamos contestar: «¿Por qué en manos del Estado el uso de la fuerza es considerado Derecho y en manos del individuo es llamado crimen?».

—No lo sé, Daniel. Parece un despropósito, pero así son las cosas... —repuso Claire en tono remiso.

—¿Despropósito? ¡Más bien es pura sinrazón! —aseguró indignado—. ¿Es que no

somos, todos y cada uno de nosotros, infinitamente más importantes que el Estado; infinitamente más importantes que todos los Estados reunidos de esta pocilga flotante! ¡No os equivoquéis, esto no es egotismo, ni tampoco anarquía!

—¿Qué es entonces? —indagó Henry frunciendo el ceño, con las manos enfundadas en los bolsillos.

—¡Mi Derecho, nuestro Derecho, con mayúscula! —tronó reemprendiendo su camino —. ¡Mientras Le Club exista, no habrá paz para los miserables!

Abandonaron el lugar. En tres direcciones.

Henry vagabundó sin prisas, topándose a su paso con rostros anónimos, adormecidos; avanzando al tiempo que las persianas y luces de los comercios exhumaban a la ciudad de la falsa tumba de la noche.

En el centro de sus pensamientos emergía Adèle, sonriente; se aproximaba y le rodeaba

con sus brazos cálidos y suaves, susurrándole al oído un nuevo juego, más perverso y tentador si cabe.

Pierre, cumplida su misión, parecía despedirse desde un umbral, sin tristeza ni resquemor alguno en la mirada.

París bostezaba y abría los ojos a un nuevo día; una mañana renovada, en la que todo estaba por decidir y estrenar. Y del mismo modo lo harían todas y cada una de las ciudades del mundo. Los corderos, los hambrientos, los despojados, los olvidados, los indignados ocuparían una vez más su posición en el viejo tablero de juego, frente a déspotas, criminales y desaprensivos. Dispuestos a librar una vez más la desproporcionada batalla entre el bien y el mal. Dirimida desde toda la eternidad, por toda la eternidad.

Henry rebuscó en el bolsillo de la gabardina hasta acariciar con los dedos los cincuenta céntimos de euro.

El botón del día de la ira.

El triunfo del pueblo.

El mejor regalo de Pierre Cassel.

Lanzó la moneda al aire, con un suspiro, y

la recogió en su caída.

En la palma de su mano, Marianne parecía  
sonreír y señalar el camino.

**AU REVOIR, PLATÓN**

RAINBOW:

¿Hola?

PLATÓN:

Hola. Buenas noches.

RAINBOW:

¿Te has cambiado el *nick*, Pitágoras?

PLATÓN:

No soy Pitágoras. A partir de ahora harás tratos conmigo.

RAINBOW:

¿Qué le ha pasado a Pitágoras?

PLATÓN:

Ha tenido que dejarlo, por problemas de salud...

RAINBOW:

Vaya, lamento oírlo, nos entendíamos muy bien.

PLATÓN:

No te preocupes por eso, también nos entenderemos bien tú y yo. No habrá ningún problema, puedes estar tranquilo.

RAINBOW:

¿Hay trabajo a la vista? Eso espero, porque en los últimos tiempos Pitágoras solo me reservaba asuntos menores. Envenenar

bombones no es lo mío...

RAINBOW:

Por cierto...

RAINBOW:

Aún no he recibido ese pago.

RAINBOW:

¿Estás ahí, Platón?

RAINBOW:

¿Platón? ¡Parece que esto se ha cortado!

PLATÓN:

Sí, estoy aquí...

RAINBOW:

¿Ocurre algo?

PLATÓN:



No, nada. No sabía que tú te habías encargado de ese trabajo.

RAINBOW:

Sí.

PLATÓN:

Mañana sin falta haré una transferencia a tu cuenta.

RAINBOW:

Perfecto. Bueno, cuéntame...

PLATÓN:

En un par de semanas tendrás varios informes de gentuza a la que queremos sacar de circulación.

RAINBOW:

Eso suena de maravilla, me estaba entumeciendo.

PLATÓN:

Empezaremos con un  
banquero...

RAINBOW:

Llevo años soñando con poder  
matar a uno de ellos. Los detesto.

PLATÓN:

Pues este vale por cien. Es el  
rey de los banqueros, un pez muy  
gordo. Será un trabajo relativamente  
sencillo. Tiene una casa a unos  
setenta kilómetros de París en la que  
pasa los fines de semana. Con  
sistema de alarma, pero sin vigilancia  
especial.

RAINBOW:

No hay alarma que se me  
resista, ¿qué más?

PLATÓN:

Tras solventar eso, seguiremos con dos altos cargos de la policía; también el director de una prisión y varios matones. Una pandilla de miserables.

RAINBOW:

¿Policías? Eso parece más complicado, habrá que estudiarlo con calma.

PLATÓN:

No tenemos ninguna prisa. Los ejecutaremos de forma escalonada, uno por uno. Tenemos muy buenos amigos en la policía, y están dispuestos a facilitarnos las cosas. Te aseguro que nos lo servirán en bandeja de plata.

PLATÓN:

Eso es todo por ahora. Nos pondremos de acuerdo en los detalles cuando los informes estén listos. Hablaremos en un par de semanas.

RAINBOW:

Entendido. Ya me avisarás. Estaré pendiente de la prensa...

PLATÓN:

Algo más antes de cerrar...

RAINBOW:

Dime.

PLATÓN:

Siempre que sea posible, me gustaría que hicieras algo muy especial...

RAINBOW:

¿De qué se trata?

PLATÓN:

Un favor sencillo. A partir de ahora quiero que arranques un botón de la ropa a cada uno de los cabrones que liquidemos.

RAINBOW:

¿Un botón, dices?

PLATÓN:

Sí, un botón, de la camisa, la chaqueta o el pantalón. Te daré el número de un apartado de correos y me los irás enviando.

RAINBOW:

¡Joder, me han pedido cosas muy raras, pero creo que esta se lleva

la palma! ¿Para qué coño quieres un botón?

PLATÓN:

Sería muy largo de explicar. Tal vez en otro momento. Simplemente, hazlo.

RAINBOW:

Como quieras. No te cobraré por eso. Me estoy riendo a base de bien.

PLATÓN:

Me alegra saberlo. Reír es bueno. *Bonne nuit*, Rainbow.

RAINBOW:

*Au revoir*, Platón.

\* \* \*

©2012, *Julio Murillo*

© 2012, *Ediciones Planeta Madrid, S. A.*

*Primera edición: mayo de 2012*

*ISBN: 978-84-270-3292-7*

*31-03-2013*

*Scan V.1 Joseiera*

*Fb2 editado por Sagitario*



# Table of Contents

## AGRADECIMIENTOS

1 LAS SEIS BALAS DE HENRY

2 NIETZSCHING

3 CLOSING TIME

4 LA GUERRA DE LOS BOTONES

5 EL PESO DEL FRACASO

6 POR CAPRICHOS DE DIOS

7 TODO EL BUEN MAL HECHO

8 LA PRIMAVERA PARISINA DE PIERI  
CASSEL

9 ENTRE LOS OJOS

10 UN NUEVO COMIENZO

11 LA ÚLTIMA CENA

12 ADÈLE MERCIER

13 PATO A LA SANGRE

14 LA FOLIE

15 CONTRA LAS CUERDAS

16 LOS AMIGOS DE CASSEL



- 17 EL CLUB DE LOS FILÓSOFOS ASESINOS
- 18 BENDITA NARCOSIS
- 19 LAS SOMBRA DE UNA DUDA
- 20 «A DAY IN THE LIFE»
- 21 TETRACTYS
- 22 EN DOS NOCHES, EN PARÍS
- 23 DEMASIADO EFICIENTE
- 24 PÓKER DESCUBIERTO
- 25 EL CISNE
- 26 CRISTALES ROTOS
- 27 LAS NUEVAS MAÑANAS DEL MUNDO
- 28 AU REVOIR, PLATÓN

# Índice

AGRADECIMIENTOS	7
1 LAS SEIS BALAS DE HENRY	10
2 NIETZSCHING	36
3 CLOSING TIME	63
4 LA GUERRA DE LOS BOTONES	82
5 EL PESO DEL FRACASO	106
6 POR CAPRICHOS DE DIOS	139
7 TODO EL BUEN MAL HECHO	178
8 LA PRIMAVERA PARISINA DE PIERRE CASSEL	211
9 ENTRE LOS OJOS	242
10 UN NUEVO COMIENZO	273
11 LA ÚLTIMA CENA	303

12	ADÈLE MERCIER	329
13	PATO A LA SANGRE	367
14	LA FOLIE	396
15	CONTRA LAS CUERDAS	435
16	LOS AMIGOS DE CASSEL	472
17	EL CLUB DE LOS FILÓSOFOS ASESINOS	508
18	BENDITA NARCOSIS	558
19	LAS SOMBRA DE UNA DUDA	574
20	«A DAY IN THE LIFE»	610
21	TETRACTYS	649
22	EN DOS NOCHES, EN PARÍS	683
23	DEMASIADO EFICIENTE	693
24	PÓKER DESCUBIERTO	722

25 EL CISNE	747
26 CRISTALES ROTOS	764
27 LAS NUEVAS MAÑANAS DEL MUNDO	796
28 AU REVOIR, PLATÓN	814